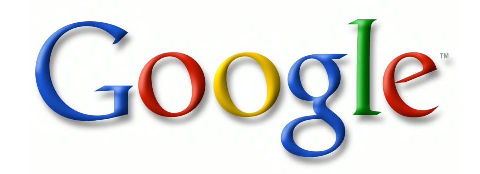
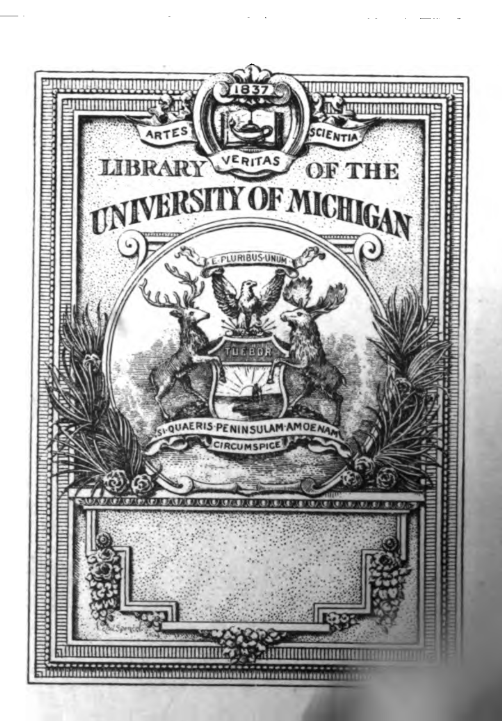



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ M.ª DE PEREDA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XII

LA MONTÁLVEZ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
VIUDA É HIJOS DE MANUEL TELLO
1900



LA MONTALVEZ

La *narración que sigue debiera ser autobiográfica; y lo sería, á no haber en los* Apuntes *que tengo á la vista, como obra de una mano conducida, más que por la destreza del arte, por los libres impulsos del sentimiento, mucho que huelga, algo que por su desaliño no cabe en los moldes á que están avezados los melindrosos lectores de estos tiempos, y no poco que necesita, para su realce, precedentes y noticias de sucesos que sólo pueden conocerse contemplando las cosas* desde afuera.

Pero como sería una lástima que no se utilizara íntegro lo mucho que en el autógrafo hay digno de esos honores, por su sencillez elocuente y su expresivo color de humanidad, *cuidaré de reproducirlo al pie de la letra cuando tope con ello y la historia lo reclame; lo cual, al*

mismo tiempo que facilitará mi trabajo, le prestará el interés que no sabrían darle la escasa habilidad y la ingénita insipidez de un relatante como yo.

Todo lo que se advierte al lector curioso para que no se devane los sesos cada vez que se halle con la mano de los Apuntes *metiendo la cuchara en el plato de esta puntual historia, que es como va á verse á continuación.*





PARTE PRIMERA

I

PULCRO y rollizo, suave y risueño, y, al mismo tiempo, solemne y espetado; vulgar y obscuro de meollo; rico, huérfano y libre; sin nervios ni hieles en el cuerpo, ni señal de polvo de las aulas en la ropa; vicioso á la chita callando; enamorado de su estampa, de su *talento*, de su *elocuencia*, y especialmente de los timbres de su linaje, y dejándose correr, con todas estas ventajas, á lo largo de la vida en lo más substancioso de ella, sin otros fines que el regalo de la querida persona, con la satisfacción de todos los apetitos, pero sin prefacios de grandes desvelos, ni epílogos de incómodas harturas... eso era el caballero marqués de Montálvez (título con polillas, de puro rancio); eso era en los tiempos de su mocedad; y así fué tirando el pobre, sin visible quebranto en la salud, aunque con muchos y muy gordos en el caudal, hasta que le apun-

taron la calvicie en el cogote y la pata de gallo en los ojos. Entonces se decidió á casarse; y contra lo que era de esperar de sus devociones y pujos aristocráticos, partió su blasonado lecho con la hija única de un rico excontratista de carreteras y suministros, rozagante y frescachona, eso sí, pero no tan hermosa, seguramente, como él la pintaba, quizás en su empeño de justificar con la ley irresistible de una pasión desinteresada, una caída desde lo más alto de las cumbres de su vanidad.

El *mundo*, del cual era el marqués uno de los más brillantes sustentáculos, lo veía muy de otro modo; pero el recién casado no paraba mientes en ello, ó fingía no pararlas. Lo cierto es que la hija del rico excontratista hacía á maravilla el papel de marquesa; que el marqués alimentó no poco la extenuada corriente de sus caudales con el copioso manantial del bolsón de su suegro; que éste parecía muy complacido viendo cómo lucían sus prodigalidades en la flamante jerarquía de su hija; que la encopetada sociedad de la corte, á pesar de sus escrúpulos y reparos de estirpe, propalados de oreja en oreja á escondidas de los despellejados, abría de par en par á éstos las puertas de sus salones, y que no eran las galas, ni el esplendor, ni el natural donaire de la advenediza, lo que menos se aplaudía en ellos.

Cerca de dos años llevaba de consumado este matrimonio, y aún no daba señales de lo que el marqués anhelaba con un ansia y un afán tan poco disimulados, que más de una vez dieron motivo á los ingeniosos epigramas de la gente encopetada, los cuales caían después, sin saberse cómo, en medio de la vía pública, donde los recogían estudiantes, gacetilleros y otras gentes nocivas, que los propalaban y esparcían por toda la capital, y aun fuera de ella. Es muy singular el don que tiene Madrid, con ser tan grande en comparación con una aldea, para vulgarizar tipos, acreditar frases y poner motes.

Lo que el marqués deseaba con tan descomedidas ansias, era un hijo varón; pero llegaron á pasar tres años, y lo deseado no venía. Al cumplirse los cuatro hubo grandes barruntos de algo. Pero ¿qué sería? Y esto se preguntaba á cada instante el buen marqués, y esto le preguntaban á cada hora sus amigos y conocidos; y por adivinarlo, aceptaba y rechazaba, según que se ajustaran ó no á sus deseos, cuantos síntomas y fenómenos internos y externos acepta como artículos de fe la observación del vulgo, cuando la marquesa dió á luz una hembra.

Dudo mucho que se reciba con peor talante á un huésped desconocido que se mete á las dos de la mañana en casa de su prójimo, robándole el sueño y alborotándole el hogar, que á la re-

ción nacida en el de sus padres, en cuanto el doctor proclamó, en voz desfallecida y con gesto de terciana, el sexo que la había tocado en suerte.

Bautizáronla con un poco de fausto, por el *qué dirán*, pero á regañadientes; pusiéronla, como un castigo, el nombre de Verónica, entre el barón de Castañares y la condesa viuda de Picos-Pardos, que fueron sus padrinos de mala gana; y por esto, y por el nombre, y por el chasco y por todo lo imaginable, la fábrica de epigramas funcionó sin descanso, y la pusieron el aún mal desengrasado pellejito, lo mismo que si la inocente criatura hubiera sido causa voluntaria de aquellas caritativas expansiones del ingenio maleante de los aristocráticos amigos de su casa.

La entregaron inmediatamente al pecho mercenario de una nodriza; y por la razón ó el pretexto de que su madre no había quedado para atender á los cuidados molestísimos de su crianza, se acordó que la nodriza se la llevara á su aldea, en el riñón de la Alcarria.

Y allá la llevaron, con mucha *impedimenta*, eso sí, de pañales, y mantillas, y gorros y cuanto había que apetecer en tales casos, y un infolio de advertencias, prescripciones, avisos, encargos y hasta amenazas, sin contar el dinero que á puñados les metieron en el bolsillo á la

nodriza y al zángano de su marido, que las había de acompañar en el viaje. Esto era duro, durísimo, decía el marqués, para unos padres tan blandos de corazón como ellos; pero el estado de la marquesa, tan delicado en su convalecencia, y el temperamento de la niña, que era por todo extremo *linfático*, según dictamen, casi en profecía, del doctor, el cual temperamento hacía indispensable para ella el aire y la libertad del campo, les obligaban á echarla de casa.

Y la echaron, así como suena, á los quince días de haber nacido en ella, vírgenes sus tiernas carnecillas de esas vivificantes impresiones de que no carecen los hijos del más haraposo menestral: las dulces caricias, los besos amorosos y el blando y providente manoseo de una madre.

Diez y ocho meses bien cumplidos estuvo en la Alcarria; y refería después la nodriza que, en las pocas veces que en ese tiempo fué el señor marqués á ver á su hija, se le caía la baba de gusto al contemplarla rodando por los suelos, medio desnuda, entre cerdos y rocines, tan valiente y risotona, y tan sucia y curtida de pellejo, como si fuera aquél su elemento natural y propio.

Cuando la volvieron á Madrid, viva y sana por un milagro de Dios, alborotó la casa á be-

rridos. Y no podía suceder otra cosa delante de aquellos espejos relucientes, entre aquellas colgaduras ostentosas, lacayos de luengos levitones y señoras muy emperejiladas, con lo arisca y cerril que ella iba de la aldea. Con su padre se las arreglaba tal cual; pero en cuanto su madre intentaba tomarla en brazos, más bien por tema ya que por cariño, se retorcía como alimaña en cepo. Le daban miedo hasta el centelleo de sus pendientes de diamantes y el olor de todos sus menjurjes y perfumerías; y acaso, acaso, algo que su instinto infantil veía en el yerto lucir de sus ojos y en el forzado sonreir de su boca, que no era la golosina que arrastra á los niños á pegar sus frescos labios en la faz regocijada de su madre.

Muy otra debió de parecer á la desabrida marquesa su hija cuando ésta estrenó las primeras galas del hatillo que apresuradamente la hicieron al llegar á Madrid, porque se dejó oprimir entre sus brazos sin protesta, y hasta besar con estruendo en la mejilla.

«Aquel beso»—dicen los *Apuntes* á este propósito,—«fué el primero que recibí de los maternos labios: le recuerdo como si le hubiera recibido ayer; y esto debe consistir en que mi naturaleza estaba ávida de aquel tributo que no se le pagaba, y la fuerza de la sensación, desconocida hasta entonces, aguzó el instinto que

ya columbraba los albores de la inteligencia, y estampó el suceso, para no borrarse nunca, en las tablas vírgenes de la memoria.»

Á todo esto, y desde la vuelta de su nodriza al pueblo, la habían puesto al cuidado de una niñera que la sacaba á orearse por el Retiro tres ó cuatro veces á la semana, y dormía á su lado en una de las habitaciones más apartadas de la de su madre, con el piadoso fin de que no la turbara el sueño por la noche. Y eso que desde aquel beso, y por virtud también de las ponderaciones que de la hermosura y gracias de la hija hacían delante de ella las amigas de la madre, parecía que ésta la iba cobrando cierta inclinación, que no disimulaba. Pero comenzó por entonces la marquesa á sentir muy certeros é incómodos anuncios de otro heredero, y esto la causaba grandes preocupaciones y molestias y «la quitaba el gusto para todo.»

Al abuelo, que estaba chocho con su nietecilla, le llevaba el diablo con estas cosas, apostrofaba á la hija por su frialdad, y predicaba al yerno por su injustificable indiferencia; pero el uno y la otra se encogían de hombros por toda respuesta, y no revivía el extinguido fuego de amor á la hija, que había chisporroteado un instante después del primer beso de la madre. ¡Quién sabe el rumbo que hubiera tomado el astro de los destinos de la niña sin los

prosáicos inconvenientes en que fundaba la marquesa su nuevo alejamiento de ella, y el acontecimiento que sobrevino poco después?

El acontecimiento fué nada menos que la llegada al mundo del anhelado varón. Todo fué júbilo entonces y locura y desconcierto en la casa, de la cual pudiera decirse, sin gran exageración esta vez, que fué echada por la ventana. Se revolvió medio Madrid para el bautizo; medio Madrid que le comió al marqués, digo, al abuelo, medio costado; se consiguió elegir los padrinos entre lo más cogolludo de la nobleza, y se le pusieron al flamante heredero todos los nombres de los grandes reyes, de los mayores santos del cielo, de todos los conquistadores célebres, y de los más gloriosos poetas y artistas de la tierra. Entre tanto, el recién nacido, más que criatura humana, parecía un ratón en salmuera: ni era mucho más grande, ni más rollizo, ni más pulcro, ni mejor encarado. Nació gimiendo; entre gruñidos y pataleos recibió el agua del bautismo, y gruñendo volvió á casa y continuó, sin cesar, muchos días, comiéndose los puños apretados y perneando rabioso, como sapo clavado en estaca, mientras la pacífica y rozagante Verónica, olvidada de su familia en el último confín del hogar, no se moría de hambre porque la niñera cuidaba, de propio impulso, de esos y otros menesteres.

Desde aquellos días se echó en la casa de los marqueses de Montálvez una raya por debajo de lo vivido hasta allí, y se abrió una vida nueva, cuyo centro, cuyo eje, era el recién nacido heredero de los títulos y preeminencias de su padre; por lo que la pobre Verónica, elemento principalísimo de la *vida vieja*, quedó entre lo más alto y olvidado de la raya para arriba, como trasto inútil en obscuro desván.

No puede negarse que el *medio ambiente*, tan traído y tan llevado ahora por la gente de mi oficio, influye mucho en la condición moral y hasta en el desarrollo físico de los caracteres y de las naturalezas; pero no es menos cierto que las hay de tal fibra, que, con ambiente y sin ambiente, echan impávidas por la calle de en medio, y por ella siguen sin torcerse ni extraviarse, aunque las ladren canes y las tiren vestiglos de la ropa.

Prueba de ello es que cuando Verónica llegó á la edad de los celos y de las envidias, y tuvo razón bastante para distinguir los halagos de las durezas, no echó de menos los extremados mimos que se le prodigaban á todas horas á su hermano, criatura de lo más encanijado, llorón y cascarrabias que hubo venido nunca al mundo. La tenían sin cuidado los tumultos que se armaban á cada instante en la casa porque el angelito no comía, ó se descalabraba, ó tosía

ronco, ó se retorcía cárdeno y pataleaba con un dolor de tripas; las ponderaciones que de su imaginada hermosura se hacían delante de ella á parientes y amigos, que se guardaban muy bien de afirmar lo contrario, y hasta los injustos vituperios que se la enderezaban porque con sus juegos le quitaba el sueño, ó no discurría cosa con gracia para entretenerle y alegrarle. La niñera no tenía otra obligación que la de mirar por ella y acompañarla incesantemente; la quería de todo corazón, y era esclava de sus menores caprichos; hacíanla estrenar un vestido cada semana, y no se ponía tasa á sus antojos de juguetes. Con todas estas ventajas, hasta bendecía el alejamiento á que se la condenaba en su propio hogar, porque, al fin y al cabo, le procuraba una independencia de la cual sacaba ella mucho partido para vivir á su gusto; y si hubiera conocido el placer de la venganza, la hubiera hallado bien cumplida en los testimonios de cordial amor que recibía de las *visitas* y de los amigos de la casa, á escondidas, por supuesto, de todas las gentes de ella.

Su abuelo persistía en el honrado propósito de arreglar más á justicia estas cosas que le repugnaban; pero su esfuerzo alcanzaba á poco. Por de pronto, cada día se alejaba más de la casa de su yerno, porque cada vez le eran más insoportables «las majaderías y sandeces» que

observaba en ella. Su naturaleza tosca, y los resabios adquiridos en los tratos y contratos en que había pasado lo mejor de la vida, le hacían incompatible con los hábitos aparatosos y refinadamente vanos y teatrales de sus hijos; y como, además, era hombre sin retóricas, desengañado y de muy poca correa, el menor reparo á sus crudos alegatos le quitaba las ganas de exponer el segundo. Su misma nieta, objeto exclusivo de los desvelos del pobre hombre, dudaba muchas veces si tenía en él un protector cariñoso ó un enemigo más de quien temer contrariedades y desabrimientos.

—Pero, vamos á ver—decía el excontratista á su hija, cuando más desatinados eran los extremos que ésta y su marido hacían en honor del hijo varón,—¿á qué vienen esas majaderías? Y ya que las hagáis, ¿por qué pecáis por el extremo contrario con Verónica, que es una niña como unas perlas? ¿Por qué detestáis á la una tanto como queréis al otro?

Negaba la marquesa que ni ella ni su marido dejasen de querer bien á su hija, y hasta citaba en testimonio de ello el regalo en que la mantenían.

—Es verdad—replicaba el abuelo:—atestáis de juguetes su escondite y de vestidos su ropero, como se echan mendrugos á los perros en su garita, para que no molesten con sus ladri-

dos ni estorben con su presencia, y acaso, acaso, porque los vean gordos y lozanos los vecinos. Pero de aquí, de aquí (y se golpeaba sobre el corazón); de eso que alimenta el alma y hace buena sangre á los niños, ¿qué dais á la infeliz? Pues mira, y no lo olvides: hija que se acostumbra á vivir entre la esquivez y el desamor de sus padres, si sale mujer honrada es por un milagro de Dios.

Protestó contra el supuesto la marquesa, é insistió en que, desde que la niña había nacido, se la amaba *cuanto se la debía amar*.

—Justamente—repuso su abuelo,—porque ni entonces, ni ahora, ni nunca, habéis podido tragarla; y no la habéis podido tragar, porque lo que se quería en esta casa no era familia por el ansia natural de tenerla, ansia que sienten hasta los irracionales, sino un heredero varón en quien vincular los relumbrones aristocráticos de tu marido, como si importara seis maravedís que se perdiera la casta directa de ese mentecato; y como á Dios no se le engaña, después de probaros la voluntad y la mala entraña con la hija que os dió, sin merecerla, os ha castigado en el varón que apetecíais... porque ese niño ha de ser, está siendo ya, vuestro castigo.

Con esto, dió media vuelta la marquesa y no pareció su padre en mucho tiempo por aquella casa.

Y así fueron corriendo los años, y llegó Verónica á contar diez bien cumplidos. Tenía una salud de bronce, y crecía y se redondeaba que era una bendición de Dios: los amigos de la familia la comían á besos los carrillos, y la decían verdaderas atrocidades mientras la volteaban en el aire, ó la echaban una zancadilla en un corredor ó en mitad de la escalera, siempre, por supuesto, á escondidas de sus padres y, sobre todo, de su hermano, que cada día era más ruín y más inaguantable, por envidioso y desabrido.

Como «había proyectos sobre ella,» al decir de su madre, interinamente la pusieron maestros de primeras letras y de música, con los cuales aprendió á leer mal, á hacer palotes muy torcidos y á solfear desastrosamente, por culpa, según dictamen del maestro, que era un italiano famélico, de su mal oído. Esto, y el Catecismo de punta á cabo, y una oración para cada acto de los más ordinarios de su vida, es decir, para acostarse, para levantarse, para ir á comer, para salir á paseo, etc., etc., y otras para cuando tronaba, pasaba el Viático por la calle, ventaba muy recio, y así sucesivamente, enseñadas por su sirvienta, que era una guipuzcoana muy devota, y tuvo la abnegación de no reclamar para sí las alabanzas que el cura de la parroquia, que preparó á la niña para la primera confesión, dedicó al celo cristiano de su ma-

dre, era cuanto Verónica sabía en artes liberales y en letras divinas y humanas, á la edad de once años y algunos meses de pico.

Al cumplir los doce se le revelaron los proyectos que había sobre ella, los cuales se reducían á enviarla á Francia á *terminar* su educación en un colegio de los más afamados de París. No supo la niña, por de pronto, si la noticia la alegró ó la produjo el efecto contrario. No le agradaba por lo que de colegio, es decir, de encierro y sujeción había en el asunto; pero, en cambio, la deleitaba por tratarse de ver el mundo, aunque de refilón y con trabas; de ir á París, de vivir en París, de respirar el aire de París, de comer, en fin, y vestir y soñar en París, nombre con el cual estaban atascados sus oídos y su cabeza, porque en su casa no se hablaba comunmente de otro asunto, ni entre las gentes que la frecuentaban, ni en las casas que frecuentaba ella. París era lo mejor de la tierra, y lo de París no tenía igual en el mundo, y al uso de París se vestía, y se andaba, y se comía, y hasta se hablaba, con agravio de la lengua de Cervantes... y de la de Molière.

Y á París la llevaron en esta situación de ánimo, sin alegría y sin penas, no contando las lágrimas que la arrancó del fondo del corazón el desconsolado llorar de la niñera, en cuyos besos de despedida, ardorosos, resonantes y

mezclados con el llanto de sus ojos, sentía palpitar el alma entera de la noble guipuzcoana. El desconsuelo de aquella honrada mujer y el recuerdo de la cariñosa abnegación que la debía, eran el único vínculo con que la hija de los marqueses de Montálvez se sentía ligada á la casa paterna á medida que iba alejándose de ella por el camino de Francia. No era suya la culpa. Su corazón no podía dar otro fruto que el de las semillas que se habían depositado en él.





II

Bien poco trabajo le costó hacerse á la vida y costumbres de colegiala. Parte de esta fortuna se la debía á las condiciones de su carácter acomodadizo y placentero; algo al no muy estimulante recuerdo de su perdida libertad, y el resto á la feliz circunstancia de no haberse visto un solo día verdaderamente aislada en aquel hervidero de chicuelas de todas castas, edades, temperamentos y naciones. La fuerza de la atracción, por imperio de la necesidad, arrastra, en tales casos, lo que flota indeciso y como al azar, hacia su centro apetecido. Por eso, no bien hubo llegado al colegio, cuando ya conocía de vista á todas las españolas que había en él; en seguida formó entre las de su edad; luégo dió la preferencia á las madrileñas, y acabó por intimar con las que, de éstas, pertenecían á su jerarquía social.

Así conoció á Leticia Espinosa y á Sagrario Miralta, vástagos ambas de la más encumbrada aristocracia española, las cuales habían entrado en el colegio un año antes que ella. Leticia, contra lo que su nombre declaraba, era una morena triste, ó, mejor dicho, serena y algo fría, como esos días de otoño, de poco sol, de que tanto gustan los espíritus contemplativos y melancólicos. Tenía hermosos ojos y muy correctas facciones; y sin dejar de ser animosa para todo, faltaba casi siempre en sus actos y en sus dichos el color de la sinceridad, lo cual se atribuía, más que á un vicio de su carácter, á que rara vez la animaba el calor del entusiasmo.

Sagrario era una rubia inquieta y bulliciosa, ávida de impresiones, de aire, de luz... y de golosinas. Fisgona impenitente, no había castigo que la curase de la pasión de arrimar, ora el ojo, ora el oído, á todas las rendijas y cerraduras de los aposentos; y, á creerla por su palabra, ¡qué cosas veía y escuchaba en aquellos vedados interiores! Su manía, casi criminal, eran las *zangolotinas*, como llamaba á las mayores, algunas de ellas vestidas ya de largo y con un pie en el estribo para tomar la vuelta á sus hogares. Á éstas las perseguía con una tenacidad y un instinto de perro de caza. Espiaba sus actos, escuchaba sus dichos, asaltaba

sus dormitorios, revolvía sus equipajes, les abría los cajones, se enteraba de sus cartas y les robaba las novelas que después devoraban las otras... porque tenían novelas y algunas profanidades más, que eran contrabando allí; y no conformándose con esto solo, relataba historias desvergonzadas ¡y hacía unos comentarios! Á mi ver, todo era una mala pasión de despecho, porque se recataban de ella y de las de su grupo en sus entretenimientos y conversaciones.

Lo que sigue es, palabra por palabra, de la mano que escribió los *Apuntes:*

«Si entrara en los reducidos términos de mi paciencia el propósito de describir mi vida de colegiala con todos sus pelos y señales, larga sería aquí la lista de los lances curiosos en que intervine yo, por las intemperancias incorregibles de Sagrario y por la entereza glacial de Leticia; pero no van por ahí las corrientes que me empujan en este instante; y si menciono los nombres y principales rasgos de carácter de estas dos compañeras, omitiendo los de tantas otras, es porque conservé esas dos amistades durante toda mi vida mundana, y no influyeron poco en la calidad de ella, lo mismo bajo el cascarón de crisálida en el colegio, que cuando volé á mis anchas por el mundo con las alas de mariposa.

»También habría mucho que hablar sobre el tema de la educación de las jóvenes de mi pelaje, si por *educarlas bien* se entiende, como debería entenderse, la manera de hacer de ellas *buenas* hijas y mejores madres. Desde luégo afirmo que estos hermosos fines no han de lograrse en ciertos colegios ni en parte alguna donde la *distinguida* y mal acostumbrada educanda viva «á uso de tropa.» De este modo se aprende todo, si se aprende algo, como el soldado la táctica y las leyes penales: maquinalmente y á la fuerza; y no se toma amor, sino miedo y repugnancia, á las tareas y al *cuartel* mismo, con sus largos y desnudos pasadizos, sus enfilados dormitorios, sus lechos de contrata, sus vigilantes antipáticos y su refectorio mal oliente. Llega á ser insoportable el patio de altos muros, con los juegos de siempre y los cánticos de todos los días, y el pasear en hileras, y el comer en comunidad, y el recogerse y el levantarse á unas mismas horas y con el mismo forzado silencio. Fatiga el ánimo la contemplación incesante de unos mismos colores, de unas mismas caras, de unos mismos cuerpos, de unos mismos uniformes, y, sobre todo, de aquel blasón de la casa, de aquella cifra sempiterna reproducida en los muros, en los libros, en las ropas y en los platos. Abruma el peso de la monotonía según van pasando los meses y los años en

esta vida reglamentada, y el demonio de la indisciplina y de la rebelión llega á poseer á las colegialas de pies á cabeza. Entonces se piensa con fruición hasta en las peripecias, en los horrores de un incendio repentino de la casa; en la enfermedad del profesor de geografía, ó en la prisión de la directora por mandato del Gobierno... en fin, en todo lo que pueda ser causa de que se altere y descomponga, de cualquier modo, la máquina de aquel reló de piezas humanas.

»Por eso la colegiala más querida de sus compañeras es la más indócil y revoltosa y holgazana, la que más depresivos motes pone á las *madres*, y más perturbaciones acarrea en el gobierno interior de la casa.

»Á mí me enseñaron muchas cosas en libros, con la aguja, de palabra, por escrito y hasta por señas y á toque de violín; pero sobre todas las enseñanzas obligatorias en aquel colegio, prevalecieron las del mal ejemplo de mis compañeras, más avispadas que yo, ó más cargadas de malicias y de años. Nunca me faltaron libros profanos, ni noticias estimulantes de los placeres del mundo; y con este acopio y el que hice por mí misma durante la relativa libertad que se me concedía cuando fuí *de las mayores*, viendo las cosas mundanas de tarde en tarde y á deshora y con el rabillo del ojo, y contando

diez y siete años muy cumplidos, se dió por terminada mi educación en aquel afamado colegio francés.

»Del cual salí diez meses después que mis inseparables amigas Leticia y Sagrario, muy ducha en bailar, en hacer reverencias, en modular la voz, en manejar el abanico y la cola del vestido de baile, en esgrimir los ojos y la sonrisa, según los casos, los sexos y las edades, y en el ceremonial decorativo y escénico de las prácticas religiosas; tal cual en lengua francesa, materialmente al rape en obras de costura y principios de economía doméstica, y casi, casi, en el idioma nativo; y sobre todo esto, y por razón de los contrabandos del colegio y de las incompletas ideas adquiridas en conciliábulos clandestinos, y la propia observación hecha á medias con trabas y sobresaltos, y quizás también por obra de mi temperamento ó de mi carácter, franco y expansivo, un ansia, que rayaba en voracidad, de ver el mundo por dentro, de conocerle á fondo, de saborearle á mis anchas, sin los velos y cortapisas que á las puertas de él me habían, hasta entonces, despertado los apetitos.

»Esto es todo lo que llevaba aprendido al volver á mi casa, cinco años después de haber salido de ella, sin contar la persuasión íntima de que, mientras no se invente cosa mejor que

lo conocido, la educación menos peligrosa y más esmerada de una niña será aquélla en que más se deje sentir la intervención amorosa de su madre, si, por su dicha, tiene madre, y madre *buena*.»





III

Como el tiempo no pasa sin mudar la faz de las cosas, cuando volvió á su patrio hogar la colegiala no dejó de hallar en él cambios y mudanzas que la sorprendieron. Su madre tenía «achaques,» y achaques graves, según ella decía, apostándoselas al médico, que no mostraba gran empeño en contradecirla. Estos achaques no la impedían frecuentar los salones de «su mundo,» ni la obligaban á tachar un solo renglón de su larga lista de compromisos sociales, ni se revelaban, *á cierta distancia*, en su cara frescachona ni en su apostura garbosa y elegante; pero es indudable que los tenía, y muy hondos; achaques de matrona presumida, bien sufridos y mejor tapados con heróicos esfuerzos de la voluntad y buen acopio de sonrisas y menjurjes.

No fué esto un hallazgo, en todo el rigor de la palabra, para su hija que ya barruntaba algo de

ello por las últimas cartas de la marquesa y la propia observación en las dos visitas que la había hecho en el colegio. Harto más se admiró al convencerse de que la inusitada dulzura con que su madre la había tratado en París, y que ella tomó por disfraz de añejas y naturales esquiveces, antes crecía que se agriaba en las intimidades de la vida doméstica; y todavía fué mayor su asombro cuando supo, por testimonios fidedignos, que la modificación genial de la marquesa, en lo referente á este grave punto, databa de la misma fecha que los achaques. ¿Cómo lo que de ordinario sirve para exacerbar los humores y despertar las impertinencias, y hace inaguantables á las gentes que son desabridas por naturaleza, había producido en aquel *ejemplar* el efecto contrario? No podía averiguarlo Verónica. Lo importante para ella era el hecho, y el hecho bien á la vista estaba.

Otro suceso que fué completa novedad para la colegiala: su hermano tenía achaques también; es decir, nuevos, muchos, demasiados achaques; pero en este infeliz se cumplía rigorosamente la ley común: se le reflejaban claramente en el espíritu los que le desorganizaban y consumían el cuerpo. Era éste raquítico, sarmentoso y descuajaringado. Cada pieza de él estaba mal avenida con la inmediata; las piernas se negaban á sostener el tronco; el tronco

forcejeaba por desprenderse de la cabeza, y los brazos andaban de acá para allá sin saber á qué arrimarse, porque en todas partes estorbaban y de todas partes se caían. El espíritu era digna joya de tal estuche: quebradizo, avinagrado y herrumbroso. Daba compasión contemplar aquel sér que parecía un castigo providencial de ciertas injusticias y flaquezas de sus padres. Más que un niño enfermizo, era un enano decrépito. Por razón de su miserable naturaleza, nada se le había enseñado; así es que, contando ya más de quince años, no sabía deletrear. Por el contrario, se le había dejado en completa libertad de hacer todo cuanto le diera la gana; pero tan hastiado estaba de ser libre y de campar por sus caprichos, de romper, de manchar, de alborotar y de dar tormento impunemente á cuanto respiraba y se movía en su derredor, que ya solamente se entretenía con las contrariedades y las resistencias, por hallar el placer de vencerlas y de atropellarlas. Y había que presentárselas, ó fingir que se le presentaban, para darle gusto y sacarle por un instante del mortal desfallecimiento en que caía en cuanto le faltaba el aguijón de un apetito que pusiera en actividad el cordaje de su desconcertada máquina.

Es verosímil que la contemplación continua de este desconsolador espectáculo tuviera gran

parte en los cambios geniales de la marquesa; y, sin embargo, no concordaban tampoco las manifestaciones de ésta con la tristeza y gravedad del motivo, aun sin tener en cuenta los extremos de locura á que la condujo el nacimiento de aquel hijo tan deseado. Cierto que continuaba siendo esclava de sus antojos; pero no con la abnegación incansable de antes. Aquella esclavitud no era ya amoroso entretenimiento, sino carga abrumadora, cruz de enorme peso. Llevábala con paciencia, pero no sin cansancio. ¿Consistía esto en que sus propios males la hacían más insensible para los ajenos, ó en que, robándole los alientos del espíritu, agostaban el campo de sus ilusiones y vanidades, é imprimían nuevo y más sosegado ritmo á los impulsos de su corazón? Pero, en este caso, ¿por qué no se cumplía la ley con igual rigor en lo tocante á las pompas del mundo? ¿Por qué continuaba pagándose de ellas con el mismo fervor del primer día? Posible era también que el convencimiento que necesariamente tendría de que para la enfermedad de su hijo no había humano remedio, le quitara, con la esperanza de conservarle, las fuerzas para sufrirle; pero, en este caso, ¿qué pensar de la calidad de aquel extraño sentimiento que se manifestó en la casa, haciendo á todos los moradores de ella siervos pacientísimos de la tiranía

del presunto heredero de los títulos de su padre?

Lo cierto era que el enfermo se moría poco á poco; que su madre, aunque lo sabía muy bien, no daba muestras de apurarse por ello, y que ya no era Verónica quien pagaba, como en otros tiempos, todos los vidrios rotos de la casa.

Por lo tocante al marqués, tampoco se preocupaba gran cosa con el estado mísero de aquél su retoño, cuyo nacimiento tantas extravagancias y sandeces le había hecho cometer. Bastante más le quitaban el sueño otros cuidados. Habíase dado con pasión á la política; y mientras arreglaba ciertos comprobantes, de muy mal arreglo, para que le nombraran senador, perseguía, con escasa fortuna, una credencial de diputado cunero. No salía del salón de Conferencias, ni de la tertulia del ministro de la Gobernación. En casa paraba poco, pero hablaba mucho, y siempre de su pleito; no á la manera llana y familiar de otros tiempos, sino en estilo declamatorio y rimbombante, y tomando pretexto de todo para ensayar papeles de tribuno. Comíale el prurito de la solemnidad y de las grandes frases, y más de una vez le arrastraron sus obsesiones parlamentarias al extremo de replicar á su mujer, en un diálogo prosáico sobre temas de cocina, con un «¡Su señoría se equi-

vocal!» que, por lo campanudo y resonante, hubieran envidiado los más famosos adalides del Congreso.

No eran de fácil arreglo los susodichos comprobantes para lograr la senaduría, porque las rentas propias, vueltos los manantiales al bajo nivel en que estaban antes de fomentarlos su suegro con el copioso caudal de sus talegas, no llegaban hasta donde la ley quería. Y ésta fué otras de las novedades con que se halló la colegiala al volver á su casa. De la cual novedad llegó á enterarse por los comentarios de su padre á cada batacazo del expediente, que no salía de un atolladero sino para caer en otro más hondo. Si esta merma procedía de los banquetes y otras parecidas *travesuras* con que el marqués trataba de hacerse visible, y hasta *ministrable*, entre los hombres políticos de mayor talla, ó de las enormes sumas que le costaba á la marquesa sostener el esplendor de su jerarquía á la altura en que le había colocado de recién casada, ó de lo uno y de lo otro, que era lo más seguro, no cayó la hija en la tentación de averiguarlo. Bastábale saber que el lujo y la abundancia rodaban por aquellos suelos lo mismo que antes, y que su abuelo, hecho una ruína ya, aunque de mala gana y refunfuñando, acudía siempre á las llamadas de la hija en sus continuos apuros.

¿Ni cómo pararse ella en reflexiones de mayor substancia? ¡Ella, que siempre había sido allí la *puerca cenicienta!* ¡Ella, que llegaba del colegio con la cabeza llena de fantasías tentadoras y el pecho atestado de mortificantes deseos, y en todo cuanto la rodeaba veía recursos para satisfacerlos, alas con que mecerse en los soñados espacios, llaves de hechizo con que abrir las doradas puertas que guardaban los descifrados enigmas de su curiosidad insaciable!

Ocupaba un hermoso gabinete que se le había dispuesto exprofeso. Era como la leyenda, en colores y substancias, de su fresca juventud, con los obligados atributos de inocencias, candores y misterios pudorosos. El arte y el cariño parecían haber trabajado con empeño en aquel nido fantástico. Tan elocuente y expresivo estaba todo allí, que casi se ruborizaba de sí propia la jovenzuela al desnudarse para meterse en el cándido y esponjado lecho. ¡Lo que influye en los juicios y sentimientos humanos el relumbrón del aparato escénico!...

Su madre no se hartaba de palparla, unas veces vestida, otras medio desnuda; de medirla con ávidos ojos, de verla andar, y, aunque seca de palabra siempre, de prodigar, á su manera, elogios á su precoz desarrollo físico y moral, á la redondez de su cuello, á la tersura de su garganta, á la expresión maliciosa de sus ojos, á

la frescura de su boca, á la esbeltez de su talle y á todas y á cada una de sus prendas esculturales. Era mucho más exigente con la modista para sus vestidos que para los propios, y la frase que más la halagaba en boca de sus amigos, era la que envolvía un piropo para su hija. Llevábala á muchas partes consigo, y se afanaba y desvivía para hacer cuanto antes, con la debida solemnidad, su presentación en «el mundo.»

El marqués no estaba menos admirado que su hija de esta transformación de sentimientos de su mujer. ¿En qué consistía? ¿Por qué, á medida que iba resignándose sin esfuerzo á quedarse sin el hijo, antes preferido, se aficionaba tanto á la hija, despreciada y aborrecida ayer?

«Dios me lo perdone—dicen en este pasaje los *Apuntes*,—si en el supuesto me engaño, porque bien pudiera ser causa de mi juicio el recuerdo de lo pasado; de aquel desdén que rayaba en antipatía, con que empapó mi corazón, en una edad en que arraigan las impresiones para el resto de la vida; pero yo no ví nunca en las nuevas atenciones de mi madre uno solo de esos reflejos que llegan al alma y hacen latir *al unísono* dos corazones. Si me amaba, no sabía expresarlo, ó yo era incapaz de sentirlo. Ésta es la verdad. Y si sus actos no eran determinados por el amor, había que suponerlos hijos de

otro sentimiento bien distinto. Autoriza á creerlo así el hecho de que todos los consejos que entonces me dió se dirigían á hacerme mujer elegante y distinguida; ni uno solo á hacerme honrada. Á pesar de ello, no considero esta falta gravísima como signo de perversidad del alma. Esta falta y otras como ella, son, en determinadas gentes, obra de ciertas deficiencias, á veces constitutivas, á veces impuestas por la educación; falsas ideas que se adquieren de las cosas, por el modo erróneo de considerarlas. El corazón, al cabo, es una máquina que tiene en la cabeza el tornillo regulador de sus impulsos.»

Como su abuelo salía ya poco de casa, cuando no podía ir á la de sus hijos, iba la nieta á visitarle. ¡Cuánto la agradecía estas visitas el pobre viejo!

—Es triste—la decía,—vivir solo á esta edad y lleno de achaques. Todo el año es invierno para uno; todos los celajes obscuros; todas las esperanzas negras, ¡muy negras! Tú, que asomas ahora, hija mía, por las puertas de la vida, y porque, comparándolo con lo poco que llevas andado, se te figura que es interminable el camino que te falta por andar, no te dejes seducir de esta ilusión. Porque es una ilusión, nada más que una ilusión: créeme á mí. La vida es breve, muy breve; y si se comienza andando

muy de prisa, se va por la posta. Cuando quieras fijarte en ello, tendrás la cabeza blanca y la cara llena de arrugas; y de allí ya no se retrocede ni con la fuerza de la desesperación: al contrario, cuanto mayor sea el empeño, más irresistible es el empuje del tiempo, que no para jamás. Para que las canas y las arrugas no te sorprendan ni te espanten, no hay más que un remedio: andar con pies de plomo en a juventud, y acopiar algo de lo que fructifica durante ella, para que nos anime y conforte en las tristezas y soledades de la vejez. De todos estos acopios, ninguno tan importante ni eficaz como el de una conciencia tranquila. ¡Si tú supieras el valor que tiene este consejo por ser mío!... Dígote todas estas cosas siempre que te veo, y aunque sé que te aburren, porque no hay en tu casa quien te las diga. Tu padre... ¡valiente padre está el tuyo! Tu madre... no quiero decirte ahora lo que pienso de tu madre. Por de pronto, Dios ha castigado sus injusticias contigo, haciendo aborrecible cruz para ella lo que con tan locos extremos puso sobre su cabeza y aun por encima de todas las leyes divinas y humanas... Por supuesto, que ese hijo se le muere y se le muere muy pronto, y ella lo sabe y se queda tan fresca. ¿Puedes tú explicar este contrasentido? Yo podría si quisiera; pero no quiero, porque, al fin y al cabo, no estoy tan

limpio como debiera estarlo, de la culpa de los estúpidos extremos de tus padres al nacer tu infeliz hermano. ¡Ah, si yo hubiera tenido entonces un poco más de carácter y no me hubiera dejado vencer de ciertas debilidades!... En fin, ya no tiene remedio. Lo mejor es que tu madre te mira ya con buenos ojos... ¡Pues podía no! ¡Caramba, cómo te vas redondeando, y qué guapísima estás! Vaya, que da gusto mirarte. ¡Chica más precoz y más!... Mira, cuando entras por esas puertas, parece que asoma la primavera y que cantan los pajaritos en esta casa. ¡Si me sabrán á gloria tus visitas! ¡Dios te lo pague, hija mía!

Y cuando llegaba aquí lloraba el pobre anciano, daba á su nieta un sonoro beso en la frente; y después, casi siempre la hacía un regalo. Ella le entretenía hasta hacerle reir con el relato de sus travesuras de colegiala, ó con el de los recursos á que apelaba para templar la iracundia de su hermano, cada vez que, por obra de caridad, se acercaba á él; y así llegaba la hora de marcharse. Dábale el abuelo otro beso, recomendándola de nuevo que no echara en olvido sus advertencias; y entonces caía ella en la cuenta de que, á pesar de lo sanas que eran, por un oído le entraban y por otro le salían.

En una de estas ocasiones, ó porque el abuelo se espontaneara algo más, ó porque fueran

más vivas las tentaciones de la curiosidad de su nieta, díjole ésta en crudo:

—Quiero saber lo que usted piensa de esas cosas de mamá. ¿Por qué me trataba antes tan mal, y me contempla y mima tanto ahora?

El abuelo, como quien se desprende de algo que molesta, respondió al punto y sin titubear:

—Primeramente, tu madre está deseando que se le muera el hijo, porque la da demasiado que hacer y cada día le ve más enclenque, más feo y más *imposible;* y ella no soporta hijos así ni para eso.

—Corriente; pero bien podía hallar insoportable á mi hermano, y no quererme á mí tampoco.

—Á tí, chiquilla, no te quiere ni pizca... lo que se llama *querer* cuando se trata de otra clase de madres. Lo que hay es que la haces falta: á su edad y con sus males, ya no puede esperar hijo más de su gusto, como cuando nació tu hermano; y como eres hermosa y expansiva y discreta, y prometes mucho para brillar en la carrera que ella está terminando, ve en tí, con la supuesta obligación de acompañarte, un hermoso pretexto para no retirarse del mundo cuando más enamorada está de él. En fin, que te necesita para pantalla de sus incurables vanidades; y, como cosa suya, cuanto más hermo-

sa sea la pantalla, mayor es su deseo de lucirla. Si fueras fea y tonta, antes se retiraría ella del mundo que presentarse contigo en él. Por algo así desea que tu hermano se las líe cuanto antes.

—Triste sería eso, abuelito, si usted no se equivocara.

—Pues te aseguro que no me equivoco.

—Sin embargo, papá no está en el mismo caso que mamá, por lo que á mí toca, y tampoco quiere á mi hermano como le quería.

—Tu papá es un majadero á quien nunca le cupieron en la cabeza dos ideas juntas. Desde que dejó de pensar en su hijo; en cuanto se convenció de que no le servía para representar dignamente el papel de *príncipe heredero* de su augusta dinastía, se enamoró de los papelones de político; y mientras esa farsa le preocupe, no se le dará un rábano ya porque, con el hijo espirante, se os lleven los demonios en una noche á tí y á tu madre... sobre todo, si me llevan á mí también.

Aquí la nieta paralizó la lengua del desengañado abuelo, que tales cosas decía, dándole de pronto un beso en cada mejilla, y despidiéndose luégo de él con una zalamería, de expresión tan confusa, que le dejó dudando si era un embuste de su incredulidad despreocupada, ó el disimulo de una pesadumbre.



IV

Sagrario y Leticia, con un año de práctica en el mundo que aún no conocía su amiga, eran como los pilotos que la enseñaban á cada instante, con el dedo sobre los planos, cuanto le importaba saber de aquellas regiones colmadas de visibles encantos y de tentadores misterios. Ni ella se hartaba de preguntarlas, ni sus amigas se cansaban de responderla; pues si era muy grande la curiosidad de la una, mayor era el apego de las otras al papel de profesoras. ¡Con qué gravedad tan cómica le desempeñaban algunas veces, y qué mezclados solían andar en sus dictámenes el candor y la malicia! De aquellas cosas que eran el tema de sus conversaciones, todavía no conocía Verónica más que lo que había podido columbrar acompañando á su madre, no muchas veces, al paseo, al teatro, ó á tal cual visita ó reunión de confianza, si no con

la librea de colegiala precisamente, con todas sus rozaduras frescas sobre el cuerpo, y todas las cortedades, fingimientos y desentonos á que obliga ese desairado carácter de crepúsculo invernizo: lo que se ve y se sabe de un espectáculo, mirando por los resquicios de la puerta y oyendo los rumores del concurso, ó leyendo mal y de prisa los contradictorios relatos de los obligados cronistas; parvidades y probaduras que sólo sirven para estimular y enardecer los apetitos. Sagrario y Leticia, en cambio, habían traspuesto los umbrales, y eran ya espectadoras *de adentro;* más que espectadoras, figuras principales de la gran comedia: les era permitido, una vez en escena, disponer libremente de los recursos propios para aspirar hasta al dominio de ella; mirar á los hombres cara á cara; provocar sus lícitos atrevimientos; poner á prueba la calidad y el temple de sus armas; luchar impertérritas y vencer valerosas, ó sucumbir apasionadas, que éste es el fin, más ó menos remoto y á sabiendas, de todos los femeniles empeños en lo mejor de la vida, y á ese solo paradero se va por donde las mujeres andan, cargado el cuerpo de lujo y el alma de tempestades... en fin, tocar y palpar las realidades de los sueños de la colegiala y de sus entusiasmos de recién llegada á las puertas del mundo.

Bien sabían las maestras con qué ansias

aguardaba la neófita á que se las abrieran; y por saberlo tanto, se complacían en aguijonear sus impaciencias extremando el color de sus pinturas.

Todo cuanto se prometía, física y moralmente, en las niñas Leticia y Sagrario, quedó sobradamente cumplido en estas dos jovenzuelas. Leticia era una morena gallarda, correcta, sobria, *expresiva* y dura, así de formas como de palabra; temible en el manejo de ciertos recursos externos, que en una gran parte de las mujeres resultan inofensivos accesorios, y en otras tantas no pasan de simples detalles decorativos de su belleza. Estas cosas, puestas en juego por Leticia, á pesar de sus pocos años, eran todo lo que había que ver. Con tal destreza las concordaba, que del diabólico conjunto resultaba un arma tremenda, algo que llevaba la muerte en sus acometidas y era, al propio tiempo, escudo impenetrable. Cuanto más se la estudiaba, menos se la conocía y mayor era el empeño de conocerla. ¿Era frialdad de espíritu ó fortaleza de razón, la causa determinante de aquélla su inalterable serenidad en todos los actos ostensibles de su vida? ¿Era leal en sus amistades, noble en sus inclinaciones, sincera en sus informes, honrada en sus impulsos? Todo se podía creer y de todo se podía dudar, porque todo cabía en ella en opinión de todas sus amigas. Entre los

hombres discordaban mucho los pareceres: según las ocasiones y las circunstancias. En lo que convenían unos y otras, era en que Leticia había nacido con el «don de gentes,» y en que no era cosa llana predecir hasta dónde podía llegar la «mujer de mundo» formada sobre la base de una joven de aquel carácter y de aquella singular naturaleza.

¡Sagrario!... el ruido, la inquietud, la intemperancia, la vehemencia, la sinceridad, la pasión; el día y la noche, la risa y el llanto. La curiosidad seguía devorándola, y la avidez de impresiones la consumía. No había asomo de juicio en aquella cabeza rubia que parecía el capricho de un pintor lascivo, ni tacha que poner á la hechicera envoltura de aquel temperamento tempestuoso.

—Ya verás, ya verás—decía Leticia, andando Verónica en vísperas de echarse al mundo,—ya verás cómo ese cacareado león no es tan fiero como nos le pintan. Algo impone de pronto su mirada, y cierto respetillo infunden sus bramidos; pero con un poco de serenidad y otro tanto de cierta maña que no ha de faltarte á tí, se le pasa la mano por el lomo y hasta se le pone bozal y se le liman las uñas, como á un falderillo de tres al cuarto.

—Lo mejor es—añadió Sagrario revolviendo un huracán con su abanico,—no tenerle pizca

de miedo, aunque ponga en las nubes sus rugidos y te saquen tiras del pellejo sus zarpadas. Así hay lucha, y el triunfo resulta más sabroso. ¿Qué creerás tú que es lo más malo de esta bestia de mil caras? Las mujeres, ¡pásmate! Ahí están los rencores, las envidias y el veneno. Esas, esas son las que necesitan látigo y hierro candente: todas, y cada cual por su estilo, son peores. ¡Pero los hombres! mansos, humildísimos borregos que se gobiernan con un hilo de estambre... No me dé Dios mayores enemigos.

—Según y como se los trate,—se atrevió la novicia á replicar á Sagrario, mientras Leticia se sonreía maliciosamente.

—No hay más que un modo de tratarlos, que yo sepa—repuso la rubia con admirable sinceridad:—bien... Pero el caso es que aplicas este mismo procedimiento, generoso y cortés, á las mujeres, y te resulta el efecto contrario; y cuanto mejor te portas con ellas, menos te quieren y más lo disimulan. ¡Si lo sé yo!

—¡Lo sabe! ¡Qué exageraciones!—exclamó aquí Leticia, no sé si por contener á Sagrario, ó por irritar más sus intemperancias geniales.

—¡Exageraciones!—replicó la rubia imitando la voz y los ademanes de su amiga.—¿Por qué? ¿Porque digo lo mismo que estás tú pensando?

—Pero, alma de Dios—repuso la otra,—si

aún no hemos cumplido los veinte años, y no hace uno que andamos por el mundo, ¿cómo hemos de conocerle con tantos pelos y señales? ¿Qué sabes tú todavía cuál es bueno ni cuál es malo, tratándose de hombres y de mujeres?

—¡Mucho, muchísimo!—exclamó Sagrario en un arranque de cómica solemnidad.—Y dejemos á un lado los hombres, por ahora, que son unos infelices que no se meten con nadie; ¡pero las mujeres!... ¿Piensas que soy sorda? ¿Tiénesme por ciega? ¿Lo eres tú, por si acaso? ¿Y tantos años se necesitan, andando entre ellas, para observar cuándo sus besos son de Judas, y puñaladas sus sonrisas?... Mira, *Beronic* (la llamaban todos así, en francés, como la habían llamado en el colegio, por quitar el saborcillo sainetesco que tenía su nombre pronunciado en español), y no te lo digo por meterte miedo, sino por todo lo contrario: porque sepas que, providencialmente y porque no aburran por llanos los salones, hay esas escabrosidades en ellos; lo que pasa es esto... y tenlo presente para que no te acongoje al otra día la sorpresa del hallazgo: por llegar, te comerán todas con los ojos; algunas te llenarán los oídos de lisonjas; otras, la cara de besos; tú estarás ruborosa, algo trabada con los estorbos de los elegantes arreos que nunca has arrastrado, y el flamear de los honores con que te reciben en el gran

mundo los veteranos de él; pues porque te turbas, porque te trabas y, sobre todo, porque estás hermosa, te morderán las que te besan, las que te adulan y las que te miran: las unas con la lengua, las otras con los ojos; y si no fueras bonita, te morderían lo mismo por todos estos pecados y por el de ser fea... ¿Te sonríes, Leticia?... ¡Qué pieza eres! Pues mira, ni siquiera le pido á *Beronic* las albricias del descubrimiento, porque esas cosas las he leído infinitas veces en libros de escarmentados. Lo que he hecho yo es comprobar el caso sobre el terreno, como ha de comprobarle esta novicia, por torpe que sea de oído y de mirada, siempre que haga la observación con un poco de malicia. ¡Pues si llegas á *tener ángel* para los hombres, y dan éstos en acudir á tu lado!... De risco que sean tus carnes, han de sentir la mordedura de la más blanda de boca.

Leticia soltó aquí la carcajada.

—¿Á que te sangran á tí todavía las cicatrices?—la dijo Sagrario, encarándose valientemente con ella.

—¡Si no me río por eso, extremosa!

—Pues ¿por qué te ríes, prudente?

—Porque en tu afán de abrir los ojos á ésta, vas á concluir por hacerle aborrecible aquello mismo que tratamos de hacerle amable... y que tanto nos gusta á nosotras.

—¡Bah!... ese no es caso de risa.

—¿Lo dudas?

—Es que no lo creo. Te ríes de mis despreocupaciones, como tú llamas á esta claridad que yo gasto, lo mismo en hechos que en dichos. ¡Como tú prefieres el sistema contrario!... Pues mira, yo no me río del tuyo, que te lleva al mismo fin que el mío: cuestión de temperamento y de gustos. Por eso no le predico á ésta las ventajas de tal ó cual camino para ir adonde nosotras vamos: lo mejor es dejar á cada cual que marche por donde más llano lo vea.

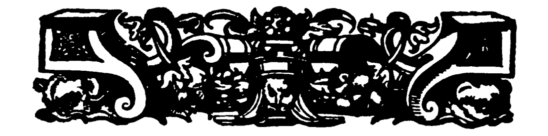
—Estamos conformes—dijo Leticia con gran formalidad, probablemente forzada.—Pero sea ó no caso de risa lo del cuadro que pintabas, es lo cierto que tanto puedes recargarle de color, que llegue ésta á mirarle con miedo.

—Por eso mismo—replicó Sagrario, golpeando á la aludida en un hombro con el abanico cerrado,—he comenzado por advertirla que se lo cuento para evitarla la sorpresa del hallazgo de ello; porque ha de saltarle á los ojos, más tarde ó más temprano, eso que yo tengo por uno de los bocadillos más sabrosos de la mesa de nuestro mundo... ¡Caramba, y qué bien salió este parrafejo! ¿Si iré para literata sin notarlo?... Con franqueza, *Beronic*... y perdona tú, Leticia, si hallas algo *shocking* la despreocupación: después del placer de ser codiciada

de los hombres de buen gusto, no hay otro que más halague mi vanidad que el ser envidiada y aborrecida de las mujeres elegantes.

Con esta explosión de las ingenuidades de Sagrario, cuatro mordiscos de la lima sorda de Leticia, y media docena de comentarios de la neófita, no tan cortos de alcance como pudieron creer sus amigas, tomándolos en toda su apariencia, terminó aquella entrevista, que no la enseñó mucho más de lo que ella sabía ó sospechaba.





V

LLEGÓ, al fin, y por sus pasos contados, la tan esperada noche de mi exhibición solemne. No conservo en la memoria los detalles minuciosos de aquel acontecimiento, tan señalado en la vida de las mujeres de mi alcurnia y de mis hábitos, porque, como todas las realidades muy soñadas, ésta no me pareció de la magnitud en que me la habían forjado las quimeras de la imaginación.

»Recuerdo que precedieron á la fiesta largas horas de punzante inquietud, de ávida contemplación de mis flamantes y simbólicos arreos de batalla, tendidos sobre lechos, sillones y cojines: desde el menudo zapato de raso, hasta las flores de la cabeza, pasando por un océano de sedas, encajes, plumas y crespones: todo aéreo, todo casto, todo *simple*, como pedían y piden los estatutos de la *Orden* para una doncella

de mi edad y condiciones, á quien no le es lícito, *todavía*, albergar malicias en su cabeza ni torpes sentimientos en el corazón; otras horas, no tan largas, en lo más recóndito de mi gabinete, entre menjurjes, abluciones y atildaduras de tocador. En seguida la ímproba y conmovedora tarea de vestirme todos los dispersos perifollos: allí mi madre, allí la doncella, allí la modista; yo, como un maniquí, rodeada de luces y de espejos. El vestido, sin mangas y casi sin cuerpo, dejábame las carnes, de cintura arriba, medio á la intemperie. Sentía yo la impresión del aire tibio, más que en ellas, en algo tan profundo y delicado, que, tras de golpearme las sienes, me obligaba á cerrar los ojos y á tirar del escote del vestido hacia arriba, y de las mangas hacia abajo; procedían en sentido inverso la modista y la doncella; sonreíase mi madre; quejábame yo de que era mucho lo descubierto; replicábanme que por lo mismo, y por ser bueno, había que lucirlo; atrevíme á mirarlo más despacio, y resignéme al fin, porque quizás estuvieran ellas en lo cierto, amén de que lo imperioso del mandato quitaba todo pretexto á mis escrúpulos.

»Ya estaba armada de punta en blanco: nuevas combinaciones de luces y de espejos para verme á mi gusto por todas partes, y ensayar actitudes, movimientos y sonrisas, y sorprender

á hurtadillas la grata impresión de todo ello en las caras de las tres espectadoras.

»En el salón inmediato aguardaba mi abuelo, que, en honor mío, había hecho aquella noche «la calaverada» de ir á admirarme «vestida de pecadora.» Al verme aparecer, se quedó como asombrado. Pensé yo que se escandalizaba, y me cubrí el seno con el abanico. Me dijo á su modo muchas cosas, que tan pronto me sonaban á ponderaciones entusiásticas, como á lamentos de pesadumbre. Atajéle el discurso poniéndole mi frente junto á su boca para que me diera un beso, y le pagué con otro resonante en la rugosa mejilla, y unos cuantos embustes cariñosos, de cuyo efecto mágico sobre el corazón del pobre hombre estaba yo bien segura.

»En esto, y mientras mi madre acababa de vestirse y de adornarse, dijéronme que mi hermano deseaba verme.

»Acudí á su cuarto. Estaba en la cama, descoyuntado entre mantas y almohadones. Por verme entrar, me llenó de improperios; detúveme dudando junto á la puerta, y eso fué mi fortuna, porque con la última desvergüenza me arrojó la palmatoria, que se estrelló contra el espejo de un lavabo, á media vara de la cola de mi vestido.

»Volvíme al lado de mi abuelo, entre asustada y risueña; y tras largo, interminable rato

de esperar á pie firme, por no ajar la tersura de mis faldas, llegó mi madre con el aspecto y el andar de una matrona romana, ocultando la cruz de sus achaques y los estragos de la edad con el engaño de un cielo de fulgurante pedrería sobre otro caudal de sedas y artificios.

»Mi padre andaba aquella noche ciegamente empeñado en sus caballerías senatoriales; y, con harto sentimiento mío, no recibí los alientos de su aplauso en aquélla mi primera salida á correr las aventuras por las encrucijadas del gran mundo.

»Recuerdo también la impresión que recibí al hollar por primera vez y con pie inseguro, la espesa alfombra del salón de la fiesta. Fué aquello como una oleada de luz esplendorosa, de rumores confusos, de miradas punzantes, de sonrisas burlonas, de colores fantásticos y de aromas narcóticos, que se desplomó de pronto sobre mí agobiándome el espíritu y deslumbrándome los ojos. Aprensiones de mi inexperta fantasía que exageraba enormemente el relieve de mi figura y el espacio y el término que ocupaba en aquel cuadro.

»Pasó todo como el amago de un vértigo, por obra de un esfuerzo de mi voluntad y del auxilio discreto y oportuno de Leticia y de Sagrario. Logré hacerme á la fiereza del león, y atrevíme en seguida á afrontar los lances del peligro.

»Para esta empresa contaba con un arma. en cuyo manejo era yo muy diestra, sin que nadie me le hubiera enseñado: el falso rubor de novicia en aquel pomposo ceremonial mundano. Nada como ese recurso para ver sin ser vista y ponerse en situación de aceptar lo cómodo y agradable, y desechar lo molesto, sin pecar de imprudente en lo primero ni de torpe ó de vana en lo segundo. Me salió bien la cuenta. Al amparo de la ficción, detrás de mi broquel de niña candorosa, mis malicias de mujer precoz escudriñaban todo el campo de batalla y conocían hasta las intenciones del enemigo, sin que el tiroteo de su obligado tributo de lisonjas y de galanterías me causara el más leve daño con las que de ellas eran necias ó impertinentes.

»La exención absoluta del pesado deber de tomar en cuenta sandeces y majaderías, no tiene precio en casos tales, con la doble ventaja de que, á título de niña inexperta y ruborosa, la más trivial ocurrencia suena en sus labios á ingenioso concepto, y toda claridad, por amarga y cruda que resulte, queda triunfante y sin réplica.

»Y muy poco más conservo en la memoria de los lances y sucesos de esta aventura, cuyo único mérito para formar capítulo aparte, consiste en haber sido muy deseada, y la primera entre las de mi vida mundana; muy poco más, y eso en tropel confuso; verbigracia: la peste

de los salones de entonces, y de ahora, y de siempre; esas criaturas sin sal ni pimienta, insípidas é incoloras, y, estaba por decir, sin sexo ni edad, estúpidamente esclavas de los preceptos de la moda en el vestir, en el moverse y en el hablar; más que niños y mucho menos que hombres, con la insubstancialidad y la ignorancia de los unos, y los atrevimientos y los peores vicios de los otros; ridículos y feos, asaltándome sin tregua ni respiro, devorando con ojos estrellados los repliegues de mi escote, y exponiendo, como mérito sobresaliente para aspirar á mi conquista, el arrastre de las *rr* de sus impertinencias y el hablar á tropezones la lengua de Castilla, sólo porque sabían que yo me había educado en Francia; las obligadas galanterías de los buenos mozos, por lo común, más nutridas de malas intenciones que de agudezas; los enrevesados conceptos de los galanes presumidos y cortos de genio; las protectoras sonrisas y las *paternales* franquezas de los personajes maduros, á quienes la edad y la fama autorizan para todo, hasta para ser descomedidos y groseros; los cumplidos extremosos, las ponderaciones de rúbrica y las forzadas protestas de cariño de viejas retocadas, de madres envidiosas y de jovenzuelas casquivanas como yo; el vértigo de la danza casi incesante, en brazos de unos y de otros; los sueños voluptuo-

sos, ó la tortura insufrible, según los casos; más tarde, la agonía de la curiosidad, y la vista y el oído cansados por saberse de memoria las figuras, los colores y el rumor del cuadro, cuya luz se va velando por la evaporación del concurso y el polvillo tenue de suelos, galas y afeites, y cuya atmósfera espesa, tibia y saturada de perfumes, repugna á los pulmones y al estómago; después, el quebrantamiento del cuerpo, escozor en los ojos, mucho peso en los párpados, cierto deseo de bostezar... y, al cabo, la vuelta á casa, arrebujada en pieles y casi tiritando en el fondo del carruaje; los elegantes arreos de la fiesta, lacios y marchitos, arrojados con desdén en los sillones del dormitorio; y, por último, el meterme en la cama con la impresión de un escalofrío; el cerrar los ojos y el sentir en el cerebro las caras, los colores, los sonidos, las alfombras, los espejos, las bujías, los lacayos, toda la casa, toda la fiesta hecha un revoltijo, una pelota, aporreándome los oídos y las sienes; la memoria embrollada, el corazón entumecido, la inteligencia embotada para todo discurso; y persiguiéndome y asediándome entre tan cerrada obscuridad, la extraña persuasión, clara como la luz del día, de que nadie me había puesto aquella noche tantos defectos ni me había rebajado tanto en la escala de las elegantes, de las discretas y de las hermosas, como mi amiga Sagrario.



VI

El goce libre y frecuente de estas fiestas y otras semejantes, me enseñó bien pronto que, ó no había en el mundo naturalezas de acero para salir sin mella de los combates más rudos, ó á mí me había tocado en suerte una de las mejor templadas. Efectivamente: era yo, á pesar de mis pocos años, mucho más serena y menos impresionable entre la baraúnda del comercio galante, de lo que me había imaginado antes de conocer de cerca esas cosas. Aunque no era incombustible por completo, tenía todas las posibles ventajas para jugar con el fuego sin consumirse estúpidamente en él. De lo cual me alegré sobremanera, porque no es la vida de las mujeres «de mundo» tira tan larga, que no importe ir cediendo á cada paso jirones de ella.»

Mientras se fué dando cuenta de este hallazgo, ocurrieron en su familia muy señalados

acontecimientos. El primero fué la muerte de su hermano. El tema de los caprichos de esta infeliz criatura había llegado á lo inverosímil, como su existencia entre el enjambre de enfermedades que la consumían. Antojáronsele cerezas frescas en el mes de diciembre, y no cabiendo en lo humano adquirirlas así á ningún precio, ni falsificarlas, como se había hecho con tantas otras cosas falsificables en idénticos casos, creció con el obstáculo la fuerza de su empeño, llegó la corajina al paroxismo; y aquel hililllo tenue de vida, á tan duras penas conservado, se quebró de pronto como el de una tela de araña, sin un sonido ni una vibración.

Este suceso, como si se contara con él, ya que no fuera deseado, no arrancó una lágrima siquiera en la familia. Produjo cierta tristeza que parecía nacida del corazón, por lo que toca al marqués y á su mujer. En cuanto á la hija, la dió demasiado en qué pensar la nueva jerarquía en que volvía á colocarla la muerte de su hermano. Por decreto de ella, dejaba de ser simple y desdeñada segundona, y recobraba sus prerrogativas de primogénita y única heredera de los títulos y bienes de la casa, condición de gran monta para ella, desde que sabía, por propia observación, lo que vale y lo que cuesta la vida doméstica y social de las mujeres de su alcurnia. No era de temer ya la sorpresa de un

nuevo varón que de la noche á la mañana volviera á despojarla de sus recobradas preeminencias; pero es indudable que las hubiera dado mayor importancia, y por muy distinto motivo que entonces, si el suceso que se las restituía hubiera ocurrido en aquellos tiempos en que las inexplicables injusticias de su madre la tenían relegada á los últimos rincones de la casa. Miseriucas del corazón humano.

Por lo demás, ocurrió lo de costumbre en tales ocasiones: varios días de duelo, más ó menos cordial; visitas de *íntimos*, á todas horas del día y de la noche; cumplimientos falsos de amigos cumplimenteros; tertulias reducidísimas y taciturnas, los primeros días, que fueron poco á poco animándose y creciendo; un luto reducido al *mínimum* de lo que permiten las cláusulas de lo regulado para tales ocasiones; transformación radical del gabinete mortuorio, por renovación de muebles y decorado, etc., etc... y á las tres semanas, desaparición completa de toda huella material del breve y doloroso tránsito de aquel desdichado sér por las asperezas de la vida, y absoluto olvido de su nombre en las conversaciones y en la memoria de los vivos.

En el alivio andaban de su luto, harto aliviado desde el primer día, cuando el abuelo, que en virtud de su avanzada edad y de sus incu-

rables padecimientos, había consentido en cambiar su soledad por la compañía de sus hijos, llamando á la nieta á su gabinete una mañana, la dijo con voz entrecortada y sepulcral:

—Me muero, sin remedio, antes del mediodía. Adviértelo en tu casa del modo menos estrepitoso que puedas, y hazme el favor de mandar que venga un cura para confesarme... y por si no tengo tiempo para advertírtelo después... escúchame ahora unos instantes... Á pesar de las sangrías espantosas hechas á mi bolsillo por tu madre, todavía os dejo una gran fortuna, como veréis por el testamento cerrado, cuya copia hallaréis en mi pupitre. Convencido de que tan pronto como echen la zarpa á ese caudal, la insensatez de tu padre y la loca vanidad de tu madre han de despilfarrarlo en cuatro días, he procurado dejar á salvo, en beneficio tuyo, cuanto la absurda ley vigente me permite... Pero si he de decirte lo que siento, no fío de tu cordura mucho más que de la de tus padres. La única ventaja que les sacas es que tienes mejor entendimiento que ellos. Lo que llevas visto de ese mundo que tanto os seduce, te habrá enseñado á conocer lo que vale el dinero para andar por él triunfando, y lo que importa á los mundanos no arruinarse. Esto es lo que quiero que no olvides y encomiendo á tu buen entendimiento, para que hagas, por egoísmo siquiera,

lo que no me atrevo á esperar de tu virtud... Porque, hija mía, yo te quiero mucho, muchísimo, mucho más de lo que puedes imaginarte; pero con todo lo que te quiero, en lo tocante á pompas y chapucerías mundanas, ya te lo he dicho, no fío gran cosa de la veta que sacas, ni del aire que llevas por el camino que sigues... Perdona la franqueza, que á ella me obligan el amor que te tengo y el trance en que me hallo... Y ahora, un beso... ¡el último, hija mía! ¡Y que Dios haga el milagro de infundir con él, en lo más hondo de tu corazón, los sentimientos que llenan el mío en este instante!

Jamás habían vertido los ojos de la joven lágrimas tan cordiales ni tan copiosas como las que entonces corrieron á lo largo de sus mejillas, ni su pecho se había sentido agitado por tan hondas impresiones como las que la dominaban mientras el amoroso anciano estampaba en su frente, inclinada hasta tocar su boca, un beso trémulo, convulsivo, frío como la losa de un sepulcro.

Y todo sucedió como él lo había dispuesto y vaticinado: se confesó á las once, comulgó á las once y media, y se murió antes de las doce.

¡Cuánto lloró Verónica aquel día, y al siguiente, y con qué fervor rezó por el alma del muerto, y con qué sinceridad prometió á su memoria grabar en el corazón sus últimas ad-

vertencias, y ajustar á ellas todos los actos de su vida!

Tardó mucho en acostumbrarse á contemplar con ojos enjutos y corazón tranquilo, la soledad y el silencio de aquel gabinete en que tantas caricias y tan repetidos testimonios de entrañable amor había recibido del doliente octogenario. De todo lo cual se deduce que quería de veras á su abuelo.

La marquesa, cuyos males la impedían entregarse por entero á los rigores de la pesadumbre que le correspondía por la muerte de su padre, se asombraba de las lágrimas y de las tristezas de su hija, y la conjuraba, en frase dura y seca casi siempre, á que se volviera á lo suyo, «dejándose de gazmoñerías sentimentales, que ya chocaban á las gentes.»

—¡Dichosa ella!—solía decir el marqués, interviniendo en el caso algunas veces, mientras se paseaba por el gabinete, con las manos en los bolsillos, las cejas y los labios contraídos, la cabeza humillada y los ojos chispeantes, derramando la mirada, que quería ser triste, por los dibujos de la alfombra.—¡Dichosa ella, que está en la edad de las grandes impresiones, y puede llorar para desahogo del corazón oprimido! Llora, llora, hija mía; que con las lágrimas se honra á los muertos y se cumple con las leyes de Dios y de la Naturaleza. ¡Ay de

nosotros, que, sintiendo tanto como tú, no podemos llorar!

Y en esto miraba con el rabillo del ojo á su mujer, que le respondía con un gesto de aire colado.

La herencia fué pingüe de veras. Cortijos en Andalucía, dehesas en Extremadura, casas en Madrid, papel del Estado, acciones del Banco de España... de todo había mucho y bueno, libre y desempeñado.

Un día se hizo el recuento, y resultó que las rentas de este caudal pasaban de cuarenta mil duros. Con ellos, y lo que quedaba de los bienes del marqués y de la dote de la marquesa, se podía calcular la renta en un millón de reales. Verónica había sido mejorada en tercio y quinto, y esta mejora estaba asegurada, entre el cuerpo de bienes, con cuantas ligaduras eran de apetecer, según la sabia y cariñosa previsión de su abuelo.

Muy pocas horas después de hecho este cálculo, fué cuando á la marquesa se le ocurrió caer en la cuenta de que con la muerte de su padre y de su hijo, aquella casa que habitaba tanto tiempo hacía, en la calle de Hortaleza, le parecía un cementerio sombrío: veía á las «queridas prendas» de su corazón, doloridas y agonizando, en cada rincón, en cada mueble y á cada instante: su espíritu, tan combatido por

los males del cuerpo y por las tristezas del alma, no estaba para grandes pruebas, y le era indispensable «salir de allí... á cualquiera parte.»

El marqués, que «estaba en todo,» como él decía, asintió inmediatamente al reparo de su mujer; y como comprendía muy bien «la situación de las cosas,» añadió que era de urgente necesidad tomar otra casa de mejores horizontes, de más luz, de más aire, más capaz y más alegre. Debía pensarse hasta en un *hotel* en Recoletos ó la Castellana; pero sólo pensarse por entonces. Entre tanto...

Entre tanto, se alquiló un vastísimo principal en la calle de Alcalá, por la miseria de tres mil duros al año; y como no era cosa de ir á habitarle tal como le habían dejado los últimos inquilinos, ni de trasladar á él los muebles de la calle de Hortaleza, tan llenos de tristes recuerdos, y tan pasados de moda los más de ellos, hubo necesidad de hacer obra en la nueva casa y de encargar el necesario y conveniente ajuar para ella. En lo tocante á la obra, una vez acordada, ó hacerla útil ó no hacerla. Cada inquilino tiene sus necesidades y sus gustos, y los de la marquesa eran distintos en todo, por las trazas, de los de las gentes que habían precedido á su familia en la casa de la calle de Alcalá. En la cual había muchos gabinetes con un

solo salón; y precisamente necesitaba ella, por razón de aire y de holgura, tan indispensables para su salud, muchos salones y pocos gabinetes, comedor amplísimo y vestíbulos desahogados. A este fin, no quedó un tabique en pie; se encargó el plano de la nueva obra á un arquitecto; y como en el piso había tela en qué cortar, todo se hizo al gusto de la marquesa, que halló en estos entretenimientos ocasión de invertir las largas é insípidas horas que traen consigo la esclavitud y la tristeza de un luto rigoroso, como el que la familia vestía entonces.

Aplaudían los amigos de la casa el gusto y la esplendidez de la marquesa, á quien atribuían exclusivamente la dirección de todo aquello, mientras la interrogaban con un gesto, por no atreverse á ser más explícitos con la lengua, al recorrer una verdadera serie de salones fastuosamente decorados. Respondía ella con otro gesto que, cuando menos, significaba que había comprendido la pregunta; y algo parecido le ocurría á su marido con los *hombres políticos*, que casi le formaban un cortejo diariamente desde lo de la herencia, y poco más ó menos le sucedía á la hija con sus amigas; sólo que éstas eran más claras en el preguntar, y ella menos encogida en el responder, por lo mismo que estaba bien persuadida del destino de aquellos despilfarros, desde que su madre apuntó en la

calle de Hortaleza la necesidad de vivir en casa de mayor calibre.

Al fin se terminaron las obras y el luto; invadieron la nueva casa mueblistas y tapiceros; llenáronse suelos, paredes y techos de ricas alfombras, de espejos colosales, de cuadros y tapices valiosísimos, de arañas estupendas y de muebles caprichosos; llovieron esculturas y monigotes por todos los rincones y tableros de mesas y veladores; atestáronse de primorosas y artísticas vajillas los aparadores del comedor, que era un bosque de roble tallado y un bazar de porcelanas, bronces y cristalería, tapizado de cuero cordobés; no quedó cortinón de vestíbulo ni de puerta de tránsito sin su correspondiente escudo nobiliario; y cuando ya estuvo todo en su punto y sazón, y la servidumbre arreglada á las exigencias del nuevo domicilio, y cada criado en su puesto y convenientemente vestido, y la cocina humeando, con su *jefe* bien enmandilado y mejor retribuído, con su trailla de marmitones y ayudantes, en un lujoso landó, arrastrado por dos briosos alazanes ingleses, y conducido por un cochero colosal, envuelto el cuerpo en un océano de paño gris, y media cara y los hombros en otro mar de pieles erizadas, guantes por el estilo y alto sombrero con cucarda por coronamiento de esta silueta de oso polar, llevando á su izquierda, como su re-

flejo en más reducidas proporciones, el correspondiente lacayo, se trasladó la familia al flamante albergue, dejando en el otro lo poco que quedaba de los ya casi borrados recuerdos que habían sido la disculpa de la mudanza, y hasta el polvo de las suelas del calzado.

Todo este boato, con el apéndice de otro á su consonancia en cuadras y cocheras, costó mucho más de cincuenta mil duros; y me consta que por no haber tanto dinero disponible en casa, se vendieron papeles que lo valían, prefiriendo el marqués sacar esta primera cucharada del ollón de la herencia, á someterse á a tiranía de la usura, y, sobre todo, al bochorno de inaugurar con una deuda aquella nueva y esplendente fase de su vida social.





VII

Y ACONTECIÓ muy luégo lo que á la vista estaba desde que la marquesa apuntó la idea de dejar la casa, relativamente modesta, de la calle de Hortaleza; y fué de este modo: el marqués insinuó *compromisos* de banquete á sus amigos políticos; la marquesa invocó *deberes* ineludibles de responder á súplicas de sus amigas, dando á aquellos hermosos salones su verdadero destino; es decir, estrenándolos con un baile que, sin gran esfuerzo, haría raya entre las fiestas del «gran mundo» madrileño, habidas y por haber; reforzó el primero sus razones de preferencia, sin negar la gravedad de los *compromisos* de su mujer, exponiendo deudas de gratitud con los personajes que, para entretener sus apetitos senatoriales, acababan de ofrecerle un distrito vacante en Ciudad-Real, para diputado á Cortes; insistió la marquesa en su empeño á favor del

baile, sin negar el compromiso del banquete; replicó el marqués, llevando la contraria, hasta con textos de Maquiavelo y de Bismarck; y, por último, terció Verónica, que se hallaba presente en la porfía, proponiendo que se diera una fiesta que tuviera de todo: una recepción, por lo más alto, en la cual anduviera el rumbo del comedor al nivel del brillo de los salones.

Y así se hizo quince días después.

No es cosa averiguada enteramente si la fiesta causó en la *opinión pública* todo el efecto que la marquesa había soñado; pero no tiene duda que concurrieron á su casa aquella noche muchas y muy distinguidas gentes; que bailaron mucho y que devoraron mucho más; que hubo hiperbólicas ponderaciones en variedad de tonos y estilos, para la casa y para sus moradores, por el buen gusto, por la riqueza, por lo de los salones y por lo del comedor; que al día siguiente soltaron en los papeles públicos los cronistas obligados de fiestas como aquélla, toda la melaza de su trompetería de hojaldre, para declarar, *urbi et orbi*, que los marqueses de Montálvez eran los más ricos, los más distinguidos, los más amables marqueses de la cristiandad y sus islas adyacentes, y su hija, la joven más bella, más *espiritual* y más elegante que se había visto ni se vería en los fastos de la humanidad distinguida, es decir, del «buen

tono;» en virtud de todo lo cual, aquel baile debía repetirse para gloria de la casa, ejemplo de otras por el estilo, y recreo de la encopetada sociedad madrileña; y finalmente, que se contaron por miles los duros que costó aquel elegante jolgorio, y que el marqués tuvo necesidad de meter, por segunda vez, la cuchara en la olla grande para pagarlos, por los consabidos temores á la usura y las propias repugnancias á las deudas.

El cual marqués llamó á capítulo de familia para reflexionar, para discutir, para resolver (todos estos términos usó) acerca de aquel cariñoso vocerío de los papeles, y sobre más de otros tantos memoriales enderezados al mismo fin, que en la intimidad de la conversación le *elevaban* en los pasillos del Congreso, en los corredores del teatro y en las encrucijadas del Retiro, las eminencias de la política, los Cresos de la banca y las lumbreras de la literatura, con quienes él se codeaba á cada instante; á la cual lista añadió su mujer inmediatamente otra tan larga, más ó menos auténtica, de solicitantes de la flor y nata del mundo elegante; lista que reforzó la hija con un imaginario, pero verosímil catálogo de pretensiones idénticas, arrancadas del ancho círculo de sus amigas y aduladores.

Ciertamente que (en opinión del marqués, el

cual, con olímpica solemnidad, hizo un detenido resumen de estas circunstancias) el éxito excepcional de la reciente fiesta, las condiciones singulares de la casa, la respetabilidad de los timbres de familia, más brillantes y esplendorosos desde la herencia del «inolvidable anciano;» su (del preopinante) cada día más señalada significación en el agitado campo de la política española; la evidente y poderosa necesidad de aliviar los dolores físicos de la marquesa con esparcimientos racionales, á la vez que enérgicos, del espíritu; la edad de su hija, sus prendas personales, sus conveniencias de hoy, su porvenir... todo, todo, absolutamente todo, justificaba el persistente clamoreo, se imponía al criterio vulgar de las gentes precavidas y juiciosas, y exigía de ellos «un generoso esfuerzo, por encima de toda reflexión egoísta, de todo razonamiento matemático.»

La marquesa y su hija fueron del parecer del marqués, y hasta se creyeron conmovidas con los períodos más elocuentes de su discurso; razón por la que se decretaron las instancias «como se pedía...» y un poquito más, en cortés y debida correspondencia. ¡Ni más ni menos que si el marqués y la marquesa creyeran que en aquel acto cedían sorprendidos por la fuerza de las circunstancias, y no al aceptado y bien consentido imperio de sus nativas vanidades! ¡Co-

mo si su hija, tan opuesta por temperamento á todo linaje de fingimientos y disimulos, no supiera que antes de insinuarse la pretensión en las pocas personas que la manifestaron, ya tenía, cada uno de los tres, resuelto el caso en la mente!

Hubo, pues, andando los días, y no muchos, un baile en la casa, tan brillante y tan celebrado como el anterior; pero no á título de «otro baile más,» sino como el primero de una larga y ostentosa serie de ellos. Y colocado ya el asunto en esta pendiente, y rodando las cosas por su propio peso, un día, á fin de entretener mejor los largos intervalos entre fiesta y fiesta, los amables y agradecidos marqueses de Montálvez hicieron saber á sus *íntimos* que todos los jueves *se quedaban en casa.*

Y se quedaron en ella todos los jueves, conforme á lo prometido.

Á los bailes concurría *todo Madrid*, lo más cogolludo y rechispeante de la aristocracia, de la banca, de la política, de las artes y de las letras. Aquellos salones, deslumbrantes de luz, saturados de perfumes, henchidos de bellezas cargadas de lujo y de pasiones; el incesante crujir de las telas; el ondular de las colas, arrastradas sobre los aterciopelados tapices; el rumor de las conversaciones, el centelleo de las joyas, los suaves acordes de la invisible orques-

ta, y el flujo y reflujo de la muchedumbre, verdadero mar de colores y sonidos derramado por aquellos ámbitos esplendentes, ora en impetuoso torbellino agitado por los huracanes de la danza, ora en sosegado vaivén durante los intermedios; toda aquella magnificencia, en suma, toda aquella pomposidad babilónica, ejercía sobre el espíritu cierta impresión de borrachera, que disculpaba, en lo humano, el éxtasis en que el marqués admiraba el espectáculo, la pasión con que la marquesa *hacía los honores* de él, y la voluptuosidad con que la hija se dejaba mecer sobre el oleaje de aquella tempestad de deleites.

Después de bailar se cenaba; y las concupiscencias de Lúculo emulaban el fausto de Nabucodonosor.

La concurrencia de los jueves se componía de un poco de todo lo de las grandes fiestas, y no se admitían presentados; «amigos de confianza» que *hacían* política y administración y ejército, y hasta el amor, y discreteaban, según las edades, los caracteres y los sexos; algo de tresillo, mucha murmuración al calor de la chimenea, música á ratos, alguna vez lecturas, y, en ocasiones, baile. Por conclusión, te con pastas.

Muchos de estos amigos comían en la casa cada lunes y cada sábado, porque también

figuraba este renglón en el programa de los usos elegantes y distinguidos de la familia.

Sumando con ellos las *recíprocas* á que ésta tenía notorio derecho, y no se le escatimaban ciertamente; su turno en *el Real;* su *día de moda* en *el Español* y en otros teatros más; las indispensables exhibiciones en carruaje abierto; las tareas *distinguidamente* devotas y benéficas de la marquesa, que á la sazón era presidenta y directora de no sé cuántas congregaciones cristianas, particularmente la de las *Madres ejemplares*, fundada por ella, y la de *Doncellas humildes y temerosas de Dios*, á la que pertenecía la hija, y por eso concurría á sus asambleas cada miércoles y comulgaba dos veces cada mes en las Calatravas; y, por último, sus excursiones veraniegas por todo lo más distinguido y más caro de las regiones europeas á estos esparcimientos destinadas por la moda, ¿qué extraño es que no le quedara una sola hora, un solo minuto para vivir *en familia*, para mirar *por dentro* las prosáicas mecánicas de la vida normal, para traer á las mientes las cuerdas advertencias del olvidado abuelo... para contemplar, siquiera, desde el punto de la pendiente rápida en que se hallaba, el necesario é inevitable paradero, término fatal y merecido remate de tan locos despilfarros?

Y lo peor era que el principal y mal forjado

pretexto de ellos, cada día los desacreditaba más; porque las dolencias de la marquesa parecían crecer á medida que eran mayores y más caras las distracciones con que las combatía. Pensaba la infeliz que devorando sus quejidos y tapando con sonrisas forzadas la expresión de sus tristezas, y con drogas y menjurjes el color de la agonía y las arrugas de los años y de las zarpadas de la enfermedad, ni ésta avanzaba ni las gentes la veían, sin caer, ó mejor dicho, no queriendo caer en la cuenta de que aquellos esfuerzos del ánimo, con aquel vivir sin sosiego, eran á sus males lo que el combustible á la hoguera: cebo que los alimentaba y los embravecía. Porque la vanidad, el demonio de las mujeres «de mundo,» la poseía de pies á cabeza; y por eso, solamente era devota y benéfica en cuanto sus actos pudieran lucir en honra y gloria de sus humos de aristócrata acaudalada, y se dejaba arrastrar sin resistirse hacia las fauces del monstruo que la fascinaba, como el borracho contumaz hacia el lento suplicio de la taberna.

Mejores frutos pensaba haber sacado el marqués de la vida aparatosa que traía; porque, al cabo, ya que no la senaduría, que tanto le halagaba, había logrado la limosna de un asiento ministerial en los escaños del Congreso; y, sin embargo, cotejando el valor de su conquista,

reducido, en substancia, á la gloria dudosa de haber pronunciado un discurso de dos horas mortales sobre la langosta de la Mancha, que no escucharon más que los taquígrafos y unos cuantos babiecas inexpertos de las tribunas; al trabajo imponderable y continuo de atormentar subsecretarios y directores, recomendándoles las querellas de todo linaje de pretendientes desvalidos, con el único fin de acreditar sus influencias; al oneroso vicio de solemnizar con un te á «sus amigos políticos» cada discurso del Presidente del Consejo, ó cada batalla ganada por el Ministerio á las revoltosas oposiciones; á no tener hora ni punto de sosiego, por estar pendiente de sus deberes de padre de la patria y creerse obligado á tomar por lo serio y á sentir en su ministerial epidermis cuantas cuchufletas y alegatos contra la situación leyera en la prensa oposicionista, y la leía de cabo á rabo, y á algunas cosas más por el estilo; cotejándolo todo, repito, con lo que le había costado en desaires, en paciencia... y en banquetes, la ganancia no resultaba del todo apetecible para un ambicioso de los más usuales. Pero, al fin y al cabo, gozaba de veras el pobre hombre, era dichoso por completo; y tan absorto le traían las preocupaciones del oficio y los deberes y solaces de su vida doméstica y social, que hasta había perdido enteramente aquél su

hidalgo aborrecimiento á las deudas y á la usura, y ni siquiera reparaba cómo este mal demonio de los ricos desatentados le iba hincando las uñas en lo más vivo, en lo más hondo, en el mismo corazón de la «olla grande.»





VIII

En este método de vida, y sin pensar en abandonarle, porque no conocía otro más divertido, cumplió Verónica los veintidós años. Decían los cronistas de salones por escrito, y de palabra el enjambre de aduladores que cenaban en su casa y la perseguían en las ajenas, que era, por entonces, el dechado de todas las perfecciones escultóricas y el conjunto de todos los donaires del ingenio. Sin ser la cosa para tanta ponderación, es innegable que la madre naturaleza no la había escaseado los dones que más seducen y alucinan á los hombres de escogidos gustos, y más provocan las rivalidades y antipatías entre las mujeres que carecen de ellos, ó no los poseen en tan alto grado. De ambos efectos tuvo copiosas pruebas.

Pero la tachaban, con pesadumbre los unos y con visible delectación las otras, de descora-

zonada y mordaz; y creo que tampoco estaban en lo justo los hombres ni las mujeres que tal afirmaban. No le faltaba corazón en el sentido en que lo entendían aquellas gentes. Lo que ocurría, á mi entender, era que hasta entonces no había hallado cosa de su gusto en qué emplearle, ni sentido seria tentación ni punzante deseo de trocar la divertida y risueña libertad que gozaba, por la relativa opresión de la cadena de flores, pero al fin cadena, con que se estimulan ciertas concupiscencias femeniles al cambiar de estado en aquella edad y en la esfera social en que ella vivía. Tan atestados tenía los oídos de lisonjas, tan repetido llegó á ser el tema *amoroso* con que la asediaron galanes de todas las imaginables cataduras, que ya consideraba el caso como una rutina obligada en los usos de la buena sociedad; le sonaban aquellos arrullos como un ruido más de los ruidos del mundo, y pasaban con éstos sobre ella como el aire sobre las rocas.

No es esto decir que todo le fuera lo mismo y que no hubiera en el ancho círculo de sus relaciones sociales algo en qué detener la imaginación y con qué apacentar los deseos, ni, por tanto, me atrevo á afirmar que no hubiera sido otra su conducta bajo el imperio de otras leyes de moral enteramente distintas de las que rigen en las cultas sociedades europeas; pero acep-

tando el cargo *en derecho constituído*, como dicen los jurisconsultos, y pareciéndole, para juego, muy insubstancial el de los amoríos *á turno*, su cabeza, contra lo que se refiere de los ímpetus de la edad y de las rebeldías de la carne, se imponía sin gran esfuerzo á toda esa caterva de impulsos pasajeros, tan mal llamados, por falta de experiencia ó por sobra de malicia, «arranques del corazón.»

Dueña, pues, de sí misma y con sereno juicio; alegre por carácter, cortés por educación, y tomando á broma los galanteos y á diversión las flaquezas de los demás, no es extraño que en sus procedimientos, en su conducta y en su lenguaje, abundaran más las notas de color alegre, si vale el símil, que los tonos severos de las naturalezas profundamente sensibles y reflexivas. Á esto se llamaba mordacidad, con bien poco fundamento, á mi juicio.

Lo que no tiene duda es que por entonces gozó de mucha celebridad en el «gran mundo» madrileño; ó, hablando más adecuadamente, estuvo *de moda* en él. Se atrevió á enmendar la plana á las reinantes, así en el vestir y aderezarse, como en el andar; formaron escuela sus atrevimientos, y hubo peinados, y abanicos, y hasta actitudes, con su nombre; ambicionábanse sus saludos y sonrisas en la calle y en los espectáculos, entre los hombres y los mocosos

distinguidos, casi tanto como los del *Tato* ó los de la Alboni; rayáronle el afrancesado *Beronic* con que desde su salida del colegio la habían confirmado sus amigas, por horror justificable al sainetesco nombre con que fué castigada en la pila, y la llamaron todos, en papeles y corrillos, para colmo de su gloria y sello de legítima calidad, *Nica Montálvez*.

En las grandes fiestas de su casa, ó en otras semejantes fuera de ella, era donde los donaires de su ingenio y la pimienta de su natural desenfado se derramaban en mayor abundancia y lucían en todo su ponderado alcance. Estaba allí como el pájaro en la selva; cantaba donde, cuando y lo mejor que le parecía, porque la misma multitud le servía de escondite, y su obligada agitación disculpaba sus incesantes vuelos de rama en rama; y como los hombres tontos son los ecos de estas *soledades*, siempre había flotando sobre los rumores del concurso alguna melodía de sus cánticos, llevada de boca en boca, con la mejor intención del mundo, pero con el afán y la rapidez con que se propagan de ordinario todos los falsos testimonios. Parecía cosa convenida que todos sus actos habían de ser originales y todas sus palabras agudezas.

Otra bien distinta era su conducta en la intimidad de las tertulias de su casa. Y, sin em-

bargo, estaba allí más á gusto y en su elemento que en todas partes, con ser el círculo tan estrecho y tan limitados los pasatiempos. Porque, contra lo que publicaba la fama, y aun contra mucho de lo que ella misma juzgaba de su propio carácter, había en el fondo de éste, cuando se trataba de recrear un poco el espíritu, cierta oculta preferencia por el examen íntimo de las cosas, entre éste y el conocimiento de ellas por medio de las impresiones súbitas, como si la cautivara más el detalle que el conjunto.

De todas maneras, llegó á haber motivos muy considerables para que, aun sin contar con aquélla su natural inclinación, consagrara más hondo interés á sus reuniones de confianza, que á las ruidosas solemnidades del «gran mundo.»

Componíanse aquéllas, como ya se ha dicho, de un poco de todo lo de éstas, y no era en conjunto tan escaso que no diera para satisfacer los gustos y las aficiones de los tertuliantes. Los había de una tenacidad de hierro para el tresillo, apegados á la mesa como la ostra al peñasco. Por lo común, eran gentes desabridas y regañonas; y en sus peleas contra las veleidades de la baraja, siempre llevaban la parte más cruda unas cuantas viejas aristócratas, como si el ochavo que allí disputaban encarnizadamente alcanzara á tapar los descubiertos y

trampas en que vivían, por culpa de sus despilfarros y disipaciones.

De estas *partidas,* que en ocasiones parecían de bandoleros, había varias, y estaban siempre á matar con la gente joven que hablaba recio y se movía mucho en las inmediaciones; la cual gente, capitaneada por la revoltosa Sagrario, más alborotaba en el salón, cuanto más fuerte protestaban contra el alboroto los tresillistas del gabinete. En otro frontero á él, donde la marquesa permanecía más de continuo, arrellanada en un sillón junto á la chimenea, se reunían los íntimos del marqués, desde luégo, y poco á poco los aburridos de las demás secciones, que acudían al calorcillo de los debates que sustentaban los personajes de la política, y á la golosina del chiste, más ó menos culto, de algunas damas de *mucha correa,* y de otros tantos galanes de *buena sombra.*

Como *Nica* lo pudiera remediar, no salía de allí; y no por el chiste, precisamente, ni mucho menos por los discursos políticos, sino porque había, en lo que pudiera llamarse núcleo de esta tertulia, algo que tenía su lado pintoresco y su lado interesante para una observadora como ella.

El primero que llegaba siempre á aquel lugar de preferencia, era el señor don Mauricio Ibáñez, hombre de *cierta edad*, de mucho pelo

castaño y sin canas, anchas patillas y poca frente, mucha ceja, labios gruesos, largos dientes y muy blancos, nariz cuadrada y ojos de asombro continuo, buen color, poca estatura, elevado pecho, brazos largos y manos enormes con dedos descomunales. Era banquero muy rico, y parecía querer darlo á entender en su persona cargándola de oro y pedrería, de paños finísimos y de holandas impalpables; y además, caballero gran cruz de Carlos III, y capaz de pesar en oro al ministro que le diera el derecho de poner sobre el escudo de armas que ya usaba en sus tarjetas, siquiera la más modesta de las coronas nobiliarias. Tenía este prurito y el de hablar bien y formalmente de todas las cosas. Había sido dos ó tres veces diputado por un distrito de la provincia de Cáceres, de la cual era nativo él. Sin embargo, nunca pudo «romper á hablar» á su gusto, aunque había quedado bastante satisfecho de sus tentativas: dos preguntas breves al ministro de la Gobernación, sobre otros tantos expedientes detenidos en aquel centro, y una presentación á las Cortes de una exposición de varios ganaderos de su distrito, que solicitaban no sé qué franquicias ó privilegios para los exportadores de reses cebadas. Llamaba él hablar á su gusto, ser afluente, verboso; «porque—decía—no es la palabra lo que á mí me falta, pues que todas las que oigo

en boca de los demás me suenan á conocidas, sino otra cosa en que no puedo dar de pronto. Que se me dice, á lo mejor, pongo por caso, que esto es blanco... y que tal y demás, y que á mí me parece negro; pues con decir esto solo, ya se me acabó la cuerda, y no hallo el modo de seguir por esa ruta, como siguen otros, diciendo que arriba y que abajo... y que tal y demás.»

Aun sin el ejemplo que él ponía, se echaba de ver bien pronto que lo que le faltaba al reluciente don Mauricio, eran ideas para construir y exornar sus malogrados discursos.

Para «romper á hablar,» se iba inflando poco á poco, como el pavo antes de hacer las gárgaras; y entonces, el hombre, que ya era «de por sí» corto de cuello, daba en el pecho con la barbilla y en las orejas con los hombros. Era tardo de palabra, y de voz áspera y recia; y mientras las emitía, muy acentuadas y con cierto repicoteo de pronunciación, se tiraba dulcemente de una patilla con los dedos de la mano del mismo lado, apiñados, tiesos y algo temblorosos, como si por allí buscara el chorro de verbosidad, que no salía por ninguna parte, y daba á sus ojos asombradizos una expresión tan rara, que podía dudarse si pedía con ellos misericordia ó reclamaba un aplauso.

La primera vez que habló en casa del mar-

qués, fué tomando punto de nó sé qué suceso parlamentario de aquellos días, y se mostró muy indignado con «*los meeroodeadooores* del campo de la política, peste de los tiempos *az-tuales*... y tal y demás.» Después se fué viendo que llamaba merodeador al lucero del alba, y que sin el apoyo de la otra muletilla, era hombre al suelo en cuanto «rompía á hablar.»

Sin embargo de todo lo cual, mareaba á los ministros de Hacienda, y se pintaba solo para sacar buena raja de los más duros de veta; á lo que se debía que el marqués le distinguiera con singularísima estimación, y hasta le admirara; porque es de saberse que el tal marqués, desde que era diputado á Cortes, se había dedicado con afán ansioso á los negocios lucrativos que «le saltaran al paso,» y en el señor de Ibáñez tenía un ojeador expertísimo, un consejero de gran competencia, y, en ocasiones, un socio desinteresado.—Lo peor era que los únicos negocios que le salían mal al banquero eran los en que tomaba parte su amigo.

En las tertulias de éste, indefectiblemente llevaba la contraria en todas las peroraciones de don Mauricio, Gonzalo Quiroga, primogénito de los condes de Camposeco. Este mozo tenía un frontispicio poco simpático, y además era gangoso. Se había educado en Inglaterra, y había viajado mucho por Europa, con largas detencio-

nes en París, en Baden-Baden, Monte Carlo y otros sitios no menos famosos de *recreo*. De todas estas excursiones y paradas había sacado copiosos frutos, como lo acreditaban sus vicios dominantes, sellado alguno de ellos en la cara con hondas cicatrices, y en el cráneo con una calva precoz. Su barba era lacia, y su cuello muy largo, con nuez y costurones; tenía boqueras, los párpados tiernos, y un hombro algo más elevado que el otro. Era alto y flaco, y pasaba por elegante, á pesar de todos sus defectos físicos. Lo cierto es que tenía gran desenvoltura y desparpajo para moverse dentro de los desairados arreos de sociedad, y para meter la cuchara en todos los corrillos. Aunque no era tonto, le faltaba mucho para tener un buen entendimiento; pero no conocía la vergüenza; y con esto y con el trato continuo de las gentes de su mundo, tenía lo suficiente para vivir en él como el pez en el agua. Era, en suma, un completo *perdido, de buen tono*.

Pues con esta alhaja estaba concertado el casamiento de Sagrario. Cálculos de familia, al decir de los bien enterados, desde que los novios eran así de tamañitos. Por lo visto, no tenían prisa para realizar el proyecto; y entre tanto, iban juntos á muchas partes, pero se trataban muy poco, por exceso de confianza entre ambos; así es que, más que novios en vísperas

de casarse, parecían un matrimonio desavenido.

La razón de llevar siempre la contraria Gonzalo Quiroga á don Mauricio Ibáñez, no era otra que el gustazo de ver cómo se inflaba y contraía y trasudaba el banquero en cada contradicción, y cómo *meeroodeaaba* inútilmente en el campo de su pobre retórica, para urdir una réplica con qué confundir al importuno á quien ya temía de lumbre, ó para salir siquiera medio airoso del atolladero, delante de los contertulios, que habían dado en tomar aquellas *engarras* como la más divertida de las comedias.

Se había observado que en los apuros de más angustia, ó en los arranques de mayor empuje, don Mauricio buscaba con los ojos á Verónica, como las plantas sombrías se alargan hacia el sol que necesitan; y en topando con ella, parecía decirla en el primer caso: «¡Peero ve usted qué teema el de este chico?» Y en el segundo: «Me paarece que ésta no tiene vuueelta. ¿No piensa usted lo miismo?»

Á Gonzalo le hacía mucha gracia este resabio de su contrincante; y una noche, mientras se ahogaba el pobre hombre «meeroodeeando» á obscuras en el huero calëtre media docena de palabras al caso, acercóse el otro con gran sosiego á Verónica, y en el tono menos gangoso que pudo, la dijo al oído con mucha formalidad:

—No te alarmes, chica; pero es indudable que ese sujeto tiene planes siniestros *contra* tí.

Precisamente en una de las pocas ocasiones en que la despreocupada joven no estaba atenta á los discursos del banquero, que la divertían sobremanera. Prefería, por el momento, la conversación de Pepe Guzmán, pájaro de mayor cuenta que su amigo Gonzalo. El tal Guzmán, aunque de segunda rama, era también vástago aristocrático: de la ilustre cepa de los Valdejones. Pasaba ya bastante de los treinta, era de hermosa y distinguida estampa, independiente, libre como el aire, y rico. No abusaba, aparentemente, de ninguna de estas ventajas. Por el contrario, parecía hombre de muy racionales inclinaciones, y bien regido. Había estudiado media carrera de derecho, algo de medicina, otro tanto de mecánica, y hasta desflorado la teología y los sistemas filosóficos de Kant, de Krausse... y de Santo Tomás; se sabía de memoria á Maquiavelo, á Fr. Luis de Granada, á Shakespeare, á Fourrier, á Santa Teresa y á Cervantes. En todo picaba y nada le satisfacía, fuera de las grandes obras de imaginación. Quizás con la espuela y el freno de la necesidad, hubiera brillado en algo de lo mucho que intentaba conocer por invencible curiosidad, pues talento y discreción tenía para ello; pero le faltaba paciencia, porque le sobraban la libertad y

el dinero, y de aquí sus veleidades y aquellas ensaladas científico-filosófico-literarias de que se atiborraba la cabeza. Viajaba á menudo y gastaba grandes sumas en objetos de arte. Los cuadros buenos le entusiasmaban, pero los bronces de mérito le enloquecían. Tenía el buen gusto de no invertir un ochavo en libros viejos, ni en *vargueños* apolillados; prefería las obras contemporáneas, si eran buenas, y lo que es más raro, las leía y las saboreaba. Cosa más rara aún: en igualdad de méritos, estaba por las españolas antes que por las extranjeras, y no incurría jamás en la vulgaridad cursi de decir que no podían vivir en España los hombres cultos. Se referían de él grandes fazañas galantes, y podrían ser ciertas; pero no era su boca quien lo confirmara, ni con un gesto. Finalmente, era hombre de alegre carácter, aunque poco hablador, pero muy al caso, particularmente con las mujeres. Tenía el don de entretenerlas sin apelar al lugar común de la lisonja, ni al formulario oficial del «joven travieso, distinguido y elegante.» Calificábanle por ello de indomesticable y de *frío* muchas damas; pero es lo cierto que hasta las más remilgadas se pagaban mucho de sus atenciones... Y no sigo con la lista de sus prendas de carácter, porque, á pesar de tomarlas una á una de los *Apuntes* que tengo á la vista, va á resultarme un mozo

cortado por el sobado patrón del *mata-corazones* de comedia; y esto que aquí se narra, podrá ser malo, pero es la pura verdad.

Digo, pues, que este Pepe Guzmán entretenía aquella noche á Nica Montálvez cuando se acercó á ella su amigo Gonzalo Quiroga con la consabida embajada, y añado, para decirlo pronto, puesto que ha de saberse más tarde ó más temprano, que el tal Guzmán era aquel *algo* que Verónica exceptuaba de los molestos arrullos amorosos que pasaban sobre ella, sin sentirlos, como el viento sobre las rocas; aquel «*algo* en qué detener la imaginación y con qué apacentar los deseos, que existía en el ancho círculo de sus relaciones sociales.» Y es de saberse también que, á aquellas fechas, aún no se habían cruzado los primeros fuegos de la batalla entre la dama y el galán. Conocíanse mutuamente las intenciones de batallar, exploraba cada cual el terreno de su enemigo, y hasta le provocaba con ingeniosas estratagemas, pero de aquí no pasaba; y, á mi entender, en el misterio de estas precauciones, en el problema de esta actitud recelosa, estribaba el mayor interés de los beligerantes. Ni ella ni él parecían tener prisa para resolver el punto dudoso. Podía ser el caso un pasatiempo; pero desde luégo era un pasatiempo entretenidísimo, con la rara virtud de no gastarse con el uso.

Tal era el «lado interesante» que, «para una observadora como Verónica, había en las reuniones íntimas de su casa.» Del «lado pintoresco» era la principal figura el banquero don Mauricio, con todas sus cosas y con todas sus *malas* intenciones, en las cuales había leído ella mucho antes de que se las anunciara al oído el gangoso Gonzalo Quiroga. Por cierto que estas intenciones, ó «planes siniestros,» como decía el novio de Sagrario, la hacían suma gracia también...

Casi tanto como á Leticia, que no perdía ocasión de apuntarla, con la mirada ó con un gesto expresivo, cada memorial que el banquero la enviaba con los ojos en sus grandes apuros oratorios. De este celo por los *intereses* de don Mauricio, murmurábase bastante. Afirmábase que Leticia fomentaba las intenciones del banquero, y que se hallaba dispuesta á barrerle el camino de ellas de cuantos obstáculos estuvieran al alcance de su escoba... Hay que advertir aquí que Leticia, la hermosa, fría é impenetrable Leticia, llevaba ya un año de casada con el general Ponce de Lerma, conde de Peñas Pardas, hombre más que cincuentón y feo, diputado sempiterno, conspirador incansable de pasillos y antesalas contra todos los ministros de la Guerra, con la santa intención, jamás lograda, de llegar él á serlo una vez siquiera.



amigo desleal de todos los gobiernos; veterano de todas las cuarteladas de treinta años á aquella parte, para ganarse honradamente desde las charreteras de capitán, hasta los dos entorchados que tenía; agiotista insaciable; asociado detrás de la cortina, durante la guerra, á otros especuladores que daban tocino podrido á las tropas de África, procurándose así inverosímiles ganancias que fueron ancha y sólida base de su enorme caudal, adquirido después en idénticas y tan honradas especulaciones; y, por último, de valor y capacidad «supuestos,» porque jamás tuvo ocasión de acreditarlos en el campo de batalla, ni siquiera en los cuarteles; todo, incluso los ascensos, se lo fueron dando hecho y arregladito *los suyos* apenas salido él del escondite, en seguida de triunfar la cuartelada. Hasta el título nobiliario se ganó de parecido modo, cuando ya era general, por haber corrido en aquellos desfiladeros, siendo alférez... delante de una partida carlista, en la primera guerra civil.

Pues con este hombre se había casado Leticia, después de convencerse (en opinión de sus amigas) de que no había en el horno de sus especiales hechizos, fuego bastante para fundir el hielo de Pepe Guzmán, que la distinguió por algún tiempo con sus cultas y amenas «frialdades.»

Con estos dos hechos se explicaba la conducta de Leticia con el banquero. Le quería para Verónica, con el piadoso fin de que no tuviera ésta marido más lucido que ella; y se miraba mucho en el capítulo de las zumbas á la interesada, porque, hasta la fecha, era el caso de la generala harto más *mordible* que el de su amiga.





IX

Así las cosas y andando los días, una noche, en casa de Verónica, tomó á ésta del brazo Sagrario; llevósela á un rinconcito lejos de la gente; y allí, sentadas las dos en sendos sillones de rica tapicería, dijo la vehemente rubia á su amiga, entre mustia y alegre, pero con más carga de lo primero que de lo segundo:

—¡Por fin!...

—Por fin... ¿qué?—preguntóle la otra con cara de pascua, al ver lo indefinible de la de su amiga.

—Que se decidió... *eso*.

—Y ¿cuál es *eso*?

—¡Jesús, y qué torpe estás hoy de entendederas! ¿Qué ha de ser *eso* más que... lo de Gonzalo?

—¡Lo de Gonzalo! Y ¿qué le pasa á Gonzalo, hija mía?

—¡Caramba con la chica ésta!... Que me caso con él. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí que lo entiendo; pero no es noticia para mí. ¿Cuántos siglos hace que estáis... en *eso?*

—¡Dale, la muy taimada!... ¿No te he dicho que *por fin* se de-ci-dió ya? ¿Lo quieres más claro?

—¿Quieres decir que os vais á casar en seguida?

—Eso mismo.

—¡Acabaras!

Aquí un ratito de silencio. Cierta inquietud en Sagrario. Miradas investigadoras en su amiga, envueltas en sonrisas maliciosas. Recios, secos é intermitentes charrasqueos del abanico de la novia. Al fin volvió á hablar la primera, y dijo á la segunda, sin borrar de su cara la expresión maliciosa:

—¿Y para contarme esto solo me has traído tan acá y tan á escondidas, cuando podías haberlo publicado á gritos en medio de la tertulia... y de seguro lo publicarán mañana los periódicos en sus crónicas de salones?

—Para esto solo—respondió Sagrario sonriendo también,—y para lo que de ello se cae por su propio peso.

—Lo suponía: un poco de comentario; pero como te quedaste tan callada...

—Pensaba yo que á tí te tocaba empezar.

—Claro, ¡como no hay todavía franqueza entre nosotras, y tú eres una joven tan corta de genio!... ¿Ó es que piensas tomar el papel de casada por lo serio y comienzas ya á hacer provisiones de formalidad?... Lo cierto es que te desconozco esta noche...

—Ya ves tú... el lance, al fin y al cabo, si no es serio, es nuevo para mí; y al verme tan cerca de él...

—Con franqueza, Sagrario: ese lance ¿te duele ó te gusta?

—Ni me gusta ni me duele: le tomo como me le presentan: amasado y cocido. Me dicen «ahora;» pues ahora.

—¿De modo que tú no has contribuído á él... ni con la inclinación?

—Absolutamente, y bien lo sabes tú; ni ¿por qué había de contribuir con eso? ni, aunque quisiera, ¿cómo podría? Ya ves qué ganga... ¡Gonzalo!

—¿Qué?

—¡Qué estampa de galán! con todos los vicios del catálogo...

—Entonces ¿por qué le aceptas?

—¿Y á mí qué más me da? Dicen que las mujeres de nuestra alcurnia deben casarse, á cierta edad, con hombres de determinadas condiciones; la casa Miralta cree que no puede entroncar con otra que la de Camposeco, y ésta

juzga que vino al mundo para fundirse con la de Miralta; yo soy la primogénita de la una, y Gonzalo es el único heredero de las grandezas y caudales de la otra; se acuerda entre ambas familias que Gonzalo y yo nos casemos... «para que se cumplan las profecías;» no se admiten consultas, ni protestas, ni reparos, porque, como «ellos» dicen: lo principal es que se haga el matrimonio, «*lo demás* no importa tres cominos;» á esta idea nos vamos haciendo, y á este papel nos vamos acomodando poco á poco el galán y la dama de esta comedia de la *buena sociedad*... hasta que llega la hora del desenlace, nos echan la bendición, se baja la cortina... y cada comediante á vivir como Dios le dé á entender. Esto, después de bien mirado, es hasta cómodo. ¿No te parece á tí lo mismo, Nica?

Y Nica dijo que sí, pero sin dejar de sonreirse. En seguida preguntó á su amiga:

—Pero ¿no puede ocurrir que la dama de esa comedia tenga, al llegar ese desenlace, el corazón interesado por otro galán de los de la sala?

—¡Yo lo creo!... ¡y á quién se lo preguntas! —respondió Sagrario en un arranque de sinceridad de los suyos.

—Pues entonces...

—Entonces ¿qué?...

—Más claro: tú no amas á Gonzalo.

—*Naturalmente*.

dale todo cuanto pida, sin cortapisas y á pasto, y cátale muerto en dos días; y muerto por hartazgo de prosa, que es, de todos los hartazgos, el más abominable.

Sonreíase otra vez la amiga de Sagrario al oir cómo ésta se despachaba, vuelta ya al pleno dominio de su carácter, y replicóla:

—Eso dependerá de la calidad del amor... me parece á mí.

—No hay más que una calidad de amor—repuso con ademán resuelto Sagrario,—y el amor tonto, que no reza con nosotras.

—Y suponiendo que tú tengas razón—preguntó Verónica á su amiga, de cuyas palabras parecía estar pendiente, sin duda por la gracia que le hacían,—¿es lícito eso?

Revolvió aquí un poco en el sillón el lindo cuerpo la interrogada, y, después de vacilar un instante, respondió con gran desparpajo á su amiga:

—Verdaderamente que no me he puesto nunca á mirar el caso por ese lado; pero muy ilícito no debe de ser, cuando tanto se usa.

—¿Qué es lo que tanto se usa, Sagrario?

—¡Caramba! pues el vivir con el marido y el gozar con el amante... Me parece que cosa más corriente...

Después de estas palabras, fué Verónica quien se quedó un brevísimo rato algo suspen-

sa; en seguida, sin dejar de mirar con marcada fijeza á su amiga, la dijo:

—¿Y qué piensa Gonzalo de esa teoría tuya?... Porque supongo que se la habrás dado á conocer...

Á lo que respondió Sagrario con igual frescura que si el asunto no rezara con ella:

—¡Yo lo creo que la conoce! Pero ¿qué se le importa á él? ¡Gracias á Dios, no tiene por qué callar! ¿No sé yo la vida que ha hecho, la que hace y la que hará? ¡Ni más ni menos que la mía! ¡Para él estaba! Además, ¿qué pone por su parte en este fregado? Sus lacras, sus deformidades y sus vicios. ¿Puede, en buena justicia, y *aunque pudiera*, aspirar al pleno y singular dominio y usufructo de ésta mi «lozana y exuberante juventud,» como dijo de ella nuestro poeta *Aljófar* en su anteúltimo sahumerio? ¡Oh! sobre estas materias, ni él ni yo podemos llamarnos nunca á engaño, por muy recio que truene. Estamos los dos bien enterados, bien prevenidos y bien conformes. Y ¡cómo no estarlo? Nuestro casamiento es lo que menos importa aquí, por lo tocante á las inclinaciones y propósitos de cada uno. Nos lo hemos dicho muchas veces, y ayer hicimos un esmerado resumen de todas las anteriores advertencias y prevenciones: «nos casamos por razón de Estado, como si dijéramos; habrá de común entre

los dos el hogar, los bienes y el ceremonial que es propio de la jerarquía en que se nos coloca. Fuera de esto, cada cual se atenga á lo suyo, guarde su alma en su almario y haga de su vida lo que mejor le parezca... por supuesto, respetando siempre las buenas formas y las conveniencias sociales...» porque á esto, bien lo sabes tú, *Beronic*, no se debe faltar jamás... Conque ya ves.

—¿Y tan conformes los dos?—dijo la otra, mirando á Sagrario con los ojos un poco fruncidos, mientras se abanicaba lentamente y se recostaba contra el respaldo del sillón.

—Tan conformes,—repitió la novia.

—¡No es poca fortuna!—añadió su amiga sin cambiar de postura;—sobre todo para tí.

—Y para él ¿por qué no?

—Porque como en Gonzalo no hay grandes prendas que admirar, ni bellezas que apetecer, se comprende sin dificultad que tú te avengas sin gran esfuerzo á ese convenio; pero que él se resigne á no ser dueño y señor absoluto de una mujer tan hermosa como tú, siendo esta mujer la suya propia, me parece una abnegación... inverosímil.

Aquí se sonrió Sagrario, contó con los ojos y con el pulgar y el índice de su mano izquierda las varillas de su abanico abierto; y sin cesar en este entretenimiento ni mirar derechamente

á su interlocutora, la replicó con acento de indiferencia:

—Después de todo, ¿qué más le da?

—¡Pues me gusta!...

—Lo dicho, Nica—añadió Sagrario animándose un poco más;—y si te parece mucho así, pongamos *casi*, *casi*.

—No lo entiendo, hija—respondió Verónica con visibles muestras de curiosidad, y otras tantas de sus intenciones de tirar de la desjuiciada lengua de Sagrario.—Si no lo pones más claro, como si callaras.

Volvió la rubia á contar el varillaje de su abanico; cerróle de pronto con estrépito; incorporóse de un salto; rodeó con sus brazos el cuello de su amiga, y la dijo al oído un secreto.

—¡Pobrecillo!—exclamó la otra, en cuanto Sagrario volvió á sentarse, abriendo el abanico con las dos manos y poniéndose también á contar el varillaje con los ojos un tantico cobardes.

—Como lo oyes,—dijo la otra algo lisonjeada con el éxito de su confidencia.

—Y tú ¿de qué lo sabes?—preguntó Verónica atreviéndose poco á poco.

—De que me lo ha confirmado él con la mayor desvergüenza.

—¡Confirmado! ¿Luego ya lo sabías?

—Por Leticia, á quien se lo dijeron amigos íntimos de Gonzalo.

Volvió á contar las varillas de su abanico Verónica; calló también Sagrario, mirando el paisaje del suyo; y dijo á poco rato la primera, acaso por mudar de conversación, quizás porque realmente deseaba ver á su amiga apurar la materia á que se referían sus palabras:

—Volvamos un momento al caso aquél de tu teoría sobre...

—¡Hola!... ¿Si te habrá caído en gracia?

—Se me ocurre un reparo que ponerte.

—¿Acaso nacido de lo que acabamos de tratar?

—Precisamente de ello... pero de su casta es.

—Pues venga el reparo.

—Si el matrimonio es la mortaja del amor, como has venido á decirme en substancia, y han dicho antes que tú muchos *calaveras* que se han casado en seguida, ¿por qué te casas en la forma que lo haces?

Quedóse un poco suspensa la interpelada, como si no entendiera bien el alcance de la pregunta, y dijo á la interrogante:

—Si concretaras el caso un poquito más...

—Concrétole—repuso la otra; y añadió:—si lo que te interesa es conservar el amor que sientes, *por hoy*, y este amor es de más hondas raíces que el de ayer... y el de anteayer, porque no tienen cuenta los que te he conocido...

—Gracias.

—Es justicia.

—Como te parezca... Adelante.

—Si lo que te interesa, digo, es conservar ese amor con todos sus encantos, ¿por qué te casas sin maldita la necesidad? Conságrate á él con vida y alma...

—¿Soltera?

—Soltera.

—¡Bah! Entonces no me has entendido; porque ese es precisamente el amor tonto que yo exceptué; y el amor de que yo trato, es amor de más substancia, de más... en fin, que no es amor para doncellas.

Parecióle demasiado crudo el concepto á Verónica, á juzgar por la cara que puso, y dijo, con miedo de escuchar algo peor:

—De manera que, para complemento de la teoría, es también de necesidad *algo* de matrimonio.

—Indispensable, Nica. ¡Como que es... la *patente de corso!*

—¡Jesús, qué chica ésta!—exclamó Verónica, verdaderamente asombrada.

—¡Ahora te desayunas—la preguntó Sagrario con desenvuelta frescura,—y con remilgos de beata te me vienes? Pues ¿qué ha hecho Leticia, entre otros cien ejemplos que pudiera citarte, sino buscar la patente esa, ó aceptarla con gusto, por lo menos?

—Leticia no dice esas cosas...

—No, pero las hace. ¡Te aseguro, y bien lo sabes tú, que se aprovecha de la patente como el corsario de más hígados!

Vuelta Verónica á lo suyo y siguiendo en cuanto podía el tono de su amiga, atrevióse á replicarla:

—Se me ocurre otro reparo que hacer, no á tu teoría precisamente, sino al modo que has tenido de ponerla en práctica: la patente que adquieras en tu matrimonio, de nada ha de servirte.

—¿Por qué?

—Si es cierto lo que me has contado al oído...

—Te dije que *casi*, *casi:* recuérdalo... y entre ello, por poco que sea, y el extremo que tú pensabas, cabe perfectamente la gran vida que puede darse una mujer de tan buen gusto como yo.

—¡Y con esas teorías, y con esos... hígados—dijo Verónica levantándose y dando á su amiga unos golpecitos en cada mejilla con el abanico cerrado,—te me andabas con melindres al comenzar á hablarme de tu casamiento, como una colegialilla ruborosa?

—Pues, créeme—respondió Sagrario, levantándose también:—así y todo, me costaba empezar. Pero necesitaba este desahoguillo en vísperas de trance tan nuevo. Aunque una está

tranquila de conciencia, gusta recibir los alientos de tan buenas amigas como tú.

—¡Valiente pieza estás! —respondió ésta riéndosele muy cerquita de la cara.

—Pues te voy á pagar el piropo con un gran consejo—repuso Sagrario, deteniendo á su amiga, que ya había echado á andar:—no te cases con Pepe Guzmán, aunque, por milagro de Dios, lo pretenda él; pero si don Mauricio *el Solemne* pide tu mano, acéptale.





X

AQUELLA noche durmió Verónica bastante mal, porque le dió mucho en que entretenerse el recuerdo de su conversación con Sagrario. Aunque ésta la tenía acostumbrada á sus genialidades, que no eran siempre de color de rosa, jamás había oído de sus labios palabras tan crudas ni pensamientos tan atrevidos. Y no era el escándalo de estas *sinceridades* lo que la mortificaba al acordarse de ellas, pues estaba curada de ciertos espantos y había en su naturaleza, relativamente fría, y si no fría, serena y bien equilibrada, aguante para mucho más; sino la coincidencia inesperada del fruto de sus largas y minuciosas investigaciones por el organismo, digámoslo así, del medio ambiente en que respiraba y se movía, con las *teorías* expuestas por Sagrario. Una cosa es el juicio callado que formamos por el esfuerzo único de la propia observación, y

otra muy distinta ese mismo juicio cuando le vemos confirmado á voces por los demás. Sin ser un verdadero hallazgo entonces, parécenos de doblada consistencia; y esto le presta cierto color de novedad.

Después de andar divagando por estos espacios con las alas de su imaginación, de amiga en amiga, de conocida en conocida, pesando y midiendo los actos y las palabras, la vida y milagros de cada una de ellas, y cuando vió que si, entre tantas, eran muy contadas las que tenían el desparpajo de Sagrario para descubrir los repliegues de la conciencia y los escondrijos del corazón, eran todavía menos las que no cabían en los moldes trazados por la desenvuelta rubia, pensó en el consejo que ésta la había dado por despedida. ¡Demonio con el consejo! Cierto que no podía darse otro más acomodado á la manera de pensar de la consejera, y, sobre todo, por lo tocante á don Mauricio, *el Solemne*, como ésta le llamaba; pero ¿á qué traer á colación á Pepe Guzmán? ¿Qué había visto en él Sagrario para aconsejarla á ella que no le aceptara por marido «aunque *por milagro de Dios* lo pretendiera?» Por supuesto que esta condicional la usó Sagrario teniendo en cuenta la fama de incasable que gozaba el aludido, no porque la considerara á ella indigna de aquel otro heroísmo de este Guzmán. ¿Cómo había de sa-

ber, la muy curiosa y entrometida, lo que ignoraba sobre el caso la misma interesada? Al fin y á la postre, ¿qué había pasado entre Pepe Guzmán y ella? Nada en substancia. Que, por entonces, era Verónica la que merecía las preferencias corteses del incombustible caballero; que hablaban á menudo; que la conversación de él le parecía muy amena y entretenida á ella, y que, según ella podía juzgar, no le desagradaba la suya al otro; que de esta mancomunidad de complacencias, había ido naciendo como cierto propósito de variar de tema en las conversaciones, y de meter la sonda de la curiosidad en las espesuras del alma y en las profundidades del pensamiento; que se andaba tiempo hacía en preparativos de ello, más ó menos ingeniosos, y que todo esto y mucho más podía hacerse entre un hombre tan desapasionado como Guzmán, y una mujer tan despreocupada como ella, sin que el amor interviniera para nada en el juego... ¡Amor! Guzmán, según fama, era incapaz de sentirle por ninguna mujer. Era así su naturaleza. En cuanto á ella, Verónica, ¿en qué había de fundarle? Reconocía que era hermoso de cuerpo, noble de alma, y culto y rico de inteligencia; que levantaba muchos codos por encima de los galanes frívolos, de los mozos simples y de los viejos verdes que más abundaban á su alrede-

dor; que sentía una lícita y honda complacencia en verse objeto de sus codiciadas atenciones; que le oía con gusto y que se apartaba de él con cierta pena; que después de cada entrevista le duraba su recuerdo largas horas; que se preparaba para la inmediata con mayores precauciones que las de costumbre en parecidos casos, y, por último, que haría cualquier sacrificio por vencerle en el duelo medio empeñado entre ambos, es decir, por arrancarle el secreto de sus intenciones, la primera gota... vamos, la señal de que el hielo se fundía al calor del... *interés* que ella le inspiraba; pero ¿no puede sentirse y desearse é intentarse todo esto sin amor? ¿No bastaba el móvil de la curiosidad para que lo sintiera, lo deseara y lo intentara una mujer como ella? ¡Oh! el amor presenta síntomas bien diferentes de éstos; se nota en algo más profundo y más sensible que la memoria y el discurso; se siente en lo más vivo del corazón, y el de ella no era, hasta la fecha, más que una víscera que funcionaba con la inalterable regularidad de un cronómetro.

Discurriendo por esta senda, llegó á topar con el sueño, que la venció tras breve lucha; tan breve, que con serlo mucho más el nombre de *Pepe*, se le quedó éste á la hermosa entre los húmedos labios, por falta de tiempo para acabar de pronunciarle; de manera que del acto

aquél, medio inconsciente, más que palabra vino á resultar un beso...

Pero volvamos ahora á Sagrario. Su casamiento no tardó en celebrarse más que el tiempo puramente indispensable para los preparativos de él, hechos por la posta á fuerza de oro. ¡Y qué preparativos, santo Dios! En los periódicos elegantes no cabían las listas de tantas y tantas ropas, de tantas alhajas, de tantos muebles, de tantos caprichos de arte, comprado esto, regalado lo otro, tanto en París, cuanto en Viena; aquello de Florencia, de Londres lo de más allá; de Bruselas los encajes, del mismísimo Japón y del propio Sevres las porcelanas; de Bohemia la cristalería de color; de puro rocio cuajado, la de mesa; lo que costaba el traje de novia, blanco como los ampos de la nieve; lo que podría comprarse, para avío de dos docenas de familias mal acomodadas, con lo que valían las joyas y el *trousseau* que regalaba el novio, sin contar con otro tan lucido que acababa de recibir «la hermosa *prometida*» como regalo de sus padres... Todo lo fisgoneaban, todo lo sabían y todo lo conocían por adentro y por afuera, por arriba y por abajo, los diligentes revisteros, y de todo escribían sin tregua ni descanso, sin calo ni medida, mojando la áurea pluma en «ámbar desleído» y sahumando el papel con nubes olorosas de mirra y algalia

del Oriente. Así transcendía ello, que mareaba. Del «lecho nupcial,» tesoro inapreciable de maderas, bronces, lienzos, sedas y brocados, y del simbólico *boudoir*, obra de hadas, que no de mortales, ¡Cristo mío, qué cosas se escribieron!... En fin, hasta para los carruajes ingleses, y para los caballos que habían de arrastrarlos, y para los levitones peludos de los cocheros que habían de conducirlos, hubo jarabe en las plumas, y sahumerios en los incensarios de aquellos ingenios de guardarropía.

Tras esto, que duró muchos días y fué el pasto sabroso de todas las mujeres y de todos los hombres frívolos de la corte, llegó la hora suprema; y vuelta á empezar los pobres chicos con nuevos catálogos de indumentaria, de piropos inverosímiles y de sensiblerías y *finezas* cursis: que si la novia así ó del otro modo; que si pálida, que si pensativa; que si con sus cabellos rubios y sus atavíos blancos, parecía una joya de oro entre copos de nieve; que si el Patriarca, que si los padrinos, que si las amigas; que si quince duques, y veinte marqueses, y treinta condes, y no sé cuántos destitulados, de comitiva; y si la fila de coches llegaba desde tal á cual parte, y si hubo entre ellos uno de palacio con las correspondientes damas; y quien, en el momento crítico, «vertió lágrimas furtivas;» quien se desmayó, ó quien parecía arro-

bada en el más dulce de los éxtasis... ¡Hasta del novio se dijo que era «un varón, honra, prez y *esperanza* de su preclaro linaje!»

Después, el espléndido banquete en los estupendos comedores de la casa de la «hermosa desposada;» y aquello fué la de vámonos. De lo que allí hubo, con ser tanto lo que se dijo, fué mucho más lo que se devoró. *Aljófar*, el tierno poeta de los salones, que de eso vivía y de otras fechorías semejantes, enronquecido de cantar la hermosura y las pomposidades de la novia en los periódicos elegantes, con un hartazgo para ocho días y bien atiborrado de Champagne, sin soltar la copa de la zurda desenvainó un soneto con la diestra; y conmovido y mojando la pestaña antes de leerle, acometió de nuevo «á la hechicera reina de la fiesta» (con todas estas asonancias), y la puso hecha un tapiz chinesco, con grandes aplausos del ilustre concurso que le reputaba por el más grande de los poetas coetáneos, y con arroyos del «llanto» que sabía verter el propio vate á cada estrofa, el cual llanto apagaba con tragos del espumoso néctar: casi como el pegotón aquél de marras,

«Llorando sin cesar lo que sorbía,
Y sorbiendo á la vez lo que lloraba.»

Por conclusión de éstos y otros lances que no

caben en papeles, los preparativos del viaje de los novios; las despedidas, el lagrimeo, los síncopes; lances todos ellos que habían de ser tema para el rudo trabajo de tres días de los complacidos y galantes revisteros, y de un epitalamio incomensurable del mimado poeta, obra de empuje y substancia, como concebida entre los horrores de la digestión de lo del banquete, digestión de *boa constrictor*, por la duración y la dosis, ya que no por la calidad de la metralla engullida.

Y con tanto charlar estos gacetilleros y poetas, no dijeron una palabra de don Mauricio, *el Solemne*, sino para citar su nombre entre los más «conspicuos» concurrentes; nada de sus ahogos al *meeroodeear* materiales para un brindis, al primer taponazo del Champagne; nada de sus moribundas miradas á la «*picante beldad*, ilusión consoladora de los espléndidos marqueses de Montálvez;» nada de ciertas *finezas metafóricas* que el deslumbrante banquero logró deslizar al oído de la elegante dama, como tímido recuerdo de sus anteriores memoriales.

Nada pescaron tampoco aquellos linces de pluma, del ingenioso y breve diálogo sostenido entre Pepe Guzmán y su predilecta amiga, formando la más gallarda y distinguida pareja que podía imaginarse; en el cual diálogo se parafraseó, con toda la discreción y gracia posibles,

y no sacado á plaza por la interlocutora, sino por el sagaz interlocutor, el tema aquél que Sagrario confió al oído de su amiga; y se insinuaron, quizá en virtud del calor y motivo de la fiesta, las primeras estocadas del consabido duelo pendiente entre estos dos expertos espadachines de la intriga galante.

Tampoco tuvo en la prensa todo el éxito que mereció la casi augusta solemnidad con que el buen marqués de Montálvez desempeñó su papel en la fiesta, particularmente durante el breve rato que conversó *aparte* con el presidente del Consejo de Ministros, y cuando, después de estrecharle reverentemente la mano, le dijo algunas palabras al oído el Capitán general de Madrid, vestido de gran uniforme. ¡Oh, qué actitudes y qué mímica las suyas en aquellas dos singularísimas ocasiones! ¡Qué bofetón más sonoro para «los hombres de Gobierno» que todavía le regateaban la credencial de senador! ¿Dónde hallarían ellos para ese cargo otro viejo más distinguido, más *serio*, más limpio, más planchado, más opulento, ni más adaptable por su tipo al grave ceremonial del «alto Cuerpo Colegislador?»

En fin, por callarse cosas importantes los cronistas de la solemnidad, ni siquiera mencionaron al general Ponce de Lerma, hombre grosero que, en menos de dos horas, riñó tres ve-

ces con el ministro de la Guerra, y dió de puntapiés á un lacayo en un vestíbulo, porque al pasar, cargado de despojos de la mesa, le manchó el frac con una salsa amarilla, mientras su mujer (la del general) departía en animado é interesante diálogo, con el subsecretario de Gobernación, gran mozo, candidato á ministro para la primera crisis, soltero y de gran prestigio entre las damas elegantes. Era como la sombra de Leticia, desde que Pepe Guzmán se había decidido á ser la de Verónica...

Cierto que todas estas cosas mejor eran para calladas que para dichas... casi tanto como las otras que se dijeron y se cantaron en prosa y en verso; pero los oficios, ó ejercerlos á conciencia ó no ejercerlos... En virtud de lo cual hago yo aquí punto redondo, antes que al impaciente lector le parezca larga esta digresión, que nada quita ni pone al interés de la presente historia.





XI

A todo esto, el invierno se había acabado; los salones se cerraban; las tertulias se deshacían; en *el Real* había terminado su temporada la compañía de celebridades italianas, cuyos gorgoritos había pagado la gente rica con sumas increíbles, y las que querían aparentar que también lo eran, con el fondo del baúl, las rebañaduras de la despensa y con algo más sagrado que no se recobra jamás una vez que se ha vendido; y «el mundo elegante» sin salones, sin tertulias y sin *Real*, dispersábase errabundo y como desorientado, á tomar el sol, como los simples mortales, por las encrucijadas del Retiro y los amplios arrecifes del Prado y de la Fuente Castellana; paréntesis de hastío en la alegre vida de las gentonas pudientes, que sólo había de durar el tiempo preciso para que el calorcillo primaveral templara el ambiente serrano y se bebiera

las charcas del camino por donde habían de ir desfilando aquéllas en busca de sus costosas, pero entonadas residencias de verano.

La familia que más lo necesitaba, al decir de ella misma; la que saldría la primera de todas de Madrid, era la de nuestro amigo el marqués de Montálvez. *Lo* de la marquesa se iba agravando por momentos, hasta el punto de poner en mucha alarma á su marido y á su hija. Había serias discrepancias entre los doctores más sonados de Madrid sobre si aquellos dolores lentos, profundos y angustiosos, eran simplemente neurálgicos ó reumáticos, ó acusaban la presencia de un cáncer inextirpable, por lo cual era de suma urgencia que la enferma saliera á tomar estas aguas, aquellos aires y los gases de más allá; y como lo uno estaba en el Pirineo francés, y lo otro en Suiza, y en Alemania y en los confines del mundo lo restante, y además era de rigor una detenida consulta con las celebridades médicas de París, la expedición resultaba larga, doblemente por las precauciones y comodidades que exigía el estado lamentable de la marquesa, cuyo médico de cabecera, un hombrecillo ya viejo y de gran experiencia que la quería mucho, porque casi la había visto nacer, la aconsejaba que tuviera juicio, pues ya estaba en edad de ello; que se quedara quietecita en su casa, limpiándola an-

tes de ruidos y de bambolla; que se acostara tempranito y se levantara tarde; que se curara de la maña inocente de disimular sus vanidades con exigencias de la necesidad, y que no tentara á Dios metiéndose en aventuras como la que iba á acometer, porque ese era precisamente el camino más breve que podía elegir para irse por la posta al otro mundo. ¡Como si callara! Se trazó el itinerario, se dispuso y se comenzó el arreglo de la impedimenta, ¡que ya tenía que ver! y hasta se fijó día para la salida de Madrid.

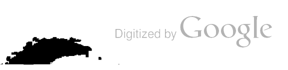
Algunos antes llamó el marqués á su despacho á Simón, el hombre de su confianza, su administrador general, é intendente. Dos palabras sobre este personaje:

Era manchego, y estaba al servicio del marqués desde algunos años antes que éste se casara. Empezó de *groom*, con su chaquetilla listada de menudos y apretados botones, sus botas de montar y su gorra de librea. Después fué lacayo, y luégo *criado* exclusivamente; más tarde, ayuda de cámara, y, por último, administrador de lo de adentro y de lo de afuera; porque era listo como una pimienta, previsor y complaciente hasta lo increíble, y en breve tiempo aprendió lo que no sabía para el delicado cargo que le iba á confiar el marqués. Llegó á pintar la letra y á sacar en el aire las

cuentas más complicadas. Si bien lo hacía en la administración de los mermados bienes del marqués soltero, mejor lo hizo con ellos y los puntales del marqués recién casado, y muchísimo mejor con el diluvio de caudales que inundó la casa á la muerte del excontratista de carreteras y suministros. Era mozo que se crecía con los obstáculos. El marqués le admiraba y se dormía en la confianza que tenía en él, y hasta la marquesa le distinguía con inusitados testimonios de su aprecio. Tanto, que cuando el administrador insinuó sus deseos de casarse con la doncella más mimadita de la casa, no solamente lo aplaudió aquella señora, sino que dotó rumbosamente á la novia y fué su madrina de casamiento. El marqués no estimaba tanto al espabilado Simón por su destreza en el desempeño del cargo que ejercía, como por el talento singular que mostraba para oirle y atenderle, para *pescarle* los detalles más finos de sus peroraciones á destajo, y hasta para moverle á extenderlas y elevarlas. Como que llegó á tomarle como piedra de toque de la ley de su elocuencia, ensayando con él, bajo el disfraz de motivos de tres al cuarto, por salvar las convenientes distancias jerárquicas, entonaciones, actitudes y arranques que pensaba ostentar en toda su verdadera aplicación y pompa, en el teatro de sus hazañas políticas.

En la ocasión en que aparece en el despacho del marqués, aún no había cumplido el medio siglo. Era delgado, de mediana estatura, de ojos pequeños y alegres, ligeramente moreno, de cara larga y algo afilada, no mucha frente, y corto y espeso el pelo gris de su cabeza. Vestía un traje obscuro, muy modesto y muy limpio, y tenía toda la barba afeitada. Nada más insignificante que aquel hombre, á la simple vista: parecía un mozo de café. Á la sazón, iban sus negocios particulares en próspera fortuna. Su mujer era una hormiguita, que traficaba en todo lo imaginable; y él, con los sueldos ahorrados, otros gajes lícitos de su empleo, y el óbolo de su hacendosa compañera, podía destinar un capitalito *modesto* á préstamos sin usura, pero bien garantidos. Y así iba tirando el pobre y adquiriendo una finquita hoy, y mañana unas acciones del Banco de España «por una casualidad,» y al otro día una hipoteca «de lance.» Nada, que había que quererle y admirarle, en cuanto se le oía hablar de estas cosas que le pasaban á él.

Y basta del sirviente: no vayamos á pecar de descortesía con su aristocrático señor, que nos espera en su despacho. El despacho del marqués era regularmente amplio, *severamente vestido, severamente puesto* y *severamente* alumbrado por la dulce y severa luz del Norte. Maderas de



raíz de nogal con filetes negros, y cuero cordobés con grandes clavos de níkel; armarios llenos de libros regularmente grandes, lujosa y severamente encuadernados; cortinones de color de café con rica y severa pasamanería; alfombra persa de severos colores; coronas de marqués en cada paño y en cada mueble; algunos cuadros al óleo, de tan severo gusto, que costaba trabajo descifrar el asunto de ellos debajo de la *pátina* que los obscurecía... y así sucesivamente. Entre tanto, ni una hilacha por los suelos, ni un mueble fuera de su sitio, ni un papel ni un cachivache desarreglado encima de la mesa-ministro, detrás de la cual se arrellanaba el marqués en un sillón, de una severidad de líneas intachable.

Verdaderamente valía mucho más la urna que el santo. Bien mirado, en ropas menores, digámoslo así, el marqués estaba ya hecho una ruína. Sin los retoques y aparatosos arreos con que se presentaba en público; envuelto el cuerpo en holgada bata de cachemira; cubierta la amplísima calva con un gorro griego; descuidados los blancos mechones de pelo lacio que sobresalían por debajo del gorro y por encima de las orejas; sin afeitar todavía, y mal tapadas las arrugas del pescuezo por el cuello escotado de su camisa de dormir, ¡cuán diferente era aquel marqués del marqués del salón de Conferencias

del Congreso, y de sus propios salones de recibir, y de todos los salones de la aristocrática comunión á que pertenecía! Digo en cuanto á su físico; porque en lo tocante á lo demás, el hombre averiado y caduco del rincón doméstico, era el mismo personaje ostentoso de la vía pública y de los grandes salones. Refiérome á la prosopopeya y á la solemnidad.

Bien sabido se lo tenía el avisado Simón, y por eso le hizo la misma reverencia al entrar en su despacho y verle solo allí, que si le hallara acompañado del Presidente de las Cortes.

Dejóle el marqués que se doblara cuanto podía dar de sí su elástico y bien educado espinazo, y le dijo, cuando le vió casi derecho y tan cerca como lo permitía el debido respeto:

—Necesito, Simón, para dentro de cuatro días, diez mil duros disponibles en poder de mi banquero de París.

—Con permiso de Vuecencia—respondió el apoderado, mansa y respetuosamente,—no es el plazo tan desahogado como convendría para una cantidad de esa consideración.

—En plazos más cortos has sabido facilitarme sumas mayores,—le replicó el marqués, en tono suave, pero con visos de exigente.

—Es la pura verdad, señor—observó Simón, entendiendo bien el acento de su amo,—que he tenido esa honra muchas veces; y por lo mis-

mo, me he creído obligado á hacer á Vuecencia, con el respeto debido, esa ligera indicación... Porque, si Vuecencia me lo permite, me atreveré á manifestarle que ciertos caminos, cuanto más se pisan y se frecuentan, más intransitables se ponen.

—Todo lo que tú quieras, Simón, todo lo que tú quieras; pero no se trata ahora de esas cosas, sino de hacer lo que te he dicho en el plazo que te he marcado.

—Vuecencia será servido en ese mandato como en todos los que se digne manifestarme; pero creo, salvo el mejor parecer de Vuecencia, que es de alguna necesidad poner en su conocimiento las dificultades que hay que vencer para dar ahora cumplimiento á los deseos naturalísimos de Vuecencia.

—No veo esa necesidad, Simón. ¿Dónde está ella? Ó se puede, ó no se puede: has dicho que sí... Pues huelgan los comentarios.

—Pero, con permiso de Vuecencia, supongo yo que esas dificultades que hoy pueden vencerse, á costa de grandes esfuerzos, en un caso idéntico sean invencibles mañana.

—¿Y qué?

—Que en un extremo así, convendría estar al tanto de ciertos antecedentes, para no extrañar...

—¡Para no extrañar!...

—Para no atribuir á falta de celo en el administrador (pongo por caso, con el respeto debido) lo que es obra de... vamos, de la marcha natural... supongamos, de la cosa misma.

—Pues no te entiendo, Simón.

—Recordará Vuecencia que en varias ocasiones he solicitado el honor de que me permitiera explicarle, manifestarle... vamos, ponerle á la vista el estado verdadero... de las cosas, como quien dice.

—Cierto. ¿Y qué?

—Que Vuecencia ha tenido siempre la bondad de desatender mis ruegos...

—En lo que te he dado, Simón, la mayor prueba que puedo darte de mi absoluta confianza en la administración de mis caudales.

—Precisamente, señor, del deseo de corresponder dignamente á la inmerecida honra que me dispensa Vuecencia en esa prueba, nace el empeño de enterarle...

—¡De enterarme!... ¿Y de qué, buen Simón? ¿De que no van mis negocios en próspera fortuna? ¿De que este cortijo, y la otra casa, y tales acciones no valen lo que valían, porque los arrendamientos y el inquilinato, y el estado general de los negocios, y el aspecto alarmante de la política así lo disponen?... ¿No es esto? ¿Ves cómo yo penetro con una sola mirada hasta el interior de las cosas, y vivo en perfecto

conocimiento de ellas, sin que nadie se tome el trabajo de pesarlas y de medirlas delante de mí? ¿Y qué le vamos á hacer si el cuadro no es tan risueño como tú y yo deseáramos? Pues paciencia, Simón, paciencia, y aguardemos días mejores, que ya vendrán. Felizmente, mi caudal no es de apariencia: es sólido y es abundante, á Dios gracias, y da para todo; quiero decir, para aguardar los vivificantes calores del estío, bien á cubierto de los mortíferos hielos invernales.

—Si no he comprendido mal el símil de Vuecencia, ese es precisamente el punto en que tengo la desgracia de discrepar de su sabio parecer.

—¿Á ver cómo?

—Vuecencia sabe que sus caudales no son los que eran algunos años hace; que han disminuído... que...

—Adelante, Simón.

—Pero desconoce el detalle, el estado en que se encuentra lo que queda de ellos; porque, si se me permite manifestarlo, los gastos de la casa y las quiebras habidas en ciertos negocios no han guardado la debida proporción con la merma de los haberes. El hacer dinero en ciertas ocasiones, cuesta más caro que en lo ordinario; y esta carestía se aumenta según que las necesidades se van haciendo más visibles y más

frecuentes... porque bien sabe Vuecencia que la usura es desconfiada, y hay que satisfacerla, y... vamos, que abusa más de lo que debiera. Así sucede que va Vuecencia á tapar un agujero, y para taparle se forma otro; y tapa éste y resulta otro más grande; y tapa aquí y destapa allá, piérdese algo el buen tino, y al menor descuido salta una criba entera, que, créalo Vuecencia, no es la mejor capa para esperar un hombre, abrigado con ella, los calores del verano; sobre todo, si dan en apretar mucho, como aquí sucede, los fríos del invierno.

—No basta la buena intención que á tí te guía, mi fiel Simón, para fallar, con el acierto debido, pleitos de determinada naturaleza...

—Es la pura verdad, señor; pero cuando los números hablan... Si donde hay veinte disponibles se gastan cuarenta, resulta una falta de otros veinte.

—Si no te conociera, pensaría que llevabas tu atrevimiento hasta el extremo de intentar ponerme á ración...

—¡Señor!...

—No te sobresaltes, que ya hice la merecida salvedad; pero no insistas en ese tema, porque las necesidades domésticas y sociales de una familia tan conspicua como la mía, y las de un hombre como yo, no pueden sujetarse al régimen admitido para el común de las gentes, ni

al criterio de un sencillo y honrado administrador como tú...

—Las palabras y los deseos de Vuecencia—dijo aquí el aludido, plegándose casi en dos mitades iguales, — son órdenes y enseñanzas para éste su humilde servidor; pero como, por lo mismo, le debo toda la verdad de lo poco que se me alcanza, quisiera advertir á Vuecencia, con el debido respeto, que no me refería tanto á lo que pudiera llamarse *gastos de representación* de esta ilustre familia, cuyo necesario esplendor eso y mucho más reclama, cuanto á otros independientes de ellos, y que no son los que menos agujeros han abierto en la criba á que tuve el honor de referirme antes.

—¿Á qué otros gastos te refieres?

—Á los grandes desembolsos que le han costado á Vuecencia los negocios que ha emprendido en compañía de don Mauricio Ibáñez...

—¡Bah!... gajes del oficio, Simón: hay que estar á las duras y á las maduras.

—Cierto; pero á Vuecencia siempre le han tocado las duras.

—También á él...

—Pero ese es su oficio; aquí cae y allí se levanta: de eso vive; al paso que Vuecencia...

—¿Otro consejito, Simón?

—¡Dios me libre de la tentación de cometer ese nuevo pecado! Sólo que pensaba yo que, en

ese punto, bien cabía, sin ofensa de los respetos que debo, una indicación...

—Y ¿cuál es?

—Que sería más de sentir que el dinero perdido por Vuecencia, como socio del banquero en determinados casos, el que pudiera perder en la misma compañía, de muy distinta manera.

—¿Qué quieres decirme, Simón?

—Que estoy muy bien enterado de que en el señor don Mauricio no es oro todo lo que reluce.

—¿Estás en tu juicio? ¡El banquero de más crédito de todos los banqueros de España! ¡El hombre que abarca los negocios más vastos y complicados; que manda en el ministerio de Hacienda como en su propia casa!

—Pues ese que manda en el ministerio de Hacienda (¡y así va ella!) no tiene los asuntos tan limpios y desembarazados como creen las gentes y deseara él.

—¡Cómo puede ser eso?...

—Será, con permiso de Vuecencia, porque el diablo reclame lo suyo, ó por otra causa; pero ello es. Y como el que se ahoga se agarra á lo primero que alcanza con las manos, y Vuecencia tiene poca práctica para esos fregados, porque ha nacido para cosas más altas y más nobles... cumplo con un deber, hasta de conciencia, dándole respetuosamente este aviso.

—Tú has pisado hoy malas yerbas, Simón... Ya hablaremos oportunamente de esas y otras cosas, con la necesaria tranquilidad. Ahora cumple el encargo que te he dado, y nada más. Cabalmente me hallas hoy en la peor de las condiciones para ocuparme en negocios que me obliguen á fatigar la cabeza con discursos ni con preocupaciones.

—¿Se encuentra mal Vuecencia?

—No muy bien: he sentido un fuerte desvanecimiento al levantarme... y anoche había sentido otro al acostarme.

—Debilidades del estómago...

—Eso creo yo... Pero resérvalo, de todos modos. No he querido decir nada á la marquesa, por no alarmarla. ¡Ah, los frutos del ambiente de esa condenada casa de locos ambiciosos é intrigantes! ¿Qué han de sacar de ella los hombres desinteresados y conciliadores como yo, sino grandes desencantos y trastornos cerebrales? ¡No sabes con qué ansia aguardo el momento de salir á respirar aires libres y más sanos, fuera de la atmósfera candente en que nos abrasamos aquí los desdichados á quienes el patriotismo obliga á encadenar hasta sus afectos más íntimos al presidio de los negocios del Estado!... Tienes mi permiso para retirarte, Simón... ¡Ah! se me olvidaba... y vaya la noticia por lo que has de gozarte en ella, no

porque yo la dé la menor importancia, ni deje de considerar el suceso como un tardío acto de desagravio, por parte del desagradecido Gobierno: lo de mi senaduría es cosa acordada, al fin.

—Reciba Vuecencia por anticipado la más humilde, pero la más cordial de las felicitaciones.

—Esas, para la patria, Simón, que tan necesitada está de reparaciones de esa índole, aunque te suene el reparo á vanagloria. De todas suertes, gracias por la cariñosa enhorabuena..., y Dios te guarde.





XII



N ningún capítulo de los *Apuntes* que me sirven de guía en este relato hay mayores despilfarros inútiles de tiempo y de imaginación, que el en que la redactora da cuenta del viaje proyectado algunos renglones más atrás. Es, en su mayor parte, un verdadero artículo de Revista, escrito, por una observadora tan impresionable como inexperta, á través de sus debilidades de sexo y de sus preocupaciones demasiado *subjetivas*. Échase de ver desde luégo en tan prolija tarea, que en las últimas entrevistas de Verónica con Pepe Guzmán, el empeñado duelo no pasó de un nuevo cambio de estocadas, como si cada combatiente pusiera mayor ahinco en defenderse que en herir, desde que por primera vez cruzaron los aceros en la boda de Sagrario. Pesa, mide y compara, con escrupulosidad de alquimista, cada gesto y cada frase del recelo-

so galán; asómale la impaciencia á cada momento en los puntos de su pluma; traslúcesele el desasosiego á cada instante; danle motivo todo lugar y cualquier suceso para recordar al invulnerable y discurrir sobre estas cosas, y aun protesta de que en tan invencible y tenaz empeño no entra para nada el interés amoroso; que todo es obra de la curiosidad, tan vehemente y disculpable en las mujeres en casos tales, y que su corazón continúa siendo víscera simplemente, sin un latido ni una sensación de más ni de menos que lo regular y ordinario. Podrá ser aprensión mía; pero es la verdad que leyendo estas largas disertaciones, se me vienen á la memoria los niños que se tapan los ojos para no ser vistos.

La primer etapa de los expedicionarios fué París, según costumbre, y la estancia allí, la más larga de todas las del viaje. Consultó la enferma con las eminencias del «arte de curar,» y ninguna de ellas dejó de prometerla un pronto y radical alivio... ni de aconsejar á su familia que la volvieran cuanto antes á su casa, porque quietud, sosiego y «auras domésticas» era lo que principalmente requería la incurable enfermedad de aquella señora... En fin, lo que la había aconsejado en Madrid su médico de cabecera. Pero declara ya su hija terminantemente que su madre no viajaba con la esperan-

za de curarse, sino con el propósito de divertirse así; y añade que este reparo se opuso al dictamen, tan bien expuesto y mejor cobrado, de las eminencias; que éstas le aceptaron por suyo reverentemente, y que se le ofrecieron á la marquesa bien diluído en un risueño plan de correrías por los balnearios y sitios de recreo más elegantes y aristocráticos de Europa (igual á lo acordado por las eminencias de Madrid después de haber conocido los deseos de la enferma), y que se determinó que fuera Interlacken, donde nunca habían estado, la segunda etapa de la recreativa expedición. Verónica hubiera preferido otro rumbo, Vichy, por ejemplo; y no porque Pepe Guzmán se hubiera despedido para aquellas aguas, que tomaba todos los años para curar ciertos desarreglos de su estómago, puesto que la había dado su palabra de encontrarse con ella «donde menos lo pensara,» sino porque... «cada cual tiene sus gustos.»

Pero si dejó de ver en el Pirineo francés á su amigo tan estimado, en el corazón de la Suiza se halló con otro que no valía menos, según la fama, si se pesaban ambos en oro. Porque allí estaba don Mauricio *el Solemne*, una semana hacía, á curarse sus achaques nerviosos con aquellas duchas de hielo derretido. Este pretexto alegó, al menos, para explicar al marqués su estancia inesperada allí: inesperada,

porque de todo había hablado á su ilustre amigo al despedirse de él en Madrid, menos de que padeciera tales achaques, ni de que intentara curarlos de aquel modo ni en aquel sitio. Cierto que no estaba el banquero en el pleno goce de su natural imperturbabilidad cuando estas cosas decía, como no lo había estado cuando se halló de improviso, en el mismo hotel que habitaba, con la presencia de sus egregios amigos; que á este mismo «fenooómeeno» se agarró él como prueba de la existencia de la enfermedad, y que afirmó que la había cogido repentinamente una noche, muy pocas antes, en lo alto de la calle de Alcalá, hablando, desabrigado, con el ministro de Hacienda. Pero tan mal le iba con el tratamiento aquél, en mal hora aconsejado por su médico de cabecera, que tenía resuelta su marcha á París en el mismo día, no obstante el nuevo y poderoso *atraaxtivo* que tenían para él aquellos lugares «desde que los honraban tan excelentes y tan *inolvidables* amigos.» Esto de «inolvidables» se lo espetó á Verónica en un memorial de mirada triste, con el correspondiente tirón de patilla; el cual memorial fué contestado con una sonrisa... de las de Verónica, la cual sonrisa debió sentarle al *recurrente* como si le afeitaran en seco.

Y como lo dijo lo hizo. Salió *en posta* de Interlacken aquel mismo día, sin aguardar á sen-

tarse á la mesa; y detrás de él y con el mismo rumbo, una dama solitaria, de gran porte y «cierta traza,» que había llegado con el banquero mismo, y comía á su lado, y á su lado habitaba en el hotel; es decir, tabique en medio.

—¡Y pensará el simplón que no le he sorprendido el contrabando!—díjose, muy *aparte*, el marqués, cuando se enteró de todos estos tejemanejes.—¡Á mí con esas disculpas de colegial! ¡Al que ha sido cocinero antes que fraile! ¡Semejante majaderote! ¡Como si tuviera el lance nada de particular, ó nos interesara á nosotros cosa alguna!

Y no se habló más de este suceso en la familia del marqués, ni había para qué tampoco.

Escaseaba mucho todavía la gente de lustre en aquel sitio; y con esto y con no sentarle bien el clima á la marquesa, condújosela á otro más de su gusto. Y no digo á cuál, porque si fuera á seguirla paso á paso en el camino de aquéllos sus antojos de rica vanidosa, incurriría yo en el mismo defecto que he tachado en el correspondiente capítulo de los *Apuntes*.

Mas por grandes que sean mis propósitos de reducirme todo lo posible en mi tarea, no he de omitir la mención siquiera de lo que más halagaba y seducía los apetitos del marqués durante

su peregrinación por tantos y tan culminantes lugares: las celebridades políticas de todos los Estados europeos, que veraneaban dispersas, y con las cuales se topaba acá y allá, con sus respectivos cortejos de admiradores y de parásitos; los estadistas de segunda categoría, harto más ceremoniosos y teatrales que los de primera: los unos haciendo vida aparte y dejándose sentir, como el sol, desde muy lejos, ó entre nubes; los otros, invadiéndolo todo con su pompa de relumbrón, presidiendo las mesas, los bailes, las jiras y hasta las salas de duchas ó de inhalaciones... ó la ruleta; pero los otros y los unos asediados por legiones de babiecas y por el espionaje de los *reporters*, para apuntar lo que dicen, lo que piensan, lo que comen, si se bañan, si se ríen, si meditan, si se enfadan, ó si tosen ó estornudan, y estamparlo como noticias de sensación en los periódicos de mayor renombre, con las más peregrinas conjeturas sobre el influjo del suceso en la política internacional. Y á los casinos llegaban éstos y otros cien periódicos más de todas las naciones, y en todos ellos danzaban las noticias y las conjeturas, con otras semejantes y nuevos comentarios de propia cosecha, anunciando entrevistas, desentrañando frases, prediciendo resultados y dejando muy tirante la curiosidad de los lectores con la promesa de

nuevos acontecimientos para el día siguiente.

Y el marqués devoraba estos periódicos, y contemplaba en éxtasis á aquellos hombres que tanto les daban que decir; y se comparaba con ellos, y no se veía más bajo, ni menos ostentoso, ni menos solemne, ni menos «honorable:» ninguno tomaba tan en serio como él eso de «los organismos políticos,» «las energías de la patria,» «el sentimiento público,» «la alteza y respetabilidad de los cuerpos colegisladores» y otras cosas tales; ninguno le ganaba en desinterés, ni en celo, ni en instinto político, y pocos, muy pocos, llegarían á aventajarle en el modo y manera de utilizar con honra propia y decoro del sistema «la tribuna del Parlamento.» Esto era «obvio, de toda notoriedad é inconcuso,» y, sin embargo, su nombre no aparecía jamás entre aquellos otros, tan traídos y tan llevados, ni había un papanatas que le siguiera, ni un mal periodista que le preguntara su parecer sobre la política del Czar y las últimas circulares de nuestro ministro de Estado. Citábasele alguna vez entre los bañistas más distinguidos, recién llegados; cortejaban á su hija algunos insípidos gomosos, porque era guapa y afamada de rica, y pare usted de contar. Pero ¿qué diablos valía todo esto para un hombre de su estirpe, de sus nobles ambiciones y... sí, señor, de su significación é importancia, por donde

quiera que se le considerase? Caprichos, veleidades de la fortuna, del «hado» quizás... porque el marqués estaba persuadido de que á los «hombres públicos» los forman las circunstancias, un momento de la vida, un «choque fortuito» de la piedra contra el acero, que hacía brotar la luz de repente. Así entendía el «hado» el buen marqués.

Entre tanto, lejos de desalentarse en su empresa, cada día buscaba con mayor empeño ese instante, ese fortuito choque, y no perdía ocasión de arrimarse á los privilegiados para hombrearse con ellos y meter la cuchara en sus conversaciones. Y así pasaba el tiempo en las etapas de su viaje, y aun en todos sus viajes de veraneo, si no satisfecho de los resultados obtenidos, porque el choque no se verificaba ni la luz se producía, consolado al menos con la ilusión de que las gentes, viéndole tan bien acompañado, le tomarían por lo que no era, es decir, por lo que deseaba ser.

Corriendo los días y rodando los expedicionarios, tan pronto en un puerto de mar como en una *estación* de secano, arrastrándose más que caminando la marquesa, á quien apenas bastaba una semana de reposo por cada hora de jornada, ninguno de los tres recogía el fruto sazonado de sus ilusiones: el padre, por lo que se ha visto; la madre, por lo que fácilmente se

adivina, por enormes que sean las dosis de vanidad y de tonta presunción de que la supongamos henchida, y la hija, porque, á medida que el tiempo pasaba sin que se cumpliera la promesa que en Madrid había hecho Pepe Guzmán de encontrarse con ella «donde menos lo pensara,» crecían sus impaciencias «por el natural é insignificante deseo de salirse con la suya;» y la suya era que no se encontraría en parte alguna de su expedición veraniega con Pepe Guzmán; y no encontrándose con él, estaba autorizada para decirle, en broma, por supuesto, en cuanto le viera en Madrid: «¡valiente palabra es la palabra de usted!» Y con esta sola preocupación, se pagaba bien poco de todo lo que hallaba al paso; de preparar el éxito de sus exhibiciones en playas, alamedas y espectáculos, y mucho menos del tributo ofrecido á su belleza por la turba de tenorios contrahechos, que á eso van á los «centros elegantes,» y aun por otros admiradores de más seso y mejor arte.

En Baden-Baden halló el rastro de su amiga Sagrario, que andaba recorriendo el mundo en su viaje de novia. Había dejado allí fama de hermosa, de elegante y, sobre todo, de desenvuelta. Se hablaba mucho, muchísimo, de sus *hechicerías*, entre los hombres, y de su «provocativo *sans façon*,» entre las mujeres. Cuando

tenía el *sitio* hecho un volcán de intrigas, de deseos, de cálculos y de murmuraciones, desapareció repentinamente con su marido, porque éste, que no salía de la ruleta, perdió en una noche cuarenta mil duros, sobre otros veinte mil que tenía perdidos ya; y no se había casado ella con Gonzalo Quiroga para eso, sino para cosa muy diferente. Esto se decía y se propalaba por aquellos ámbitos henchidos de la fragancia de todas las pasiones, buenas y malas, pero muy elegantes, y de nada se asombró la recién llegada madrileña, porque lo uno lo consideraba verosímil y hasta necesario, y de lo otro sabía que era la pura verdad.

Sucesos harto más graves la aguardaban en Spá. Por de pronto, se encontró allí con amigos de su mayor intimidad; como que eran Leticia, su marido y el subsecretario de Gobernación; y ya se supondrá que no cuento este hallazgo entre los sucesos graves á que me he referido, aunque alguna gravedad revestía la altivez del continente de la primera, frente á la actitud algo airada y como rencorosa del tercero; pero más grave fué una estocada que este funcionario español atizó, en la madrugada del día siguiente, á un príncipe ruso bruñido á la francesa, que campaba en el sitio por su riqueza, por su boato y hasta por su estampa original y castiza. Tampoco fué lo grave la estoca-

da porque pusiera en riesgo de muerte al príncipe ruso, pues no llegó tan adentro «la acerada punta,» sino por el ruido que hizo y lo que dió que hablar á las gentes, y que temer á la impávida Leticia, y que hacer á la misma Verónica para ayudar á su amiga á convencer al subsecretario de que ciertos sucesos, aunque se vean con los ojos y se palpen con las manos, no son lo que aparentan, sino quimeras de la imaginación ofuscada.

Pero lo más original y lo verdaderamente grave del suceso, mirado á cierta distancia, fué que el general Ponce, es decir, el marido de Leticia, apadrinó al subsecretario en su duelo con el ruso; en honor de la verdad, no porque llevara el apadrinado su frescura al extremo de solicitar del otro un favor tan señalado, sino porque el arisco veterano, al saber de qué se trataba, por rumores llegados hasta él, «como amigo, como soldado y como español,» no quiso que nadie se anticipara á prestar ese servicio á su ilustre compatriota. No hay para qué advertir que este detalle sonó en la *colonia* elegante y desocupada mucho más recio que la estocada y los motivos de ella. En cuanto al general, cumplido su deber de amistad, de soldado y de español, y altamente satisfecho de su conducta, se volvió á sus reales, es decir, á pasarse todo el día y parte de la noche con un pe-

riodista madrileño, desollando al ministro de la Guerra y proporcionando la metralla con que el primero le fusilaba, un día sí y otro no, desde las columnas de su periódico. Ni más veía, ni en otra cosa pensaba, ni de otros jugos se nutría la fibra de su naturaleza.

Pensó Verónica, como lo hubiera pensado cualquier otra mujer de honrado temple, que después de aquel ruidoso acontecimiento su amiga abandonaría á Spá con cualquier pretexto; pero no la conocía bastante, con creer conocerla muy á fondo. En el de Leticia existían alientos para resistir aquel empuje y mucho más.

—Mi fuga—dijo á su amiga, hablando con ella de estas cosas,—sería la confirmación de los rumores. Otra mujer en mi caso, aun pensando esto mismo que yo pienso, huiría por no atreverse á quedarse; pero á mí no me espanta la fiera, y ya verás cómo la domino.

Y nunca se la había visto en público tan serena, tan elegante, tan hermosa ni tan envidiada, como se la vió después del «grave suceso,» ni se había mostrado delante de la gente tan expresiva ni tan afable con el subsecretario de Gobernación, ni tan atenta y cortés con el príncipe ruso, que, por cierto, no tardó tres días en largarse de allí.

No tuvo Verónica motivos para dolerse de

la resolución tomada por su amiga, pues su compañía y su serenidad la sirvieron de mucho en el verdaderamente «grave suceso» que aconteció en breve, seguido de otro tan grave como él. Y fué que hallándose departiendo el marqués y el general, momentos antes de sentarse á la mesa, y paseándose á lo largo del salón contiguo al comedor, y estando la porfía en lo más candente, es decir, sosteniendo el segundo que todas las desventuras de España procedían de la incapacidad y de los desaciertos del ministro de la Guerra y de todos sus antecesores, y templando el primero sus crudezas con reposadas y campanudas reflexiones sobre el necesario «concurso de las fuerzas vitales del país» y «el engranaje de la máquina gubernamental,» de pronto le faltó la palabra precisa; valióse de otra menos propia y muy mal pronunciada; esparcióse sobre el sonrosado color de su rostro un tinte lívido; lanzó un áspero quejido por su boca, que se torcía por momentos, y reviró los ojos; y á no haberle recibido el general entre sus brazos, hubiera dado el pobre marqués con su oronda humanidad en el santo suelo.

Lo que allí sucedería después, no hay para qué referirlo. Conducido á su habitación y puesta en movimiento media casa, sometiósele al tratamiento que la ciencia tiene menos desa-

creditado para esos lances, y se esperó el resultado de él y el de la primera consulta que celebró un rebaño de doctores que fueron acudiendo alrededor del paciente, los más de ellos sin que nadie los llamara. Tras una hora de encierro en el cuarto inmediato al del enfermo, á quien rodeaban su familia gemebunda y cuantos españoles hubo en las inmediaciones, fueron apareciendo uno á uno los doctores, en larga y solemne procesión; cediéronles los profanos el sitio en derredor del lecho; tomó la palabra el menos joven y más estirado de los médicos; dijo que estaban perfectamente de acuerdo todos los profesores allí reunidos, lo mismo sobre el pronóstico que sobre el diagnóstico de la enfermedad que aquejaba al señor marqués; que aprobaban lo que hasta entonces habían dispuesto los dignísimos compañeros que se les habían anticipado en el honor de prestar los primeros auxilios al ilustre paciente; que volverían á reunirse dentro de dos horas, y que buen ánimo, entre tanto, para conllevar la inevitable pesadumbre por lo ocurrido... con lo cual, y una ceremoniosa inflexión de cuello y de espinazo, salió de la estancia seguido de sus comprofesores, lo mismo que habían entrado, uno á uno y con la respectiva inflexión de cuello y de espinazo, graves, muy graves todos, y á cual más atildado y taciturno.

Afortunadamente, lo del marqués no fué tanto como parecía. Rehízose un poco su naturaleza á las pocas horas; al amanecer conoció á su familia y á sus amigos; articuló algunas palabras; movió los miembros, antes paralizados, y al mediodía del siguiente pronosticó el senado de doctores, en su tercera consulta, que sin una complicación inesperada, el ilustre enfermo entraría muy pronto en una franca y satisfactoria convalecencia.

Ya las nubes de la tristeza se rasgaban y difundían hasta transparentarse en aquella mansión, poco antes de lágrimas y sobresaltos, cuando la marquesa, que se había quedado en la cama aquel día para restaurar un poco las fuerzas de su trastornada máquina, puestas en los límites de la extenuación con los recientes sustos y el anterior ajetreo de su larga peregrinación, sintió de pronto tales espasmos, convulsiones y desfallecimientos, que pensó que su vida terminaba en aquel trance; y lo mismo pensaron su atribulada hija y las gentes que con ella acudieron á socorrerla. Por consiguiente, nuevos apresuramientos, nueva irrupción de doctores, nuevas consultas y nueva serie de larguísimas horas de angustias y sobresaltos para la pobre joven que, en aquella apuradísima situación en que se veía, se juró á sí propia emprender la vuelta á Madrid por el camino

más corto, tan luégo como los enfermos se hallaran en condiciones de ponerse en viaje, si Dios no había decretado que le hicieran al otro mundo sin salir de la cama.

Pero también se resolvió en el mejor de los sentidos la crisis alarmante de la marquesa; sólo que al paso que el restablecimiento de su marido llevaba trazas de ser completo y sin dejar el menor rastro de la enfermedad vencida, el de ella caminaba paso á paso y mal seguros, con muchos tropezones y algunas caídas. Al fin llovía sobre mojado, y en cada nuevo embate de la enfermedad se llevaba ésta mayor tajada entre las uñas.

Durante la convalecencia de los dos enfermos, Leticia y Verónica, como si quisieran resarcirse de los afanes y tristezas que habían sufrido juntas como dos hermanas, mejor que como dos amigas, hablaron mucho, de muchísimas cosas: de todo menos del príncipe ruso y de su duelo con el subsecretario de Gobernación, y de Pepe Guzmán, que no asomaba por ningún sendero á cumplir la palabra empeñada con Verónica. Entre tanto, el tal subsecretario, el general y el periodista español, no se apartaban un punto del marqués, que ya *estaba en voz* nuevamente y comenzaba á hacer pinitos parlamentarios. Estaba muy satisfecho del interés que se habían tomado por su salud el can-

ciller de acá, el embajador de allá, un ministro del kedive de Egipto y cien eminencias más que veraneaban por allí. Esto le confortaba y le reconstituía.

Y hablando hablando Leticia y su amiga, sacó la primera á relucir á don Mauricio *el Solemne*.

—Poco antes de llegar tú—dijo á Verónica,—se presentó aquí de improviso; se encontró con nosotros al día siguiente; y como si le hubiera contrariado el encuentro, aquella misma tarde salió para París.

—¿Solo?—preguntó sonriendo Verónica.

—Solo—respondió sonriendo también su amiga.—Porque por más que se afirmó entre los maldicientes lo contrario, yo creo que nada tenía que ver con él una dama muy aparatosa, de cierto pelaje, que le siguió muy de cerca al marcharse, lo mismo que le había seguido al llegar.

—¿Alta y rubia?—volvió á preguntar Verónica, recordando quizás las señas de la de Interlacken.

—Morena y baja,—respondió Leticia.

—¡Qué voracidad de hombre!—pensó la otra sin pedir ni dar más explicaciones.

Con los equipajes hechos, los convalecientes medio embanastados; en fin, casi con el pie en el estribo ya para volver á Madrid los tres ex-

pedicionarios de nuestra historia, dijo Leticia á su amiga al despedirse de ella:

—Sé que el banquero don Mauricio bebe los vientos por tí... ¿No te gusta que te lo diga?... Lo siento, y perdona; pero escucha. Es un *tipo*, bien á la vista está; pero tiene prendas que no puede ni debe desconocer una mujer como tú. Por tanto, como buena amiga y porque te quiero mucho, te aconsejo que si pide tu mano, no se la niegues.

—Gracias,—respondió la aconsejada, pagando con un beso en cada mejilla de la consejera otros dos que ésta le había estampado en las suyas, con las últimas palabras del consejo, como si hubiera querido pintárselas allí para que no las olvidara.

¡También Leticia! ¿Era aquello una burla ó una pesadilla? El mismo consejo que Sagrario, menos en lo referente á Pepe Guzmán. ¿Por qué esta omisión? ¿Fué por ignorancia ó por malicia? ¡Ah! ¡de qué buena gana la hubiera hecho ella entonces, y aun antes de entonces, por curiosidad se entiende, nada más que por curiosidad, una pregunta! «Vamos, Leticia, con toda franqueza... como si te confesaras conmigo, ¿hasta qué punto llegaron tus *amistades* con *él?...*» Porque era mucho lo que, de algún tiempo á aquella parte, la mortificaba esta sencilla *curiosidad*.



XIII

La marquesa llegó á Madrid hecha una lástima; pero el marqués, como si nada le hubiera pasado. Algo claudicaba del lado derecho, reparándole bien, y se le torcía la boca al sonreirse, y un tanto desmemoriado se encontraba en lo tocante á fechas y nombres propios; pero este levísimo rastro de su pasado accidente se borraría muy pronto, como se habían ido borrando otras huellas, harto más hondas, del propio mal.

De muy distinto modo lo veía su hija, que, aun sin lo advertido por los doctores de Spá, tenía en su buen entendimiento la luz necesaria para no engañarse; y con esto y con la evidencia de que el estado de su madre era gravísimo también; con las tristes deducciones que le resultaban de estas innegables premisas; la relativa soledad en que se encontraba en Madrid,

adonde los apuntados sucesos la habían obligado á volver antes de lo calculado, y, por consiguiente, hallándose todavía rodando fuera de la patria todos los amigos de «su mundo;» la negrura de los espacios á que la condujeron sus cavilaciones pertinaces, y ¿por qué negarlo? hasta la ausencia del único hombre de fuste que en aquel caso pudiera ser para ella un prudente consejero, y cuanto en este hilo de su discurso fué ensartando la mano de Satanás, porque otra más honrada no podía complacerse en hacer un rosario tan largo y de tan fríos desalientos, llegó á apoderarse de la infeliz una verdadera melancolía; siendo muy de notar que antes se le aumentaba que se le disminuía con los cálculos risueños y los propósitos mundanos, que eran los temas exclusivos de la conversación de los convalecientes con ella. La cual tiene abnegación bastante para declarar sin rebozo en este pasaje de sus *Apuntes*, que intervenía muy poco ó nada su corazón de hija en la manifestación de aquel fenómeno. No la impresionaban las ilusiones de sus padres por el contraste que formaban con su certeza de que era muy breve el espacio que las separaba de la sepultura de los ilusos, puesto que no era el dolor de perderlos lo que sentía en sus temores de quedarse huérfana á la hora menos pensada. El fenómeno era producto de un trastorno

nervioso, de un estado histérico, sometido al influjo de un orden de sentimientos muy distintos: los enumerados ya, y un recelo pavoroso de lo desconocido. Su afecto de hija no profundizaba más que lo que da de sí el hábito de vivir en comunidad, no muy íntima, con otras personas. Muy poco y bien triste le parece esto á ella misma; pero tranquiliza su conciencia con la cuerda reflexión de que lo extraño hubiera sido lo contrario, con una educación como la que había recibido y unos ejemplos como los que le habían dado en su propia casa.

Veamos qué cálculos y propósitos eran los que preocupaban á los marqueses en los momentos en que todo el tiempo de que disponían debiera parecerles corto para liquidar sus largas cuentas con Dios. Los de la marquesa se enderezaban á dar á sus salones, en el próximo invierno, el último barniz de que carecían para brillar entre los más esplendorosos de la corte: quería construir un elegante teatro doméstico, en el cual las damas y los galanes más distinguidos de la aristocracia representasen lo selecto del repertorio... francés, en lengua francesa por de contado. Esto era el colmo, por entonces, y aun creo que lo es por ahora, del rumbo y de la distinción de los salones del *buen tono* madrileño. El intento, si se realizaba, costaría

un sentido; pero ¿qué tenía que ver ella con ese prosáico y vulgar detalle? ¿No era rica? ¿No daban sus caudales para todo? ¿No era el intento noble y, amén de noble, *impuesto* por la ley inexorable... «de las cosas?» Pues habría teatro doméstico, y lindo y elegante, como el mejor de su especie; y para lograrlo así y lo más pronto posible, conferenciaba á menudo con el mismo arquitecto que le había trazado y dirigido las obras de su casa, y con su hija para la formación, digámoslo así, de la *troupe* aristocrática que había de *debutar* en él, á más tardar, en la próxima noche de Año Nuevo. Y bien sabido se tenían Verónica y su padre que los intentos de la marquesa no podían traducirse en broma jamás. Siempre fueron órdenes sus lacónicas frases, y leyes inapelables sus deseos. Esto, en buena salud; ¡qué no sucedería cuando las molestias de la enfermedad la obligaban á ser más antojadiza y exigente?

En cuanto á los planes de su marido, casi está por demás advertir que no salían del trillado campo de sus anhelos senatoriales. Cierto que le constaba con toda evidencia que su senaduría era una de las de la hornada que de un momento á otro lanzaría el Gobierno á los estantes de la *Gaceta;* y sobre este importante preliminar, por tantos años perseguido, nada tenía ya que temer; pero no se trataba de eso, sino

de algo que debía seguir inmediatamente al acontecimiento, como el estampido á la expansión de la pólvora inflamada en un arma de fuego. ¿Cómo le celebraría él, cuándo y en dónde? ¿Á qué y con quiénes le obligaba esa distinción, que no por ser justa y merecida y aun algo tardía, dejaba de haber sido piedra de toque de muchas y buenas amistades... y de asombrosos temples de paciencia?

Esto le preocupaba, y á este tema se redujeron sus conversaciones familiares por muchos días. Al fin resolvió, sin que nadie se le opusiera, que daría un banquete *de circunstancias* en su propia casa, tan pronto como los ausentes personajes volvieran á Madrid y entrara en sus ordinarios quicios la vida política y social de la corte; y que en ese banquete pronunciaría él un discurso, en el cual «quedara bien definida su significación al lado del Gobierno de Su Majestad,» y puesta bien de relieve, con la autoridad de su ejemplo y la elocuencia de su palabra, «la necesidad de robustecer el prestigio de los poderes públicos con el concurso de todas las fuerzas vivas, de todos los hombres independientes y desapasionados del país, tan trabajado y maltrecho por obra de todo linaje de mezquinas intrigas y de pasiones bastardas.»

Tal había de ser el tema de su *acto político*;

y en desenvolverle, pulirle y entonarle debidamente, creyendo como artículo de fe que había de tener «inmenso alcance y altísima resonancia,» se pasaba el buen marqués las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, como el otro loco (y perdone su ilustre y bien acreditada fama la comparación) con los libros de caballerías.

Es de advertir, asimismo, que el banquete no sólo había de celebrarse en su propia casa, sino también disponerse y servirse con elementos y accesorios de la casa misma; condición sabiamente acordada por el marqués, que, contando con que no faltarían los obligados sahumerios de la prensa al *menú* y al aparato de la mesa, no quería ceder á un fondista, aunque se llamara Lhardy, ni ese rayo de esplendor que también cabía en el nimbo de su cabeza casi augusta.

Ello es que pasando días y semanas; estando perjeñado el discurso y á medio digerir; puestos en ejecución los planes de la marquesa y los planos de su arquitecto, y por los suelos algunos tabiques de la casa; en Madrid casi todos los encopetados *touristas* veraniegos; cada hombre político en su sitio; Verónica no tan aburrida ni nerviosa como á su llegada; Pepe Guzmán bien perdonado de su falta, en virtud de razones bien expuestas y mejor recibidas; la

marquesa incapacitada de moverse de un sillón en cuanto la sacaban, con trabajos, de su lecho, y el marqués con su credencial de senador entre las manos, llegó el mes de octubre, y con él la ebullición de la vida madrileña, quiero decir, la de la gente de dinero y lustre en los campos colindantes de los placeres y de la política; y llegando el mes de octubre, que era el que esperaba el marqués con grandes ansias, dió por bien digerido su discurso, y consagró todo el muy escaso que le quedaba sano á disponer el programa de la fiesta.

Dejemos por cosa innecesaria la historia de este parto laborioso, y pasemos de un salto, que el lector dará con gusto, por lo que le abrevia el camino, á los linderos del comedor de nuestro personaje, desde donde podemos contemplar, sin ser vistos, el cuadro resultante de tantas, tan profundas y tan conmovedoras cavilaciones, con lo demás que se siguió como fin y remate de la fiesta.

Como el banquete era político, aunque de otro modo le calificara el marqués por pura modestia, no se dió asiento en él á las señoras. Pasaban de cincuenta los comensales del otro sexo, rigorosamente vestidos de sociedad, lo mismo que los criados que les servían los manjares y los vinos, y figuraban entre los primeros las tres cuartas partes de los ministros, incluso

el presidente; los de ambos «cuerpos colegisladores;» varios diputados de empuje, con grupito; la flor y nata de los ancianos del senado; el Capitán general y el Gobernador civil de Madrid... y así sucesivamente; porque una cosa es que todos éstos y otros personajes estimaran al anfitrión en lo que verdaderamente valía, y otra muy diferente los rumbosos festivales que sabía disponer en su casa para prestigio de ella y regalo de sus amigos. Como de los más estimados, inútil es advertir que no se quedaron sin cubierto aquella noche ni Pepe Guzmán ni el banquero don Mauricio.

Al tratar la prensa periódica al día siguiente de este suceso, grandes cosas dijo de la magnificencia del cuadro, tal como aparecía en conjunto á la vista del recién llegado observador, y grandes despilfarros de incienso dedicó al buen gusto y á la riqueza de la ilustre familia; pero preciso es confesar que por aquella vez, si los «órganos de la opinión pública» pecaron de entrometidos y de aduladores, en manera alguna de inexactos, como no fuera por quedarse cortos en sus reseñas y ponderaciones. Fué aquél, en efecto, un alarde felicísimo de saber hacer esas cosas por todo lo alto. Era el comedor lo que se llama «un ascua de oro;» expresiva metáfora en que cabe cuanto el lector pueda imaginarse en profusión de luces sobre

lámparas y candelabros de ricos y variados metales, vajillas estupendas, cristalería de inverosímil nitidez y ligereza, vasos de porcelanas valiosísimas cargados de raras flores; en fin, lo mejor entre lo más caro del profuso acopio de que se dió cuenta en otro lugar de este relato, y lo adquirido después á peso de oro, destacándose sobre fondos obscuros, salpicados de brillantes toques metálicos, é interrumpidos en cada puerta por los desmayados paños de las pesadas y ricas colgaduras.

Bien poseído estaba el marqués de la suntuosidad del aparato escénico, así como de la intachable corrección con que iban sirviéndose á sus comensales los prodigios de su cocinero y los tesoros de su bodega; y por estarlo tanto, andaba más atento á inquirir si ese mismo sentimiento se traslucía en los gestos de sus comensales ó en palabras sueltas del incesante rumor que henchía la estancia, que á responder atinadamente á las frases con que algún colateral, creyendo acertar mejor así, intentaba llevar su atención al asunto ocasional del banquete.

Desde muy temprano había sentido él síntomas premonitorios de estas emociones. Inusitadas desconfianzas en su servidumbre, recelos injustificables hasta de la habilidad de su envidiado cocinero, le traían sin punto de reposo de un lado para otro y de acá para allá; mortificaba

á su familia con consultas impertinentes y con advertencias pueriles, y aturdía á su ayuda de cámara pidiéndole prendas de vestir que tenía á la vista ó entre las manos. Jamás había incurrido en estas vulgaridades de tendero rico el señor marqués, ni su familia le había visto tan polilla ni tan desmañado. Á ratos se encerraba en su despacho y ensayaba á toda voz desde el sillón de su mesa, con la salbadera en la mano, los párrafos culminantes de su discurso. Le salía tal cual, pero le costaba mucho trabajo estamparle bien en la memoria. Á la hora de vestirse, la emoción crecía, la memoria se le embrollaba más, y los nervios, vibrantes y desconcertados, no le permitían ejecutar obra alguna con acierto, ni cortar lo más sencillo por donde señalaba. Pero ¿qué había de sucederle con el trajín de tantas horas y las preocupaciones de tantos días, que le habían puesto la cabeza como una zambomba en ejercicio?

¡Cosa rara!: fueron menores sus desconciertos y más llevaderas sus impresiones, en las proximidades del momento crítico, del instante que más le deslumbraba á él cuando le consideraba desde lejos; y en cuanto se sentó á la mesa del festín, era ya dueño absoluto de sus nervios, de su memoria y de toda su ordinaria y olímpica serenidad. Algo de esto pasa con todo linaje de peligros: parecen más imponentes cuando se

piensa en ellos, que cuando se arrostran. El hecho es que el señor marqués, aunque muy débil de fuerzas físicas, entró en la batalla con ánimo sereno y marcial talante.

Ya hemos visto cómo se iba portando en ella. Pero faltaba el lance, el episodio decisivo. También llegó, al sonar el primer taponazo del Champagne. El presidente del Consejo de ministros, que ocupaba el asiento frontero al del anfitrión, se puso de pie y con una copa en la diestra, rebosando de espuma. Comenzaban los brindis.

Aquí fué donde la naturaleza deleznable del marqués sintió ciertas sacudidas eléctricas que le produjeron inevitables alucinaciones y desfallecimientos. Eran de esperarse. ¿Qué cosas le diría aquel «prócer, gigante de la palabra y de la política?» No fueron grandes ni muchas ciertamente: cuatro frases de cajón enderezadas á ensalzar los merecimientos (que no enumeró) del ilustre anfitrión, para el cargo con que el Gobierno, por un acto de estricta justicia, le había recompensado; otras tantas de felicitación al Gobierno mismo por este rasgo de cordura y de integridad de principios, y una ligera alusión á la robusta vitalidad del Gabinete, indignamente presidido por el preopinante, merced á «su política salvadora» y, «ante todo y sobre todo, á la ilimitada confianza con que corres-

pondían á sus sacrificios y desvelos la Corona.»

Sin cesar la indispensable salva de aplausos, se alzó el ministro de la Gobernación. Dijo casi lo mismo que su presidente, pero con más sal y pimienta. De ésta dedicó la mayor parte á las impaciencias del partido que se juzgaba heredero inmediato del poder. Era harto incisivo y mordaz Su Excelencia; y por eso sus flagelantes alusiones al enemigo mortal fueron recibidas con coros de carcajadas y con tempestades de aplausos.

Creyó el Capitán general que era él á quien le tocaba remachar el clavo con que el ministro de la Gobernación había fijado en la picota de sus ironías al insidioso partido que no reparaba en medios para lograr sus «impopulares fines,» y se levantó, casi airado, y sin casi marcial y decidido, á declarar (olvidándose completamente del motivo fundamental del banquete y de la presencia del rumboso obsequiante) que mientras á su autoridad estuviera encomendada la conservación del orden público en su distrito, ¡ay del insensato que alzara en él siquiera un dedo para alterarle! ¡Ay del temerario que se echara á la calle «con bastardos planes» y los manifestara con una sola palabra, con un gesto siquiera!

Lo cual obligó al ministro de la Guerra, después de consagrar cuatro piropos de cortesía al

estupefacto anfitrión, á «fijar el alcance de las patrióticas declaraciones» del Capitán general, añadiendo, por su parte, que con un ejército tan leal y disciplinado como el invencible ejército español, particularmente desde que estaba bajo su cuidado y vigilancia, nada tenían que temer los poderes públicos, aun cuando hubiera partidos (que no los había dentro de la legalidad) «capaces de pensar en locas aventuras.»

Pero estaba allí el general Ponce de Lerma, conde de Peñas Pardas, y no podía dejar sin réplica las declaraciones del ministro, aunque con las salvedades á que le obligaban el motivo y la ocasión del *acto* de Su Excelencia. Bien estaba el intento de mantener el orden á todo trance, y mucho mejor la confianza manifestada en la lealtad «jamás desmentida» del ejército, base y garantía de la paz y del sosiego públicos, no obstante el eterno trabajo empleado para corromperle por los que intentan hacer de él instrumento de sus «bastardas y descomedidas ambiciones;» pero había que tener en cuenta, ¡muy en cuenta! que, en determinadas ocasiones, un celo excesivo, imprudente, sólo conducía á exacerbar las impaciencias y á despertar propósitos aún dormidos. En fin, que no bastaban las buenas intenciones si no iban acompañadas de una gran prudencia, de un juicio bien reposado y, sobre todo, de la

más completa idoneidad para el alto cargo que se desempeñaba. En cuanto á que el ejército nunca hubiera estado mejor organizado ni regido que en aquella ocasión, «lo negaba en absoluto...»

Aquí terció el presidente del Consejo para encauzar, con el prestigio de su investidura y la habilidad de su palabra experta, el asunto de las peroraciones, algo desbordado por los irreflexivos entusiasmos de los unos y por los descomedimientos apuntados, síntomas de otros más graves, del implacable enemigo de todos los ministros de la Guerra. Lo que allí se dijera había de transcender muy lejos, que para eso había periodistas á la mesa; y era de necesidad, por tanto, que las palabras salieran pesadas y medidas de la boca de los oradores.

Pero aunque la intervención del presidente fué cortés y comedida, el general no quiso añadir una frase más, en bien ni en mal, á las que había pronunciado, y se sentó de pronto con los bigotes erizados y enseñando los dientes, como un mastín después de haber llevado una paliza.

Borraron la impresión de este incidente los atildados é insubstanciales brindis que le siguieron, de los presidentes de ambas Cámaras. Los dos graves señores, ajustándose estrictamente al carácter y al motivo palmario de la fiesta,

consagraron lo principal de sus discursos á mayor honra y gloria del festejante, y lo accesorio, vago é incoloro, á la política. Esto acabó de fijar el camino indicado por el presidente del Consejo para los discursos de los comensales.

Siguiéronle rigorosamente los pocos estómagos agradecidos que hablaron después, hombres de corta talla política y de escasa significación literaria; y ya se daba por terminada la serie, preparándose griegos y troyanos á escuchar con la boca abierta la última, la más solemne de las palabras, la que estaba obligado y dispuesto á pronunciar el héroe de la fiesta, en cuyo aspecto se reflejaban harto claramente las hondas impresiones que le combatían el espíritu en aquel trance de prueba, cuando se levantó don Mauricio Ibáñez. Llevaba su correspondiente bomba bien cargada, y estaba decidido á lanzarla en medio del concurso, con el mismo derecho que el más obligado de los concurrentes: que fuera la última de todas, corriente, y ya eso se lo había aconsejado su modestia; pero dejar de lanzarla, ¡qué se diría de él? Representaba allí el dinero, es decir, la fuerza de las fuerzas y la *energía* de «las *energías* del país,» y su voz, expresión sincera de su adhesión incondicional al Gobierno, y de su amistad intensísima é imperecedera á la familia del «prócer generoso» que le escuchaba, debía

resonar también en aquellos ámbitos. Así lo pensaba el banquero, aunque lo dijo de otro modo con una copa en la diestra, y la zurda en la patilla de este lado. Estuvo menos infeliz que de costumbre en el «meerooodeo» de recursos oratorios para llenar su cometido. Sólo dos veces sacó á plaza á los meeroodeadoores, y no llegaron á tres las en que necesitó agarrarse á su muletilla para terminar un período. En el sahumerio á «la familia del prócer,» se elevó hasta lo épico; tanto, que no acertaba á bajarse. Pero bajó, aunque maltrecho y desvanecido; y sentóse, con aplauso de todos los circunstantes.

Y llegó el instante que esperaba el marqués, buen rato hacía, con nerviosa ansiedad. Notaba sin extrañeza el pobre hombre, que se le reproducían los fenómenos internos que había sentido por la mañana, con el concurso de otros que le eran enteramente desconocidos; y digo sin extrañeza, porque todo aquel revoltijo de sensaciones y de desconciertos le parecía poco, como obra de la extraordinaria situación en que se hallaba colccado. Contaba con algo por el estilo al disponer el programa del festín, y aun en los comienzos de éste anduvieron bastante ajustados á la palpable realidad sus cálculos de tantos días; pero el vuelo inesperado que tomaron las peroraciones de tantos y tan ilustres co-

mensales; aquel mezclarse los panegíricos de sus virtudes cívicas y políticas, de sus altísimos merecimientos personales, con las cuestiones más candentes de la actual gobernación del Estado, en boca de los hombres que tenían en sus manos los destinos de la patria; aquel cielo de esplendores y de gloria, aquella radiante apoteosis á que se le elevaba de pronto y por tales gentes; todo aquello, que levantaba cien codos por encima de sus cálculos, aunque no de sus «nobles ambiciones,» era más que suficiente para dar al traste con la serenidad de un estóico, cuanto más con la de un hombre como él, tan trabajado por «los acontecimientos» y hasta por los achaques y los años. Pero en una naturaleza como la suya, estas impresiones, estos desconciertos, no acusaban un estado patológico de los que minan y destruyen, sino un aspecto del espíritu, de los que nutren y vivifican.

Así discurría el «honorable marqués» en el momento de levantarse para «ejecutar el *acto*» que le estaba encomendado, no sólo por su propia iniciativa, sino por la situación en que le habían puesto los discursos de los demás; y si no así precisamente, porque le bullían las ideas en el cerebro con marcada incoherencia, con la intención de discurrir de la misma manera, cuando menos. Notó al incorporarse que le fla-

queaban las piernas y que su mano torpe sostenía mal la copa que maquinalmente había empuñado; lo cual no era de extrañar tampoco, porque, con el calor de la sala, sentía la cabeza atolondrada y el pecho muy oprimido. Rehízose en virtud de un gran esfuerzo de la voluntad, y logró colocarse en actitud conveniente, y hasta dar á su persona el aire ceremonioso y teatral que le era propio en idénticas situaciones; pero al decir la primera palabra, notó con espanto que se le había olvidado por entero su discurso, lo mismo que si se le hubieran borrado con una esponja en la memoria. ¡Cosa más rara aún! no encontró estampado en ella más recuerdo que el de la huída del banquero de Interlacken, con la rubia que le seguía de cerca; y de ese asunto iba á hablar, y de él hubiera hablado inmediatamente, por una perversión instantánea de su juicio, como si esa fuera la única idea que quedara en el mundo y para ventilarla se hubiera congregado tanta gente en su casa, á no hallar en la lengua insuperables dificultades de expresión.

Esta novedad le causó tal alarma, que produjo en todo su organismo un gran sacudimiento; despertósele con él, por un instante, la inteligencia; vió á su luz la extensión y gravedad del apuro, y crecieron con ello sus congojas. Observó que aumentaba la angustia de su pe-

cho, como si se le oprimieran verdugos con ligaduras de acero; que «allá dentro» se formaba algo, como burbuja enorme que se transformaba en oleada de sudor frío, que intentaba subir, y subía; y pasar por el istmo de la garganta, forcejeando allí para conseguirlo, porque no cabía... y pasaba también, pero sin cesar de pasar; que subía otro tramo, y al llegar á los oídos silbaba y hervía y aporreaba; y que subiendo, subiendo, se precipitaba con el estruendo y la fuerza de un desbordado torrente, en las profundidades del cráneo...

Entonces, los que contemplaban al marqués, esperando sus primeras palabras, viéronle inclinar la cabeza hacia atrás, soltar la copa que empuñaba su mano trémula, y, exhalando un alarido salvaje, desplomarse en el suelo, sobre el cual rebotó su colodrillo pelado y reluciente, sin que nadie hubiera podido recibirle entre sus brazos, porque entre los primeros síntomas del acceso, tan fáciles de confundir con los de una grande emoción, y la caída, no transcurrió mucho más tiempo que el que transcurre entre el fulgor que deslumbra desde el seno de la nube, y el rayo que mata.





XIV

Si el marqués pudo darse cuenta de que se moría cuando se estaba muriendo de veras, y si, penetrado de esta idea, se conceptuaba relativamente dichoso, porque le sorprendía la muerte en la más alta y esplendorosa ocasión de todas las ocasiones de su larga y aprovechada vida (muerte de guerrero ilustre, sobre el campo de batalla y bajo una balumba de gloriosos laureles), cosas son muy difíciles de averiguar; pero que si, después de muerto, se le hubiera permitido recobrar la vida para contemplar la despedida que le hicieron sus deudos y amigos, otra explosión de su vanidad hubiera vuelto á quitársela de repente, desde luégo puede afirmarse, conociendo, como conocimos nosotros, aquella naturaleza que se nutría de oropeles y se emborrachaba con relumbrones. ¡Tales y tantos fueron los que se consagraron á honrar su memoria entre los vivos!





No cupo mayor pompa en el escenario en que se representan esas farsas en honor de las notabilidades de alquimia, y todo se hizo ajustado al más solemne y ostentoso ceremonial: la exposición del cadáver en la *capilla ardiente*, entre largos blandones y negras colgaduras de tosca bayeta; el triste clamoreo de la prensa periódica rindiendo «el último tributo de justicia al *prócer* insigne, al varón íntegro, al padre amoroso, al ciudadano ejemplar, al celoso representante de la patria, al protector generoso de las artes y de las letras, al orador de honrada palabra,» etc., etc., y haciendo la pintura de su muerte inesperada, con descripciones minuciosas de lugares y accesorios, y con glosas y comentarios de los elogios que momentos antes del triste suceso habían dedicado al aún vivo personaje los hombres más «conspicuos» de la política, de las armas, de las letras y de la banca; el simbólico catafalco, cargado de emblemas y atributos, tocando casi en las bóvedas del templo, entre una hoguera de luces sobre ricos y enormes candelabros; las naves atestadas de «mundo;» allí los vistosos uniformes de las más altas jerarquías políticas y militares; allí la severa etiqueta civil, las gentes de la aristocracia y de los «salones elegantes,» y allí, en fin, en apretados grupos, las matronas del «gran mundo» ricamente ataviadas de negro,

con la mirada repartida entre el devocionario y la concurrencia, agitando maquinalmente los abanicos mientras, desde el coro, llenaba de resonantes armonías los ámbitos de la iglesia, la mejor capilla de Madrid.

El entierro no había sido menos ostentoso. Detrás del carro fúnebre, teatral y ridículo artefacto, también el duelo, á pie, salpicado de grandes uniformes; después, la interminable fila de carruajes, con casi otras tantas libreas diferentes, desde las de los «cuerpos colegisladores,» hasta la de don Mauricio *el Solemne;* y, por último, á uno y otro lado de la fila, otras filas más espesas y compactas de curiosos desocupados, y en todos los balcones de la carrera más espectadores y espectadoras en apiñados racimos.

En el Senado, la obligada declaración de «profundo sentimiento,» tras un pomposo elogio de los méritos y virtudes del difunto, hecho por el presidente. En el Congreso de Diputados, poco menos; y tomando motivo de estos *actos*, nuevos ditirambos de la prensa periódica al «llorado prócer.» Por último, su retrato en la primera plana de *La Ilustración*, con la correspondiente biografía un poco más adentro... y una elegía elegantemente triste, del poeta *Aljófar*.

Tenía razón el buen marqués, creyendo que

«á los *hombres públicos* los forman las circunstancias, *el hado*, un momento de la vida.» Lo malo para él fué que ese momento no le llegó hasta la hora de su muerte. Pero del mal el menos: si vivió sin levantar un punto sobre la talla de los hombres vulgares, por morir á tiempo logró asociar á las vanidades de su familia el esfuerzo de *la cosa pública*, para merecer los honores póstumos tributados á los grandes hombres.

Por eso dije al principio que si el marqués hubiera resucitado para ver esto, hubiera vuelto á morirse de una explosión de vanidad satisfecha; y añado ahora, que sin que alcanzara á evitarlo la reflexión (si por ventura se la hacía, aunque bien á la vista estaba el hecho) de que entre las grandes conquistas de su muerte no había una sola lágrima con qué humedecer la efímera hojarasca de su tumba.

No hay para qué hablar del fúnebre aparato escénico á que obligaba, de puertas adentro, la mal fingida pesadumbre de la familia. Lo que importa para nuestro sencillo relato es saber que el ajetreo, más que la pena, agravó por unos días la enfermedad de la marquesa, y que pasado el novenario y vuelta la vida á regularizarse, aunque dentro del nuevo orden de cosas, los tertulianos de confianza quedaron reducidos, en número, á los más íntimos de entre los ín-

timos, por expreso deseo de la viuda, que debía quitar toda ocasión de profanar la santidad de sus tristezas con recreos demasiado alegres... mientras no los autorizara la costumbre; pero que, entre tanto, no quería verse sola.

Entre los electos quedaron todos nuestros conocidos de la antigua tertulia. En las primeras noches no se trataron en la reducidísima asamblea congregada en el gabinete de la dolorida viuda, otros asuntos que los que tuvieran alguna relación, por remota que fuese, con «el inolvidable suceso;» verbigracia, su resonancia en la opinión pública; este dicho ó el otro comentario, en son de alabanza, por supuesto; los funerales, el entierro, la estadística de los concurrentes, de los carruajes y de las libreas; los pésames oficiales recibidos... ¡hasta de Palacio! los telegramas, las cartas, las tarjetas, los recados; cuántos y cuántas, de quiénes y de dónde; las visitas, en cuerpo y alma, de este Grande y de aquel senador, del ministro X y del general Z, de la duquesa H y de la princesa J... y así hasta el infinito; pues como «todo Madrid» anduvo metido en el ajo, según resultó de la cuenta, ya hubo paño en que cortar para entretenimiento de la viuda y no desagrado de la hija; en modo alguno por honrar más la memoria del muerto, que les tenía sin cuidado, sino porque con todo ello se halagaba la vani-

dad de su familia, en lo cual estaban perfectamente acordes ésta y los tertulianos, aunque no lo declaraban por derecho.

Cuando se agotaron estos temas por cansancio, y porque se agotaron también muy pronto afuera y adentro los motivos que les daban color de actualidad, es decir, cuando la persona y la muerte y los pomposos funerales del marqués se borraron, para siempre, de la memoria de los vivos, la tertulia fué invadiendo poco á poco el terreno mundano; y saqueando en él una noticia ahora y un escandalillo después, repartíase todo como pan bendito entre los tertulianos, que hincaban los dientes en la respectiva tajada, con el aguzado apetito de quien no le ha satisfecho en quince días. La primera vez que se habló allí de impresiones y aventuras del reciente veraneo, tuvo Verónica la curiosidad de preguntar en crudo al banquero que cómo le habían sentado las aguas de Interlacken para su dolencia, «cogida de repente en lo alto de la calle de Alcalá.» El hombre se puso verde y amarillo con la pregunta; y ya se tiraba de la patilla para sacar la respuesta, cuando Leticia acabó de atolondrarle afirmando muy seria que los aires de Spá le habían sentado mucho mejor que aquellas aguas.

Oir el general Ponce nombrar á Spá y no traer á cuento el desafío del subsecretario con

el príncipe ruso, era cosa imposible. Como que ese y el de Peñas Pardas eran los únicos *encuentros* en que se había hallado en toda su vida. Describió el lance con gran lujo de pormenores; y júzguese de la impresión que causaría en la tertulia el relato de un suceso que era popularísimo en Madrid, con todos sus precedentes y motivos. Leticia aguantó el golpe con la serenidad de una estatua de piedra, con gran asombro del banquero, que se gozaba en el castigo que hallaba su injustificada mordacidad con él, en la imprudente alusión de su propio marido.

En cuanto á Verónica, ofendido y todo por ella don Mauricio, no pudo éste menos de admirar la destreza con que estuvo *al quite* de aquella feroz embestida del general, y sacó del angustioso apuro á su mujer, llevando la conversación á otro terreno. En el cual se mencionaron los sesenta mil duros perdidos en Baden-Baden por Gonzalo Quiroga, y los *triunfos* de Sagrario en las mismas *aguas*, y se discurrió largamente sobre lo que acontecería después al elegante matrimonio, cuyo paradero se ignoraba á la sazón, aunque se sabía que había estado también en Constantinopla, por exigencia terminante de Sagrario.

De este aire y de este corte fueron los asuntos que ocuparon á los contadísimos tertulianos

de la marquesa durante muchas noches; y como éstos eran pocos y rara vez asistían juntos, porque había que atender á todo, y los modos de entretenerse allí tan limitados, el tedio llegó á invadirlos y tuvo la marquesa que templar un tantico la rigidez en su programa fúnebre, echando otra leva entre sus íntimos y tolerando en casa ciertos recreos de poca baraúnda.

En esto del tedio, hay algo que advertir por lo que toca al banquero, por de pronto. No se divertía don Mauricio gran cosa que digamos; pero de aquella misma insubstancialidad de conversaciones, de aquella pequeñez de concurrencia, sacaba él atrevimientos y familiaridades de que estaba muy necesitado para contrarrestar los invencibles titubeos de su naturaleza. El haber sido testigo presencial de la muerte del marqués, y hasta «la casualidad» de haberle «precedido» inmediatamente «en el uso de la palabra,» le proporcionaron motivos para entretener largamente á aquellas señoras con minuciosos pormenores sobre el lamentable acontecimiento, cuando no se hablaba en la casa de otro asunto. Esto solo le envalentonó mucho y le despejó el camino por donde fué aproximándose poco á poco al trato, casi familiar, con la viuda y con su hija. Pensaba que tenía una gran «misión de consuelo» y hasta de amparo que cumplir allí, desde que vió el buen

éxito de sus fúnebres narraciones, y ya se movía con desembarazo delante de Verónica, hablaba con ella sin que se le atravesaran las palabras en el gaznate, y dedicaba largos ratos á conversar con la marquesa en voz baja y, al parecer, en la mayor intimidad. Por este lado, pues, el banquero no tenía motivos para lamentarse de la insipidez de la tertulia.

Harto más arraigado estaba é invencible parecía el tedio de Verónica. Desde la muerte de su padre, ó mejor dicho, desde que pasaron con los primeros días siguientes á ella los estrépitos del ceremonial del duelo y los trámites minuciosos de la preparación de los lutos, que le tuvieron cautiva la atención, había vuelto á caer en aquellas tristezas que la asaltaron de pronto al volver de su viaje de verano. Las causas, según su propio discurso, eran las mismas de entonces, en lo *fundamental* del fenómeno; pero, según mi desapasionado entender y con los autos á la vista, puede haber un error muy considerable en aquel diagnóstico, por lo que toca á las *fuentes mediatas* de la enfermedad. En la primera invasión de ella declaraba la enferma que podía haber contribuído mucho á su alivio la presencia del único hombre de fuste y de consejo que conocía entre los amigos de su casa. En la recaída tiene á este hombre á su lado, que se afana por entretenerla, que la

aconseja bien y lleva sus miramientos y delicadezas al extremo de olvidar, ó de aparentar que olvida, que hay entre ambos un duelo galante convenido y aun comenzado. Nunca la conversación de Guzmán ha sido tan varia, ni se le ha visto tan decidido á utilizar las provisiones de su memoria de artista y los recursos de su juicio de filósofo práctico, para que no decaiga el interés de sus relatos y comentos... Porque es indudable que Pepe Guzmán está convencido, ó parece estarlo, de que las preocupaciones y tristezas de Verónica tienen el arraigo en el pasado suceso, en el temor de otro semejante y en algo que se relaciona inmediatamente con todo esto, que es lo mismo que la propia enferma acepta como fundamento y origen de su enfermedad; y, sin embargo, y mientras él la habla y en tanto discurre por aquellas alturas, ella, con una impaciencia y un disgusto que disfraza con síntomas de su desconcierto nervioso, va pensando: «¡no es eso!... ¡no es eso!» Y cuando él se despide, muy ufano, ella se queda más contrariada; no porque vuelve á verse *sola*, sino porque tampoco *entonces* se la ha hablado de *algo* de que *debiera* hablársela; «porque Pepe Guzmán tiene que convencerse de que en la situación de ánimo en que ella se encuentra, no pueden interesarla relaciones de casos *extraños*, por bien hechas que estén.» Y

Pepe Guzmán suele responder á estas anhelaciones faltando dos y tres noches seguidas á la tertulia.

Con lo cual se exacerban los males de Verónica, que tienen su asiento en la desarreglada máquina nerviosa, y *recuerda*, es decir, vuelve á pensar que hay entre ambos un grave asunto pendiente, del que parece haberse olvidado *él*, ó lo que es peor, que trata de olvidarse; y entonces juzga que su conducta es muy poco galante, quizás desleal, si bien se mira. Hay en el caso hasta señales de menosprecio y desdén hacia ella; y esto, esto solo, es lo que la desazona, en el estado de irritabilidad en que se halla por un capricho de su naturaleza. Que se reanude el litigio, que se ventile entre los dos, ó que no se ventile por completo; pero que se ponga en tramitación de nuevo, y eso esparcirá muchos de sus nublados y dará alguna entonación al cordaje destemplado de su máquina... Todo eso la debe el desertor, hasta por obra de misericordia. ¿Llegará á pagárselo? Y si no se lo paga por buenas, ¿debe reclamárselo ella... *de cierto modo?* ¿Autoriza esta conducta la importancia de lo tramitado hasta allí? Y en caso negativo, ¿no se encuentra ella en condiciones excepcionales que justificarían eso y mucho más?... Se miraba al espejo, y veía las huellas de sus extrañas melancolías en la palidez de su

rostro, destacándose con doblada intensidad sobre el fondo negro mate de su luto rigoroso; y como nadie la oía, se confesaba á sí propia que valía más así, con su palidez interesante, sin haber perdido la corrección y turgencia de sus formas, que con la peste de salud y bienestar que se reflejaba antes en su cara. Esto no podía desconocerlo Pepe Guzmán, que era hombre de buen gusto. Además, á una mujer agobiada, como ella, por las tristezas, le era sumamente fácil ir eslabonando, en la larga cadena de sus preocupaciones, esbozados sentimientos de todas castas; apuntar insinuaciones, conmover hasta con el acento y la actitud... Pero ¿no resultaría esto ridículamente sentimental, impropio de una mujer de su carácter y de sus precedentes, y no produciría, por tanto, el efecto contrario al que se buscaba? ¡Tendría que ver un resultado así! ¡Cabalmente era Pepe Guzmán el hombre cortado para tomar en serio esas farsas de los galanteos románticos del año treinta y siete!

Pero algo había que hacer, si *el otro* no lo hacía espontáneamente; porque *aquello* no podía quedar así, en la situación de ánimo en que ella se encontraba. Antes lo necesitaba para satisfacción de su femenil curiosidad; entonces le era indispensable para curarse de aquella inquietud nerviosa que no admitía otra medici-

na y era un simple fenómeno de su ridícula enfermedad.

Tales son los hechos que arrojan los autos, en virtud de los cuales bien cabe deducir, como antes afirmé, sin gran temor de equivocarse, que se pudo engañar la enferma en el diagnóstico de su recaída, hasta el punto de ver las cosas enteramente al revés de como pasaban.

Y continúo ahora diciendo que Pepe Guzmán volvía á la tertulia tan fino, tan cortés, tan elegante y tan buen mozo como siempre; tan atento, deferente y cariñoso con Verónica; pero que del litigio pendiente con ella, ni una palabra; y que Verónica, en quien se aumentaban las impaciencias con las dificultades, llena de heróicos propósitos de tirarle de la lengua cuanto más él la escondía, nunca hallaba ocasión de practicarlos, por sus invencibles temores á salirse de la raya.

Así fueron corriendo los días y las semanas y aun los meses; llegó á ajustarse la tertulia, aunque siempre de confianza, á otro ceremonial menos insípido, y casi bastó para ello la vuelta de Sagrario, que traía impresiones que relatar, hasta de entrevistas con el Gran Turco, mientras su marido, más gangoso que nunca y alicorto y desvaído, como gallo desplumado, apenas daba señales de lo poco que antes fué, para sacar algunas veces de sus centros al so-

lemne don Mauricio, que no se desconcertaba allí tan fácilmente como solía; jugaban ya las cotorronas al tresillo, y, con excepción de la música y del baile, se hacía allí á todo lo del año pasado entre los íntimos, siendo la enfermedad gravísima de la marquesa obstáculo que no estorbaba para nada, porque, de puro sabido, nadie reparaba en él.

Una noche, conversando Pepe Guzmán con su amiga, y cuando ya ésta comenzaba á curarse de sus impaciencias mortificantes con la cuerda reflexión de que no hay tesoro que merezca este nombre si cuesta adquirirle más de lo que vale, con la serenidad y el aplomo de quien cumple así lo establecido en un programa, hizo el malicioso y experto galán punto redondo en los temas vagos que hasta allí le habían servido desde algunos meses antes para entretener las displicencias de Verónica, y la condujo de repente al terreno que tanto ambicionaba ella; quiero decir, volviendo al símil tan repetido, que la retó de nuevo y que hasta se puso en guardia.

La retada sintió entonces una fuerte sacudida en lo más hondo y sensible de su pecho, y algo como reacción de todo su organismo físico y moral; chispeáronle los ojos, asomó la sonrisa á sus labios, y con la decisión de un valiente avezado á jugarse la vida en esos lances,

aceptó el reto sin excusa y ocupó su terreno sin tardanza. Llegaron á cruzarse los aceros; pero en el instante en que parecía que iba á empeñarse la lucha con todo encarnizamiento, suspendió Pepe Guzmán sus acometidas, miró el reló, tendió la diestra á Verónica, puesto en actitud de marcharse, y la dijo con singular expresión de acento y de mirada:

—Tenemos que hablar de estas cosas muy despacio. Hasta mañana.

Y se marchó, tan fino, tan elegante y tan «correcto» como había entrado.





XV

En aquella memorable noche, ¡con qué lentitud corrieron para mí las primeras horas de ella! Desde la muerte de mi padre me acompañaban á la mesa dos solteronas, primas de él y no muy sobradas de recursos, aunque sí de bambolla: los parientes más cercanos que me quedaban por la rama paterna, pues por la materna los había tan próximos y más abundantes, según mis noticias, aunque yo no los conocí jamás, porque, también según informes oficiosos, hubo invencible empeño en ello de parte de quien tenía el deber de empeñarse en lo contrario. Pues comiendo conmigo aquella noche las dos parientas mencionadas, estuve á pique de cometer con ellas los mayores desatinos. Me sabía de memoria su fealdad, sus presunciones y bambollas, su incurable fisgoneo, y estaba bien avezada á sus bachilleradas y pegoterías, sin

que nada de ello influyera desfavorablemente en el sentimiento, de compasión más que de otra cosa, que las pobres señoras me inspiraban; pero en aquella ocasión me pareció su fealdad insoportable, me repugnaba el buen apetito con que comían, y me causaban escalofríos y convulsiones su voz, sus palabras y sus ademanes. Sin poderlo evitar, las remedaba con mis gestos; y para contradecirlas, que era en todo cuanto hablaban, remedaba también sus voces con la mía. Las hubiera tirado con los platos de muy buena gana, y no me diera por satisfecha sin arrojarlas á escobazos del comedor.

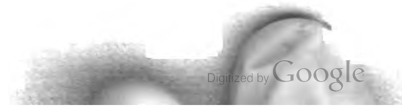
»¡Y todo ello porque comían muy despacio, y hablaban mientras comían y mientras descansaban entre servicio y servicio, creyendo las pobrecillas que cuanto más hablaran y más comieran, mejor se acomodaban á mis deseos; y á mí se me figuraba que por comer y por hablar ellas tanto, no corrían las horas lo que debían correr, y correrían indudablemente en cuanto cesaran aquella masticación inacabable y aquella charla insufrible!

»Consigno estas puerilidades para dar una idea de la tensión en que se hallaba mi «curiosidad» desde que Pepe Guzmán, dejándome la noche antes á media miel, se había despedido de mí «hasta mañana» para «hablar muy des-

pacio de *esas cosas.*» ¡Y qué natural y sin trastienda me parecía á mí aquel ansia por ver en qué paraba la porfía galante que yo tenía empeñada (y era la primera en toda mi vida) con el hombre de más prestigio entre las damas de aquel tiempo!

»Terminó la comida en menos de tres cuartos de hora, aunque yo hubiera jurado cosa bien diferente, y continuó la noche, á pesar de ello, andando, para mí, á paso de carreta. Encerréme en el tocador, por segunda vez en pocas horas, y pasé largo tiempo (que de esto sólo hubiera jurado yo que se trataba) consultando con el espejo las innumerables combinaciones de *toilette* que se me ocurrían con los escasos elementos que me prestaba el luto, algo aliviado, que aún vestía. ¡Cosa más singular! Cuanto más combinaciones inventaba, más semejanzas iba hallando con las cataduras de mis tías. Concluí por reirme de mis alucinaciones estrambóticas; salí del tocador, y ayudé, sin ser hora todavía para ello, á arrastrar á mi madre en su sillón hasta el saloncillo en que recibíamos las visitas.

»Al fin comenzaron á llegar algunas de ellas: las viejas del tresillo; después los hombres que les hacían la partida; luégo la condesa viuda de Picos Pardos, mi madrina, ¡gran charlatana!; en seguida, *Aljófar*, «nuestro poeta,» que ya



nos tenía ensordecidos de oirle plañir elegías á la muerte de mi padre, y cansados de atacarle el estómago de pastas y *amontillado;* Leticia, con su marido... y el subsecretario de Gobernación; Luzán de los Airones, caballero de la más preclara nobleza, pero simple de remache; Sagrario, con un hermoso turco recién llegado á la Legación de Constantinopla, al cual se permitió presentarnos, contraviniendo á las órdenes de mi madre, con la disculpa de que aquella noche no era de tertulia *casera*, sino una de las tres semanales en que *se recibía*, «con más ó menos descaro;» tras esta pareja, otras gentes más ó menos simpáticas... En fin, todos menos *él*... ¡hasta don Mauricio Ibáñez, con una cantera de pedrería sobre su cuerpo, reluciente, bruñido, acicalado é insinuante, como nunca le había visto yo! De puro cumplido, le faltó muy poco para besar la mano á mi madre, como los paladines de teatro. Conmigo fué un caramelo tierno.

»Mientras la tertulia se rebullía sin orden ni concierto, yo andaba de acá para allá, poco dispuesta á entretenerme con frivolidades de corrillo ó cumplimientos resobados. En una de estas evoluciones de zigzag, introdújeme en el gabinete frontero, abierto de par en par, y púseme á desarreglar cachivaches y muñecos que estaban bien colocados. En esta ocupación me

entretenía, cuando se me aproximó el banquero ofreciéndome su ayuda. Le dí las gracias con la menor sequedad que pude, y me pidió la merced de un cuarto de hora para escucharle lo que tenía que decirme. Me hizo estremecer la súplica. Yo debía barruntar algo por el estilo en cuanto ví llegar al hombre á la tertulia tan cargado de joyas y de alientos; pero no lo barrunté. El asalto ocurrió junto á la chimenea del gabinete; es decir, á la vista de la mayor parte de los tertulianos, y frente á frente del sillón de mi madre.

—Pues hable usted,—le dije, apoyándome en el borde de la meseta de la chimenea para quitarle á él hasta la tentación de sentarse.

»Y «rompió á hablar» el hombre á su manera, entre bascas y trasudores, gemidos y apoyaturas; y habló así (á medir el tiempo con mis impaciencias, más de dos horas); según el reló inmediato, los diez minutos bien corridos de su instancia. Sin embargo, todo lo que dijo no fué más que el prólogo de lo que pensaba decirme. Y de lo dicho deduje que tenía un caudal «atroz,» y una suerte *báaarbara* para los negocios, por lo cual esperaba acrecentar sus caudales hasta lo *adsuuurdo;* que no era el mismo hombre «tope á toope» con una dama como yo, que «cara á caara» con el ministro de Hacienda «para plantear un asunto de sus especulaciones... y tal y

demás,» y hacerse plaza y lugar entre los más respetados en aquellas regiones y las circunvecinas, porque no todas las gentes servían para todo; que si le faltaban prendas para brillar entre las damas tanto como campaba en el «mundo financiero,» no era esa una razón para que él renunciase al propósito, bien honrado, de que lucieran en gloria y bienestar de una mujer de su agrado, «de estas prendas y las otras... y tal y demás,» los esplendores de sus caudales; y que si no ¿para qué los quería? Porque él podía ser ambicioso, pero no tanto como hombre de sano corazón y de nobles miras.

»Todo esto le comprendí; todo esto deduje de sus intrincados períodos, y todo ello me dió bien claro á entender adónde pensaba ir á parar por aquel camino. ¡Eso sólo me faltaba! ¡Y en qué ocasión venía! ¡Estar soñando con néctar de los dioses, y despertar con aquella melaza entre los labios!

»Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Le felicité por sus caudales y por sus honrados pensamientos, y traté de que nó pasara de allí el asunto, aparentando creer que aquello era todo lo que el banquero tenía que decirme... Ocurrióseme también la idea de abreviar el suplicio dándome por entendida de la *instancia* y plantando en seco al exponente; pero ¿podía ser yo tan descortés con un hombre que no me había

dado motivos para ello? ¿Y no me exponía también á que él me diera una lección, hasta de prudencia, afirmando que yo me curaba en sana salud, porque jamás había soñado con temeridades como la supuesta por mí? No tuve más remedio que resignarme á oirlo todo, cuando, deteniéndome en una de mis acometidas para marcharme, me dijo, casi lloroso de puro dulzón y suplicante:

—Falta la segunda y última parte de mi pretensión, ó mejor dicho, la pretensión enteera. Le juro á usted que se la exxpondré en cuaaatro palabras.

»Y me la espetó, el condenado, en muy pocas más... ¡La misma con que yo contaba!

»En aquel instante ví entrar á Pepe Guzmán en el saloncillo. Este rudo contraste acabó de desconcertar la máquina de mis nervios. Claro que yo tenía que responder que *no* á las terminantes pretensiones del banquero; pero debía, siquiera, mostrarme deferente con sus buenas intenciones; darle la píldora, eso sí, pero no sin dorársela un poco; y para ello se necesitaba tiempo y serenidad, y hasta buen humor, y todo esto me faltaba á mí: el tiempo, porque me urgía para asuntos más de mi agrado; y la serenidad y el buen humor, porque no era posible poseerlos en una situación como la mía después de haber recibido á quema-ropa un disparo

como aquél. Adopté, pues, un temperamento mixto: el cumplido ramplón, las *generales* del *Manual de la joven pudorosa y bien educada*, suponiendo que exista... «Me sorprendía la pretensión... carecía de precedentes... hasta de merecimientos... El asunto era gravísimo... aun para expuesto de aquel modo, cuanto más para tratado á la ligera... Á mí me iba bien con la vida que traía... no había pensado en abandonarla tan pronto... y, en fin, que ya se presentaría ocasión más oportuna para hablarle yo del caso, con toda libertad y con mayor franqueza...»

»Con lo cual y una forzada sonrisa, el correspondiente ademán y la disculpa de que me llamaban desde la sala, escapéme del gabinete sin estudiar con los ojos la impresión que mis respuestas habían causado en las profundidades del banquero.

»Al pasar, noté que conversaban, en correcto francés, junto al piano cerrado, Leticia y el hermoso turco; y en los pocos instantes que me detuve con ellos, se acercó Sagrario á nuestra amiga, cuyo tipo *componía* admirablemente con el castizo oriental, para decirla en castellano:

—Te recomiendo mucho que le trates como á cosa mía; pero no abuses.

»¡Qué presentes tengo hasta las pequeñeces de aquella noche!

»Pepe Guzmán me salió al encuentro con la misma serenidad y aparente indiferencia que si no hubiera entre nosotros *lance* alguno pendiente. ¡Y á mí me temblaba la mano al sentir el contacto de la suya! Hubiera jurado en aquel instante que me daba miedo su compañía. Tal era mi ofuscación, que ya comenzaba á darme un poco en qué pensar; y no es extraño enteramente: al fin y al cabo, aquel *lance* era el único *aceptado* por mí en todos los días de mi vida.

. . . .

»¿Cómo empezó la escena? Hay que advertir que con los preliminares orillados ya, quedaba en ella muy poco asunto que ventilar: digo mal, quedaban pocos trámites que seguir, porque el asunto, entero y verdadero, estaba contenido en lo que faltaba por esclarecer. Traduciéndole al lenguaje llano de la verdad, sin metafísicas ni sentimentalismos; considerándole fría y prosáicamente *desde afuera*, se trataba de que Pepe Guzmán me declarara que todos los elementos que él creía necesitar para que se fundieran los convenidos hielos de sus desilusiones, se reunían en mí, y de declararle yo, á mi vez, que en él se hallaban las prendas que me obligarían á renunciar á mi propósito, tan bien seguido hasta entonces, de no tomar en serio los galanteos. Todo ello, expuesto así tan desnudo, resulta cursi, y hasta el detenerme yo á declarar

que lo es, pues por sabido debiera callarse; pero de algún modo ha de saberse que otros toques, más cursis aún para referidos, como lo de las condiciones que necesitaba él en una mujer para salir de su escondite, y lo de las prendas de que había de estar adornado un hombre para que yo me decidiera á quererle, etc., etc., ya se habían dado en el cuadro con toda la premeditación y hasta el ensañamiento y la alevosía que caben en un galán muy listo y escarmentado, y en una dama no tonta y menos dispuesta á perder el tiempo en juegos insulsos.

»Y á tal extremo llevo yo éstos mis temores á lo cursi, que aun contando con que cualquiera que estos *Apuntes* lea tendrá su alma en su almario y sabrá dar á las cosas la necesaria luz y el apetecido temple, renuncio á reproducir el diálogo literalmente, tal como le conservo en la memoria. Precisamente comenzó la escena por ahí; es decir, por manifestarme Pepe Guzmán su convencimiento de que el lenguaje, como expresión de afectos íntimos y delicados, que tienen su principal incentivo en el fulgor de una mirada ó en el contacto sutil de dos epidermis, estaba todavía sin hacer; tanto, que, en su concepto, hablar de lo que íbamos á hablar nosotros con los términos usuales del diccionario vulgar, era como empeñarse en tejer hilillos de

rocío con palitroques sin pulir. Me pareció algo extremada la comparación, pero también muy al caso; y por lo que en ella me correspondía, se la agradecí de todo corazón. Por de pronto, nos dieron motivo éstas y otras sutilezas semejantes para entrar en materia por caminos poco trillados por el vulgo de los que platican de amores; y este nuevo encanto tuvo para mí aquella escena memorable.

»Pero ¡qué diestro era el maldito en esta clase de empeños! Y yo, á pesar de mi fama de insensible y de mi reputación de traviesa, ¡cómo me dejaba conducir por donde él quería llevarme! Al principio su misma frescura me desalentaba algún tanto, porque llegué á temer que en aquel combate *á muerte* no hubiera más ardimientos que los míos, y que terminara por ir á clavarme yo, como una tonta, en la punta de su espada; pero bien luégo observé que me engañaba, cuando ví reflejada en sus ojos, en su voz, en cada uno de sus ademanes, la elocuencia fascinadora del lenguaje que no se habla ni se escribe, pero que se deja leer y penetrar hasta lo más hondo de su sentido. Jamás había visto á Pepe Guzmán así, ni, por consiguiente, tenido ocasión de estimar la fuerza arrolladora que cabía en este nuevo aspecto de su trato conmigo. Halléme, pues, desprevenida é indefensa en aquel inesperado trance de prueba;

perdí mi poca serenidad, y pareciéndome que el castillo no se desmoronaba tan aprisa como lo querían mis desatinadas impaciencias, yo misma puse mis manos en él, y me atreví á arrancar sus sillares, uno á uno, hasta dejarle arrasado. El trabajo fué rudo, pero la conquista más señalada. Los recios muros, que parecían inexpugnables, estaban convertidos en escombros; el hielo proverbial se había fundido.

»El conquistado paladín, al verme dueña y señora de su última trinchera, reclamó el derecho de tomar el desquite en la que me restaba de las mías, y reconocísele yo de buena gana. Comenzó el asalto; pero no necesitó grandes esfuerzos, porque bien pronto me declaré rendida.

»Entonces... ¡oh! entonces, si mintió en lo que me dijo, no hay verdad que valga lo que aquellas mentiras. Si todo era una comedia, ¡qué bien la representaba! Pero, fuéralo ó no para él, para mí era una hermosa realidad de la vida la parte que desempeñaba yo en la escena con todo mi corazón.

»Y ¿adónde íbamos los dos por la florida senda en que acabábamos de encontrarnos, como dos pastores de un idilio algo realista? Ni él me lo había dicho, ni yo se lo había preguntado, ni, en honor de la verdad y de la buena casta de mi ardoroso sentimiento, por no decir

amor, se me ocurrió semejante pregunta. En determinadas situaciones, nacidas de circunstancias y precedentes como los que habían creado la nuestra, no se discurre como en los trances ordinarios de la vida. Se aceptan á ciegas para no retroceder... El paradero, Dios le sabe.

....

»Cuando hubo salido de nuestra casa el último de los tertulianos, me llamó mi madre á su habitación. Estaba ya acostada gran rato hacía.

—Siéntate—me dijo en cuanto me tuvo delante,—y cierra esa puerta, porque tenemos que hablar despacio sobre cosas que no deben ser oídas.

»Extrañóme la advertencia; pero cerré la puerta y me senté sin decir una palabra.

—¿Sabes—me preguntó en seguida,—cómo ha quedado nuestro caudal á la muerte de tu padre?

»No lo sabía á punto fijo, aunque sospechaba que no debía de haber quedado muy floreciente, y así se lo manifesté á mi madre.

—Pues no te equivocas—añadió,—aunque es difícil que adivines hasta qué punto llegan las mermas de lo que había, y el desbarajuste de lo que nos queda. Una semana ha necesitado Simón... mejor dicho, he necesitado yo, para que él me ponga al corriente de todas esas cosas en

que estoy obligada á entender desde que falta tu padre. ¡Qué despilfarros, hija mía, y qué barullos!... Lo que Simón dice: «aquí no se ha tratado más que de pedirle dinero; grandes sumas, cada vez más grandes, sin pararse á considerar que no siempre lo hay disponible; y que cuando no lo hay así, el adquirirlo de prisa cuesta muy caro; y de este modo se van eslabonando unas trampas con otras... hasta que se llega al punto á que se ha llegado en esta casa.» No vayas á creerte, hija mía, por esto que te digo, que estemos á pique de salir á pedir el pan que hemos de comer mañana; pero lo cierto es que el estado de nuestra fortuna es, relativamente, muy grave; que llegará á serlo mucho más si no se le pone luégo el remedio que necesita, y que hay que decidirse á ponérsele, sin la menor tardanza.

»Á mí se me ocurrían muchas cosas que decir á propósito de estas juiciosas ideas de mi madre, que parecía no acordarse de que habían sido sus enormes despilfarros la causa principal del desastre de que se lamentaba. Pero seguí callando y oyendo, hasta ver en qué paraban sus reflexiones y sus planes.

—Simón—continuó diciendo,—no sé si es todo lo leal y sencillo que parece, ó si de nuestro río revuelto ha logrado sacar las buenas ganancias que se le ven, y otras mayores que, se-

gún dicen, están ocultas; por de pronto, me consta que á tu padre le daba buenos consejos, y que él no quería tomarlos en consideración: tenía el pobre bastante bambolla, y esto le perdía. En dándole dinero abundante para satisfacerla, ya todo le era igual... Pero vamos al caso: sea Simón lo que fuere y valiendo lo que vale como inteligente administrador, no basta él para lo que hay que hacer aquí; porque ese milagro no ha de hacerse sólo con inteligencia, sino también con buenos puntales y con *cierto* interés... En una palabra, hija mía, en esta casa se necesita un hombre rico, muy rico, que reemplace, no á Simón, sino á tu padre, en la dirección de ella... ¿Me comprendes bien?

»Creí comprender algo, que no me molestaba ciertamente, porque no estaba reñido con el recuerdo que llenaba mi memoria é informaba entonces todos mis pensamientos; pero, por si me equivocaba, respondí á mi madre que no. Pareció algo contrariada con la respuesta, y añadió:

—Es necesario que te persuadas de que todo esto que te digo y lo que aún he de decirte, y los cuidados que me preocupan, no tienen más objeto qne tu bien. Si de mí sola se tratara, muy distinto sería mi modo de pensar... Es tan poco lo que me resta de vida, que, por escasos que sean mis caudales, ha de sobrarme lo más



de ellos... porque tengo el convencimiento, hija mía, de que he de vivir muy poco tiempo, ¡muy poco! mucho menos de lo que tú te figuras... y por lo mismo, me afano tanto hoy; porque si me muriera yo dejando las cosas en el estado en que se hallan, sería muy desdichado tu porvenir. El legado de tu abuelo no alcanza á cubrir tus necesidades en el pie en que estás educada y has vivido hasta aquí; y en cuanto á lo restante de nuestros bienes, tan embrollado hoy, ¿cómo estaría mañana en manos de una mujer sin experiencia y sin amparo? Porque tú, muerta yo, te quedarás sola... enteramente sola; y esto, aun con mucho dinero y grandes rentas, es muy triste... En una palabra, hija mía, y para cansarte menos: ese hombre que se necesita aquí, inteligente y rico, no ha de ser un administrador, ni un asociado como otro cualquiera, sino tu marido. ¿Me entiendes ahora?

»Era lo mismo que yo había sospechado antes; y como no salía con ello de mis dudas, dije á mi madre que continuara explicándose, si es que tenía más que advertirme, como me lo iba temiendo yo; y añadió entonces:

—Tengo ese hombre inteligente y rico que tanta falta te hace.

»Desde luégo aposté en mis adentros á que no era el *único* que yo aceptaría, y hasta su-

puse quién podría ser el que me proponía mi madre.

—No hace aún dos horas que me ha pedido tu mano,—continuó aquélla, viendo que yo nada decía.

—Don Mauricio,—apunté sin temor de equivocarme.

—El mismo,—repuso mi madre.

»No me dió algo allí, porque, después de mi entrevista con el pretendiente, ya no podía admirarme nada que fuera de la especie de lo que le había oído á él; pero en la acogida que habían merecido á mi madre sus pretensiones, no dejaba de haber motivo para sorprenderme, y así se lo manifesté á ella.

—Contaba con eso — me replicó,—porque desde luégo supuse que sería una ofuscación suya lo de los grandes alientos que, según me dijo, le habías dado en tu respuesta; pero también contaba y cuento con tu buen juicio, con tu serenidad... y con el aprecio que has de hacer, por lo mismo, del consejo de tu madre, que no puede desear para tí sino lo mejor...

»Aquí comencé yo á tomar la cosa por lo serio, y se entabló una porfía, muy tenaz por mi parte; la cual atajó mi madre diciéndome con desusada dulzura:

—Todo eso será verdad, y más que me cuentes; pero ¿y qué? ¿Serías la primera mujer joven

y hermosa, y aun noble y rica, casada con un Creso feo... y hasta vicioso... y hasta ridículo, si quieres? De esto se ve todos los días, porque hay muchos motivos y grandes razones para que se vea... Quiero concederte todavía más: quiero suponer que tuvieras el corazón interesado por un joven hermoso, discreto, noble... en fin, lo contrario enteramente de don Mauricio; y no quiero suponerlo, sino creerlo, porque así es la verdad, ó yo no tengo ojos en la cara; supongo, pues, digo mal, creo que tienes el corazón interesado por un hombre así... por Pepe Guzmán, en una palabra... Pues mejor que mejor para mis planes, y para tus conveniencias por consiguiente.

»Aquí me asombré ya mucho más que antes. Conociólo mi madre, y continuó así:

—Te lo repito y te lo demuestro. Los hombres como Pepe Guzmán, no sirven para lo que tiene que servir aquí tu marido; y aunque sirvieran, no querrían, porque los ejemplares de esa casta... no se enamoran para casarse.

»Me ofendió el dicho como debe ofender un bofetón.

—Eres una novicia todavía—añadió mi madre al notarlo,—aunque te juzgas y te juzgan los que no te conocen tanto como yo, llena de malicias y de experiencia. Yo soy vieja ya, y tengo de todo eso mucho más que tú para estas

cosas del mundo. No se enamoran para casarse los hombres como Pepe Guzmán; y te añado que aun cuando éste quisiera ser contigo una excepción de la regla, tú no deberías consentirlo.

—¿Por qué?—exclamé sin poderme contener.

—Por... varias razones—respondió mi madre muy serena y bajando más la voz.—Y vamos á tratar este punto con toda franqueza, porque en él se encierra toda la cuestión. Por de pronto, los hombres de cierta pasta... como la de *ese*, son una calamidad para maridos de las mujeres á quienes han amado solteras: la razón es que los hábitos adquiridos en el mundo en que han vivido, los hace incompatibles con lo que se llama, muy fundadamente, «prosa de la vida conyugal.» Comienzan por desencantarse y por aburrirse, y acaban por desviarse... Es ley infalible: la cabra tira al monte... Y lo que digo del hombre de esas condiciones, es aplicable á la mujer... de las tuyas. ¿Amas á Pepe Guzmán? Pues ten por seguro que dejarías de amarle si te casaras con él.

—Pero, Señor—pensé aturdida al oir esto,—¡también mi madre?... Porque ésta es la teoría de Sagrario... y la de Leticia, ó yo no estoy en mis cabales... ¿Es que hay algún mal espíritu encargado de conducirme adonde yo no quiero ir?

—¿Te asombras?—preguntóme mi madre, conociendo lo que me pasaba.—Acaso no me haya explicado bien; porque en mis intenciones no hay motivo para ello. Si te hubiera puesto el ejemplo de tus dos amigas más íntimas, y de tantas otras que conozco y que conoces lo mismo que yo; si te hubiera dicho: «te conviene para marido el hombre que te he propuesto, por lo mismo que es raro y tiene vicios y mala famá; ó lo que es igual, todo lo que necesita por pretexto una mujer de mundo para lograr de casada, *con cierto derecho*, lo que no le es lícito á una soltera;» si hubiera pretendido yo que aceptaras al banquero antipático para sostén y pantalla de debilidades y caídas con los galanes de tu gusto; si fueran éstas mis intenciones al decirte lo que te he dichò, tendrías razón para sorprenderte; pero se trata de cosa muy distinta y más honrada. Don Mauricio es hombre *del día;* entiende sus conveniencias, y por ello respetaría las tuyas... porque tú no habías de pretender nada que no fuera *usual* y *admitido* entre las mujeres de tu rango; y como no le amas ni puedes amarle, no hay que temer en tí los desencantos ni las terribles consecuencias que éstos traen en los matrimonios por amor. Por añadidura, serás libre y considerada, y tendrás quien guarde y prospere tu hacienda, y te mantenga en la abundancia que necesitas

para vivir sin contrariedades ni privaciones. Esto quiero para tí; esto puedo proporcionarte, y con esto te brindo... ¿Á qué respetos falto, ni á quién ofendo con ello?

»¡Á qué respetos faltaba!... ¡á quién ofendía con ello! ¡Y á mí se me amontonaban en tropel las respuestas que estaban reclamando aquellas preguntas inconcebibles en labios tales; corolarios artificiosos, ó cuando menos, muy mal deducidos de unas teorías repugnantes á mi naturaleza de mujer de honradas inclinaciones y á mis sentimientos de enamorada! Y pude dominar mi indignación, por respeto á las intenciones de mi madre, que no eran, que no podían ser las que cualquiera tendría derecho á leer en la letra descarnada de sus precedentes advertencias, encomios y recomendaciones; cualquiera menos yo, que conocía hasta qué punto cegaban á aquella señora las pompas y vanidades del mundo, y con qué facilidad transigía con los riesgos más graves, si la costumbre los autorizaba y si sus planes de bambolla los pedían. «¡Dinero, dinero á todo trance, y mundo esplendoroso en que lucirle!» Éste venía á ser, en substancia, el objeto, el fin, la aspiración única, y hasta la religión de mi madre; y por eso, creyendo de buena fe que en ello trabajaba por mi felicidad, al ofrecerme por marido á don Mauricio, intentaba, con tan poca

prudencia, desvanecer los *escrúpulos* que yo tuviera para aceptarle.

»Respondí, pues, lo menos que pude; pero aun así estuve dura con ella.

»Continuó la entrevista un buen rato todavía, hasta que me dijo:

—No puedo más, hija mía. El hablar me fatiga mucho, como ves, y las molestias y los dolores se me agravan. Estoy hecha una ruína... vivo de milagro, no hay que darle vueltas... Dejémoslo aquí por hoy; y ahora, recógete... y medita; pero con serenidad, con todo tu discernimiento. Pésalo y mídelo *todo* bien... y ya verás cómo, al fin y al cabo, vamos á estar de acuerdo.

»¡Qué horas las de aquella noche, Dios mío! ¡Y yo que, muy pocas antes, esperaba encontrar en ellas los más regalados sueños de mi vida!

»¡Que pesara... que midiera!... Y ¿en qué otra cosa que en pesar y en medir lo que mi madre quería, podía yo emplear aquellos siglos de tinieblas en la tortura de mi lecho?

»No es para descrita, por su complicación y colorido de pesadilla, mi batalla mental; pero merece apuntarse el hecho de que cuando las primeras claridades del alba vinieron á orientarme en el antro y á desvanecer las últimas visiones de mi enardecida fantasía, sobre el

montón de ruínas á que en ella habían quedado reducidos los abigarrados ejércitos de fantasmas, comencé yo á levantar los cimientos de otro plan que pensaba poner en obra muy en breve.

»¡Que Dios le libre á un hombre de bien de que se ponga en tela de juicio su derecho á la camisa que lleve puesta; porque, con eso solo, está en muy grave apuro de perderla!





XVI

Se sorprendió mucho mi madre cuando entré en su habitación á saludarla. Contaba con hallarme en el temple en que me había despedido de ella la noche antes, y me veía tranquila y sosegada, como si nada me hubiera pasado.

—¿Has dormido bien?—me preguntó.

—Muy bien,—respondí tan ufana como si fuera verdad.

—Luego no has meditado...

—Ha sobrado tiempo para todo.

—¡Yo he pasado muy mala noche!

»Y debía ser cierto, porque parecía un cadáver; pero, así y todo, dudo que su noche fuera más mala que la mía. Díjela que lo sentía en el alma, y me preguntó, sonriendo á la fuerza:

—Y ¿qué has resuelto?

—Esperar.

—¿Á qué?

—Á lo que resulte del plan que yo también he formado.

—¡Has formado un plan?

—¡Yo lo creo! Y ¿por qué no había de formarle?

—Efectivamente: ¿por qué no habías de formarle? Y ¿va á ser obra larga?

—Pienso que sea muy breve.

—Más valdrá así.

»Muy poco más que esto hablamos entonces. Antes de almorzar, envié, bajo sobre cerrado, una tarjeta á Pepe Guzmán, con el ruego de que no faltara por la noche á mi casa. Este trámite era dèl programa formado por mí. Un detalle que recuerdo bien: al escribir en la tarjeta lo poco que necesitaba, anduve tanteando fórmulas hasta encontrar una en que no se diera tratamiento alguno á mi *amigo*. ¡Y de qué buena gana le hubiera tuteado! Pero la noche antes había quedado nuestra *amistad* en el punto en que el *tú*, aunque se impone ya, todavía asoma con mucha timidez á los labios.

»Durante el día me hizo mi madre muchas insinuaciones acerca de la naturaleza de mis planes; raterías que se caían de inocentes, para tirarme de la lengua. ¡Á buena parte venía!

»Como las horas se me hacían eternas en casa, salí en carruaje con una de mis tías, mientras la otra se quedaba acompañando á mi ma-

dre, no sé cuántas veces, á comprar cosas que no necesitaba y á visitar iglesias en que ni rezaba ni leía. Y lo cierto es que mejor estaban mis negocios para encomendados á Dios, que para otra cosa. Pero andaban, á la sazón, mis pensamientos tan á flor de tierra, que no se me ocurrió elevar una súplica al único Juez que podía fallar *en justicia* el pleito que me desvelaba.

»En estas idas y venidas, cuidaba mucho de no encontrarme con gentes conocidas, ó de fingir que no las había visto, si el encuentro era inevitable. ¡Y cuántas de ellas ví! Parecía que el diablo se empeñaba en ponérmelas delante y que se había encarnado en mi tía; porque, como si no me acompañara para otra cosa, no cesaba de apuntármelas con el dedo, ni de exclamar: «¡Mira Fulano!» «¡Mira Menganita!...» «Casa-Vieja te saluda...» «Agur, Ramiro.» ¡La hubiera arrojado por la ventanilla de muy buena gana!

»Llegó la hora de comer, y comí tan poco como la víspera, porque aunque los motivos eran diferentes, la mortificación de las impaciencias que me desganaban era la misma un día que otro. También me encerré en mi tocador en cuanto me levanté de la mesa: igual que el día antes; pero esta vez no fué para estudiar en el espejo afeites ni aliños que me embelle-



cieran, sino para afirmarme en mis ya bien firmes propósitos, dando un repaso mental á lo que me tocaba hacer y decir para cumplimiento de la más delicada é interesante cláusula de mis planes.

»En fin, y viniendo á lo que importa, á la hora acostumbrada llegó Pepe Guzmán á mi casa. Como no era noche de tertulia, había en ella muy poca gente; y yo, sin pararme á considerar si faltaba ó no á «las conveniencias» y atenta sólo á lo que me interesaba, le conduje al gabinete mismo en que el banquero «se me había declarado;» elegí un sitio en él donde pudiéramos hablar sin servir de espectáculo á la gente del saloncillo; sentéme allí, y roguéle á él, con una mirada y un golpecito con la mano en el sillón inmediato, que se sentara también. Sentóse; clavó en los míos sus ojos, dulces y elocuentes, como si en ellos quisiera mostrarme estampado todavía el idilio de la noche anterior... y me encontré sin ánimos para decir la primera palabra. Todas las fuerzas con que contaba para llevar á cabo mis proyectos, me habían faltado de repente. Sentí vibrar y conmoverse dentro de mí algo que era como la luz y el estímulo de la vida, y mis flaquezas de mujer hicieron una de las suyas, llenándome los ojos de lágrimas y el pecho de sollozos, que á duras penas logré sofocar.

»Viéndome así Pepe Guzmán, tomó una de mis manos entre las suyas; y envolviéndome en una mirada, que fué para mí lo que el rayo de sol para un cuerpo aterido, díjome con expresión y acento de cariñosa ironía, disimulo evidente de otras impresiones muy distintas:

—Aquí pasa algo muy grave, por las señas de esas lágrimas después de *tu* recado de esta mañana... Veamos lo que es... se entiende, si me es lícito saberlo.

»Rehíceme casi en el acto, por empeñarme en ello, antojándoseme que tenía algo de ridícula aquella crisis histérica; volví á recobrar la resolución perdida; y retirando mi mano de las de Guzmán, con el pretexto de necesitarla para enjugarme los ojos, dueña ya de mi serenidad, enteréle de todo lo que ocurría... de todo no, puesto que omití lo del parecer de mi madre sobre los casamientos por amor.

»Mientras hablaba, iba observando yo el efecto de mis palabras en el atento escuchante. —También este trámite estaba apuntado en el programa.—Ni un músculo se contrajo en todo su cuerpo, ni el menor gesto alteró la expresión serena de su semblante. Como si se tratara de una historia del otro mundo.

»La que yo le relataba, no podía tener en mis labios más que un objeto solo: el de dársela á conocer como una desventura mía, necesitada

del dictamen sesudo y de los consuelos cariñosos y *desinteresados* de «un buen amigo.» Mi derecho no alcanzaba á más... ni siquiera á disminuir un poco los motivos que yo tenía para sentir allá dentro, muy adentro, el frío de aquella inalterable serenidad, por más que este detalle fuera suceso previsto como *posible* en mi programa.

»Después que se enteró de todo, me preguntó, sin abandonar su expresión de irónica afabilidad:

—Y ¿por qué te has apresurado tanto á informarme de ello?

—Porque es caso de urgencia—respondí,—y necesito un consejo.

—¿Precisamente el mío?

—Precisamente el *tuyo* (¡con qué gusto usaba ya este pronombre!); pero el tuyo solo, entiéndase.

—¿Por pura curiosidad?

—Para seguirle al pie de la letra... á ojos cerrados, sea cual fuere. Lo he jurado así.

—¡Pobrecilla, y con qué decisión me lo dice!

—Como todo cuanto te he dicho y prometido.

—Mira que si me arguyes de ese modo, vas á hacerme perder la cordura que necesito para que el consejo sea digno de quien me le pide.

—Pues venga pronto el consejo... porque no respondo de mí.

»Omito, en obsequio á la brevedad, la *ortografía* que usábamos mi interlocutor y yo para este lenguaje hablado. De la intención de lo escrito aquí en determinados pasajes, se desprende con harta facilidad.

»Vuelta á *enjuiciarse* la escena, continuó de este modo Guzmán:

—Según me has dicho, es grande el empeño de la marquesa...

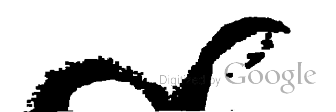
—Hasta el entusiasmo.

—Y tú, por tu parte, sin contar con extraños auxiliares, ¿no has hallado en la repugnancia que la idea de ese casamiento pueda producirte, fuerza de convencimiento y resolución bastantes para resistir?

—Repugnancia y convencimiento, y fuerza y decisión para resistir tuve, y todo lo empleé inútilmente.

—No lo entiendo, tratándose de un carácter como el tuyo.

—Pues con todo eso y algo más, que no es de este momento y me llega muy al alma, me dí á cavilar anoche... ¡qué horas aquéllas, Virgen santa!... y cavilando sin cesar, y pesando y midiendo, como quería mi madre... ¡que Dios te libre de la tentación de pensar *demasiado*, cuando necesites decidirte pronto y á tu gusto! Yo ya no sé á qué atenerme sobre ciertas cosas; qué se entiende por bueno ni qué por ma-



lo; si el error está en mi modo de ver, ó en la manera de conducirse los demás; si soy yo la mala cuando pienso que obro bien, ó si son ellos los buenos cuando me parecen una canalla; cuál es lo noble, ni cuál es lo vil. Decídelo tú, que ves mejor en estas confusiones que á mí me ofuscan; y lo que decidas, eso haré. Ya sabes que lo he jurado.

—Aplaudo esos alientos—me dijo Guzmán entonces, sonriendo, pero no tan impávido como aparentaba,—porque, ó yo me equivoco mucho, ó has de necesitarlos muy pronto. Y vamos ahora al consejo. Un enamorado de éstos de la turba multa, digámoslo así, de *pensamientos levantados* y *cristianos proceders*, al oir á su dama llorar cuitas como las que tú me has confiado, y al pedirle ella el consejo que tú me has pedido, tocaría el cielo con las manos; la negaría hasta el derecho de dudar en tal conflicto, porque entre la exigencia del *tirano* y los mandatos del amor, nunca vacilan los que bien aman, y acabaría la escena por decidirse *ella* á arrostrar el hambre, las mazmorras y aun la muerte, antes que consentir en *ser de otro*, y por jurarla *él*, viéndola tan firme y tan constante, que con los dientes sabría arrancar los clavos mismos de las puertas que la encerraran. Pero en nuestro mundo, hija mía, pasan las cosas de muy distinto modo que en el mundo de aque-

llos inocentes: hay otros móviles y otros fines, otras luces y otros horizontes; y tú y yo, si bien nos miramos, en nada nos parecemos á los enamorados de mi ejemplo... En virtud de lo cual (que yo te explanaré, si lo deseas), y en vista de lo que arrojan los autos de tu pleito, es mi parecer, hijo de mi larga observación en ese linaje de conflictos, y muy principalmente del interés que tengo en tu felicidad, tan eslabonada con la mía, que te avengas á los deseos de tu madre y aceptes la rica mano que te ofrece don Mauricio.

»¡Esto sí que no estaba previsto en mi programa! Que Guzmán no me abriera las puertas de su casa al saber lo que me ocurría, previsto como *posible* lo tenía yo; pero que él mismo me empujara hacia la casa del banquero, eso ya no cupo en mis presunciones. Pues bueno: con este desencanto y todo, que me dolió como una puñalada en el corazón, no sentí esas sublevaciones de la «dignidad ofendida,» que tanto juegan en las pasiones de teatro. Sería así la calidad del hechizo con que me había fascinado aquel hombre; sería un milagro de la fe con que le oía, ó un contagio de la peste que respiraba... yo no sé lo que sería; pero así sucedió, y así lo confieso, aunque se tenga el caso por absurdo... ¡Absurdo! ¡Como si hubiera algo con lógica en los enredos de la farsa de nuestra vida!



»Conoció el desengañado consejero la honda impresión que produjo su descarnado consejo, y acudió solícito á templarla, á intentarlo, mejor dicho, con una detenida exposición de razonamientos que me es imposible reproducir aquí al pie de la letra, por falta de memoria para tanta minuciosidad; pero cuya substancia, que recuerdo bien, y no debe omitirse en este pasaje de la historia de mi vida, era la siguiente:

»Si el matrimonio no fuera más que una carga de sacrificios y un palenque de proezas, donde un caballero demostrara á cada instante la firmeza del amor que sentía por su dama, él, Pepe Guzmán, por remate de nuestro idilio de la víspera, con lo que acababa de contarle yo ó sin ello, se hubiera apresurado á implorar de mí el mismo favor que con tan rendidas ansias había implorado el banquero para sí. Pero no había que olvidar quién era yo y quién era Pepe Guzmán; en qué *medio* nos habíamos formado; á qué costumbres estábamos hechos; qué mecanismo era el de nuestro mundo, y por qué leyes se regía. Y teniendo esto presente, ni él ni yo podíamos desconocer que había en aquella patriarcal unión, por las condiciones esenciales de ella, un riesgo gravísimo en que indefectiblemente habíamos de caer nosotros. Si tomábamos el trance por lo serio, con todo su for-

mulario de procedimientos ejemplares y virtuosos, el hastío era inevitable. Si por huir de él faltábamos á aquellas santas reglas de los *perfectos casados*, y conveníamos en que cada cual campase por sus gustos é inclinaciones, apuntarían entre nosotros las desconfianzas y las discordias, y con ellas los resabios groseros de la *bestia*, que, aunque se tapan y se doman, no se extirpan con la educación de la inteligencia. En ambos casos, el desprestigio de un cónyuge á los ojos del otro, y, por consiguiente, el desamor y la antipatía, cosa de muy mal gusto; y nosotros, nacidos para caer de muy alto en la locura de escalar el cielo, no debíamos morir de aquella prosáica y terrena enfermedad.

»Muy bien dicha me pareció la parrafada, pero muy poco convincente para mí, que era la mosca de estos ditirambos de la araña. Aun acomodándome á ciegas á los propósitos que se transparentaban en la disertación; aun dando por bueno y por *elevado* (¡que no era poco dar!) todo lo que por elevado y por bueno daba él, ¿cómo se compaginaban aquellas sublimidades que me predicaba, con la prosa del banquero que me ofrecía como una necesidad? No le apuró gran cosa el reparo... verdad es que, quizás por llamar mi atención hacia otra parte más risueña, puso, como introito de su réplica, la

extensa genealogía de su amor, con entretenidos comentarios sobre las diferencias esenciales entre el modo de nacer y desarrollarse la *pasión* que le había vencido, y los agradables *entretenimientos* que hasta entonces habían sido la única necesidad de su corazón; y como si hubiera adivinado mis «curiosidades» y se anticipara á satisfacer mis deseos, él mismo trajo á la colada algunas historias que á mí me interesaba conocer *en toda su verdad:* pecadillos sin malicia las más de ellas; rumores sin fundamento serio las restantes, como *lo* de Leticia, por ejemplo... Pues le creí, así como suena... ¡yo, que tantas veces me había reído del candor de otras mujeres en casos parecidos!... Si no hay que darle vueltas: el corazón humano, «que nunca se engaña,» es un odre henchido de equivocaciones en cuanto se apasiona un poco.

»Con esto, cuando llegó la ocasión de replicar á mi reparo, ya estaba yo mejor dispuesta á comulgar con ruedas de molino. ¡Bien lo sabía él! Despachóse á su gusto derrochando primores de sofistería apasionada, esbozando proyectos, suavizando asperezas, dulcificando amargores... en suma, exponiendo y sustentando, pero con nuevas *razones* y los más peregrinos vislumbres, la sempiterna *teoría*... la de Sagrario, la de Leticia, la de mi propia madre; la que, desde la noche anterior, *sentía* yo en el

aire que respiraba y en los rumores que oía. Sólo faltaba que me la repitiera *él*, y ya me la había repetido, sin que tampoco al oirla yo brotar de sus labios, trémulos por la pasión, saltaran á mi rostro «las lavas del volcán de mi dignidad ofendida.» El mal espíritu me ataba de pies y manos para que fueran inútiles mis instintivas resistencias.

—¿Esa es tu última palabra?—pregunté, por conclusión, á Pepe Guzmán.—¿Te ratificas en ella? ¿Estás bien seguro de que el consejo que me has dado es el que yo debo seguir?

—Es mi última palabra—me respondió con la mayor entereza;—en ella me ratifico, y estoy seguro de que el consejo que te he dado es el que *nos* conviene que sigas.

—Pues yo voy á cumplir mi juramento de seguirle *al pie de la letra*,—dije levantándome de pronto y sin saber si lo que sentía dentro del pecho entonces era el impulso de la decisión que me arrastraba, ó el latir de un corazón dilacerado.

»Con la vehemencia con que se toman siempre las grandes resoluciones que pueden fracasar si se meditan mucho, entré en el saloncillo y busqué á don Mauricio, que con otras personas estaba haciendo la tertulia á mi madre en el gabinete frontero al en que yo había conversado con Pepe Guzmán. Me curaba muy poco

de que pudiera llevar en la cara las huellas de la tempestad que aún no se había calmado dentro de mí; me era indiferente que mi casi encierro con aquél hubiera ó no chocado á los demás tertulianos... ¡pues podían venírseme con melindres de beata los que me estaban enseñando á pactar con el demonio para venderle la conciencia! Yo no veía más que los fantasmas de mi pesadilla, y, por el momento, á aquel hombre ridículo que acompañaba á mi madre. ¡Cielo santo! *Por allí* tenía que pasar yo para llegar adonde mi destino me arrastraba; y pasar por allí, por aquel hombre, aunque no fuera más que *pasar de largo*, era, para una mujer de mi estómago, ir al patio de una cárcel, á la picota, á los cubiles del Circo... á las fieras mismas.

»Llaméle aparte en la primera ocasión de ello que tuve, y le cité para el día siguiente, después del almuerzo. Lo inusitado de la cita y de la hora, movió en alto grado su curiosidad. Intentó satisfacer siquiera una parte de ella, echándome memoriales de un dulzor empalagoso; pero no me dí por entendida.

»Al despedir más tarde á Pepe Guzmán, le encargué mucho que no faltara la noche siguiente, para darle cuenta minuciosa del cumplimiento de uno de los trámites más importantes de mi plan.

»Por último, al retirarse mi madre á su habitación, la advertí lo de la cita al banquero. Preguntóme ansiosa que para qué, y me excusé de complacerla, recordándola nuestro convenio de no descubrirla mi plan hasta que estuviera ejecutado. En hablando á solas con el banquero, lo estaría... en lo que á ella le interesaba. Algo que llevaba yo bien á la vista en mi actitud y, sobre todo, en mi cara, debió de darla á entender hacia qué lado me inclinaba en el asunto que tanto me había recomendado ella, porque no insistió en la pregunta y se despidió de mí muy afectuosa.

»En seguida me encerré yo en mi dormitorio... á velar, á padecer, á aturdirme con el pensamiento volteando entre las ondas de la tempestad que ya no me cabía en la cabeza.





XVII

SEGÚN lo convenido con mi madre, al otro día, en cuanto el banquero llegó, salí yo sola á recibirle. En la penumbra del salón, donde aguardaba, parecía el hombre una noche de verano: de tal modo relucían y titilaban sobre él verdaderas constelaciones de pedrería, hasta con su *caminito de Santiago;* que bien podía desempeñar este papel allí la enorme leontina de oro entretejido que trepaba por el hemisferio de su estómago. Además, apestaba el salón á *patchoulí* y á pomada de geranio. No sé qué cara me puso, aunque me lo imagino, ni recuerdo en qué términos me saludó, ni las palabras con que yo le respondí. Sólo tengo presente lo que pasó después, estando los dos sentados, frente á frente, aunque con cerca de dos varas de alfombra de por medio; y lo que pasó dió principio en la siguiente forma, palabra más ó menos:

—Anteanoche—le dije sin pararme á disimular la repugnancia con que abordaba aquel asunto,—me insinuó usted ciertos propósitos...

—Tuve, en efecto, esa dicha,—me interrumpió, bastante desentonado por las emociones que debía de sentir en aquel instante.

—Poco después, acudió usted con las mismas cuitas á mi madre, sin aguardar á que yo le respondiera, como se lo tenía prometido.

—No creí que se estoorbaran lo uno y lo otro.

—Mal creído. Pero, en fin, ya está hecho. Y ahora, asómbrese usted: he resuelto despachar su pretensión... favorablemente.

»Es imposible pintar aquí las cosas que hizo y las *finezas* que me enderezó mi pretendiente, al oirme hablar en aquellos términos. Le faltó muy poco para darme las gracias de rodillas.

—Todavía no—le dije conteniéndole.—Hay que deslindar antes los campos, y poner cada cosa en su sitio y á la necesaria claridad. Para ello, yo le hablaré á usted con toda la que piden las circunstancias, y usted no será menos explícito conmigo, en la inteligencia de que, siéndolo ó no, lo que aquí establezcamos ha de ser en adelante la ley de nuestra vida común.

—Leyes son siempre para mí hasta los menoores deseos de usted. ¡Qué mayor dicha, qué mayor?...

—Muchas gracias, y óigame ahora: usted es hombre que tiene vicios, no muy buena fama, y ya pasó de mozo algunos años hace... No se moleste usted en hacerme reparos, porque es perfectamente demostrable todo esto que afirmo.

—Siga usted.

—Sigo, y continúo afirmando que un hombre con todos estos contrapesos, por poco entendimiento que tenga, no puede creerse merecedor del cariño ni de la lealtad de una mujer como yo.

—Repare usted que, sin hacer las debidas salvedades... y tal y demás, resuulta eso... ¿cómo lo diré? un poco... vamos, exxxtremaaado.

—Resultará lo que usted quiera; pero hay que oirlo. Por consiguiente, al pedir usted mi mano, no espera, no puede esperar, que le dé con ella ese cariño, ni las llaves de mi corazón, ni el derecho de preguntarme siquiera por lo que yo tenga encerrado en él.

—Lo que yo pido—díjome aquí el banquero, con una serenidad y un aplomo que no dejó de sorprenderme en él,—lo único á que aspiro, y usted no podrá negarme, porque no tengo yo la culpa de que no sea la envoooltura digna del tribuuto que la he rendido á usted con alma y vida... y tal y demás, es que lo pooco ó muucho

que me conceda, sea de buena voluntad; porque, bien mirado el caaso, yo no he puesto á naaadie un puñal en el pecho para que se acepte lo que he ofrecido á caambio... de lo que usted quiera darme... y tal y demás.

—Cierto; pero la misma gravedad de ese... caso, y el singular aspecto que presenta para mí, y hasta las mutuas conveniencias, no lo dude usted, me obligan á ser desengañada, sin temor de pecar de dura, con un hombre que con tan poco se conforma en negocio de tan grande entidad... En substancia, y para concluir, señor don Mauricio: yo acepto su mano de usted con la terminante condición de que he de tener en usted la menor cantidad posible... de marido, con todos los privilegios é inmunidades que de este hecho se desprendan en beneficio de la libertad é independencia compatibles con el rango que ocupo en la sociedad, y con mis gustos é inclinaciones.

»Creí sorprender una sonrisa extraña en los resecos labios de mi pretendiente; el cual, y mientras se tiraba de la patilla derecha con mayor suavidad de la que podía esperarse de su naturaleza *espasmódica*, me dijo:

—Y en virtud de esa condición tan... tan *adsooluuta* y exxteeensa, ¿no me sería permitido añadirla, antes de aceptarla, siquiera una salvedad... pedir ciertas garaaantías?...

—Doy, y no es poco, la de mi buena educación. ¿Le satisface á usted?

—Como la mejor escritura púuublica,—me respondió tendiéndome la manaza, que no rechacé porque fingí tomar el suceso como señal de despedida, y aproveché tan buena coyuntura para levantarme y dar por terminada la conferencia.

—Para lo que falta que hacer—dije entonces,—entiéndase usted con mi madre... que siente mucho no poder recibirle hoy.

—¿De manera—preguntóme él, muy cerca ya de la puerta del salón, poniéndose otra vez tierno y pegajoso,—que esto es ya cosa resuueelta?

—Enteramente resuelta.

—Y... ¿para cuáaando... si no peco de?...

—Para mañana, si fuera posible. Y sírvale á usted de gobierno, por lo que pueda importarle.

»No oí lo que me dijo en demostración de su contento, porque mientras un criado que había acudido á mi llamada le entregaba en el vestíbulo el sombrero y el bastón, yo buscaba, retrocediendo por el estrado, el camino del gabinete de mi madre, para darla cuenta del definitivo resultado de mis planes.

»Asombróse al conocerle, y no era para menos; pero le aplaudió de buena gana. Llevábamos aún medio aliviado el luto por mi padre, y la rogué que no fuera esto un estorbo para apla-

zar las bodas. Otro motivo de asombro para mi madre.

»Sin detenerme á sacarla de él con explicaciones que no eran del caso... ni muy fáciles de dar, salí del gabinete y me encerré en el mío... ¡á batallar de nuevo contra vestiglos y fantasmas!... ¡Ociosas y bien excusadas mortificaciones!...

»Sagrario, Leticia, mi madre, Pepe Guzmán, todos mis «dulces enemigos» estaban complacidos ya. Ya estaba extendida mi respectiva *patente de corso*. De un momento á otro me la pondrían en la mano, y comenzaría á verse con qué «hígados» contaba yo para servirme de ella. Porque, si no era para esto, ¿para qué me la daban? Pepe Guzmán, en quien menos debía desconfiar yo, podría engañarme en cuanto á la sinceridad de su *exposición de motivos;* pero no en cuanto á la intención *práctica* de su consejo. Si éste no tenía el alcance que yo pensaba, era preciso convenir en que á mi consejero le faltaba el sentido común; y cabía dudar del corazón de aquel hombre, pero no de su gran entendimiento. Volví á poner toda la luz de mi discurso sobre esta mancha de su conducta conmigo; deseaba conocerla en toda su extensión para «indignarme» contra él: desesperado recurso de náufrago entre las bascas de su agonía; extender los desfallecidos brazos en busca

de un asidero que no han de hallar; gastar las últimas fuerzas en inútiles tentativas, para hundirse primero. Eso me pasaba á mí: cuanto más me agitaba, más me hundía; cuanto más examinaba la mancha, menor la encontraba. Con el trabajo que empleaba en engrandecerla, acabé por borrarla... Y ¿por qué no? ¿Qué quitaba ni qué ponía en la intensidad de la *pasión* de Pepe Guzmán, un *detalle* de más ó de menos sobre el modo de *legalizarla* ante las gentes? No había que confundir los impulsos del corazón con las rutinas sociales. Si lo *principal* era entre nosotros conservar vivo el *fuego sacro*, yo no tenía por qué escandalizarme de que *él* necesitara, para alimentar el que había en su corazón, ritos y procedimientos distintos de los que yo hubiera preferido.

»¡Ay, si llegaran á caer estos papeles en manos de una mujer de espíritu cristiano, que no olvide que voy pintando á la luz de aquellos negros días, y discurriendo al tenor de las leyes por que me gobernaba entonces!

»Pero ¡qué misterioso engranaje! ¡qué mecanismo tan singular el de la máquina de las ideas! ¡De qué modo tan extraño se eslabonan en el cerebro las negras con las blancas, las tristes con las risueñas, las fúnebres con las cómicas! Á mí se me ocurrió de pronto, entre la lobreguez de mis cavilaciones, que nuestro

poeta *Aljófar*, cuando supiera lo que iba á suceder en breve, compondría una nueva variante (allá para sus adentros, porque al público no se atrevería á ofrecérsela) sobre la socorrida metáfora de *la flor y la babosa*. Yo sería la flor, por supuesto; flor nacida para «lucir sus colores y derramar sus aromas junto al enamorado clavel...» Y á propósito: ¿no se le había ocurrido á éste, quiero decir, á Pepe Guzmán, la misma ó parecida comparación poética, con todas sus consecuencias realistas? Cierto que el banquero sería la menor cantidad posible de babosa; pero, al cabo, sería babosa, con su diente asqueroso y su estela repulsiva... ¡vaya si se le habría ocurrido! Y ocurriéndosele, ¿qué habría pensado de esos rastros que las babosas dejan sobre las flores, si no se madruga á recogerlas?... ¡Oh, qué diabólica idea se enredó con esta otra, de repente, y penetró en mi discurso, como ladrón artero en casa mal cerrada! ¡Cómo se revolvía entre las demás, y rebuscaba los escondrijos para saquearme el repuesto y hacerse dueña y señora de mi juicio!... Y ¡qué recio voceaba, allá dentro, muy adentro!... Y ¡qué afanes los míos para acallar sus voces, como si temiera que las ondas del aire las llevaran hasta *él!* ¡Desdichada de mí si las oía, ó el diablo le inspiraba igual idea!

. . . .

»Por la noche hablé con Pepe Guzmán, según lo convenido entre los dos. Le dí cuenta de lo acordado con el banquero y con mi madre; y como mi resolución era más poderosa que mis fuerzas, los desfallecimientos de éstas se reflejaban demasiado en el ritmo de mis palabras y hasta en el color de mi rostro. Estimó mis torturas, ponderó mi heroísmo, ensalzó mi *lealtad;* pero no se compadeció de mí en aquellos decisivos instantes, en los cuales aún era posible imprimir nuevos rumbos á mi destino, cuando no lo intentó siquiera. Lejos de ello, y para mantenerme en los que él mismo me había trazado, desplegó nuevas pompas de su singular dialéctica, y encendió nuevas llamas con las cuales le costó bien escaso trabajo quemar los pobres restos de las alas con que aún pretendía yo volar por los espacios de mi deseo.

»Aquí debía darse por terminada nuestra entrevista; la última, por decreto de «el bien parecer,» y hasta por conveniencia mía. En adelante, por lo menos hasta que la amarga copa se apurara, nos trataríamos como «buenos amigos» delante de las gentes... y nada más. De esto comencé á hablarle, cuando el demonio puso en sus labios una frase que me pareció el primer eslabón de la cadena á cuyo extremo había de salir engarzada la infernal idea; aquélla que tanto me atormentaba en mi cere-

bro por el solo temor de que cupiera en el de mi *enemigo*.

»Y salió, ¡Virgen María! ¡Qué momento aquél! Ciega, insensible para cuanto me rodeaba, sólo veía y oía lo que pasaba dentro de mí. El corazón, fuera de sus quicios, me aporreaba el pecho, y sus golpes me parecían llamadas de medroso desamparado; sentíalos repercutir en lo más profundo de mi cabeza, y llamaradas de fiebre subían á caldearme las mejillas; estremecíanse todas las fibras de mi cuerpo, y veladuras fantásticas iban turbando la clara luz de mis ojos, al compás de los latidos del corazón.

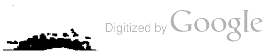
»Nada pensé, nada dije, nada respondí. Toda la noción que me quedó de mi propia existencia, la invertí en recoger de aquella escombrera, á que instantáneamente habían quedado reducidas vida y alma, los alientos necesarios para apartarme de allí. Y eso hice á duras penas.

»Pasé un día, y dos y tres, sin pensar en nada, á fuerza de pensar mucho que no me interesaba, para no caer en las fauces de los pensamientos que temía. Durante aquella batalla, y hecho ya público el proyecto de mis bodas, al suplicio de ella se añadió el más insoportable de consolarme del forzoso alejamiento de Pepe Guzmán, con las *tiernas finezas* del banquero, señor *legal* de mis preferencias y aten-

ciones, y las incisivas enhorabuenas de mis amigos y conocidos. Todo esto era superior á mis fuerzas. Pedí, rogué á mi madre que, si no había modo de vivir en nuestra casa sin la tiranía de aquellos testigos de mi tortura, anticipara todavía más el suceso que era la causa fundamental de ella. Y mi madre no comprendía cómo buscaba yo el remedio contra las hieles de una pócima sin fin, apresurándome á beberla; pero yo sí lo comprendía.

»Entre tanto, iba agotándose el caudal de pensamientos que cabían en mi cabeza, y á cuyo amparo acudía para defenderme del que tanto me espantaba y más me perseguía cuanto mayores eran mis mortificaciones... y más largas las ausencias de Guzmán. ¡Tal despilfarro hacía yo de ellos, sobre todo en las largas horas de mis desvelos! Ya no sabía en qué pensar, y entregaba el discurso á lo primero que se me entraba por las mientes.

»Una noche, por remate de la larga cadena de ideas incongruentes que había estado arrastrando, dí en una bien extraña ocurrencia: la de hacer una imaginaria excursión por los interiores entenebrecidos de mi propia casa. ¡Qué grande era para la poca gente que la habitábamos! Además de grande, estaba muy mal ocupada por nosotras. Entre el dormitorio de mi madre y el mío, había dos salones, un pasadizo



y mi cuarto de tocador. Mi madre se recogía antes que nadie, y quedaba al cuidado de una antigua sirvienta, vieja ya, muy fiel, pero muy dormilona. Cerca de mí, en un cuartito contiguo al tocador por un lado, y por otro al vestíbulo de ingreso á la casa, dormía mi doncella, muchacha muy leal, muy cariñosa, capaz de arrojarse por mí por el balcón á la calle; pero alegrilla de ojos y demasiado *lista*. El resto de la servidumbre ocupaba un sotabanco que mi padre había alquilado con este objeto, en su horror instintivo al tufo y al desaseo de la plebe. De manera que para dos parejas de mujeres tan separadas una de otra, aquella casa, durante las altas horas de las noches de invierno, en las que escasean los ruidos de la calle, con la espesura de las alfombras en el suelo y la abundancia de macizos cortinones que apagaban el rumor de las pisadas y hasta el sonido de la voz, era un completo páramo con su muda é imponente soledad. Un hombre mal intencionado podía ocultarse muy fácilmente... en el cuarto de mi doncella, por ejemplo, en el instante de disolverse la tertulia, cuando es menos notado cualquier movimiento y menos extraña la presencia de una persona; salir de su escondrijo en hora conveniente; hacer lo que se había propuesto, y aguardar en otro escondite á que los criados bajaran del sotabanco, abrieran

las puertas, después de abierta la de la calle, y largarse á ella muy tranquilo. ¡Pues si la doncella estuviera de acuerdo con el ladrón!... ¡Qué espanto! Era preciso tratar de que durmiera abajo un criado, y, sobre todo, de aproximar mucho más mi dormitorio al de mi madre. Las cuatro mujeres reunidas sabríamos defendernos mejor de cualquier peligro... ¡Gran miedo pasé aquella noche!

»Pero ¿hasta dónde alcanzaban las raíces de estas ideas? ¿De dónde vendrían las semillas que las produjeron? Porque en el mundo moral, lo mismo que en el físico, nada nace de la nada, y cada cosa engendra su semejante.

»Aquellas preguntas y esta reflexión me hice entonces también, y sin respuesta se quedaron, quizás por ignorancia, ó acaso por repugnarme ahondar en la materia con el análisis.

»Lo primero que al otro día me dijo mi madre fué que si persistía yo en mis deseos de que se anticipara la boda, estaba en su mano complacerme. Respondíla que sí, cerrándome el camino á toda reflexión. Por la noche estuvo Guzmán en mi casa. ¡Qué daño me hacían sus estudiados y convenidos alejamientos de mí! Al despedirse deslizó en mi mano un papel en muchos dobleces, que yo guardé con ansiedad de avaro, para entretener lo más triste de mis incurables desvelos, con el regalo de su conte-

nido, fuera el que fuese, aunque casi le adivinaba.

»Llegó la hora, y desplegué la carta temblándome las manos. Era muy extensa, y estaba escrita en un papel muy tenue y con la letra muy apretada. Comencé á leerla, y al punto dí con lo que yo más me temía... la idea, ¡la diabólica idea! Allí estaba, saltándome á los ojos como chispa de volcán. Toda la carta no era otra cosa que el aliño estimulante en que venía preparada. ¡Qué astucia de Satanás! Rompí el papel en cien pedazos... ¡como si con este pobre recurso borrara su contenido de mi memoria, y la voz del que le había estampado allí no resonara en mis oídos, ni el fulgor de su mirada penetrase por mis ojos hasta el fondo del corazón!

»El incendio se produjo otra vez; pero las fuerzas de mi discurso para huir de él por las callejuelas de extraños pensamientos, estaban agotadas ya. Resolvíme á contemplar el peligro cara á cara, y á defenderme de él en mi última trinchera... es decir, á poner el caso *en tela de juicio.*

»Valiéndome de un símil harto viejo, pero que me es aquí muy necesario para hacerme comprender más fácilmente, en aquella suprema ocasión me encontraba sobre el borde de un precipicio, sola, sin alientos para retroceder y

comenzando á sentirme dominada por el vértigo de los abismos. Todos cuantos en el mundo tenían obligación de socorrerme, me habían empujado para colocarme allí: nada podía esperar de ellos; á lo lejos, sólo veía curiosos que se asombraban de mis resistencias y se reían de mis vacilaciones; abajo, en el fondo del precipicio, la algazara de las mujeres que me habían precedido en la caída; en derredor de mí, envolviéndome, asfixiándome como anillos de serpiente, una atmósfera de insanos elementos, narcótica, enervante; sobre la atmósfera, sobre mí, sobre el mundo entero, allá en lo Alto, donde debía de existir un código de moral como yo le presentía cuando me dejaba gobernar por mis propios instintos, inclinados á lo menos corrompido, ya que no á lo más honrado... nada tampoco que viniera en mi auxilio... El Dios que á mí me habían hecho conocer en mi casa, era «un caballero anciano, de muy buena sociedad;» algo serio por razón de su jerarquía; pero muy fino, muy complaciente, y de una moral muy elástica, dispuesto siempre á incomodarse con la gente de poco más ó menos; pero incapaz de *faltar* en lo más mínimo á las señoras del *gran mundo*, que le *honraban* confesándole de vez en cuando y en los ratitos que las dejaban libres sus devaneos de hembras «eximias» del género humano... un señor, en

fin, por el estilo de mi difunto padre, aunque quizás no tan elocuente ni de tan distinguido porte como él... ¡Y nadie ni nada más adonde volver los ojos!

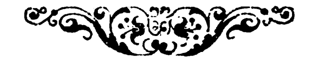
»Y, entre tanto, al aceptar las reflexiones de mi madre y el consejo de Pepe Guzmán, ¿no había suscrito yo, implícitamente, un contrato de deslealtades y perjurios por el resto de mi vida? Y la que estaba resuelta á lo más, ¿por qué se detenía ante lo menos?

»Sobre estos ejes rodó todavía largo rato la desquiciada máquina de mi discurso... hasta dar conmigo y con él en las negras profundidades del abismo.

»¡Oh, qué sola, qué triste y qué desamparada me ví!

....

»Veinticuatro horas después se realizaba en mi casa, por primera vez, lo más temeroso de mi imaginaria excursión por los interiores de ella: sólo que no era un ladrón de caudales el hombre que se escondía por la noche en el cuarto contiguo al de mi doncella y se escapaba al amanecer.»





PARTE SEGUNDA

I

Este era un *Círculo* ó sociedad que había en Madrid por entonces (creo que ya no hay de esas cosas allí), en el cual círculo sólo tenían ingreso los aspirantes que pudieran acompañar á su instancia una ejecutoria de sangre azul, y, á ser posible, una buena garantía de responsabilidad pecuniaria; porque con ser de gran monta los gastos reglamentarios de cada socio, llegaban hasta lo incalculable los *imprevistos*. Como que se trataba allí de matar los interminables ocios de la vida entre los hombres del blasón y del dinero... ¡que ya es matar!

Ocupaba la sociedad una gran casa, de suelo á cielo, en una gran calle de lo mejor entre lo más caro de la villa y corte; y en la gran casa había grandes cocinas, grandes cuadras y grandes cocheras con muchos y muy lujosos carruajes, abajo; y grandes salones de conversación,

de juegos lícitos y de lectura; grandes salas para otros usos, hasta sala de esgrima, y grandes comedores y cuartos de tocador y gabinetes para vestirse, para escribir y para jugar á lo que no debía verse, arriba; y lo de arriba y lo de abajo, y lo de acá y lo de acullá, con todo el lustre de decorado y servidumbre que la *institución* y sus destinos requerían.

Claro está que una cosa de tal índole no podía ser bautizada á la española; por eso se llamaba *Sport-Club*, nombre que, tras de ser inglés, dejaba traslucir ciertas aficiones de la gente de adentro á un espectáculo que no se concibe en España más que en caricatura. Lo mismo que si en Londres estableciera la «alta sociedad inglesa» un *Club* con el nombre de *Círculo taurófilo*, ó de aficionados al toreo para que me entiendan mejor los que no tienen muy hecho el oído á estas jergas greco-latinas. En fin, bien ó mal bautizado, ello es que había en aquel entonces en Madrid ese *Sport-Club*, y que, á juzgar por lo que en él se contenía y pasaba, era como la casa de todos los que no la tenían, ó no querían tenerla, ó la frecuentaban muy poco. Por el *Club* iban sus socios á todas partes, y de cualquiera parte que vinieran daban en el *Club*. Lo que hacen los simples mortales con el propio domicilio.

Comenzando á contar por los balcones de la

fachada principal, que eran otros tantos «coches parados» á ciertas horas de la tarde, en aquel edificio había estimulantes para todos los gustos de los concurrentes desocupados: revistas verbales de paseos, salones y espectáculos... se entiende, de lo tocante á las hermosas damas de «su mundo» que se hubiesen exhibido en ellos; murmuraciones subsiguientes con ampollas; lecturas breves, bien ilustradas y muy picantes; *El Fígaro* de París, con sus crónicas escandalosas del *demi-monde*, por *Gaceta;* la esgrima del florete, de la espada ó del sable, no como ejercicio higiénico, sino como artículo de posible necesidad entre gentes que vivían á dos pasos del *campo del honor;* para el que fuera inclinado á los placeres del estómago, el *restaurant:* los licores, los vinos exquisitos, las pastas más regaladas... cuanto se pidiera por la boca; para los temperamentos profundamente enervados por la holganza regalona, el juego: si no entretenían bastante el tresillo ó el *ecarté*, el *monte* ó el *bacarrat* ó el *treinta y cuarenta;* si abundaba el dinero en casa, para que la emoción resultase, se apuntaba fuerte; y si no lo había y apuraban los compromisos, fuerte también para salir de ellos cuanto antes, ó acabar de hundirse en la ruína; en efectivo, si lo había á mano; ó en cosa que lo representase, si quedaba crédito bastante, en opinión de aquellos caballeros que

se agrupaban allí para desplumarse mutuamente con todas las reglas y cortesías del oficio; para el gomoso enamorado ó el hombre presumido, si tenían en poco la librea de la sociedad para ponerse en pública exhibición, estaría á la puerta de la casa y en hora conveniente el exótico cuartago con el blasón de familia en cada metal de sus arreos, en el cual bucéfalo cabalgaría el elegante para dirigirse al Retiro, medir aquella pista á zancadas unas cuantas veces, y desfilar al anochecer por la Castellana á medio galope de podenco; y lo que digo del caballo acontecía con el coche.

Más tarde, y después de comer en el *Club* y de vestirse allí también, al teatro más de su gusto, con el billete de abono de la misma sociedad, ó á los salones de su preferencia, ó á lo uno y á lo otro, porque para todo daban las noches y las costumbres de su mundo. Después de los salones y del teatro, al *Club* otra vez indefectiblemente: á cenar, si había ganas, ó á tomar un piscolabis, si no las había, y á «cambiar sus impresiones,» que no faltaría con quién. Allí estarían ya, dejando escapar las suyas, recientemente adquiridas, el mozuelo imberbe, más cargado de vicios que de años, y el viejo disipado, centelleando lascivias y torpezas por sus ojuelos lacrimosos, y mascullando obscenidades entre los pedruscos de su dentadura pos-

tiza. Desde allí, ¡vaya usted á saber adónde irían aquellos caballeros hasta las tres de la tarde, hora en que reaparecían un momento en la vía pública... para volver otra vez al *Sport-Club*, á observar, á murmurar, á comer, á jugar, á vestirse, etc., etc.! Y los más de ellos eran casados ó «hijos de familia.»

Amén de estos recreos al pormenor, y los que no se puntualizan aquí, porque no hay para qué puntualizarlos, la sociedad tenía otros en común, como ciertas algaradas de estruendo, ora en el Hipódromo en los días de carreras, ora en la del Prado y de la Castellana, disfrazados los socios de canes lanudos, y amontonados y latiendo en sus perreras, en las tardes de Carnaval. Esto era el colmo de lo *chic*, de lo *pschut* y de lo *becarre*.

Andando el tiempo no pudo el *Club* con la carga de sus gastos, y le fué necesario barrenar sus estatutos para atraerse la ayuda de la aristocracia de las talegas, siempre que ésta supiera competir con la de adentro, cuando menos en saber gastarlas y lucirlas. Á montones parecieron los aspirantes. Podrá faltarles abolengo conocido á las notabilidades de esta especie; pero vicios y afición á exornarlos con todos los recursos del dinero... ¡á buena parte iban con la cláusula los de la pata del Cid!

Lo que nunca se ha puesto en claro es de

qué enfermedad vino á morir el *Sport-Club*, cuando con este ingreso de ricos despilfarradores parecía haber asegurado su existencia por largos años. Porque el *Sport-Club* de que yo voy hablando, dejó de existir hace mucho tiempo. Y es bueno que conste así.

Pues bien: en el *Sport-Club*, á las dos de la mañana y en una sala de las más concurridas á aquellas horas en que duermen y reposan las gentes ordinarias que todavía conservan los resabios del trabajo y del hogar, departían afectuosamente, arrimados á una mesa, Manolo Casa-Vieja y Paco Ballesteros, después de haber tomado chocolate *á la vainilla* el uno, y el otro buena ración de biftec con media botella de Burdeos. Ballesteros era recién llegado á Madrid: se había encontrado aquella noche con su antiguo amigo Casa-Vieja en el teatro Real, y se habían venido juntos al *Sport*, del cual era socio el último y lo había sido el primero antes de su salida de España.

Andarían allá, ten con ten, en edad: de treinta y dos á treinta y cinco. Casa-Vieja era blanco, de pelo castaño y lacio, de mirar displicente; no feo, pero muy marchito de cara, en la cual descollaba un gran bigote, desmayado también y del color del escaso pelo de la cabeza. El cuerpo, bien conformado y correctísimamente vestido, por el modo de caer en la



silla y el ritmo de todos sus movimientos, acusaba la propia dejadez reflejada en los ojos y en el gesto. Parecía, en suma, y lo era en verdad, lo que se llama *un hombre gastado* fuera de sazón.

Su amigo Ballesteros era lo contrario en lo físico y en lo moral, sin ser menos perdido: moreno lavado, de barba recia muy recortada, y negra como los ojos y el pelo; vivo de mirada y de frase, suelto y expresivo de ademanes, y bien trazado de contornos.

Formaban ambos un contraste completo. Casa-Vieja hablaba casi todo lo que tenía que hablar, que era lo menos que podía, con el sombrero sobre la sien izquierda, la mejilla derecha en la mano del mismo lado, el codo correspondiente sobre el velador, el enorme puro, con sortija, en la boca, cuando no en la otra mano, y la mirada errabunda y desdeñosa, sin interés ni codicia por nada. Ballesteros hablaba con los dos antebrazos sobre la mesa, y con los ojos clavados en el medio perfil de la cara de su amigo.

—Figúrate—llegó á decir aquél á éste,—si tendré ansia de saber cosas de mi tierra y de mis gentes. ¡Once años bien cumplidos fuera de la patria, con pocas noticias de ella, y esas vagas y á retazos, que es peor que no saber nada! Luégo, con el arrastrado oficio que uno



trae y la vida que uno se busca para ir tirando con él sin morirse de pesadumbre... ya ves tú, se borra muy pronto de la memoria todo lo que no cala muy adentro. Por desgracia tuya y fortuna mía, eres la primera crónica que pesco á mano desde mi llegada á Madrid; porque no miento si te juro que me largué al Real con el polvo del camino, después de cumplir con la dispersa familia con dos apretones de manos y tres abrazos á escape.

—¡Crónica yo!—respondió Casa-Vieja, quitándose el cigarro de la boca para sacudirle la ceniza.—Si la quieres negra... Aquí no se gasta otra cosa. Pero, ante todo, vamos á ver, ¿qué demonios has hecho tú por ahí fuera, sin maldita la necesidad la mayor parte del tiempo? Porque la madre patria ha podido pasarse muy bien sin tus servicios diplomáticos... llamémoslos así.

—Y yo mucho mejor sin ella, Manolo: créeme. Pues me cogió *la gorda*, la de septiembre, en Londres. Vino el gobierno provisional, y conseguí, es decir, me consiguieron aquí que se me revalidara la credencial de agregado, trasladándome á París... ¡miel sobre hojuelas! y allí serví al nuevo orden de cosas con la misma lealtad y el propio celo con que había servido al anterior. De París fuí á Lisboa, y en Lisboa juré á don Amadeo, y le serví con igual

celo y la propia lealtad que á todo lo precedente... hasta que se proclamó la República.

—Y dimitiste, como buen aristócrata.

—Pues ahí verás tú: *me dimitió* ella, como era de esperar, siendo yo de los que se mudan la camisa todos los días. Sin embargo, hubo por acá tentativas de reválida, que no colaron. Ya ves que soy franco. Hasta que llegó la restauración y volvimos con ella á nuestros destinos todos los leales.

—Conformes, hasta en eso de la lealtad; pero entre la proclamación de la República y el estampido de Sagunto, pasó tiempo sobrado para que te dieras una vuelta por tus lares.

—¿Á qué, Manolito de mi alma? ¡Me iba tan bien por ahí afuera! Eso sí: todos los días me despertaba con los mejores propósitos. «Hay que volver á la patria, á la querida patria,» me decía yo muy á menudo; «al suelo nativo,» que dicen los cultos. Pero ¡buena estaba la querida patria entonces para que volvieran á su regazo hijos de tan blando corazón como yo!... Porque tú no puedes figurarte lo que á mí me afligen estas inacabables desventuras de nuestra hidalga tierra, «la tierra proverbial de los caballeros,» como siguen afirmando los españoles *seriamente* cultos. Por otra parte, la familia no me tiraba gran cosa que digamos... Bien sabes tú la vida que traía mi ilustre padre. Mis hermanas esta-

ban casadas, y mi hermano Ramiro gastando el último soplo de vida en endosar honradamente sus deudas á sus colaterales, y en despabilar á la última de las mujeres que á tal extremo le habían llevado en lo mejor de la vida.

Añade á todo esto que, al largarse de España don Amadeo, triunfaba yo de las esquiveces de una *princesa* polaca que había conocido en París, ¡obra magistral de la naturaleza... y del arte! Tuve que volver con ella á la gran capital, al «cerebro de Europa.» Allí, tres meses de invernada. Después fuimos á Florencia, y á Roma, y á Berlín... y á los quintos infiernos... hasta que nos cansamos de viajar juntos, y nos separamos. Buena ocasión aquélla para tornar á los patrios lares, con un poco de ánimo para ello; pero ocurrió entonces *lo* de la austriaca...

—¿Cuál de la austriaca?

—Ciertos disgustos pasajeros con un... *magyar* de guardarropía; tres meses de largos viajes con ella... y así sucesivamente, hasta la restauración.

—¿Con la misma austriaca?

—Y con otras... por el estilo.

—¡Gran vida!

—Pero muy cara, créelo. Me ha derretido un costado y la mitad del otro. Ahora me doy al ahorro, haciendo la vida del hombre bueno. Vivo, hasta nuevo traslado, en Viena, como un



tudesco ejemplar: ya ves, hasta me resuelvo á tornar á la patria querida con una licencia de dos meses... y el propósito de que me asciendan á primer secretario... *Et voi-là tout*. Y ahora que conoces mi historia, venga algo de la tuya. Te casaste, ¿verdad?

—¡Uffff!...

—Y ¿qué es de tu mujer?

—Por ahí anda.

—Poco entusiasmado te veo.

—Todo lo que cabe en justicia... No congeniamos... como era de esperar. Ella tenía sus resabios de casta, y yo los míos; y como no me gusta incomodarme, poco á poco y con cierta diplomacia nos fuimos restituyendo mutuamente la querida libertad, hasta hacer cada uno la vida que más le agrada.

—¿Tienes hijos?

—Sí, *tuve*... dos ó tres: tres fijamente.

—Es decir, que se te han muerto?

—No he dicho tal; viven los ángeles de Dios, pero con su madre.

—¿Luego no hacéis vida común?

—Hasta cierto punto: bajo el mismo techo, pero con distintas horas y diferentes costumbres. Quise decirte que los chicos están al cuidado de su madre y sin apego maldito á mí.

—Y eso ¿no te produce celos de padre amoroso?

—¿Para qué ni por qué? Antes me alegro de ello, porque me exime de toda responsabilidad en lo que ha de suceder mañana.

—¿Qué temes que suceda mañana?

—No temo, sino que doy por hecho que esos pedacitos de mi corazón, de todas maneras han de salir unos perdidos, como tú y como yo. No puede dar otra cosa el terreno...

—Oye un instante: ese que entra ¿no es Monteoscuro?

—El mismo señor duque.

—Y ¿qué se hace ahora?

—Lo de costumbre: gastarse las rentas alegremente. En este momento histórico se las chupa una ribeteadora, que de seguro da en todo quince y raya á tus princesas, por hermosas, elegantes y despilfarradoras que puedan ser. Últimamente le ha sacado á tenaza un *chateau* en Bélgica. Es una sanguijuela que se pasa de fina.

—¿Y su mujer?

—Pues su mujer acepta heróicamente las situaciones como se las presentan, y se venga como el diablo la da á entender. Lo peor para ella es que se va envejeciendo demasiado, y esta fatal circunstancia le dobla las dificultades; porque carga sobre la infeliz la mayor parte del trabajo.

—Y á propósito de estas cosas, ¿qué ha

sido de nuestro contemporáneo Sierra-Calva?

—¡Valiente estúpido!

—Lo fué siempre, bien me acuerdo.

—Pues así acabó.

—¿Ha muerto?

—Valiérale más. Se casó, siendo una criatura, con una huérfana insípida, educada entre monjas.

—Me acuerdo también de ello... Decían que era muy rica.

—Y lo decían con razón. ¡Pues esa fué la madre del borrego! Un casamiento de conveniencia... para él, que ya tenía una mina de oro solamente en lo heredado de su padre. Al año de casado murió su madre. Otro platal á la hucha. Nunca podrás formarte idea de las barbaridades á que se entregó al verse dueño de tanto dinero y de una mujer que no sabía más que rezar y afligirse por los desenfrenos de su marido... porque fué un cerdo, créeme; un glotón soez de todos los vicios. Tuvo, á los dos años, un hijo medio podrido, que no vivió más que el tiempo necesario para heredar á su madre. Pues hoy Sierra-Calva no tiene que comer si no se lo prestan los amigos.

—Pero ¿en qué lo ha gastado tan pronto?

—Ya te lo he dicho: en barbaridades, en mujeres de desecho, en mamarrachadas de habanero cursi, en francachelas con toreros de in-

vierno y chulas de la peor especie... en todo lo más bajo y soez que puedas imaginarte... y en jugar. Aquí, aquí, solamente aquí, en este augusto templo que hemos erigido los varones de la sangre azul para dar culto á ciertas nobles necesidades de nuestras refinadas costumbres, le limpiaron un caudal.

—Según eso, ¿continúa en la casa la afición?

—Y para continuar. Aquí no se hace otra cosa, y se despluma en un credo al lucero del alba. No sé qué demonio de escoba misteriosa hay en estos ámbitos para el dinero. En cuanto entras en ellos con *guita*, te la barren, á pocos deseos que traigas de probar fortuna. Créete que, en buena ley, esto debía arder por los cuatro costados.

—¿Por qué lo frecuentas, si tan malo te parece?

—Porque no sé otra cosa; porque somos así todos los que aquí venimos.

—¡Ay, Manolo! todavía no sabéis vivir en España los hombres del «gran mundo:» tomáis ciertas cosas demasiado á pechos, y hay en vosotros exceso de rutina.

—Te equivocas: nosotros sabríamos vivir *al pelo*, como los más listos de *allá afuera;* lo que hay es que nos falta teatro para tantos vicios como tenemos. Esto es poco y angosto todavía; y si has de moverte dentro de ello, tienes que

pasar cien veces por un mismo sitio y codearte á cada paso con unas mismas personas.

—Dime otra cosa... debe de haber mucha gente tronada de la nuestra, con ese vivir en perpetuo despilfarro, sin apego á ninguna ocupación seria...

—«¡Mucha gente tronada!...» Toda la que bulle y anda en el ajo de nuestras aventuras; y si hay alguna excepción entre ella, es por un milagro de Dios. Aquí todo el mundo gasta mucho más de lo que puede. Y ¡ay del que se quede rezagado por cansancio, ó por deseo de no ser tan mentecato en esta puja de locas disipaciones! Le arrollan... ó le silban, que es peor. Y es natural, ¡qué diablo! Quien debía dar la nota dulce y armónica en este desconcierto de malas pasiones, es la mujer; y bien sabes tú qué agallas tiene la *nuestra*. Por eso ya no hay familia, sino entre las gentes obscuras y de poco más ó menos.

—Á propósito de hembras denodadas y valerosas: estando yo en Bruselas, *en comisión del servicio*, llegó allí Sagrario Miralta. No hacía dos años aún que se había casado. ¡Qué moza, Manolo! ¡Y qué intención... y qué arte!... En ocho días no dejó un flamenco en su sano juicio. Casi hubo que echarla de allí por obra de caridad y cuestión de orden público. No acabó de confesármelo ella; pero me consta que se

llevó la palma de sus preferencias un potentado y hermosísimo albanés, con zaragüelles y todo. Iba (no el albanés, sino Sagrario) acompañada de su marido que volvía de Spá. ¡Cómo estaba el infeliz! Había que cogerle con tenazas. ¿Á quién demonios se le ocurre unir á julio con febrero? Ese casamiento no debía valer. Fortuna que Gonzalo parecía entonces bien provisto de correa para llevar en santa calma todo lo que acontecía. ¿Qué es de ellos?

—Sagrario, como decía el otro, *sigue continuando;* y si me apuras un poco, más hermosa que cuando tú la viste en Bruselas, á pesar de los años que van corridos; y en cuanto á Gonzalo, hace ya larga fecha que tuvo la buena ocurrencia de morirse.

—¡Se murió!...

—Después de inficionar á Archena y de beberse medio Panticosa. Nada le alcanzó. Pues figúrate lo que será su mujer, viuda, libre, rica y casi jamona, sabiendo lo que era de casada.

—¿Sigue dando juego?... ¿Se crece al castigo, como decís los aficionados?

—¡Horrores, Paco... verdaderos horrores!

—¿Y su amiga Leticia?

—Viuda también, y tal para cuál. Sólo que ésta, con ser tan voraz y antojadiza como la otra, es más discreta y disimulada.

—Y ¿de qué murió su marido?



—De un balazo.

—¡Demonio!

—Y por la espalda. Nada más merecido. Estuvo en el fregado del sesenta y seis, la cuartelada de San Gil, con el honrado intento de ganarse el tercer entorchado y la cartera de Guerra... por de contado, detrás de la cortina, como siempre... y fuera de su casa y bien disfrazado. Después del fracaso de la intentona, y andando ya O'Donnell barriendo las calles de Madrid á metrallazos, no creyéndose bastante seguro en su escondite, salió en busca de otro, con su disfraz de carbonero; y en este viaje le alcanzó una peladilla y le tendió boca abajo. Por disposición testamentaria, hecha pocos días antes á ruegos de su mujer, heredó ésta su enorme fortuna; y no quiero decirte qué vida se estará dando con ella y con lo mucho que ya tenía propio. Pues con ser tanto en conjunto, aseguran que no le alcanza, ¡y que se mete en cada lío, y manipula cada enjuague!... También hay quien dice que es avara, y que lo de los apuros es un pretexto para disculpar los enjuagues y los líos, que ya son famosos en Madrid. ¡Vaya usted á averiguar lo cierto en ese arcano viviente con puntas de Mesalina!

—Leticia y Sagrario, las inseparables amigas, me traen el recuerdo de otra amiga de las dos, que me gustaba á mí mucho, por cier-

to: Nica Montálvez, la hija del estúpido marqués...

—Reventó de vanidad en un banquete.

—¿Quién? ¿La hija?

—El padre.

—Ya lo sabía yo, con algo más que no me han explicado bien ó se me ha olvidado. ¿Qué le pasó á la hija?

—Esa es una historia de fondos tan indecentes y criminales como las otras; pero menos antipática por lo que toca á la protagonista. Esta criatura fué de lo más honrado de la clase, dicho sea sin ofensa de nadie, y nació para buena, y aun creo que lo habría sido, á no caer entre un padre tonto y una madre sin educación y sin entrañas, y una caterva de pillos y de bribones. Era moza de talento y afamada de insensible con los hombres que la galanteaban. Por lo menos, tenía el buen gusto de reirse de todos ellos sin hacer maldito el caso de ninguno. Sospecho que tú puedes certificar, por la parte que te alcanzó...

—Certifico.

—Hasta que dió con un mozo que le pareció muy otra cosa que todos los demás, y se rompió el hielo. El mozo era Pepe Guzmán. Otra prueba de su buen gusto. Cuando más en punto estaba el idilio, se presentó el traidor de la comedia: un banquero estúpido y feo y más la-

drón que Brunelo, con dos avaricias insaciables: la del dinero y la de los blasones. Ambas cosas debían de abundar en casa de Nica Montálvez, sobre todo desde la muerte de su abuelo, un traficante muy listo que dejó al imbécil de su yerno una renta de cincuenta mil duros. El susodicho traidor, que aunque robaba al Estado por el ministerio de Hacienda, no lograba desembrollar la suya, porque lo que es obra del diablo no tiene compostura por ninguna parte, empezando por engolosinar al marqués en los negocios, para tantearle la bolsa (que estaba ya menos repleta de lo que el pícaro creía), acabó por deslumbrar á la marquesa metiéndole por los ojos cada diamante como un puño y cada leontina como un cable, y echando por la bocaza, á todas horas, espantos de millonadas. En seguida se alió con ella para que le ayudara á conquistar la mano de su hija. Y la conquistó al cabo, ¡pásmate! Pudo consistir en la fuerza del empuje de los dos aliados, en debilidad ó terror de la víctima, ó en encogimiento, por cálculo, de Pepe Guzmán... ó en las tres cosas juntas; pero la verdad es que el banquero se salió con la suya, aunque un poco *tarde* y aceptando unas condiciones, impuestas por la interesada, de padre y muy señor mío. Se celebró la boda friamente y sin viaje de novios, y comenzaron las catástrofes. La marquesa, como si sólo

aguardara á tener por yerno á don Mauricio Ibáñez, se murió á los pocos días de ser su suegra. Entonces cayó el banquero sobre el caudal hereditario con ansias de buitre en ayunas, y vió y palpó que sólo quedaban ruínas de lo que él había soñado filón inagotable de onzas acuñadas. Á todo esto, vivía como un extraño en casa de su mujer, la cual, con una premeditación que delataba el consejo y la ayuda de Guzmán, tomando por pretexto una de las impuestas condiciones y ciertos autógrafos del banquero, testimonios irrecusables de los enredos de éste con una pingona de tres al cuarto, al día siguiente al de la boda, es decir, á la primera y *única* noche de novios, «ahora»—le dijo, con las pruebas del enredillo en la mano,—«hasta el valle de Josafat. Usted á un extremo de la casa y yo al otro, y como si nunca nos hubiéramos visto.» Cuentan que el banquero pudo haber replicado algo muy contundente para la conciencia de Nica; pero ó no lo respondió, ó no lo supo, ó su mujer hizo muy poco caso de la réplica; porque el hecho es que la decisión de Nica se cumplió en todas sus partes. Nadie los vió juntos nunca. Cada cual tenía sus negocios y sus horas.

Entre tanto, Pepe Guzmán continuaba siendo amigo de la casa y visitándola de vez en cuando. ¡Y pásmate ahora otra vez! á los ocho meses de casada, tuvo la hermosa Nica Montál-

vez una niña como unas perlas. Entonces andaba viajando Guzmán; y se cuenta que al volver á Madrid, teniendo ya la niña cerca de un año, en la primera visita que hizo Pepe á su amiga, le colocó ésta delante de un espejo y puso al lado de su cara la cara de la niña. Asómbrate ahora por tercera vez: las dos caras se parecían como un huevo grande á un huevo chico.

—Si el caso pide asombro, creo yo que el asombrado debió ser Guzmán.

—Pues aseguran que no se asombró cosa maldita.

—¡Y querías que me asombrara yo! Quien debió llegar hasta el éxtasis del asombro fué el padre... quiero decir, el marido de la madre.

—Ese no podía asombrarse de nada desde que había aceptado las estupendas condiciones matrimoniales que le impuso la novia, y veía pagado el timo que pensó dar en aquella casa, con otro tan morrocotudo que le había dado á él la difunta marquesa. No solamente estaba su caudal mermado en lo más jugoso y medio en quiebra el resto, sino en manos de un administrador que se pasaba de listo y de aprovechado. De modo que no fueron de gran resistencia los puntales que pudo sacar de allí el banquero para sostener la balumba de sus trapisondas de agiotista. Por único consuelo se daba como un desesperado á la borrachera de su segunda am-

bición, y tenía la corona de marqués hasta en los faldones de la camisa; pero el afán de sostener este nuevo lustre de clase, así como su crédito en la Bolsa, le costaba enormes dispendios que le hundían en mayores abismos.

Así fué tirando hasta que triunfó la revolución de septiembre. Entonces sonó, ó creyó él oir que sonaba muy recio, la trompeta de su mala fama; era cobarde como todos los de su ralea; Madrid estaba sin gobierno y con todas las pasiones buenas y malas en mitad del arroyo; apoderóse de él un pánico invencible, y de la noche á la mañana se escapó de aquí, dejando sus negocios en quiebra y hechos un bardal. Á duras penas logró después su mujer salvar del concurso sus bienes dotales y cuanto en buena ley podía y debía salvar. Fué á parar adonde van todos los pícaros gordos que huyen de la justicia de su patria: á los Estados Unidos; y allí murió dos años después, de un torozón que le evitó ser *linchado*, y cuando comenzaba á recoger el fruto de una empresa que había fundado en compañía de otros dos estafadores á la alta escuela.

—¿De manera que también Nica Montálvez está viuda?

—También viuda y también muy guapa.

—¿Y continúa bajo la protección del amigo Guzmán?

—Protección... algo lejana, sí, porque hay motivos para ello. En esa mujer hay indudablemente un fondo honrado y decente; pero al cabo es hembra, hija de su madre y curada por ésta, aunque á la fuerza, de ciertos escrúpulos. Por de pronto, es manirrota para el dinero, y mayores son las ansias que siente de gastarlo, cuanto más negras las dificultades que la pinta Simón, el sempiterno mayordomo de la casa. Al principio andaba por ella Pepe Guzmán anticipándose *delicadamente* á las grandes crisis; pero llegó á parecerle un tantico pesada la *delicadeza*, y se dedicó á viajar más á menudo y más largamente que antes. Estas ausencias pusieron á Nica en gravísimos apuros en muy señaladas ocasiones. En Madrid... y en el mundo entero, hay quien sabe explotar á maravilla esta clase de conflictos; y la marquesa de Montálvez, que estaba obligada á mirar por el patrimonio de su hija y sabía muy bien cuán cerca estaba de *cero* la temperatura amorosa de Guzmán, no teniendo para qué pararse en barras de menos con amigos y protectores que la habían enseñado á saltar sobre lo más, hizo alguna vez lo que tantas otras mujeres: dejarse explotar por los explotadores de conflictos económicos, lo más *decorosamente* posible; quiero decir, quitando la odiosidad de lo *útil* con el pretexto de lo *agradable*. ¿Me comprendes?





—¡Pues digo!... ¿Y estás seguro tú de que sean ciertas esas explotaciones... *decorosas?*

—Segurísimo; así como de que han sido muy contadas.

—¿Dónde está, pues, ese fondo «honrado y decente» que la concedías antes?

—Donde debe estar. Ponme una santa rodeada de perdidas y de bribones; persíganla sin tregua ni descanso con ejemplos y sofismas; denle el veneno hasta en el aire que respire... y la misma santa caerá, cuanto más una criatura de la cepa de esa infeliz.

—Concedido... por un momento. ¿Lo sabe Pepe Guzmán?

—Lo sabe, y no se extraña de ello... ni debe extrañarse, puesto que él la preparó para esas caídas y para otras que lógicamente han de seguirlas, sin un milagro de Dios. Hasta ahora no es Nica Montálvez, en ese particular, una mujer viciosa; pero llegará á serlo, por educación, como sus amigas lo son y lo han sido por naturaleza. Lo que hace Guzmán es alejarse de ella cuanto puede, pero sin perderla de vista.

—¿Luego algo le queda todavía en el fondo del corazón?

—Por ella, nada absolutamente; pero le queda, á no dudar, por la niña.

—¿De modo que la niña vive aún?

—Y es la criatura más angelical, de alma y

de cuerpo, que pueda haber sobre la tierra... y al mismo tiempo el mejor testimonio de que existe en su madre ese fondo de honradez en que no te atreves á creer tú. Cómo y lo que la marquesa quiere á esa niña; la escrupulosidad que pone en su incesante cuidado de que no manche sus alitas de ángel ni un átomo del polvo de las impurezas de aquella casa; de que tenga á su madre por la más amorosa y honrada de todas las madres, y de que no sepa cómo se vive en el mundo á que nació destinada, es imposible que puedas imaginártelo. Se necesita tener un alma de oro para sentir estas delicadezas en medio de tantos vicios... Y basta de crónica, amigo Paco, que ya me has hecho hablar en una hora mucho más de lo que he hablado en todo el año. Créete que me he hecho muy avaro de palabras, desde que he caído en la cuenta de que no las merecen la mayor parte de los hombres á quienes trato. ¡Dichoso tú si piensas todavía de otro modo!

Diciendo esto, se iba incorporando Casa-Vieja y levantándose de su asiento. En seguida pidió su abrigo.

—Ahora...—añadió perezosamente.

—¿Á casita?—le interrumpió con socarronería su amigo.

—Á terminar mi ronda, si no te opones. Después... el demonio dirá, si es que el demonio

no tiene á mengua el meterse en nuestros fregados.

—Pues yo me quedo para ir á las tres y media al ministerio de Estado, donde me ha dado cita el ministro.

—Hasta la vista, entonces, y bien venido.

—Hasta la vista, Manolo, y bien hallado.





II

Todos los informes dados por Manolo Casa-Vieja á su amigo Paco Ballesteros sobre lo ocurrido á los personajes de nuestro relato, desde que los despedimos en el último capítulo de la primera parte de él, eran la pura verdad. En los *Apuntes* autógrafos que me sirven de guía, constan también, aunque en otra forma menos interesante, por descolorida y difusa; razón por la cual, y por el sabroso aderezo que llevan en el diálogo de los dos amigos, le he reproducido al pie de la letra, con preferencia al otro texto, para llenar un requisito que había de llenarse más temprano ó más tarde, y es bien que se haya llenado donde se llenó, porque esa luz de más tendremos para llegar más fácilmente adonde vamos...

Por de pronto, á casa de nuestra amiga la marquesa de Montálvez, que ya no es la indi-

gesta, doliente y envejecida matrona de antes, ni vive en el suntuoso principal de la calle de Alcalá, donde tantas veces penetramos el lector y yo: ahora se trata de su hija, la cual, si ha perdido mucho en frescura con el cambio de vida y el roce de los años, ha ganado otros atractivos no menos poderosos con la vigorosa acentuación de sus formas, que ha modificado su belleza, pero sin destruirla, y vive en la calle del Barquillo, desde la fuga del banquero, en otro principal bastante más barato y más pequeño, ó mejor dicho, bastante menos caro y menos grande que el de la calle de Alcalá. No hay dentro de aquél el lujo llamativo y hasta charro que hubo dentro de éste; pero, en cambio, hay mayor elegancia y mejor gusto, sin que falte nada de cuanto debe haber, así en cantidad como en estilo, en la morada de una mujer de los vuelos de nuestra heroína.

La cual ha vuelto á adquirir la expresión risueña, el mirar malicioso y el *picante* gracejo de sus mejores días, señales evidentes de que su espíritu ha recobrado también la serenidad y el vigoroso temple que pasajeras vicisitudes le habían hecho perder; y es la verdad, así como lo es también que esta reconstitución moral irradia sobre el físico de la marquesa ciertas luces de estival hermosura, que justifican bien el elogio que de ella nos hizo Manolo Casa-Vie-

ja; es, en suma, y como diría un distinguido *barbián* del *Sport-Club*, «una gran mujer que comienza á *ajamonarse*, pero sin el menor síntoma de embastecerse.»

Aunque con menos estruendo que en la calle de Alcalá, vivía en grande en la del Barquillo. *Se quedaba en casa* una vez por semana, y otras dos comían con ella algunos amigos. Más de tarde en tarde, y alternando con las de Sagrario y de Leticia, espléndidas *soirées* en sus salones; turnos en el *Real*, y *días de moda* en otros teatros, como en tiempos de su madre; y viajes de verano, como entonces, aunque con mayor libertad y mejor aprovechado todo; completa y bien adestrada servidumbre, dos carruajes *serios* (landó y berlina) y uno *de fantasía*, con dos troncos de *media sangre;* y á este tenor la mesa y el arreo. Un dato que el lector apreciará como mejor le parezca: conserva á su servicio la misma doncella que dormía en el cuarto contiguo á su tocador, en la casa de la calle de Alcalá, aquella noche que se menciona en el último párrafo de la primera parte de esta verídica historia.

En opinión de su mayordomo, tampoco el presupuesto de gastos de la marquesa cabía en el de sus ingresos, aunque los primeros estuvieran reducidos á menos de la mitad de los del tiempo de su padre, porque también habían

disminuído los segundos en más de otro tanto; pero ó se era ó no se era una gran dama de las principalísimas de la corte, ó se vivía ó no se vivía á la altura de las demás *congéneres;* pues adelante con los gastos, que ni siquiera era de buen tono eso de apurarse por dinero una mujer de su clase y de su estampa. Además, ella no sabía otra cosa. Eso la habían enseñado, en eso había nacido y en eso tenía que morir. Mirar por la hacienda de vez en cuando; sondar sus llagas, y hasta ver por dónde se la puede hincar el diente sin producir otras nuevas ni enconar las antiguas, menos mal, y eso ya lo hacía ella por la cuenta que le tenía; pero reducirse, pero obscurecerse, pero arrumbarse cuando era viuda, cuando era libre, á lo mejor de la vida, cuando su estrella, cuando su sino ó el mismo Lucifer encarnado en las gentes que debieron defenderla y ampararla, la habían arrancado del fondo de su alma, con horribles dolores, el sentimiento del bien, la noción de lo justo y de lo honrado, la conciencia entera... hasta la idea de Dios, ¡qué locura! En último caso, por donde fueran *otras*, iría ella; y lo que otras hicieran, lo haría ella también. Todo menos detenerse.

Tal era la conducta, tales eran los pensamientos y tales los propósitos de la mujer mundana (en el mejor sentido del vocablo). Ahora

vengan aquí todos los fisiólogos de la tierra, y hasta esos otros señores que han dado de poco acá en la flor de empeñarse en convencernos de que los que matan y los que roban, todos los criminales, en fin, son unos pobres locos, irresponsables ante las leyes divinas y humanas, porque loco es igualmente el vate que crea y canta, y hasta, por la regla, lo soy yo también mientras me entretengo en emborronar estas hojas; vengan aquí, repito, los unos y los otros señores, y díganme, en presencia del *ejemplar* exhibido, cómo pueden vivir en una sola pieza una mujer de su temple y una madre como la que á ver vamos.

Ya nos dijo Manolo Casa-Vieja que era de admirar «cómo y lo que quería» á su hija la marquesa de Montálvez; y era de admirar, en efecto. Desde que la vió en el mundo, desde que la tuvo en sus brazos, su primer pensamiento fué el que asaltaría á un infeliz menesteroso metido hasta la cintura en una charca infecta, y á quien le cayera de pronto entre las manos el pan de toda su vida, en un tesoro envuelto en armiños: «Señor, ¿en dónde pondré yo esto para que ni se corrompa ni se me manche?» Ese fué el pensamiento de la marquesa entonces, y ese continuó siendo después á todas horas y todos los días; porque la charca de sus aprensiones no tenía límites, y más se ensan-

chaba á sus ojos cuanto más andaba por ella y más iba creciendo su hija. ¿Dónde ponerla para que no se la corrompieran ó se la mancharan? Y miraba con espanto á su propio hogar, que le parecía lo más cenagoso y lo más profundo de la charca; y todo se le ocurría menos el fácil recurso de cerrar sus puertas á la peste de afuera, purificarse ella misma arrojando de su cerebro la podredumbre de sus ideas, y trocarlas por otras más dignas de aquel purísimo sentimiento que la naturaleza había infundido en su corazón.

Y éste es el fenómeno que yo sometería al examen de los susodichos señores, tan dados á compaginar contrasentidos y desembrollar monstruosidades.

En cuanto la niña comenzó á dar claras señales de que ya alboreaba en los limbos de su cabecita la luz de la inteligencia, su misma madre, trayendo á la memoria lo que casi tenía olvidado por desuso, ó adquiriéndolo con prolijos afanes donde lo había, la enseñaba á rezar las primeras oraciones que balbuce la infancia en los crepúsculos del sueño, iluminada la mente candorosa con la visión plácida y celeste de la Virgen Purísima y del Ángel de la Guarda. No fiándose de nadie, y mucho menos de su doncella, á costa de imponderables indagaciones y pesquisas adquirió una niñera por el estilo de

la que ella había tenido, y á esta niñera encomendó el cuidado incesante de su hija. Ambas habían de vivir en casa, apartadas de todo trato y comercio con la servidumbre de ella, y de todo roce con el ceremonial mundano que en ella se seguía, Y es de advertir que cuando de tarde en tarde visitaba Pepe Guzmán á la marquesa, lejos de tachar por extremado aquel celo de la madre, se le estimulaba con preguntas y advertencias que no suelen hacer los hombres corridos, por el bien del primer rapazuelo con quien topan. También se preocupaba mucho el despreocupado galán ccn los lodazales y las charcas.

—Es cosa peregrina—le dijo la marquesa en una de estas ocasiones,—ver al lobo pidiendo que se encierren las ovejas.

—Pues ya ves que se dan casos,—respondió Guzmán.

—Sí, en casos de hartura... como el de un lobo que yo conozco.

—Lo cual no es exacto... y bien lo sabes tú.

—Séalo ó no, siempre será para mí muy de lamentar que no le tocara á la madre tan buen consejero como el que le ha caído en suerte á la hija.

—Pues mira, y á propósito de buenos consejos: no dejes de sacarla de aquí en cuanto tenga edad para ello. Tienes la casa demasiado

llena de lobos... empezando por tí, para que pueda vivir en ella sin dar con alguno esa inocente corderilla. Créeme: estos aires no son los mejores para hacer sangre honrada á los niños.

—¡Ah, si yo pudiera hacer correr los años á mi gusto!

—Pero en tu mano está purificar los aires, que es lo mismo.

—¡Tunante!

—¿Por qué me lo llamas?

—Porque lo eres... con algo más que no quiero llamarte ahora, porque te lo está llamando la conciencia con mejor derecho.

—¡Injusta! Y ahora, en castigo de tus durezas, mándala venir para que yo la dé un beso.

—¿De lobo?

—Corriente; pero con el corazón entre los labios.

—¡Que no pudiera acabar yo de aborrecerte!

Y vino la niña. Luz se llamaba, y jamás hubo nombre mejor colocado. Todo era luz en aquella criatura: un rayo de sol de primavera sobre un vaso de cristal lleno de rosas y azucenas; luz de las glorias de Murillo, henchidas de ángeles con cabelleras de oro y blancas alitas transparentes; luz irradiaban sus ojos azules; luz sus mejillas nacaradas; luz sus rizadas guedejas rubias; luz los húmedos corales de sus labios sonrientes; luz las mutiladas

palabras de su fresca boca; luz el argentino timbre de su voz infantil; y una aureola de luz del amanecer de un día de mayo era la indescriptible expresión de angélica inocencia, de dulce ingenuidad que resultaba del conjunto de todas las perfecciones de aquella cabeza, colocada sobre un cuerpecito que parecía delineado por las hadas de los cuentos orientales.

Guzmán se quedó extático delante de la hermosa criatura: devorábala con los ojos como si no se atreviera á tocarla. Al fin, la tomó en sus brazos; separó después los dorados rizos que caían sobre su frente, y estampó en ella un beso en que debió tomar el corazón mayor parte que los labios, por lo que fué de sonoro, de *apretado*... y de repetido. Después pidió á Luz que le besara á él; y Luz, buscando lo más despejado de barbas en la mejilla más cercana á su boca, besó allí una, dos y hasta tres veces; y hasta mil hubiera besado sin satisfacer todavía el deseo del cortesano Guzmán, que más que de ello tenía entonces, por su cara dulzona y zarandeando la niña en el aire, de padrazo ramplón del vulgo pedestre. Por último, lejos de soltar á Luz, corrió á ponerse con ella delante de un espejo. La marquesa, que sin decir una palabra, aunque expresando un libro entero con los ojos, había estado muy atenta á la escena de los besos, en cuanto vió lo que estaba haciendo

Guzmán, le quitó la niña de sus brazos; llamó á la niñera y se la entregó para que la sacara de allí. Tanto miedo tenía á una imprudencia de su amigo.

Cuando estuvo á solas con él, le dijo:

—De lo que tú buscabas en el espejo, va quedando ya muy poco, y me alegro.

—Te equivocas también en eso: queda todo lo que cabe entre lo divino y lo humano; entre el cielo y la tierra. ¡Qué criatura, Nica! Dios debe de habértela dado, ó para tu gloria ó para tu castigo. Cuida de elegir á tiempo y lo mejor.

— ¡Miren el diablo metido á fraile!

—Hasta en el diablo cabe un buen consejo.

—¡Pregúntamelo á mí, consejero diabólico! Pero cuando á mí me tuesten por ese pecado, ¿qué será de tu pellejo?

—Dime tú, entre tanto, ¿por qué te alegrabas de que fuera borrándose aquella supuesta *semejanza?*

—Porque en cuanto desaparezca del todo, me será más fácil aborrecerte.

—Y ¿por qué deseas aborrecerme?

—Porque es de necesidad que yo te aborrezca.

—No será por el estorbo que te hago.

—Pero sobra con el daño que me has hecho.

—Es mayor el beneficio que me debes, si sabes utilizarle. Conque, en buena justicia, no

puedes aborrecerme, aunque llegues á olvidarme.

—¡Eso sí que no es tan fácil, embustero, como lo ha sido para tí!

—¡Ojalá tuvieras razón!

—Pero no será el milagro obra mía.

—Y en este ejemplo, ¿qué más da el tronco que la rama? Todo es árbol.

No solían profundizar mucho más que esto las breves conversaciones entre la marquesa y Guzmán, en las pocas visitas que éste la hacía. Jamás le había dirigido ella un cargo serio y formal, con tantos motivos como tenía para hacérsele, ni él la había dado las menores señales de estar arrepentido, ni de creerse culpable siquiera: al principio, por entereza y altivez de la una, y por malicias y conveniencias del otro; después, porque, caídas las cosas del lado á que se habían inclinado entonces, ¡y caídas tan abajo! el uno y la otra tenían grandes motivos para no volver los ojos hacia atrás, y frescura sobrada para tratar el caso medio en broma, cuando el caso llegaba por sí solo á clavárseles en la lengua.

Es muy difícil de presumir qué conducta hubiera seguido Guzmán con la marquesa si, al verse ésta viuda y libre, se hubiera contenido en los límites que parecían trazarle sus honrados antecedentes, aquel amor nobilísimo y ex-

tremado que sentía por su hija, y el sentimiento que la movía á defenderla de la peste de su propia casa. Pero está fuera de duda que sus desatinados vuelos por el ancho espacio de su recién adquirida libertad, y aquéllas «muy contadas,» pero nuevas fragilidades de que hablaba Casa-Vieja á su amigo Ballesteros, desencantaron de tal modo á Guzmán, que sin el vínculo (también mencionado por el displicente orador del *Sport-Club)* que le dejaba ligado por el corazón á la marquesa, hubiera llegado muy pronto hasta olvidarse de ella.

Por eso se trataban en la *tessitura* que hemos visto. Quizás quedaba en ella mayor cantidad de chispas de aquel *fuego sacro* de otros tiempos, que en él, en quien sólo había un puñado de cenizas calientes; pero en los dos era el mismo el propósito de no intimar gran cosa en el trato, no solamente porque así convenía á los fines pudibundos de la madre en cuanto se relacionaba con la hija, sino por recíproco impulso de las respectivas conciencias, á cual más remordida y desencantada. Guzmán iba allí á lo que hemos visto, y nada más; y eso porque sentía en su alma cierto extraño apetito que no se calmaba sino con aquel sencillo manjar, que él pagaba, no siéndole permitidos mayores lujos, con los más caros y caprichosos juguetes que hallaba en Madrid ó en cual-

quiera parte del mundo por donde anduviera.

Tomando pretexto del ardiente amor de la marquesa á su hija, solía en ocasión oportuna extender sus discretas advertencias al capítulo de los gastos ruinosos.

—Eres una manirrota—la decía,—como toda tu casta, y vas á dejar á tu hija en la miseria, después de quererla tanto. Ó te falta juicio, ó te sobra amor. Elige.

—Me falta juicio,—respondía la marquesa.

—Pues recóbrale.

—Que me le devuelva quien me enseñó á perderle. No te canses en predicarme, porque por donde quiera que tomes el punto, estás desautorizado para ello.

—Déjate de cuchufletas, y atente á lo que te importa. El gastar más de lo que se tiene, obliga á malvender lo que queda... y algo más que no se recobra con nada. Yo no tengo derecho para aconsejarte que te pongas á ración, porque de lo tuyo gastas; pero sí para recomendarte que no te dejes robar de usureros y de cómplices suyos, que quizás comen de tu pan. Esto se consigue siempre que se quiere.

Respondía ella que todo se arreglaría del mejor modo posible; y con otra cuchufleta, más ó menos punzante para su amigo, daba por terminada su conversación con él.

Entre tanto iba creciendo la niña, y con ello

los sobresaltos de la madre; porque, á mayor inteligencia, correspondían mayores riesgos en aquel semillero de peligros. Á Sagrario y á Leticia las temía de lumbre; y cada vez que una de ellas sentaba á Luz sobre sus rodillas para besarla, resonaban los besos en sus oídos como el chapoteo de las ondas cenagosas, y hasta veía la tersa y pura frente de la niña salpicada del fango de la charca.

Cuando Luz llegó á tener siete años, su madre no pudo esperar más. ¡Eran tan precoces la inteligencia y el juicio en aquella criatura! Había que decidirse á sacarla de casa. ¿Adónde? Bien pensado lo tenía ella. Á un colegio... que no fuera colegio precisamente, donde se la guardaran, por de pronto, durante el día, y la enseñaran lo que ella dispusiera, más por entretenimiento que por cultivo; donde hallara un cariño y unos cuidados y unas compañías que sustituyeran, en todo lo posible, el amor y el amparo de su madre, y, sobre todo, donde no corriera los riesgos que la amenazaban en su propio hogar.

Pero ¿querría la niña? ¿Podría, aunque quisiera, aclimatarse á aquel extraño modo de vivir?

Por de pronto quiso, sin revelar esfuerzos de voluntad ni violencias del espíritu; y buscando entonces su madre con perseverancia, halló

cuanto creía necesitar, y bien cerca de su casa. Parecíale que se quedaba sin corazón cuando llegó la hora de salir de ella con su hija, por más que sólo debían estar separadas, por algún tiempo, durante el día; pero no era esto lo que la apenaba, sino la idea de lo extraño, de lo desconocido para la pobre Luz, que jamás había volado fuera del nido materno, sin la sombra y el amparo de las alas de su madre. Y ¿qué valía este sacrificio comparado con los que tendría que hacer después? ¡Adelante y con los ojos cerrados, que para otras empresas mayores y más negras los había cerrado también!

Todo cuanto tenía que prevenir y encarecer sobre el carácter y necesidades de la educanda, se lo había prevenido y encarecido ya cien veces á la señora bajo cuya dirección, amparo y vigilancia iba á ponerse Luz. Pues todavía, después de entregársela, la llamó aparte para decirla una vez más:

—No me la atosiguen, no la atareen demasiado. Pocos libros, poca gramática por ahora... es mejor el catecismo, pero bien explicado... hasta que conozca á Dios, al verdadero Dios, al Dios de los pobres; al Dios que los riñe, los castiga y los premia, según sus leyes inmortales, que no se mudan ni se corrompen como las leyes del Dios de ciertos personajes. Que no sepa aquí en qué mundo ha nacido, ni




cómo es ese mundo, ni qué vida hacen las gentes en él. Búsquenla para amigas y compañeras las niñas más humildes de nacimiento y de carácter; no para que ella se crezca á su lado, sino para que sufra el contagio de sus pensamientos y de sus obras, hasta que las imite y las iguale. Todo lo demás lo hará ella por sí sola, porque es incapaz de obra mala ni de torpe pensamiento... Pero puede morirse... ¡Dios misericordioso, lo que me duele hasta suponerlo!... ó cuando menos, puede enfermar, si su naturaleza de ángel no encuentra aquí lo que necesita para vivir risueña... Pues bien: el jugo, el rocío de esa azucena, es el amor, el cariño siquiera. ¡Que no le falte un solo momento!

Y cariño y amor tuvo Luz en aquella casa, y vida tan acomodada á sus inclinaciones, y amistades y compañías tan de su gusto, perfectamente ajustado á los deseos de la marquesa, que mucho antes de lo que ésta pensaba, logró que se quedara en el colegio como educanda interna. Ella la visitaba casi todos los días, y eran muy contados los en que la sacaba para comer en casa, pero solas las dos á la mesa.

Cuando Luz vivía á su lado, tenía que llevarla consigo en sus viajes de veraneo, por no saber dónde dejarla más segura. Pero esta ata-

dura cortaba sus vuelos de peregrina elegante, y dejaba su paladar de cortesana á media miel. Ahora sería muy distinto el caso. Con el seguro refugio de su hija, era ella más libre para ese y otros menesteres de su vida; y mañana, cuando Luz necesitara otro refugio más lejano y por largo tiempo, lo sería más aún.

Apunto estas reflexiones, porque son las primeras que la marquesa se hizo en cuanto dejó de padecer con el recelo de que su hija no llegara á aclimatarse á la vida de colegiala. Cotéjense estos pensamientos de madre cariñosa con aquellos otros de mujer desjuiciada; considérese que son dos eslabones gemelos de una misma cadena de ideas, y vuelvan á venir aquí los fisiólogos de marras para apuntar este nuevo fenómeno en su libro de curiosidades psicológicas.

Y como lo pensó lo hizo la marquesa durante los tres años, bien corridos, que pasó su hija en aquel colegio de Madrid. Recorrió medio mundo, sin más trabas ni cortapisas que las instintivas repugnancias de su naturaleza, que no era del temple de la de Sagrario.

En sus últimas excursiones á Francia había buscado mucho y hallado al fin, en una de sus ciudades más nombradas, otro refugio donde guardar su tesoro por largo tiempo, cuando le sacara del escondite de Madrid.



Esta ocasión se iba acercando por instantes. Luz había cumplido ya los diez años, y necesitaba completar su educación... y alejarse mucho de su casa, hasta que, determinado y bien definido su carácter, y en completo desarrollo su inteligencia, cultivada en sano terreno, hallara en sí misma la posible fortaleza para luchar contra el enemigo que la aguardaba en el mundo de su madre. Porque ésta, lejos de curarse de sus aprensiones, cada día las agrandaba en su imaginación. En Luz, por raro y singular capricho de la naturaleza, se iban desenvolviendo á un mismo tiempo las bellezas del cuerpo y las del alma: todo crecía en ella con prodigioso equilibrio sin descomponerse ni desfigurarse. La marquesa no podía considerarlo sin admiración, pero tampoco sin miedo. ¿Hasta dónde podía llegar aquella criatura? ¡Qué flor, y en qué terreno!

Acordada hasta la fecha del viaje con la niña á Francia, la marquesa, por una sucesión de pensamientos muy lógica, volvió su consideración al estado de su hacienda. Había que resolverse á mirar por ella con mayor detenimiento que hasta allí. Las advertencias de Guzmán sobre este caso le parecían muy atendibles. Hablaría con él y se acomodaría á sus dictámenes.

Llegada muy pronto esta ocasión, Guzmán

insistió en que el mayordomo sempiterno era la mayor sanguijuela que había en casa.

—¿Cómo se explican entonces sus resistencias á proporcionarme *extraordinarios* cuando se los pido?

—Creyendo que esas resistencias son la capa con que se encubre para hacer su juego á mansalva. Ponderando mucho las dificultades, se justifican las innecesarias hipotecas, que han sido vuestra ruína y la de todos los perdularios. Para obtener cuatro en el momento, se hipoteca una cosa que vale doce ó diez y seis. Llega el vencimiento; no hay con qué pagar lo prestado (lo cual sucede siempre que quieren los mayordomos, con la disculpa de los dispendios de sus señores), y se vende la hipoteca al desbarate. Esto es lo que se buscaba. Ya tiene el prestamista una finquita que vale doce ó diez y seis, por poco más de cuatro; la cual finquita se distribuye después, en partes proporcionales, entre el que preparó el negocio y el que le *remató;* es decir, entre el mayordomo y el usurero... más claro, entre Simón y su cómplice.

—Pero se le descubriría el juego hecho así, por la prenda misma.

—No hay tal. Simón tomará su parte en dinero, para invertirlo en lo que mejor le parezca... Por eso es hoy más rico que tú.

—Pero un ladrón, si eso fuera cierto.

—¡Psch! no sé yo hasta qué punto *obliga* á serlo la ocasión en que se le está poniendo en esta casa tantos años hace. Sea lo que fuere y ya que no te resignas á no gastar más que tus rentas, ni te sea fácil desprenderte por ahora de ese hombre, á cuya mano estás hecha, es indispensable, ante todo, que sepas lo que tienes y lo que debes, y después, que cuando necesites dinero, te le dé un prestamista honrado, entendiéndote con él directamente y con la garantía de tu crédito.

—¿Y hay prestamistas honrados?

—Pocos, y yo conozco uno de ellos.

—Pues venga ese.

Guzmán sacó de su cartera una tarjeta; escribió con lápiz al respaldo de ella el nombre y las señas del domicilio del sujeto, y se la entregó á su amiga, diciéndola:

—Ahí está.

La marquesa leyó: «Don Santiago Núñez. Imperial, 15, 2.° derecha.» Después dijo á su amigo:

—Está bien. Pues ahora voy á comenzar... por el principio. Las cosas, ó hacerlas bien ó no hacerlas.

Y mandó llamar á Simón.

Se marchó Guzmán, y entró á muy poco rato el mayordomo.



III

Así estaban las cosas, con un pasito más que luégo conoceremos, al invitar yo en los comienzos del capítulo precedente al lector amable y pío, á que me acompañara al nuevo domicilio de la marquesa de Montálvez. Reprodúzcole aquí la invitación; y puesto que no la desaira, vamos adentro con todas las cortesías y comedimientos del caso.

Hela ahí, bien iluminada por la luz directa de la calle, aunque templada por la interposición de vidrieras y cortinajes entreabiertos, en el instante de atravesar el saloncillo que separa su gabinete de la elegante pieza que le sirve de despacho. Á ver si hay castellana de leyenda que mejor arrastre la fimbria de su vestido; ni que con más lindo ni mejor calzado pie hunda más gallardamente el espeso vellón de una alfombra; ni cuerpo en que mejor caiga una

bata de paño de seda gris con encajes de Bruselas; ni curvas de más valiente trazo para lucir las hechuras de una prenda semejante; ni cabeza más airosa sobre cuello mejor colocado.

El despacho era una monada, por lo pequeño y lo primoroso. Parecía el interior del estuche de una joya. Oro, blanco, rosa y azul. No había más colores allí. Azul y oro, en el tapizado de las paredes; oro y blanco, en los muebles de menuda talla, estilo Luis XVI, y rosa, blanco y azul, en alfombras y colgaduras.

En la penumbra del cortinón medio recogido de la puerta de escape hacia el interior de la casa, aguardaba una persona, á la cual mandó entrar la marquesa un momento después de sentarse en el precioso sillón de su mesa de escribir. La persona que aguardaba en la penumbra del cortinón, manoseando suavemente un rollo de papeles, era Simón, que no se dobló en dos mitades al acercarse á su señora, como se doblaba al ponerse delante del difunto marqués, ni se notaron en su cara ni en su voz los reflejos y las inflexiones de entonces. Los tiempos habían cambiado y las circunstancias también, y lo que halagaba mucho ciertas debilidades del padre, no lo aceptaba, por instintivas resistencias, la hija. Simón lo sabía sin que nadie se lo hubiera dicho, y lo había tomado muy en cuenta para ajustar su conducta á los nuevos

gustos. En lo demás, el mayordomo, fuera de las canas que habían acabado de blanquearle la cabeza, y cierto sello de contrariedad mal disimulada que se pintaba en su fisonomía, era el hombre de siempre, hasta con la misma ropa.

—La señora marquesa—dijo con voz segura, pero mansa y reverentemente, cuando se le autorizó para hablar,—está servida en el encargo que se dignó encomendarme antes de ayer.

En esto desarrollaba los papeles que traía en la mano, y volvía á arrollarlos en sentido inverso para que *perdieran el vicio:* eran unos cuantos pliegos en folio, metidos bajo una carpeta bien rotulada. En seguida puso el cuadernillo en manos de su señora.

—¿Está aquí todo lo que yo he pedido?—preguntó la marquesa volviendo la primera hoja.

—Todo—respondió el mayordomo, inclinando el busto sobre el papel y apuntando á la página con la diestra, medio extendido el brazo, siempre á cierta distancia respetuosa.—En el primer pliego hallará la señora marquesa la lista de todas las propiedades y valores de su pertenencia. (La marquesa volvió otra hoja.) En el segundo papel consta, por separado, cuáles de esas propiedades están libres y cuáles no, y qué gravamen pesa sobre cada una de

las que no lo están. (Otra hoja vuelta por la señora.) En el tercer pliego verá la señora marquesa un estado comprensivo de la situación actual de los bienes libres, en producto, con algunas observaciones para la debida inteligencia. (Nueva hoja vuelta por la marquesa.) En el folio siguiente está bien especificado, y partida por partida, el número de cargas que pesan sobre los bienes hipotecados, su importe anual y vencimiento de la correspondiente hipoteca. (La marquesa volvió el quinto folio.) Y por último, en la hoja restante, una sencilla comparación de lo que se debe, con los productos líquidos de lo que hay; y al pie, la diferencia á favor de la señora marquesa. Ajustándome á su expreso mandato, lo he puesto así, cosa por cosa y en papel separado cada una. Me alegraré de haber acertado.

—En efecto—dijo la marquesa,—está todo como yo lo mandé. Puede ocurrir hacer uso de algo de ello, y no hay necesidad de que nadie se entere de lo restante... ¡qué tiene que ver! En substancia, y sin meterme ahora á sondar estas llagas de mi hacienda, que ya se hará también, resulta de este triste expediente que mis rentas hoy, reales y efectivas, no pasan de... doscientos sesenta...

—De trece mil duros mal contados,—interrumpió Simón, sabiendo que el duro era la

unidad monetaria que usaba la marquesa en sus cálculos y *libramientos*.

—¿Y con esta miseria hay que vivir y recobrar lo hipotecado, si no me resigno á perderlo?

—Es seguro, por triste que parezca.

—¡Bien se ha robado en esta casa, Simón, desde la muerte de mi pobre abuelo!

Simón aguantó esta acometida al pecho, con la imperturbabilidad de un soldado ruso; y como si el golpe nada tuviera que ver con él, dijo á su señora, compungiendo bastante la voz:

—¡Cuántas veces previne al difunto señor marqués y á la también ya difunta señora marquesa, que cierto sistema de gastos llevaba los caudales á las manos de los usureros, y que caer en estas manos era punto menos que caer en una lumbre!... Después, quisiera yo que recordara la señora lo que costó la irremediable desgracia de su igualmente finado esposo: allí quedó mucho entre los escombros, y casi otro tanto en poder de la Justicia, que no deja de ser fuerte de manos para agarrarse al dinero.

También espero de la señora marquesa el favor de no haber olvidado algunas indicaciones que oportunamente me he atrevido á hacerla, en cumplimiento de mi honrado deber... De modo, y salvo el merecido respeto, que á este caudal todos han sido á rozarle (valga la comparación, si no ofende) y nadie á reponerle; y

así, como sabe muy bien la señora marquesa, hasta las peñas se acaban.

La marquesa miraba de hito en hito á Simón mientras éste iba hablando; pero en Simón caían aquellas miradas, que no eran de miel, como chispas de pedernal en un montón de nieve. En seguida le dijo:

—Insisto en que se ha robado mucho en esta casa; mucho más de lo que se ha gastado en ella... y hasta sé cómo se ha robado...

—Perdone la señora marquesa que, como administrador...

—El administrador, para cumplir con su deber, no ha hecho bastante con administrar... á su modo, sino que ha debido impedir que otros roben á sus amos... á los que le daban de comer... á los que le han hecho rico... más rico que yo.

—¡Señora!...

—Lo dicho, señor administrador... y dejemos aquí este punto escabroso, por ahora; que, entre los dos, no es á mí á quien más conviene que no pase adelante la porfía.

—Siempre acatando humildemente los mandatos de mis señores y dueños; pero, salvo el respetable parecer de la señora marquesa, quisiera yo... me atrevería yo, mejor dicho, á suplicarla que se dignara tener en cuenta que cuando á un hombre, ya encanecido, le abonan

treinta y ocho años, bien largos, de incesantes aunque modestos servicios en una sola casa, como me abonan á mí, se puede disculpar... creo que es de necesidad y de justicia, que este hombre se muestre lastimado de cualquier expresión...

—¿Le han dolido á usted algunas de las mías?

—Si la señora marquesa me lo permite, le responderé que sí.

—Pues me alegro; y si el dolor es tal que no puede resistirle sin el remedio que pretende y yo no le he de proporcionar, queda usted libre, desde este instante, de ponerse en situación más independiente y segura. ¿Me comprende usted?

—Paréceme que he penetrado la idea; y por lo mismo, quiero decir, por el alcance que tiene, me atrevo á recelar que es la señora marquesa la que no me ha comprendido á mí... No quise llegar tan allá...

—Pues como si hubiera querido, ó para cuando llegue... y sin llegar, valga lo dicho, téngalo en cuenta y acabemos.

—Ordene la señora marquesa... menos que se despoje á este viejo edificio de sus hiedras.

—¡También sentimental y culto! Pues me gusta la imagen, vea usted; aunque yo quizás la hubiera presentado al revés, por parecerme así más verdadera... Abreviando, señor admi-

nistrador: lo que ordeno es que desde mañana, desde hoy mismo, no ha de haber en mi casa otro dueño de mi hacienda que yo. Usted continuará administrándola como hasta aquí, pero nada más que administrándola. ¿Comprende usted lo que esto quiere decir? Las cuentas, bien justificadas, cada tres meses; y para lo restante, quiero decir, para lo imprevisto, para lo extraordinario que pueda ocurrir, yo sola y como mejor me parezca.

—¡Oh! si treinta años hace se hubiera tomado en esta casa tan sabia determinación, ¡qué ahorro de sinsabores para el leal administrador!

—¡Y qué ahorros para mí!... Pero ya no tiene remedio, y más vale tarde que nunca. Á otra cosa. ¿Qué dinero tiene usted disponible?

—¿Para cuándo?

—Para dentro de seis ú ocho días.

—Lo más indispensable para los gastos ordinarios de la señora marquesa... si alcanza.

—Está bien. ¿Queda usted enterado de todo cuanto le he advertido?

—Perfectamente, señora marquesa.

—Pues hemos concluído.

Y con esto y un ademán muy expresivo, hizo entender al *sensible* mayordomo que estaba de más allí. El cual mayordomo salió del despacho por la puerta de escape, casi andando hacia atrás, y sin que á la vista más sutil le

fuera posible leer en su cara enjuta la impresión que le habían causado más adentro las palabras y la determinación de su ama y señora.

Ésta, en cuanto se quedó sola, escribió una carta en un papel muy majo, muy recortadito en forma apaisada, muy perfumado y con la correspondiente corona por membrete; la metió en un sobre por el estilo, cerróle y copió en él lo mismo que había escrito con lápiz Pepe Guzmán dos días antes al dorso de su tarjeta. Llamó, y acudió en seguida un criadito muy guapo y muy bien embutido en su media librea. Le entregó la carta y le dijo:

—Inmediatamente... y que aguardo la respuesta.

Que tardó una hora larga en llegar; porque el señor don Santiago Núñez estaba con un ataque reumático hacía una semana, y, aunque ya se levantaba, no podía salir á la calle: gracias que, arrastrando, arrastrando, lograba llegar desde el dormitorio á su despacho. La rodilla, la pícara rodilla derecha, que no acababa de jugar los goznes como la otra, tenía toda la culpa. Pero si la señora marquesa tenía algún asunto apremiante que tratar con él, allí le encontraría á su disposición, á todas las horas del día y de la noche, la persona á quien la misma señora marquesa tuviera la dignación de encomendar el encargo... porque él se cree-

ría muy honrado y satisfecho en servir á la señora marquesa, que tan recomendada le había sido por el señor de Guzmán... Y todo esto y todo aquello y algo más, se creyó obligado don Santiago Núñez á decírselo á la señora marquesa, y se lo dijo en una carta escrita á pulso y con reglero... porque «á todo señor, todo honor.»

Y la marquesa, aunque algo contrariada por la noticia, sin apurarse gran cosa por la dificultad, arrojó la carta sobre el escritorio; volvió á llamar, acudió el mismo criadito de antes, y le dijo levantándose:

—La berlina en seguida.

Mientras se la preparaban, volvió á su gabinete y llamó á su doncella para que la vistiera para salir.





IV

El era nativo de la provincia de Burgos, no se sabe á ciencia cierta si de Huermecos ó de Castrojeriz, duda que importa bien poco en esta historia que vamos relatando; no tenía su padre, labrador honrado á carta cabal, muchos bienes, y sólo pudo darle larga escuela en la mejor del pueblo, y una tintura de segundas letras por mano de un clérigo que no sabía mucho más. El chico no era un lince, pero tampoco lo contrario; y como no pecaba de robusto, y lo aprendido hasta allí era demasiado para un labrador y muy poco para buscarse la vida con ello, se adoptó, en consejo de familia, un término prudente entre los dos extremos, contando con la natural condición placentera y bondadosa del muchacho y con algunas buenas amistades de su padre. En fin, que se logró colocarle de mozo de mostrador en una droguería

de Madrid, con poco sueldo por entonces, pero bien hospedado y mantenido en la propia casa de su dueño.

Allí, con su buen carácter, mucha paciencia y grande aplicación, fué haciéndose lugar y acrecentando su peculio, gastando menos según iba ganando más; hasta que á los quince años de droguero y á los veintiocho de edad, creyéndose bastante rico y por otros motivos que se sabrán, su amo le cedió la droguería con unas condiciones que, sin dejar de ser buenas para el cedente, eran un filón de plata para el ahorrativo é inteligente castellano.

Entonces fué cuando éste se casó con Ramona Pacheco. Nada mejor acordado ni más merecido. Era como la cosecha sazonada de una larga labor de honrados pensamientos. Ramona Pacheco era una sobrina lejana que su principal había recogido huérfana y casi niña, y hembra bien singular ciertamente. No era fea, y lo parecía; era más joven que Santiago, el droguerillo, y representaba diez años más que él; estaba bien metida en carnes, y aparentaba lo contrario; tenía excelente corazón y el alma en su correspondiente almario, y parecía una estatua de pedernal. Y todo consistía en que era de una rigidez, de una tenacidad de pensamientos y propósitos, y de una casta de moral tan extremadas y enteras, que la iban llevando

poco á poco toda la vida *hacia adentro;* y allí la guardaba como el avaro su tesoro, y, también como el avaro, sospechaba de todo lo que en torno suyo se movía. Por eso su cara, más que reflejo de lo mucho y excelente que había detrás de ella, era simplemente una losa puesta de intento allí para taparlo, con dos ametralladoras por ojos para defenderlo, y una boca que sólo se abría para dar el abasto de la metralla de los ojos. Y éstos eran negros y bien rasgados, y la boca muy bonita.

Ocurría, además, que Ramona tenía una afición desesperada á hacer media, y sólo haciendo media se entretenía, en cuanto no quedaba en la casa un suelo que bruñir, ni un átomo de polvo sobre un mueble, ni un trasto fuera de su sitio, ni un descosido sin coser, ni cosa alguna que trajinar, para los cuales menesteres era una pólvora por la actividad y un asombro para la limpieza. En estas ocasiones era algo más expresiva de palabra y de gesto; pero con los muebles y las ropas y los cachivaches de la cocina, porque no quedaban á su gusto, ó porque se lucía en algo de ello su trabajo, ó pensando en la criada, ó en el amo, ó en *el otro*, que, á su juicio, rompían ó manchaban. Para hacer media se sentaba junto á las cortinillas de las vidrieras del balcón, en una silla baja, tiesa, muy tiesa, y con la mirada fija

en el tejemaneje de las manos, que parecían un argadillo. Así se pasaba horas enteras, si no tenía otra cosa más precisa en que ocuparse. Que la hablaran entonces; que la preguntaran por algo que estuviera cerca de ella; que entrara ó que saliera alguien: una mirada rápida hacia el objeto ó hacia la persona, y vuelta á clavarla en el incesante moverse de las agujas, y lo menos posible de palabras para responder.

Es indudable que este hábito de trabajar así, de abstraerse en la contemplación de su obra, de mirarla incesantemente, con la cabeza erguida y los ojos bajos, acentuó en gran manera la natural rigidez de su continente.

Era preciso vivir mucho tiempo á su lado para convencerse de que no era fea ni mala ni insoportable; y averiguado esto, se iba cayendo poco á poco en la cuenta de que era todo lo contrario, y hasta una alhaja para mujer de un marido de pocas necesidades intelectuales y mucho apego á la vida honrada y laboriosa de puertas adentro. Y esto le pasó á Santiago cuando ya le cabían en la mollera pensamientos de cierto linaje. El primer paso le costó lo indecible; pero le dió como un valiente, y se conformó con que Ramona tomara en cuenta la insinuación sin mostrarse agraviada. Pero le advirtió que no insistiera mientras ella no lo autorizara de algún modo bien explícito. Tres

años pasó Santiago sin saber á qué atenerse y temiendo siempre lo peor. Yo creo que todo ese tiempo necesitó Ramona para estudiar á fondo las malicias de Santiago y el terreno á que éste pretendía conducirla. Un día le dijo que continuara hablándole *de aquello* de que había comenzado á hablarla. ¡Como si hubiera sido la víspera! Y Santiago que, «por casualidad,» no pensaba en otra cosa, tomó el punto donde le había dejado entonces, y continuó hablando de ello, con cuantas amplificaciones y distingos le parecieron del caso y bien acomodadas á la rectitud y santidad de sus miras. Fué bien recibida la instancia, y hasta bien hablada la respuesta; súpolo el tío de Ramona, gustóle el intento de su pretendiente, y aun le hizo saber que su sobrina contaba con una buena dote que le daría él, lo cual no desagradó á Santiago, hasta por lo mismo que lo ignoraba; y con la sola condición de que éste, y «por el bien parecer,» cambiara de domicilio hasta que el casamiento se efectuara, quedó arreglado y convenido para muy luégo. Hay razones para creer que la idea de este suceso movió al viejo droguero á traspasar á Santiago su droguería mucho antes de lo que tenía pensado; tanto más, cuanto que se sabe que su dependiente apuntó cierto escrúpulo que tenía de casarse sin estar *arraigado* completamente á su gusto,

con la advertencia de que esto del arraigo no lo estimaba él en una riqueza, que no merecía, sino en algo como... verbigracia, una droguería bien montada que fuera de su propiedad absoluta, para lo cual no daban sus ahorros por entonces.

Celebrado el casamiento y hecho en regla el traspaso de la droguería, el viejo droguero cedió hasta la habitación á sus sobrinos, y se largó á su tierra, en la Rioja, á disfrutar las primeras vacaciones que había logrado en su vida, perfectamente libre y descuidado. Si no le engañaba el pensamiento, por allá se quedaría hasta dejar los huesos en el terruño nativo; si le engañaba, volvería á Madrid cuando mejor le pareciera, ó gastaría en ir y venir el poco tiempo que le restaba de vida.

Pocas veces se ha casado una mujer con menos conocimiento práctico del mundo que Ramona Pacheco. Cuando era niña en su pueblo (el mismo de su tío), ya estaba cansada de *saber* que la gente de Madrid se componía de políticos relajados, de generales facinerosos, de señoronas perdidas, de señoras á medio perder, de vividores sin vergüenza, y de un populacho soez, asesino y ladrón. Y fué á caer en Madrid sin haber echado de su meollo una sola de estas ideas. ¡Ella, que era creyente á puño cerrado, honesta y honrada hasta la manía, y tes-



taruda y tenaz en sus obras y pensamientos, por carácter y por educación! Mandarla pisar las calles de la corte, era, en su concepto, como decirla: «métete en esa leonera; arrójate en esa lumbre.» Se necesitaron heróicos esfuerzos de su tío y de las personas á quienes éste encomendó la ardua tarea de educarla hasta donde fuera posible, para que afinara, nada más que para que afinara, aquéllas sus escabrosas ideas. Llegó á conceder excepciones: la posibilidad de algo bueno entre tantísimo malo; pero ¡fuera usted á sacar la anguila del saco de culebras! Y escondía la mano por horror instintivo; quiero decir que, sin una indispensable necesidad, no ponía los pies en la calle. En tal estado de experiencia se casó.

Y comenzó á tener hijos. Y tuvo el segundo y perdió el primero; y tuvo el tercero y perdió el segundo, y así sucesivamente hasta el octavo. Esto acabó de agriar su carácter, la acartonó sin tiempo y empalideció sus carnes hasta la lividez; quiso templar sus amarguras maternales con algún entretenimiento que se las distrajera, y se encenagó en el vicio de hacer calceta. Llegó á hacer una cada día, sin faltar á sus deberes de mujer hacendosa; y esta gran manifestación de su genio calcetero, casi casi la envaneció. Se le había cansado mucho la vista con los disgustos y las tareas, y también

había perdido la mitad del pelo, por lo cual usaba anteojos mientras trabajaba, y cofia á todas las horas del día. Los anteojos eran de gruesa armadura blanca, con cristales redondos, y la cofia, de tul negro con cintas moradas. ¡Era cuanto había que ver doña Ramona haciendo media, desde que necesitaba anteojos y papalina!

Pero ni la pasión por la media, ni el orgullo de hacer una cada día, alcanzaron arrancarla de sus tristes meditaciones en el silencio y la soledad de su casa, y se atrevió á pretender de su marido que la pusieran una silla en un rincón de la droguería, detrás del mostrador y junto al atril que allí había para los apuntes provisionales (pues el escritorio estaba en la trastienda, con luces á un patio). Don Santiago se alegró de aquel atrevimiento de su mujer, y la dispuso el trono como para una reina; lo mejor que se pudo con lo que había á mano: una silla de Vitoria sobre un felpudo casi nuevo.

Y este trono ocupó doña Ramona desde el día siguiente; y allí la vieron con admiración los marchantes, rígido y empinado el cuerpo vestido de obscuro, casi negro; medio cubierta la cabeza con su cofia; las cejas enarcadas; los sombríos ojos clavados, por detrás de los cristales de las gafas, en las manos de piel lívida, como la de la cara; la calceta y las agujas en-

tre los dedos, y sin otras señales de estar viva que el movimiento vertiginoso de las manos y tal cual mirada zurda que lanzaba por encima de los anteojos, bajando un poco la cabeza, cuando alguien entraba ó salía, ó mientras tiraba con la diestra del hilo que terminaba en un grueso ovillo que andaba rodando, tan pronto sobre el mostrador como encima del felpudo, ó hecho una maraña entre las uñas de un gato, debajo de la silla. Doña Ramona la ocupaba todos los días, dos horas antes de comer y tres antes de cenar. En su casa se comía á la antigua española.

En esta salida, al cabo de veinticinco años de escondite, se puso doña Ramona, por primera vez en su vida, en contacto y roce con el mundo. El mundo eran para ella las gentes que pasaban por la calle, las que entraban en la tienda, y el rumor que se oía más á lo lejos, como bramido de ondas agitadas que arrojaban aquellas espumas hasta allí. Todo era el mismo mar, agua de la misma fuente. No había olvidado las advertencias de su tío y de sus maestros; pero sin agravio de ellas, bien podía suponer que cada marchante fuera un pillo, y un ladrón disfrazado cada transeunte. ¿Traían en la frente alguna señal que demostrara lo contrario? Pues en la duda, cara de perro á todo bicho viviente.

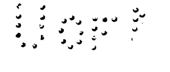
En poco tiempo, y aunque parecía que en nada se fijaba, llegó á ponerse al corriente de aquel laberinto de cajones rotulados; á hacer el oído á los enrevesados términos del ramo, y á conocer cada droga por su nombre y con sus precios. Entonces, cuando la concurrencia era mucha y no alcanzaba la gente de mostrador adentro á servirla al punto, se alzaba ella poco á poco de su silla y despachaba también, con una mano sobre lo pedido, como garra de león sobre la carne palpitante, cuando hay quien le mire, y en la otra la calceta, hasta que veía en el mostrador, y bien contado con los ojos, el dinero que valía la droga aprisionada. Si después de verla el parroquiano la quería más cara ó más barata, ó prefería otra equivalente más de su gusto, hasta dos veces lo llevaba doña Ramona con paciencia; pero á la tercera, recogiendo la droga que nunca había soltado por completo de su diestra, contestaba secamente y volviendo la espalda: «no lo hay,» aunque estuviera llena de ello la drogrería. Algún comprador *erudito* la puso por entonces la *Esfinge*, y con ese mote se quedó en el barrio.

Al contrario de su mujer era don Santiago. Éste se pasaba el día dando vueltas por la tienda, tan pronto dentro como fuera del mostrador, poniéndose y poniendo á sus dependientes en incesante comercio de gustos y de pala-

bras con los compradores, á la mitad de los cuales tuteaba: á los unos porque los conocía, y á los otros porque *debía* conocerlos al cabo de tantos años de vender allí. Era un pobre hombre, bueno como el pan, campechano y complaciente hasta lo inverosímil. Tenía sus penas allá dentro, como su mujer; pero mejores lentes para observar los sucesos de la vida.

Doña Ramona tuvo el novevo hijo; y como tampoco falló la costumbre esta vez, en seguida perdió el octavo. Y todavía llegó á tener el décimo; y también la acechaba entonces la suerte negra, y le mató el noveno. Este golpe dejó á la pobre señora para no llevar otro sin sucumbir. Era mujer de gran espíritu y arraigada fe. Dios le daba los hijos y Dios se los quitaba. Disponía de lo suyo. Pero su naturaleza era de carne mortal, y sus hijos pedazos de sus entrañas, y tenía que dolerle mucho allí cuando se las desgarraban fibra á fibra. Dios no pedía cuentas de estas tribulaciones á sus criaturas.

Desde aquellos días se entenebrecieron más sus ideas sobre las gentes y las cosas del mundo, y le parecieron lo más abominable de él las mujeres casadas de más alegre y más lujosa vida. ¿No habrían perdido tres hijos... dos, cuando menos; uno siquiera? Pues ¿dónde estaban las señales de su pesadumbre? No podían ser buenas madres las que olvidaban á sus hi-



jos muertos. Y con esto y con aquellas alucinaciones que nunca logró echar por completo de su cabeza, acabó por cobrar aborrecimiento á las señoronas sin haber visto una sola en todos los días de su vida.

Mientras tanto, había muerto también el ex-droguero; y con lo mucho que les dejó, lo que representaba la droguería y lo que en ella habían ganado los sobrinos del difunto, al perder el hijo noveno eran ricos, pero muy ricos.

—Y ¿para qué?—exclamaba el pobre don Santiago, devorándose las lágrimas y paseando maquinalmente alrededor de su cuarto, con las manos en los bolsillos del pantalón, y el gorro de panilla azul caído sobre el entrecejo.

—Sí... ¿para qué!—repetía desde su silla con voz de sepulcro doña Ramona, que si ya no se llamara la *Esfinge*, hubiera habido que llamárselo desde entonces, al verla tiesa, pálida, inmóvil y misteriosa, clavada en su asiento como escultura egipcia en su pedestal.

El marido y la mujer miraban ya con desaliento las prosperidades de la tienda, que parecían una burla de su desgracia. ¡Tanto dinero para un hijo solo... contando con que Dios no se le llevara también! ¡Y aquella casa, tan triste y tan llena de cadáveres; con aquel olor á drogas, que ya les parecía el tufo de la muerte, el olor de los cadáveres de sus hijos inse-

pultos! Al cabo tomaron aversión á la droguería y á la casa, y resolvieron abandonar ésta y hacer con aquélla lo que antes había hecho el viejo droguero: traspasarla á un buen dependiente, que no faltaba tampoco entonces. El resto del pingüe capital estaba bien colocado en fincas y valores *sanos*. Quedaba un pico flotante, y ese le aprovecharía don Santiago para ciertos negocios sencillos que le entretuvieran sin atarearle; verbigracia, descuentos de pagarés con buenas firmas, y algún préstamo sin usura ni abuso que se le pareciera. Porque á don Santiago se le harían las horas eternas con un hijo solo y sin negocios que le preocuparan. No sabía otra cosa.

Quedaba también un bolsón bien repleto y que nunca se desocupaba, aunque se hacía mucho uso de él, á disposición exclusiva de la Esfinge, para sus obras de caridad, que eran muchas y muy ignoradas; pero yo sé que la merecían especiales preferencias las madres sin amparo y los hambrientos de levita, que son los dos aspectos más horribles de la miseria de las ciudades; y también me consta que ninguna dádiva estimaba en tanto la señora de don Santiago como la de un par de medias de las que ella hacía. ¡Cómo las ponderaba y se las encarecía al pobre á quien se las regalaba! ¡ella que sacaba del bolsón la mano llena y cerrada,

para ignorar lo que valía la limosna! Porque en el bolsón andaba revuelta la plata con el oro.

Se hizo el traspaso de la droguería, y en seguida la mudanza de los trastos de la habitación á otra de la calle Imperial (15, segundo derecha). Allí comenzó don Santiago Núñez á funcionar, por entretenimiento, en sus proyectadas especulaciones; y allí, en su propio despacho, instaló la Esfinge su pedestal, para hacer media sin parar las manos, acompañar á su marido y distraerse un poco más, observando de reojo lo que en la estancia acontecía.

Así fué corriendo el tiempo, y con él calmándose la pesadumbre del marido y haciéndose la mujer á la carga de las suyas. Ya no había que contar con el undécimo retoño, y el décimo iba creciendo y esponjándose que daba gusto, y era bueno y listo y hermoso, como si Dios se hubiera complacido en reunir en este solo hijo cuantas prendas simpáticas cabían dispersas en los anteriores. Este pensamiento, con el arraigo que tomaban todos en la mente de doña Ramona, fué un gran confortante para su espíritu.

Pero, en cambio, en la escuela del nuevo tráfico de su marido; con lo que allí observó; con lo que fué aprendiendo con este indicio y aquella declaración terminante, sobre la índole de ciertos apuros y las causas productoras de

ciertas necesidades en determinadas personas y jerarquías, ¡cómo le engordaron en el meollo las nunca desvanecidas ideas que tenía de las gentes de Madrid! Ya no podía negársele que había mujeres que derrochaban tesoros para vivir entre lujos y deshonestidades; «mujeronas empingorotadas» que escandalizaban al mundo y se burlaban de la ley de Dios; mujerzuelas de más abajo que arruinaban á sus maridos por el vicio de ser tan escandalosas y desarregladas como las de más arriba; hombres que perdían á una carta en un instante la hacienda de todos sus hijos... ¡y casi siempre la bambolla y la lujuria, de más cerca ó de más lejos, danzando en los enjuagues del dinero y en las angustias del plazo! Y esto en su casa, donde el interés no era rosca que asfixiaba al deudor; donde había prórrogas para los apuros, y eran los préstamos favores de amigo más que negocios de prestamista inexorable. ¡Qué no sucedería, qué llagas no se verían al descubierto en los antros de la usura, adonde se acude en los grandes ahogos, y se pactan, á trueque de salir de ellos, los mayores saqueos y pillajes? Y aquel hijo que ella tenía llegaría á ser hombre, y á saber que era rico, muy rico, y tal vez á envanecerse, y de seguro á rozarse con la peste tramposa y desvergonzada que todo lo corrompía; y, sin embargo, no quería ella hacer de su hijo un ig-

norante droguero, porque valía para mucho más y debía serlo. ¡Qué pulso, qué tino, qué vigilancia había que tener con él para que el diablo no le conquistara!

Y como si viera al diablo en cada prójimo, había hecho un verdadero exorcismo de su cara.

Tenían serias y largas discusiones don Santiago y su mujer sobre el punto referente á la educación de su hijo. ¿Por dónde comenzarían para no equivocarse? Y después, *¿le harían* abogado, médico, ingeniero, cura, ministro, general, emperador... pontífice?... Porque los alientos de los padres alcanzaban á todo eso, ó poco menos, y los merecimientos que suponían en el hijo, á mucho más.

Por de pronto, le matricularon en San Isidro; y después, curso tras curso y con regular aplicación y bastante aprovechamiento, llegó el estudiante á las vísperas del bachillerato al cumplir los catorce años de edad. Tenía entonces su padre cincuenta y cinco, y su madre... ¿quién era capaz de saberlo, ni para qué cansarse en averiguarlo? La Esfinge lo parecía ya de verdad; y cuando se llega á ese estado de petrificación y de dureza, se vive una eternidad, y no se cuenta por años, sino por siglos, como para los monumentos de los Faraones.

Hacia aquellas fechas (no las de los Farao-



nes) fué cuando don Santiago Núñez escribió á la marquesa de Montálvez la carta cuya substancia conocemos.

Hablando del suceso largamente, llegó á decir la Esfinge:

—Otra nueva trapisonda tenemos. Basta con oler la carta para convencerse de ello. Todas esas mujeronas huelen á lo mismo.

Y don Santiago se reía como unas castañuelas, porque era así. Estaba embutido en su sillón, con la pierna derecha entrapajada por la rodilla y descansando sobre una banqueta.

Buena ocasión era ésta para describir el físico del droguero, y en ese deber estaba yo, y á cumplir con él iba ahora mismo; pero me obligan á renunciar á esa tarea las mismas condiciones del sujeto: no hay por dónde tomarle para que resulte pintoresco, porque era la misma insignificancia el bueno de don Santiago Núñez.

Estando en aquellos comentarios ya largo rato hacía el matrimonio, hízose anunciar la marquesa; y poco después entró, llenando el despacho de fragancia, de crujidos de seda cara, y de esa luz especial que irradian, en las moradas tristes y descoloridas, las mujeres hermosas y elegantes.

La Esfinge no se movió de su pedestal ni dejó de hacer calceta; y sólo dió señales de vida

para responder á la ceremoniosa cortesía de la marquesa con un gesto no difícil de traducir en palabras para los que estaban avezados á leer en aquel arranciado pergamino. El gesto quería decir:

—¡Pufff!... ¡Qué peste!





V

....

Y COMO don Santiago no podía levantarse de su asiento sin gran trabajo, no hubo allí quien presentara una silla á la marquesa, la cual se sentó, muy campechana (porque afortunadamente era mujer de gran correa para esos lances), en la que, entre excusas y hasta cabriolas, le ofreció el aturdido reumático desde su potro de tortura.

—¡Oh, señora marquesa!—decía don Santiago tambaleándose entre el escritorio y el sillón:—si yo hubiera sabido... si pudiera presumir que esta casa había de ser honrada por usted y no por otra persona de su confianza, yo me habría prevenido: habría esperado, y en la sala, como es de...

—Gracias, gracias, señor de Núñez—respondía atajándole la gran dama, entre sonrisas

picarescas,—no tiene usted por qué lamentarse: lo conozco todo; me pongo en todos los casos.

—La rodilla, señora; esta pícara rodilla que no me permite levantarme de pronto, ni andar sin muchísimas dificultades—añadía don Santiago, que todo le parecía débil para excusa de su falta,—y hasta la poca salud de mi esposa (y señalaba hacia ella), que también la impide...

—Nadie ha incurrido aquí en falta más que yo—repuso la marquesa mirando tan pronto muy risueña hacia el reumático, como con asombro hacia su mujer, que no chistaba;—yo, que he venido á molestar á ustedes sin tener esos inconvenientes en cuenta...

—¡Molestarnos usted, señora marquesa! ¡Cuándo más honrados ni más?...

—Me parece—apuntó aquí la Esfinge con su voz de fantasma,—que sin tanto cumplimiento *nos* entenderíamos mejor y mucho antes.

La marquesa cayó en un nuevo asombro al oir la voz de aquella estatua; y si hubiera sabido con qué mote se la conocía, quizás habría tomado la cosa más en serio, creyéndose transportada á los tiempos fabulosos.

—Tiene razón esta señora—atrevióse á decir la dama, sin apartar sus ojos de ella.—Dejémonos de cumplidos, y hablemos del asunto que me trae aquí.

—Estoy á las órdenes de la señora marque-

sa,—dijo don Santiago Núñez haciendo una cortesía.

Pero la marquesa no empezaba á hablar, ni concluía de mirar á la Esfinge. Era indudable que la presencia de ésta la contrariaba tanto como la sorprendía.

Conociólo bien pronto doña Ramona, y enderezó á la otra estas palabras, acompañadas de dos saetazos por encima de sus anteojos:

—Yo no estorbo aquí, señora; téngalo usted entendido. Entre mi marido y yo, como no hay pecados, tampoco hay secretos. Somos un alma en dos cuerpos, por la gracia de Dios.

—Mil enhorabuenas—respondió la marquesa entre burlona y picada,—por esa felicidad; pero crea usted que no era la cosa para tanto. Verá usted cómo, aunque pecadora, me atrevo á confesar aquí el motivo de mi visita, y sin escándalo de nadie.

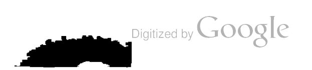
Don Santiago estaba en ascuas con las crudezas de su mujer, y no sabía cómo disculparlas sin provocar otras más incisivas. Al mismo tiempo la marquesa, desde que conocía á la Esfinge, ardía en curiosidad de saber de dónde procedían las intimidades de Guzmán con aquella singular familia; pues estaba segura de que á su amigo le sobraba siempre el dinero, y no podían ser necesidades de esta clase los motivos del conocimiento. Hizo en el acto, y co-

mo introducción á su particular negocio, la pregunta á don Santiago, y le respondió éste, alegrándose en el alma de que se distrajera por allí el otro tiroteo:

—¡Ah! el *Condesito*, como yo le llamo... porque, aunque el conde es su tío, mucho más merece serlo él, hasta por la estampa: ¡guapo mozo! Pues la estimación con que nos honra el señor de Guzmán viene de lejos: nada menos que de su padre con mi principal y tío de mi señora, al cual hizo muchos y muy grandes favores en los tiempos en que comenzaba á vivir por su propia cuenta. Un hermano de nuestro tío había sido muchos años empleado en la casa de los señores de Guzmán... y de aquí nació lo otro. No era ingrato el favorecido: sabía, además, hacer buen uso de los favores; y con todo ello, la estima del favorecedor llegó hasta una buena amistad, como entre iguales: vea usted, señora marquesa, ¡como entre iguales! Y esta buena amistad del padre la continuó el hijo, don José Celestino Guzmán, el actual Condesito. Como se quedó huérfano siendo un muchacho, y llegó á ser mozo independiente y libre con un caudalazo atroz, se aconsejaba muy á menudo de mi principal para la colocación de sobrantes y otros asuntos por este orden. Andaba yo muy cerca de ellos en esos casos; y como los dos me estimaban en más de lo que

yo valía, obligábanme de vez en cuando á meter mi cuchara en la conversación. Tuve la suerte de acertar casi siempre; y ya lo mismo le daba á don Pepito Guzmán encontrarse en la droguería con el principal que con el dependiente, cuando de higos á brevas iba por allá con los motivos de costumbre. Retiróse nuestro tío, y se murió bien pronto, y continué yo mereciendo todas las atenciones y hasta la amistad que él había merecido del señor de Guzmán. Muy de tarde en tarde nos vemos, porque son muy distintos los mundos por donde andamos, y él es ya hombre que no necesita para nada los consejos de nadie, y aun puede dárselos sobre todas las cosas á medio Madrid; pero nos honra con una buena amistad, que nosotros le pagamos como se debe. Anteayer me pasó una esquelita diciéndome que usted quizás me necesitaría para tratar de un asunto de intereses conmigo, y que procurara servirla lo mejor que pudiera y como si se tratara de él mismo. ¡Figúrese usted, señora marquesa, si aunque no sea más que por este solo motivo y sin contar lo que usted por sí propia se merece, estaré yo dispuesto á servirla en cuanto esté al alcance de mis posibles!

—Gracias mil, señor de Núñez—respondió en seguida la *señorona*, visiblemente complacida con el candoroso ofrecimiento de aquel po-



bre hombre, y acaso, acaso, y quizá más, con la espontánea recomendación de su amigo.—Y ahora, sin nuevas digresiones que nos distraigan y le roben á usted el tiempo y á su excelente señora la paciencia, allá va la historia en pocas palabras.—Ha habido en mi familia un gran caudal; pero cuando llegó á mis manos, ya no lo era tanto. Despilfarros y vicisitudes lo quisieron así. Poseo, sin embargo, lo suficiente para vivir con holgura en la esfera en que he nacido y me han educado; pero no tengo la virtud del ahorro ni otras virtudes que acrecientan los caudales. Antes soy un poco abierta de mano, y no peco de previsora. Con estos defectos, no es de extrañar que algunas veces resulten desproporciones entre las salidas y los ingresos, como dicen ustedes los hombres de negocios. En estos casos, hay que resignarse al contratiempo ó conjurarle de cualquier modo, si la necesidad lo exige. Á mí me lo ha exigido varias veces, y siempre me han costado muy caros los conjuros; porque, según me afirman, no debí hacerlos nunca por intermediarios. Me he convencido de que esto es verdad, y estoy resuelta á cambiar de sistema, recorriendo esos trámites por mí misma cuando sean de necesidad. Por si llegaran á serlo de un momento á otro... y antes de pasar más adelante, quiero advertirle á usted que le doy todos estos por-

menores para anticiparme á sus deseos y evitarle el trabajo de inquirirlos, y porque sería una inocentada el empeño de esconderlos cuando no resulta desdoro en confesarlos.

El exdroguero escuchaba con la boca abierta á la hermosa y elegante dama, cuyos donaires y gracejo le tenían cautivo; mientras la Esfinge la miraba de reojo y á hurtadillas, por no tener á mano lanzón de mayor fuerza para pasarla de parte á parte. La marquesa se enteraba de todo y se deleitaba grandemente con ello. Sin dar tiempo á que don Santiago apuntara las corteses rectificaciones que ya la sagaz interlocutora le había leído entre los labios, continuó así, tras una breve pausa:

—Por si llegara ese caso, repito, de un momento á otro, deseo y necesito saber, señor don Santiago, qué condiciones impone usted para un anticipo á las personas de reconocida responsabilidad, como yo; responsabilidad, se entiende, en inmuebles, como ustedes dicen también, y de cuya existencia, libre y desempeñada, se puede certificar cuando sea necesario.

Lanzó entonces la Esfinge una mirada de acero á su marido (que ya contaba con ella), como diciéndole: «mucho ojo con esta víbora;» y respondió el buen hombre, después de prepararse mucho con algún carraspeo y tres cambios de postura en el sillón:

—Mire usted, señora marquesa: en primer lugar, yo no soy un prestamista... por oficio, ¿me entiende usted?... Corriente. Tengo un piquillo suelto que dedico á descuentos lícitos, quiero decir, sin explotar ahogos ni conflictos de nadie... servicio por servicio, ni más ni menos. Que ocurre entre tanto algo de lo que usted desea: me entero de la calidad del apuro; resulta honrado, puedo sacar de él á la persona; y á la buena de Dios y como entre caballeros, «toma lo que apeteces, y venga el resguardo» con las cláusulas que se establezcan y por un interés que no pasará del seis aunque me ahorquen. Que llega el vencimiento y no hay con qué recoger el testimonio de la deuda. ¿Hay razones que lo justifiquen? ¿El apuro es honrado también? Pues, señor, no he de llevar al pobre hombre á la cárcel, ni le he de malvender la hacienda para cobrarme. Ó hay buena fe ó no la hay. ¿La hay? Se da una prórroga de dos, de tres meses... ó más, si se necesita. El hombre respira, y yo no me ahogo; él se beneficia, y yo no me perjudico. ¿No fuera pecado mortal obrar de otro modo? Pues, señor, lo que yo digo: si el dinero no ha de servir más que para irle amontonando, ó para sacar la entraña á mi vecino, vaya á la porra ese metal, que nunca debe ser metralla para nadie. ¿Se va usted enterando, señora marquesa?

Aquí era la marquesa la cautivada, porque cautiva la tenía la noblota ingenuidad del hombrecillo. Juraría entonces que aquélla era la primera vez que veía de cerca un corazón de oro. ¡Y en qué cuerpo le hallaba, y de qué retórica se servía!

—¡Siga usted, siga usted!—le dijo la marquesa radiante de curiosidad, y bien sabe Dios que sin pizca de interés por lo que personalmente le alcanzaba en el desusado prospecto de aquel singularísimo *prestamista*.

—En segundo lugar—continuó don Santiago,—yo no puedo establecer esas condiciones generales por que usted me pregunta, porque, como ya he tenido el honor de manifestarla, el capital que dedico á las operaciones de préstamos es de poca importancia, al paso que son incalculables las atenciones que necesitaría cubrir si no las limitara al tenor de los casos. De modo que según sea lo que se solicita y quien lo solicita, así lo doy ó lo niego; y si lo doy, con arreglo á las bases que se establecen entonces de común acuerdo, y según las circunstancias. Pero del seis no se pasa nunca, como también he tenido el honor de indicar antes; y ésta es la única condición que puede estipularse de antemano.

Por lo demás, y si sólo se mirara al beneficio material, á sacar el redaño al prójimo, crea

usted, señora marquesa, que no habría tenaza mejor que el oficio de prestamista sin entrañas. Me he convencido de ello con la experiencia de estas vecindades suyas. ¡Es un espanto lo que sabría usted si contaran estas cuatro paredes la mitad de lo que han visto y oído! Porque aquí se han llorado lástimas de todos los colores, y se han descubierto fregados que tumban de espaldas. ¡Y siempre por el lujo, por el juego y por todos los vicios más abominables! ¡Qué agonías tan congojosas y tan complicadas, y qué pasar por todo las infelices gentes, si yo hubiera sido capaz de aceptarlo por el ansia de recoger onzas de oro mañana, sembrando ochavos morunos de presente! Porque eso hace la usura con los desdichados que se ahogan en apuros. De algunos de ellos me he condolido; y por evitar que otros los robaran, casi me he dejado robar yo á ojos vistas. Pero á los más les he enviado enhoramala, porque no merecían caer en manos de un hombre de bien. Y ¡qué porte el suyo! ¡Qué caballeros tan de punta en blanco!... ¡Y qué señoronas de primer lustre! Y saldrán á la calle con un palmo de hocico y atropellando á la gente menuda, cuando ellos merecían un grillete, y ellas la Galera de Alcalá... Yo sé todas estas cosas al pormenor, porque la misma resistencia mía á servirlos los forzaba á exponer sus miserias sin

disfraces para moverme mejor. ¡Á buena parte venían!

En la marquesa se notaban, durante esta parte del relato del buen Núñez, las mismas señales de curiosidad que durante la anterior, pero no tantas de complacencia; y quizás tenía algún parentesco con las causas de esta diferencia, el motivo que la obligó á interrumpir al relatante, aunque muy afable y risueña, en la siguiente forma:

—De manera que si no me precede á mí la recomendación de nuestro amigo el señor Guzmán, Dios sabe á qué presidio destina usted mis pretensiones, después de oir lo que con tanta franqueza le he declarado hace un instante.

Atarugóse un poco don Santiago con la observación de la marquesa, y miró hacia su mujer, la cual le socorrió con una ojeada que quería significar: «¡ahí le duele á la bribona!... ¡duro en ella!» Por fortuna, no era tan áspero de veta el uno como la otra, y esto libró allí á la elegante dama de que la pusieran entre los dos para pelar. Lejos de ello, don Santiago, temiendo haberse corrido demasiado allá en sus palabras, y reparando por primera vez en que había, aunque remota, alguna semejanza entre los casos maldecidos por él y el caso de la marquesa, se apresuró á responder:

—Nada hay en el relato de usted, mi distinguida y respetable señora, que merezca esa pena tan dura. Gastar en ocasiones un poco más de lo que se puede, no es una virtud, ciertamente; pero tampoco un horror de esos horrores de que yo hablaba. Las cosas en su punto. Conviene distinguir, y es de justicia que se distinga. La recomendación del señor de Guzmán nos ha abreviado el camino, sin duda alguna; pero le aseguro á usted que sin ella hubiéramos llegado también al punto adonde desea llegar la señora marquesa, y le aguarda para recibir sus órdenes éste su inútil servidor.

—Acepto de todo corazón la excusa, señor Núñez—respondió la dama con una sonrisa que confirmaba la sinceridad de lo que decía, —hasta como modelo de excusas corteses y delicadas...

La Esfinge cortó aquí los cumplidos con el espadón de su palabra de hierro, y lanzó á su marido otra ojeada con la que le pedía estrecha cuenta de aquéllas sus debilidades. La marquesa se dió por entendida con un movimiento de cabeza dirigido á la mujer, tan lleno de donaire como de mala intención, y dijo, volviéndose hacia don Santiago, que estaba en ascuas con las genialidades de aquélla:

—¿Me permite usted que concretemos un

poco más el punto de mis pretensiones para que nos entendamos mejor?

—Repito á la señora marquesa que estoy enteramente á sus órdenes.

—Figúrese usted que yo necesitara dentro de ocho días... mañana... hoy mismo, una cantidad determinada...

—¿Cuánto? Porque, como he tenido el honor de advertir hace un momento á la señora marquesa...

—Por lo mismo que no lo he olvidado, iba á fijar la cantidad cuando usted me ha interrumpido. Pongámosla en números redondos: tres mil duros.

—Puedo con ellos, y los tendría usted.

—¿Garantías?

—La firma de la señora marquesa, y nada más, con el plazo que desee y el interés que ella marque, si le parece mucho el seis por ciento.

—¿Y si me viera yo precisada, más adelante, á acudir á usted con idéntico motivo que hoy?

—En ese caso, señora marquesa, sucedería, sobre poco más ó menos, lo mismo que está sucediendo ahora.

—¿Y si continuaran mis visitas á esta casa por no cesar los motivos?

—Ya sabe la señora marquesa que sin la en-

fermedad que me impide salir de aquí, la hubiera ahorrado yo la molestia de visitarme.

—Muchas gracias, señor Núñez; pero es igual para mi ejemplo que yo le visite á usted, ó que usted me visite á mí.

—Concedido.

—¿Y bien?

—En castellano claro y por derecho, señora marquesa, pues creo haber penetrado la intención de usted al hacerme esas preguntas: yo no la he de malvender á usted jamás sus propiedades: en primer lugar, porque no la considero capaz de abusar de mi buena fe hasta el punto de arrastrarme á aquel extremo; y después, porque, aunque lo fuera, tampoco lo conseguiría.

—¿Por qué?

—Porque abusando, abusando... En fin, señora marquesa, ya he tenido el honor de manifestar á usted hasta dónde me interesan las necesidades del prójimo, y desde dónde comienzan á parecerme abominables, y cuál es mi modo de proceder en cada uno de los casos.

—Pues bien, señor Núñez—dijo entonces la dama con inequívoca lealtad,—he querido estirar el ejemplo hasta este límite, porque en eso mismo con que otra dama, por un falso pundonor, se ofendería, hallo yo un goce que jamás he saboreado.

—No me lo explico.

—Ni ès fácil, porque entre ustedes, quiero decir, entre las gentes de su condición de usted, lo que yo he encontrado aquí no es un hallazgo.

—Si usted se explicara más, señora marquesa...

—No hay para qué, señor don Santiago. Yo me entiendo bien y esto sobra para mí. Para usted, bástele la seguridad de que no he de encomendar á la Justicia el trabajo de liquidar las cuentas entre ambos. Podré ser gastadora, pero no desagradecida.

La Esfinge la miró entonces con ojos de curiosidad. Parecía sentir temores de hallar algo bueno en aquella mujer. De pronto la preguntó:

—¿Ha perdido usted algún hijo?

Como si estas palabras fueran un rayo que la marquesa hubiera visto sobre la cabeza de Luz, contestó estremeciéndose toda:

—¡Ni Dios lo permita!

—Parece que duele ahí—repuso la Esfinge, bajando otra vez la mirada á su calceta,—y sólo con el supuesto. ¿Cómo será el dolor cuando los hijos se mueran de veras!

—¿Le ha sentido usted, á lo que veo?—se atrevió á decir la marquesa, medio aturdida bajo el peso de aquel inesperado incidente promovido por tan extraño sér.

—Nueve veces, señora—respondió tétrica, sepulcralmente la Esfinge;—nueve... ¡nueve mil puñaladas! Para las últimas, no había en el corazón un sitio sin una herida ensangrentada.

Ya no le parecía á la marquesa tan fea ni tan extraña aquella mujer. La carga de tales y de tantos dolores lo justificaba todo á sus ojos. Volviólos de pronto á don Santiago, sin atreverse á hacer á ninguno de los dos una pregunta que se le escapaba de los labios; y como si la hubiera leído allí, dijo el pobre hombre:

—Nos queda un hijo solo... Eso sí: vale, por bueno y por gallardo, los nueve que le han precedido, por mucho que éstos valieran; pero por lo mismo que es solo y vale tanto, ¡qué miedos tan horribles de perderle!

—Ó de que *se pierda*, ¿no es verdad?—añadió aquí la marquesa, con un vigor de acento y de mirada que sorprendieron á la Esfinge misma.

—¿Cuántos tiene usted?—la preguntó ésta.

—También uno solo... Una hija.

—Pues no eche usted en olvido—continuó la mujer sombría,—que el honor de las hijas depende del buen ejemplo de las madres.

Don Santiago acudió rápidamente á suavizar el efecto que esta nueva aspereza de su terrible mujer pudiera haber causado (y causá-

dole había muy hondo), en la marquesa, dando otro giro al diálogo.

—Pero aún es usted muy joven,—expuso con la mejor de las intenciones y el más desastroso de los éxitos.

—Después de haberse casi solemnizado un contrato entre los dos, no debía usted ignorar que... soy viuda.

Esto tuvo que responder la dama, con iguales repugnancias que si descubriera con ello toda la urdimbre de aquel tejido de enormidades que se llamó su casamiento, con sus cenagosos antecedentes y consiguientes.

—¡Bestia de mí!—exclamó el sencillo burgalés, dándose con las dos manos en la frente. —¡Pues no me había olvidado?... Perdone usted, señora marquesa, esta distracción que, bien mirada, no es de extrañar. En oyendo hablar de hijos, ya está todo en mi cabeza patas arriba.

«¡Viuda y con ese pelaje y la vida que trae!...» dijo en sus adentros la Esfinge (que no había caído tampoco en lo olvidado por su marido, y no estaba tan obligada como él á recordarlo), y enviando el dicho á la marquesa en una mirada fulminante.

La marquesa había perdido el tino ya. No salía de un bochorno sin verse presa de otro mayor. Pensaba haber dado de improviso en

la charca de sus pesadillas, y que aquel empecatado matrimonio se deleitaba en zambullirla en lo más hediondo de ella. Y era de admirar que el caso, con tanto como le dolía, no la indignaba contra nadie. ¿Por qué echar la culpa á quien no la tenía? La culpa estaba en ella, en ella sola; y el peso de esa culpa era lo que la turbaba y remordía. En aquel instante hubiera trocado su belleza, su juventud, sus galas y los encantos de su mundo, por la fealdad y las tristezas y la soledad de la Esfinge, si con todo esto le daba también el sosiego de su conciencia. Porque era una triste gracia que una señorona como ella lo pudiera todo, menos hablar de cosas tan triviales delante de un matrimonio de drogueros, sin caérsele la cara de vergüenza.

Por salir cuanto antes de esta mortificación, se levantó rápidamente de su asiento, y dijo con aire de querer echar el asunto hacia otra parte:

—Es harto triste esta materia que á ustedes les trae muy amargos recuerdos y á mí muy negros temores. Dejémoslo aquí, si les parece; y pues que no me sobra el tiempo tampoco, tenga el señor don Santiago la bondad de decirme en qué quedamos de nuestro negocio.

—Pues en lo dicho, señora marquesa, si usted no dispone otras bases más á su gusto.

—Yo acepto cuantas usted estime por buenas y equitativas.

—Pues el día en que usted necesite el dinero, me pasa una esquelita por persona de su confianza, diciendo cuánto y por qué tiempo; le envío yo la suma en efectivo con el documento para que tenga usted la bondad de firmarle; me le devuelve después... y santas pascuas. No necesita usted incomodarse.

—Es usted un hombre incomparable, señor don Santiago; y yo nunca pagaré bastante á nuestro amigo el señor Guzmán el favor de habérmele dado á conocer.

—No haga la señora marquesa, á fuerza de elogios, que tenga yo que echarlos á mala parte. Estoy acostumbrado á mucho menos.

—Pues no le dan á usted lo que merece; y le juro que no le digo más que lo que siento. Deme ahora su mano por despedida... Gracias. Y perdone si se la oprimo tan de veras, porque nunca se ha creído tan honrada la de ésta su buena amiga.

En seguida, y mientras quedaba el droguero como fascinado, con los ojos muy abiertos y la mano en el aire, volvióse hacia la Esfinge, la hizo una elegante reverencia; y, sin acabar de enderezar el talle, salió por donde había entrado, acompañada de unos cuantos campanillazos que se oyeron, en virtud de otros tantos

tirones que dió á un cordón la Esfinge desde su asiento, para que abrieran la puerta de la escalera; de un sin fin de excusas del complaciente Núñez, y de estas pocas palabras entre dientes, con que la droguera contestó al saludo:

—... serrrvir á usted.

En cuanto se quedaron solos don Santiago y su mujer, se levantó ésta y abrió las vidrieras del balcón.

—¿Qué haces, alma de Dios?—preguntóla el pobre hombre, á quien asustaban entonces los aires colados.

—Purificar esto. ¿No hueles la peste?

—Tienes grandes virtudes, Ramona—la dijo su marido cubriendo la rodilla enferma con el faldón del gabán;—pero en ciertas debilidades, eres incorregible... y tremenda.





VI

. . . .

Resabios de mis buenos tiempos de doncella pudorosa; algo que queda todavía en el fondo, entre las cenizas. Pues no pensaba yo que fuera tanto como para brotar al primer choque. Y ello es poco, pero molesto cuando aparece. Ya se irá apagando también... porque señales de lo contrario no deben de ser. ¡Á buen tiempo!... Sin embargo, no me resignaría á que ese pobre hombre me apuntara en su libro verde con suficientes motivos. ¡Vea usted cómo puede haber un grano de arena que cierre el paso á una mujer que nunca se ha detenido delante de una montaña!... Es raro eso... Pero ¡qué criatura aquélla! Yo he visto algo semejante en el teatro saliendo por escotillón, envuelto en un sudario... Un espectro. Eso es ella, con su misma lividez y con la misma voz y el mismo mie-

do que infunde. Y ¡qué ojos los suyos! Me parecía que con la mirada me iba sacando todas las ignominias de mi vida para arrojármelas al rostro entre maldiciones. Y el caso es que este temor me tenía sobresaltada. De este sér no me habló Pepe Guzmán. Y será capaz de decirme, cuando yo se le mencione á él, que es un saco de virtudes; y acaso tenga razón... ¿Cómo habrán podido amalgamarse dos naturalezas tan opuestas entre sí, como la del espectro y la de su marido, para formar un matrimonio ejemplar?... Porque yo ví señales de que aquél lo es. Otro caso raro... para mí, que no sé leer más que en un libro... Lo que no ofrece duda es que hasta en las personas que se creen más despreocupadas hay un fondo sensible que llega á lo romántico... Yo lo había observado en el público que se convierte en fiera en la plaza de toros, y se enternece en el teatro con las dulcedumbres de una comedia *ejemplar*. Hoy lo he experimentado en mí propia. Á poco más que me apuren, me confieso de todas mis culpas delante de don Santiago Núñez, y arrojo mis arreos mundanos á los pies de su mujer... Y ahora casi me asombro de aquella flaqueza. ¡Qué contrastes tan raros!... ¿Cuándo estará en *lo suyo* la pícara condición humana? Porque tampoco tiene duda que somos masa dispuesta para todo; y hasta el espectro debe de ser de

la misma opinión, cuando me dijo que «el honor de las hijas depende del buen ejemplo de las madres.» Me parece que fué esto lo que me dijo. Lo recuerdo bien, porque me dolió muy adentro... Otro caso raro: somos del mismo parecer el espectro y yo en lo tocante á la educación de los hijos; nos espantan igualmente los temores de sus extravíos, y usamos procederes diametralmente opuestos en el modo de vivir. Sin embargo, me parece que aquí la lógica está con ella más que conmigo... y Dios también... Pero ¿no se ha convenido en que somos «barro frágil,» y en que á la edad y á las circunstancias (¡pícaras circunstancias!) hay que darles lo que les pertenece, y dispensarlas por lo que se llevan de más? Pues he ahí mi caso. Yo vivo como vivo y soy lo que soy, porque no puedo ni debo vivir ni ser de otra manera. Por este lado me arrastran «las circunstancias» y las inclinaciones, obra de ellas; y por este lado me dejo arrastrar... hasta donde me lleven. Nada de ello impide que yo reconozca las ventajas que tienen otros caminos sobre este camino mío: bien á la vista está que no cabe punto de comparación entre una madre como yo y otra madre de esas que pueden hablar delante de un matrimonio honrado, sin sonrojarse, de los secretos de su hogar, y ofrecerse á sus propias hijas por modelo de conduc-

ta. Yo no puedo hacer nada de esto, y bien sabe Dios las angustias que me ha costado hoy en casa del espectro, y las que me cuesta en la mía á cada hora, desde que vino mi hija á ella... pero ¿qué remedio tiene? El barro y las circunstancias lo piden así... y adelante con la vida hasta que no se pueda con ella. Por fortuna, ó por desgracia, no voy sola por estos derroteros.»

Así discurría, sobre poco más ó menos, la marquesa de Montálvez dos horas después de salir de casa de don Santiago Núñez, mientras se desnudaba... para vestirse otra vez con mejores galas, antes de sentarse á la mesa; porque aquella noche le correspondía el turno en *el Real*, cuya temporada había de concluir pronto; con lo que se declara que había empezado ya la primavera, húmeda y desapacible, por más señas.

Apunto este detalle, porque sólo aguardaba la marquesa á que el tiempo *sentara* para emprender el viaje á Francia con su hija. Todo lo tenía dispuesto y preparado ya para marchar á cualquier hora, y Luz esperaba el recado en su colegio. No debía volver á casa ya sino para entrar por una puerta y salir por otra, como suele decirse.

La marquesa había elegido esa estación del año, porque se prestaba mejor que otra á sus intentos.

No había motivo racional ya para dejar á Luz en Madrid un verano entero, ni su madre podía resignarse á pasarle en la calle del Barquillo, ni tampoco á viajar con el estorbo peligroso de su hija; y como á ésta lo mismo le importaba entrar en el nuevo colegio con la primavera que con el otoño, la marquesa había preferido la primavera, de la cual pensaba hacer algo como prólogo de su excursión de verano; excursión *planeada* hasta la nimiedad, durante el invierno, con Leticia y con Sagrario, que habían de representar grandes papeles en ella.

Y llegó el día esperado; y la marquesa recogió su tesoro del escondite de Madrid, y le trasladó al otro escondite que le tenía preparado en Francia. Y al guardián de allí, casi los mismos encarecimientos y advertencias que al guardián de acá. No era ya prudente ni posible sostener á Luz en completa ignorancia de su categoría social; pero, en cambio, convenía redoblar el empeño para que desconociera los usos y más salientes costumbres de la *clase*. Que se habituara á considerarlos sometidos á las reglas generales de la ordinaria vida social; y de este modo, cuando no pudiera evitarse que los conociera por sí misma, sería obra fácil convencerla de que todo lo malo que la sorprendía por inesperado, era excepción de la

regla; y con esto bastaba, por de pronto. Las demás advertencias, ya lo he dicho, como en Madrid: pocas retóricas, buena moral, escogidas amistades, «el Dios de los pobres» y un buen equilibrio entre la salud del cuerpo y la del alma. Otra variante que se me olvidaba: no fué tan penosa la despedida de la madre en Francia como lo había sido en Madrid, después de encerrar á su hija. Cuatro años de separación la habían ido acostumbrando á vivir lejos de ella con sosiego.

Cumplido este importante negocio, á París con la doncella, con la de marras. Un mes pasó allí. ¿Qué hizo? Contra su costumbre, está poco explícita la marquesa en este pasaje de sus *Apuntes:* acaso porque la materia no daba de sí para cosa mejor; quizás por todo lo contrario. De todas maneras, es de extrañar este laconismo de nuestra heroína, que sabe entretener la pluma en asuntos bien insignificantes y no se muerde la lengua cuando tiene que declarar faltas enormes. Pero en materia de escrúpulos ¡hay tantas rarezas incomprensibles!

Quien pudiera sacarnos de la duda era su doncella; pero ni la conozco, ni existe, que yo sepa, la historia de su vida y milagros.

Lo único que hace saber terminantemente la marquesa, es que al acabarse mayo llegó Sagrario á París, según lo convenido entre am-

bas; que pasaron juntas quince días en aquella capital, «bien disfrutados» (textual), y que se fueron después á Viena para reunirse con Leticia, según lo convenido también.

Y vean ustedes otra prueba que yo creo tener de que lo de París no sería cosa mayor, por lo mismo que se lo callaba la marquesa, en la despreocupación con que da cuenta, aunque no minuciosa, de todas las restantes aventuras de su viaje desde que se reunieron las tres amigas en la capital de Austria. Allí se pertrecharon, como quien dice, de nuevos alientos y propósitos, y de allí salieron para hacer una verdadera *razzia* por todo lo más cogolludo de la Europa elegante, unas veces juntas, otras separadas, según «las circunstancias y las necesidades;» pero siempre en cabal inteligencia, como divisiones aguerridas y bien disciplinadas de un mismo ejército. ¿Por qué fué Viena el punto de partida, y no París, verbigracia? ¿Por qué se reunieron las tres aventureras en aquella ciudad austriaca y no en esta francesa? La marquesa culpa de esta singularidad, que no la desagradó, á la caprichosa y siempre impenetrable Leticia.

El hecho es que de allí salieron, como pudieron haber salido de otro punto cualquiera, y que nunca como entonces pudo decirse, con mayores visos de verdad, que por donde iban

no dejaban *títere con cabeza*. Y yo creo que esto debe entenderse, siquiera en la mayor parte de las ocasiones, en el mejor de los sentidos; quiero decir, en el menos candente de cuantos quepan en la malicia del lector. Porque, según parece, hubo grandes estragos donde no son de temer los de cierto género. Los machuchos cancilleres, los estirados diplomáticos, los ministros *desposeídos*, los grandes agitadores expatriados, todo lo más alto, en fin, y lo más *serio* de las notabilidades europeas que *abrevaba* en lo selecto de las aguas de nuestro continente, sintió, en más ó en menos, el influjo diabólico del paso de los tres astros errantes; y es sabido que si no volvieron á Madrid con una reata de celebridades de tal calibre por tiro de su carro triunfal, fué porque no se les puso en el moño la ocurrencia.

De la índole de estos estragos deduzco yo que sólo se trataba, por las causantes, de una ostentación ó alarde de travesura, nada increíble en tres mujeres hermosas, sin el freno del escrúpulo y en lo mejor de la vida.

En Ems, ya muy avanzado el verano, se halló la marquesa con Pepe Guzmán. No le gustó el hallazgo cosa maldita.

—Á mi paso por Francia—la dijo sin preámbulos,—he visto á Luz.

—¡La has visto!—exclamó la marquesa sin

poder disimular la impresión desagradable que este súbito recuerdo de su hija la produjo en la conciencia.

—La he visto, sí. ¡Qué hermosa, qué angelical está!... Me preguntó si sabía por dónde andabas; si estarías ya en Madrid; si te vería pronto yo...

—Y tú ¿qué la respondiste?

—Yo la respondí... no lo recuerdo exactamente, porque estaba oyendo desde allí el ruido de tus ligerezas imperdonables, y temía que Luz le oyera también...

—¿Es cierto que le has oído?

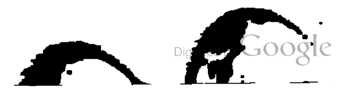
—¿Pues de qué le conocería si no?

—¡Qué temeridades, Dios mío! ¿Por qué hará *una* estas cosas!—exclamó entonces la dama sinceramente espantada de su propia labor. De pronto se trocó su espanto en ira, y lanzó á la faz de su amigo estas frases:

—¡Y pensar que yo no había nacido para eso! ¡que estoy en ello porque á ello me han arrastrado contra mi voluntad, y que la única persona que me pide cuentas de mi caída sea la que más fuerte me empujó para caer!

—¿Eso es un cargo para mí?

—Es un cargo para tí, porque no puede ser otra cosa cada grito que me arranca esta herida hecha por tu mano, y que no acaba nunca de cicatrizarse.



—¡Ay de tí y de tu hija inocente el día en que esa herida no te duela!

—¿Qué quieres decirme, consejero de Satanás?

—Que no cabe avenencia entre tus inquietudes de madre cariñosa y tus... locuras de mujer mundana; y que tienes que decidirte pronto por lo mejor, en la inteligencia de que ambas cosas dentro de tí no han de tardar en producir el mismo fruto que si te decidieras por lo más malo.

—¿Qué fruto?

—El que más temes, Nica... y el que acaso mereces por castigo.

—¡Por castigo!... ¡Y me lo dices con una frescura como si tú no le merecieras más ejemplar todavía!

—¿Quién sabe si le estoy sufriendo ya!

—¡Tú!

—¿Crees posible que suceda lo que temo sin que resultemos castigados los dos?

—¡Siempre egoísta!... Vete, déjame en paz, y que suceda lo que Dios quiera.

—Eso significa que te espanta la verdad, y me alegro de ello.

—Dí que me repugna en tus labios, y estarás en lo justo.

—Pero, al fin, siempre será verdad, y conviene que la reconozcas de vez en cuando.

....

Y éste fué el único tropiezo que halló la marquesa de Montálvez aquel verano en el ancho, florido y dilatado campo de sus travesuras y regocijos de buen tono.

En París se separó de sus dos amigas; hizo una visita á Luz en su refugio, y gran acopio en ella de excelentes propósitos de enmienda, que se le entibiaron mucho con los aires del camino hacia su casa; y entró en Madrid en septiembre, tan tranquila y sosegada como si no hubiera roto un plato durante el verano ni en todos los días de su vida.

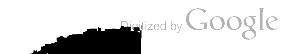




VII

DESDE aquí comienza un período que fué el más escabroso, si no el más largo, de los varios que tuvo la vida mundana de la marquesa de Montálvez. Según ella misma lo declara, tan escabroso fué, que él solo la daría para un libro entero, si se propusiera referir tan enorme catálogo de *cosas*. Pero da por sentado que el público madrileño conoce las más salientes de ellas y presume las restantes; y á esto se atiene para considerar ocioso un trabajo más desleído, porque valor y resolución la sobran para echar á la calle todas esas barreduras de su conciencia.

Yo podría suplir las omisiones, porque me es bien conocida la materia; pero esta conducta no sería galante ni acertada, por contravenir á aquel prudente acuerdo y caer en el peligro, que también teme la marquesa, de que resulte plato de estímulos insanos lo que debe resultar



muy otra cosa. Aténgome, pues, al texto de los *Apuntes*, confirmación exactísima de los rumores de la fama; y aun eso sólo he de darlo en extracto para llegar cuanto antes á la narración de otros sucesos harto más dignos de la atención de los lectores.

Se cansó muy pronto de las fiestas caras y ruidosas que daba en su casa. En su temple de *jamona fresca*, con su aprovechada experiencia, su buen gusto y claro ingenio, necesitaba algo de más jugo, de más substancia que aquella insípida y continua exposición de mujeres frívolas y de hombres mentecatos, cargados de perifollos; fiestas en las que, tras de costarla un sentido, todos se divertían menos ella. En fin, que echó la gente á la calle y dió por terminadas las reuniones de fausto en sus salones.

Para llevar á cabo sus nuevos planes, eligió lo que había de aprovechable entre lo arrojado de su casa y lo que conocía de lo de fuera; después autorizó á los escogidos para que escogieran á su vez, sin pararse en pelillos de linaje: podían espigar en varios campos, en todos los que se dieran ingenios bien educados, desde la presidencia del Consejo de ministros, hasta el humilde rincón de la obscura gacetilla. Que no se reparara en edades ni en estampas: viejos y mozos, altos y bajos: todo servía, con tal de no carecer de ingenio ni de desparpajo: *tupé*,

que dicen otros. Para todos habría que hacer allí.

De mujeres (éstas eran de elección suya exclusivamente), pocas y malas; quiero decir, de buen pico y mejores tragaderas.

Y así se fué haciendo.

Cuando le anunciaban un presentado, preguntaba ella al presentante:

—¿Vale?

Respondíanla que sí.

—Pues que venga.

Y *valer*, en aquellas ocasiones, significaba ser cualquier cosa, menos hombre indigestamente grave, corto de genio, feo sin gracia, ignorante sin osadía, galán ruboroso... y así por el estilo; porque allí, hasta el saber macizo y serio había de derramarse en dosis muy concentradas y con mucha sal y pimienta: todo menos la pesadez y la petulancia. Y *valiendo*, todo era lícito con tal de estar *bien hecho:* la grosería en las formas estaba igualmente proscrita. En el pensamiento, no tanto.

Dicen los que lo conocieron, que *aquello* tuvo que oir... y que ver; y lo llamo *aquello*, porque no sé qué nombre darlo. La marquesa, por llamarlo de algún modo, lo llamaba *tes íntimos;* pero es lo cierto que aunque todas las noches del invierno, ya muy cerca de la madrugada, había ese *te* en su casa, *aquello* no tenía horas

fijas ni aspectos determinados, y chisporroteaba de mil modos: entre pocos, entre muchos, en tertulia plena, con media docena de *ellos* convidados á comer, ó con otros tantos al humor de la chimenea á cualquier hora de la tarde. Más que *te*, era al modo de sierpe de muchas cabezas que alcanzaba con la punta de la cola á muchas cosas y á muchas partes... hasta las casas de Leticia y de Sagrario. Porque estas dos criaturas de tan buen estómago, en cuanto lo cataron en la de la marquesa pidieron el turno correspondiente; y no era cosa de que las desairaran aquellos hombres tan corteses y campechanos de suyo.

Como en estas reuniones de imponderable confianza se vivía en perpetuo comercio de malas intenciones, de malicias y de travesuras de lenguaje, el natural ingenio de la marquesa adquirió gran desarrollo, y su bien acreditado *humorismo* se empapó en nuevos y más *picantes* jugos. Llegó á tener *frases felices* y á pintarse sola para crucificar en una semblanza á un prójimo desventurado, ó para hacer en otro marca indeleble con un dicho que repetía después *todo Madrid*. De aquella fábrica salieron tantos y tantos que aún continúan siendo famosos entre las gentes encogolladas, vagabundos de levita y estudiantes desaplicados.

Por entonces comenzó á llamársela *la Mon-*

tálvez, llaneza que acreditaba su bien adquirida popularidad, como en otro tiempo la había acreditado, entre la juventud de rechupete, otra llaneza, algo más fina y culta: *Nica Montálvez*. Lo cierto es que Madrid se llenó de *cosas* de *la Montálvez*, y que hasta las que rodaban por tertulias y cafés sin madre conocida, se le atribuían á ella. Privilegio de las popularidades bien fundadas.

Su casa, por las gentes que la frecuentaban, llegó á ser registro exacto de los secretos pecaminosos, hazañas y picardías de *todo Madrid:* allí se conocía la clave de los *misterios*, chicos y grandes, de la política fullera, y el hilo de muchas marañas inexplicables de la Hacienda pública; había palancas para remover obstáculos que las gentes *legas* conceptuaban irremovibles, y el don de muchos prodigios de fortuna en todas las carreras del Estado, que dejan atónito y confuso al vulgo sencillote.

Los maldicientes que se creían mejor informados, referían de *las tres Gracias* verdaderas enormidades en los corrillos del público voraz. *Las tres Gracias*, y por añadidura *en conserva*, eran las tres *viudas verdes:* en una palabra, *la Montálvez* y sus dos amigas Leticia y Sagrario. De cada una de ellas se contaban anécdotas que ardían; caprichos lividinosos que traían su filiación de la Roma corrompida de los Césares.

No niega fundamento la Montálvez á estos rumores, pero se sacude valientemente de ciertos *hechos;* y quiere que conste que todos los comprobables de aquel calibre pertenecen á Leticia y á Sagrario. La misma salvedad hace con respecto á los *dichos*. De éstos, unos eran referentes á personas y otros á cosas; unos, al modo de dictámenes; otros, al de motes y semblanzas: los había cruelmente ingeniosos, y los había también indecentes. Se atribuye gran parte de los primeros; pero rechaza hasta con asco la propiedad de los segundos.

Y la creo, no solamente por el valor con que se acusa de otras faltas bien graves, sino porque había en su naturaleza un componente pudoroso que la impedía ser grosera; y hasta como pecadora, lo fué sin el aguijón del apetito; y por eso quiere que se la tache por *lujo de pecar*, pero no por *lujosa en el pecado*. Lo primero no edifica seguramente; pero tampoco degrada ni corrompe tanto como lo segundo.

Por este lado se explica también que, entre las tres cómplices de estas fechorías, fuera ella la que se cansó primero, ó mejor dicho, la única que se cansó; porque las otras dos no se cansaron pizca: al contrario, deshecha la mancomunidad que sostenía á las tres en cierto orden de equilibrio, cayeron Sagrario y Leticia, por su propio peso, despeñadas hasta lo más

hondo, aunque cada cual á su manera: Sagrario fué siempre la mujer de los caprichos estrepitosos; Leticia el modelo de las caprichosas solapadas y de las amigas temibles. Se la atribuían hasta perfidias de tan mala casta, que rayaban en crueldades. Serían ó no serían ciertas: la marquesa cree que sí, porque tuvo grandes y especiales motivos para no dudarlo.

Como tampoco duda, antes confirma terminantemente, lo que ya sabíamos por Manolo Casa-Vieja: que era muy avara; pero, según la marquesa, avara de la peor especie: tenía el vicio del trapicheo, y media docena de *comadres* negociando de su cuenta, por las casas de vecindad, sus vestidos de desecho y hasta los trastos de la cocina. En este bajo comercio era tramposa y desleal; y se desvivía y aguzaba el ingenio por el gusto de robar media peseta á una chula en un dije de similor. Creíase que eran muy mal adquiridas muchas cosas de mérito que se admiraban en su casa, particularmente obras de arte; y maravillaba el lujo de raterías que se daba por empleado para apoderarse de ellas. ¡Y esta mujer tenía un caudal enorme y era espléndida en sus gastos! Hay muchas almas de alquimia que tienen roñas así.

Volviendo á la marquesa, digo que ese azaroso tramo de su vida pecadora duró seis años.

Guzmán, que era por entonces un señor bas-

tante gordo y entrecano, pero siempre de *gran ver*, iba poco, muy poco, por la casa de su amiga; y cuando iba, era para reprenderla.

—Te empeñas en que te oiga—la dijo más de una vez,—y al fin te oirá. Y aunque no llegue á oirte, por el rastro que va dejando aquí la vida que haces, tendrá que conocerla.

—Es el último estruendo de ella—respondía la pecadora sonriendo.—No lo dudes: estoy preparándome para ser juiciosa.

De tarde en cuando desaparecía por una temporadita para visitar á Luz. Dos veces la trajo á Madrid durante aquellos seis años, pero por muy pocos días; y entonces fué su casa un modelo de sosiego y de buen orden. Se la presentaba á sus amigas menos temibles, y la llevaba consigo á algunos sitios de recreo.

Entre la primera y la segunda venida á España dió Luz un *estirón* que sorprendió mucho á su madre. La encontró hecha una mozuela que *se salía* de sus angostos hábitos de colegiala. Se lo hicieron notar también sus amigas de Madrid, y la dijeron que era un pecado mortal no vestirla ya «de señorita» y no sacarla del encierro donde no parecía bien.

La marquesa comprendía demasiado que sus amigos tenían razón; pero ella las tenía también muy respetables para echar por otros caminos diferentes; y por eso llevó á Luz á Francia otra

vez, donde nunca había estado como verdadera colegiala.

Desde este viaje es cuando apareció la Montálvez notablemente transformada.

Con disculpas bien buscadas, fué disolviendo sus *tes íntimos* y sus tertulias *verdes*, y escatimando su asistencia á las de sus amigas. No por ello se hizo huraña ni melancólica; pero sí muy escogida en las personas para el trato continuo, y muy sobria en los recreos de puertas afuera.

Rebasaba ya bastante de los cuarenta años: había dado de repente el *bajón* de que no se libra bicho viviente por mucho que se emperejile y se *defienda;* y á este fracaso se atribuyó la retirada, creyendo que la Montálvez se apresuraba á dejar el mundo antes que el mundo la dejara á ella.

No era cierta la suposición ni bien fundado el motivo. Á la marquesa le quedaba todavía un *otoño* muy agradable que explotar, si hubiera querido apurar las cosechas hasta la vendimia inclusive. Contaba aún con muchos, con muchísimos golosos; porque más varios que las estaciones de la vida son los gustos de los hombres viciosos y desarreglados. Dijéranlo si no sus compañeras de glorias y fatigas mundanas, Sagrario y Leticia: más invernizas y deshojadas que ella iban poniéndose, miradas á buena luz,

y aún triunfaban y lucían y se consideraban á lo mejor del camino, soñando, porque volvían la espalda al invierno que las espantaba, que corrían hacia la primavera.

No se fundaba, pues, la resolución de la Montálvez en aquel fracaso de su belleza, aunque coincidió con él.

Ya se sabe que no estaba formada del peor de los barros posibles; que no entraba el vicio como verdadera necesidad en su naturaleza, y que, aunque la divertía ser viciosa, no *la llenaba*. Desde que nació su hija, luchaban en ella dos pasiones que se aborrecían como el perro y el gato, una buena y otra mala: la de madre escrupulosa y amante, y la de mujer de mundo, alegre y despreocupada. Mientras la hija estuvo en edad de vivir escondida, la madre pudo entregarse de lleno á sus placeres mundanos; pero llegada la hora de traer á Luz á su lado, tenía que decidirse por el gato ó por el perro; y esa hora llegó, y la madre escrupulosa triunfó sin lucha de la mujer liviana. Cierto que Luz estuvo en el escondrijo dos años más de lo justo; cierto que el momento de decidirse la madre ocurrió en aquella crisis de su edad y después de un hartazgo de desórdenes que bien pudiera tomarse por el hartazgo de Marta; cierto es igualmente que en estas *coincidencias* hay base sobrada, tomando las cosas en su primer aspec-

to, para la suposición de las gentes; pero es la pura verdad también lo que yo afirmo con el testimonio de la marquesa misma, y á esta opinión hay que atenerse.

Puede haber quien pregunte: «y si el momento de decidirse hubiera ocurrido cuando tenía la marquesa seis años menos, ¿por cuál de las dos pasiones se habría decidido?»

Paréceme la pregunta un exceso de curiosidad y un lujo de mala fe; pero conste que yo me inclino á lo más favorable para aquella dama, cuyo desmedido amor á su hija daba para ello y otro tanto más.

Volviendo á lo que importa y dejándonos de escarbar tan adentro, porque, si á eso fuéramos, sabe Dios qué cosas se hallarían en el alma de muchos que creen tenerla como los ampos de la nieve, digo que la transformación de la marquesa después de llevar á Francia por última vez á su hija, fué tan de veras, que no se contentó con deshacer sus tertulias y despejar la casa de gentes nocivas á la buena moral, sino que en cuanto la puso en orden, se consagró á orearla y á limpiarla de todo rastro de impurezas. Hasta de sus propios resabios trataba de sacudirse: se le figuraba que de sus fechorías más recientes le quedaban algunos en el estilo, y temía que por aquellas espumas se descubrieran las pasadas tempestades. ¡Mujer más singular!

Estos preparativos duraron cerca de dos años; y aun con este paréntesis no se creía bastante alejada de sus últimas locuras para no temer que, cuando menos lo pensara, se le prendiera alguna en el vestido.

Durante este tiempo hizo una visita á Luz. ¡Cómo iba completándose aquella criatura! ¡Con qué amor iba la naturaleza formando á la mujer sobre la armadura de la niña!

Á Guzmán le gustaba mucho ver á la marquesa tan afanada en aquel esmero de policía doméstica.

—¿Te parece bastante?—solía preguntarle ella.

—Todavía no,—respondíala él.

Y en eso estaban.

Un día, después de hacerle ella la misma pregunta, se quedó Guzmán pensando mucho la respuesta.

—Voy sospechando—le dijo la marquesa,—que nunca te ha de parecer esta casa bastante purificada.

—¿Por qué?

—Porque eres hombre de buen olfato; y mientras estés tú en ella, siempre has de hallar tufo de peste. Es el único que anda ya por aquí... en cuanto tú vienes.

Sonrióse Guzmán y respondió, poniéndose el sombrero para marcharse:

—Puede que tengas razón... Vete, vete cuanto antes por *ella*.

Y muy pocos días después salió de Madrid la marquesa para traer de Francia á su hija.





VIII

Luz tenía diez y ocho años cuando su madre se decidió á sacarla para siempre de su escondrijo. Á ésta le remordía algo la conciencia, por parecerle demasiado larga la prisión; á la prisionera le daba lo mismo irse que quedarse, si es que no prefería aquella vida de invernadero en que se había desarrollado, á las intemperies de un mundo que desconocía.

Grandes fueron los temores y sobresaltos de la marquesa, como ya se dijo, cuando por primera vez tomó en sus brazos á su hija; pero fueron mucho más grandes al trasponer las puertas de su encierro con ella, ya mujer, y mujer que parecía modelada en la mente de un escultor enamorado. Tan singular era su belleza. De niña la conocimos recibiendo las caricias de Guzmán; y también sabe el lector, bajo la fe de nuestra palabra, que tres años des-

pués todo había crecido en ella con prodigioso equilibrio: lo físico y lo moral, las perfecciones del cuerpo y las del alma. Pues á los diez y ocho era eso mismo en las debidas proporciones.

Vida de invernadero hemos llamado á la suya, y es la verdad en casi todo el rigor de la frase; como lo es también que la marquesa, atenta sólo á lograr determinados fines, acertó sin proponérselo, dando á aquella excepcional naturaleza el único medio en que podía desenvolverse sin deformarse. No á todas las plantas conviene el cultivo al aire libre y á cielo abierto. En lo humano, era Luz una de estas plantas. No es de extrañar que al salir de su estufa sintiera la impresión de otro ambiente más frío, y que esta impresión no le fuera agradable.

Hay que decir algo sobre la realidad envuelta en estos simbolismos de jardinería, para que el lector no extravíe su juicio sobre el carácter que debe conocer á fondo, entre la hojarasca de las imágenes. Hablábamos del mundo al cual iba Luz á salir de pronto y por primera vez, y casi aseguraba yo que esta salida no era muy de su gusto, ó, cuando menos, que no la necesitaba...—Y, entre paréntesis, quiero que valga este ejemplo, que es el que hallo más á mano, por otros cien que pudieran citarse para

pintar el modo de ser de la hija de la marquesa de Montálvez en la ocasión de que se trata.— Por razones que se conocen, la habían dicho cómo era el mundo que á ella le convenía imaginar, no el que en realidad le estaba destinado: un mundo que no era bueno, aunque no tan malo como el que le ocultaban; pero, al cabo, era un mundo práctico, con sus hombres y sus mujeres, y sus cuestas abajo y sus cuestas arriba: el mismo que ella veía por los resquicios de su encierro, y en las historias que aprendía para instruirse, y en los pocos libros de imaginación que se le daban para entretenerse. Y todo esto sería verdad, pero le gustaban muy poco; no porque adoleciera de sensiblerías románticas, sino por razones bien opuestas: por obra de aquel equilibrio prodigioso que existía entre todos los elementos que la constituían, de cuerpo y de alma.

En aquel conjunto todo era paz, armonía y sosiego, y cabía el sentimiento de todo; pero no la pasión por nada sin el concurso de un agente perturbador que rompiera el equilibrio; el cual agente había de venir de afuera, porque dentro no había lugar para él. En otra criatura formada de distinto barro, el cultivo artificial, ó de invernadero, como hemos llamado al de Luz, hubiera producido contrarios efectos, porque en lo común de la naturaleza humana, las veladur-

sobre los ojos son alicientes de los deseos y despertadores de la curiosidad; pero en una pasta tan dúctil y placentera como la de aquella niña, el artificio de su educación moral contribuyó grandemente á la perfección casi mecánica de la mujer; mecánica en cuanto á la estructura, digámoslo así, á la trabazón de las piezas componentes de su sér moral, no en cuanto á las funciones del conjunto, que éstas ya dependían de la pasta fundamental, del temple nobilísimo del alma, obra de un Artífice más alto.

Quiero decir, antes que nos extraviemos entre sutiles metafísicas, que aún me parecen más inextricables que los laberintos de la botánica, que Luz, con su equilibrio de agentes íntimos, no era un reló que *andaba bien*, ni una soñadora que bebía vinagre y suspiraba por «el reposo de la tumba,» sino una mujer de carne y hueso, con muy pocas ambiciones y muy apaciguados deseos; porque había en los ojos de su imaginación unas lentes que le presentaban los objetos exteriores con un colorido sumamente dulce y á una luz suave y tranquila, como la de un crepúsculo de otoño. Habituada á este modo de ver, no es de extrañar que la repugnaran los colores vivos y todo linaje de desentonos y de aberraciones, lo mismo en el orden físico que en el orden moral. Y así era lo cierto. Esto no

impedía que Luz estuviera dispuesta á tomar lo que la dieran; pero autorizada para elegir, muy pocas veces se decidiría al gusto de las mujeres de su edad.

Apurando el ejemplo que tenemos entre manos, he de añadir que esto del mundo del que tanto se la hablaba y que ella hubiera adivinado aunque nada le hubieran dicho, porque la humana naturaleza es una parlanchina que todo lo descubre, y, más ó menos recio, habla á la imaginación, aunque se la pongan candados en la lengua y se la confine á las soledades de un desierto; que esto del mundo, repito, la dió bastante que pensar desde que traspuso las fronteras de la niñez y entró con paso más firme y con doblados alientos de vida y con mayores fuerzas de visión, en los términos de la juventud.

¿De qué la servía, si no todo, la mayor parte del mundo que iba columbrando, y además le descubrían en libros y en advertencias de palabra?... De maldita de Dios la cosa para las especiales ambiciones que la dominaban y las cortas necesidades que sentía. Si á ella la hubieran dicho: «forma uno á tu gusto y para tu exclusivo recreo, donde vivas en cuanto salgas de aquí,» ¡qué cosa tan distinta de lo que le esperaba hubiera construído!

Por de pronto, nada de multitudes humanas, ni de ruidos incómodos, ni de hacinamientos

de casas formando calles sombrías y angostas; nada de ceremoniales mentirosos para cultivar amistades que no se necesitan entre personas que no se pueden ver; ni de espectáculos públicos, en los cuales se exhiben las gentes embanastadas de medio abajo, y en ringleras, como muñecos de escaparate; nada de sonrisas forzadas, ni de saludos maquinales, ni de corsés muy apretados; nada, en fin, de ese cúmulo de esclavitudes y de molestias en que viven las gentes «bien educadas,» cuando se dice de ellas que hacen una *vida regalona*. Luz se hubiera contentado con muchísimo menos: con un pedacito del mundo, precisamente de la parte de él más desdeñada de las gentes mundanas; algo así como cuadro de primavera campestre: praderas rozagantes, copudos robles, matas de rosales, senderos blandos y retorcidos entre los árboles y los rosales y las praderas; un sol cernido á través de las espesuras; fuertes contrastes de luz y sombra; rumor de brisas en el follaje y de aguas fugitivas entre márgenes de madreselvas y laureles bravíos; pájaros cantadores, y en lo alto, pero no lejos del río, sobre una base de roca blanquecina medio envuelta entre carrascas, hiedras y escaramujos, una casita, no como la choza rústica y grosera de los idilios, no tanto: podía ser un *chalet* muy cómodo y muy lindo, hasta con su salita de es-

tudio y un buen piano en ella, y un terradillo desde el cual se descubriera una gran parte del panorama y se entrara en tentaciones de recorrer lo que no se veía...

La segunda vez que se asomó Luz con los ojos de su imaginación á esta azotea (porque este cuadro primaveral no fué obra de un acaso ni contemplado un día solamente), descubrió ¡extraño suceso! al alcance perfecto de su vista, junto á un árbol de los más próximos al río, una *figura* que ella no había puesto allí. Se atrevía á jurarlo. Era la de un hombre en lo más verde y lozano de la juventud: gallardo de cuerpo y hermoso de cara; poco bigote todavía, pero muy negro, como los ojos y como el pelo, suelto y abundante; muy bien ataviado, pero no compuesto.

¿Debía Luz borrar aquella figura del cuadro, solamente por no ser obra suya? Fueran cuales fuesen su procedencia y su destino, el detalle inesperado *componía* muy bien donde estaba; y *componiendo* bien, no debía borrarse. Además, aquellos fondos, aunque bellos, eran demasiado para una mujer sola. Podía llegar á sentirse allí hasta el miedo, porque la soledad es imponente, por hermosa que sea; y aunque no se llegue al miedo, las impresiones recibidas en la contemplación de lo bello no se completan si no son comunicadas con alguien; y

hasta se daba el caso entonces de que aquel mancebo, por la expresión de su mirada intensa, la dulzura de su sonrisa y lo varonil de su persona, parecía la encarnación del sentimiento, de la bondad y de la fortaleza; como que metida ya Luz de plano en estas fantasías, hasta se le antojó (salvando la irreverencia que creía cometer en la comparación) que el tal mancebo podía pasar, donde estaba, por algo así como arcángel guardador del misterioso paraíso. ¡Si *compondría* bien la figurita en el punto del cuadro en que había aparecido «de repente!»

Á la tercera vez que se asomó Luz á la azotea también vió al mancebo en el mismo sitio; pero ya no se contentaba, para dar entretenimiento á sus miradas, con el lujo de la naturaleza que le envolvía; también la miraba á ella, á Luz, y aun con mejores ojos que á las bellezas inanimadas del paraíso; y como el mancebo era, en opinión de Luz, «el sentimiento, la bondad y la fortaleza,» y hasta «el arcángel guardador» de todo aquello, que ya era «de los dos,» Luz bajó del terrado, sin miedo y sin escrúpulos, y el mancebo la salió al encuentro; y ella apoyó su brazo en el brazo que le presentó él, y se fueron juntos por el sendero adelante; y mientras andaban así, á Luz le parecía más radiante la del sol y que eran más olo-

rosas las flores y más blandos los senderos; los ruidos más armoniosos, el ambiente más saludable y los pajarillos más alegres. Después, en la soledad de su casita, todo lo hallaba más cómodo y risueño; y al poner sus manos sobre el teclado del piano, le arrancaba del fondo notas de una vibración como jamás había arrancado de aquellas fibras de acero.

Pues bien: algo así, con este cuadro primaveral por base, podía ser la vida de una mujer como Luz, si la dijeran: «escoge un mundo á tu gusto para tí sola, ó para *los dos* á lo sumo.» No pediría ella otra cosa. Y, sin embargo, se guardaría muy bien de descubrir estos deseos en medio de las realidades de su vida, porque estaba cierta de que habían de ser calificados de locura.

Pero locura ó no, soñó largo tiempo con el cuadro, no sé, ni ella lo supo, si despierta ó dormida; y de tanto soñar con él, llegó á salir del colegio con grandes dudas de si aquellos fondos de la naturaleza y aquel mancebo guardador del paraíso de sus sueños, que tan conocidos le eran ya, los había *visto* ella en alguna parte.

No sé si el lector habrá comprendido bien todo cuanto llevo dicho, ó si yo no habré sabido explicarme, para llegar á conocer el fondo del carácter de Luz; pero seguro estoy de que,

por muy mal que me haya salido la tarea, se puede sacar de ella todo lo que se necesita para convenir conmigo en que la marquesa de Montálvez no tenía motivos para alarmarse al presentar en el mundo á su hija, hecha una mujer, por el lado de sus pensamientos y naturales inclinaciones. Y no se alarmaba por lo tocante á este lado. Pero por el otro, es decir, por el de su belleza, ¿cómo evitar los riesgos que temía? ¿Qué más daba que ella se fuera sola hacia el cenagal, ó que el cenagal la buscara á ella, si lo importante era que el uno y la otra se pusieran en contacto inmediato? Pensar en recluirla de nuevo, teníalo hasta por inhumano además de ridículo. Era de necesidad no solamente «echarla al mundo,» sino también lucirla en él. Y en este caso, ¿cómo impedir que aquella gentileza de Venus púdica, ó mejor dicho, aquella realizada idealidad de virgen cristiana, atrajera sobre sí todas las voracidades de los hombres descorazonados y todos los venenos de las mujeres envidiosas, y que fuera esta lepra inficionando poco á poco á la inocente? ¿Cómo evitar, cuando menos, que con el continuado roce con tantas y tan diversas intenciones se destruyera el artificio y quedaran de manifiesto á los ojos de Luz las negras realidades que la marquesa le escondía hasta dentro de su misma casa?

Los temores de la madre no podían ser más fundados; pero había que cerrar los ojos y seguir adelante. Y adelante fué.

Luz hizo su entrada en el mundo con la serenidad de quien nada teme en una región que no le interesa. Todo cuanto iba viendo le parecía natural y corriente, porque cuando allí lo ponían, allí debería de estar. Tomaba las cosas en el valor que á sus ojos tenían, y á ese precio las pagaba; y como le sobraba en discreción mucho más de lo que le faltaba en experiencia, siempre salía muy airosa en estos tratos de su forzado comercio con las frivolidades mundanas.

Á más de por hermosa en el grado especial en que lo era, por la historia que tenía fué su aparición en los salones mucho más notada que otras semejantes: la mordieron las envidiosas con la saña de las grandes ocasiones; la compadecieron á gritos las pecadoras en secreto; los hombres la tuvieron quince días *sobre el tapete* en sus debates *naturalistas*, y los revisteros de salones soltaron toda la trompetería más sonora de sus órganos, en honra y gloria de la recién llegada al único mundo en que, según ellos, se podía vivir debajo de la luna. Aljófar, que todavía cantaba porque aún tenía estómago insaciable que se lo exigía, entonó en letras de molde una *silva* de media vara, en que hubo

más juegos de *luz* que en un «cuadro disolvente.» Ni de las murmuraciones á escondidas ni de las alabanzas en público, tuvo noticias Luz; porque las primeras no se oían, y cuidó mucho su madre de ocultar las segundas con el sabio propósito de que desconociera su hija, mientras esto fuera posible, aquella mala costumbre de poner á las gentes en ridículo queriendo hacerlas un favor.

Tomando por pretexto las pocas aficiones de la novicia á los estruendos mundanos, la marquesa se guardaba muy bien de empujarla hacia ellos; antes la mantenía discretamente en sus inclinaciones al sosiego, y hasta las explotaba en cuanto la convenía para sus fines particulares.

Por ejemplo: Luz seguía fuera del colegio las prácticas cristianas á que se había acostumbrado en él. Iba á la iglesia á menudo y tenía sus rezos en casa. Pues á todos estos actos piadosos la acompañaba su madre. Algo la mordían sus amigas, y con gran donaire se sacudía ella de las zumbas: pero seguía yendo á la iglesia y rezando con su hija, muy á su placer.

Con todo esto y lo que ya se ha dicho en el capítulo precedente sobre oreos y desinfecciones, que continuaban en la necesaria medida, la casa de la marquesa, sin dejar ésta de ser la dama de distinguido y ameno trato, no era co-

nocida ya. Aquellos profanados interiores de la Montálvez, habían adquirido el honrado aspecto de un *hogar de familia*.

Algo retrasadas andaban estas medidas de regeneración; pero nunca es demasiado tarde para abrir á Dios la puerta de casa, después de haber barrido de ella al demonio.

Guzmán, que era ya Excelentísimo señor don José Celestino, senador del reino, columna del partido conservador, consejero de Estado, embajador probable, ministro posible y todo lo que quisiera, si lo quería con gran empeño, pasaba la pena negra desde que Luz había llegado á Madrid. Temblaba por ella, y á su lado se hubiera puesto para ampararla de día y de noche contra los peligros en que veía el tesoro de candor que se encerraba en aquel estuche primoroso; pero no alcanzaban sus derechos adonde llegaban sus impulsos. Era harto sabida en Madrid la leyenda de la *semejanza*, con todos sus antecedentes, y hubiera sido una profanación inicua someter aquel ángel á nuevas comparaciones y nuevos comentarios del público mordaz. Por eso se creía más obligado á alejarse de ella cuanto mayores eran sus deseos de acercarse. La admiraba y la protegía á *prudente* distancia; pero esta prudencia se parecía demasiado en sus trámites al desvío de un extraño, y él no podía conformarse con tan poco.

Ya sabemos que había vuelto á frecuentar la casa de la marquesa desde que se andaba en ella á escobazos con el diablo. En una de sus visitas, estando ya la desterrada joven en Madrid, halló á su amiga muy alarmada. Luz sabía desde muy niña que su madre era viuda, y de quién lo era y desde cuándo; pero en lo que jamás había dado, dió en las primeras conversaciones que tuvo con su madre, recién llegadas las dos de Francia: en pedirla noticias y pormenores íntimos de «su padre.» ¡Figúrese el lector en qué aprietos no se vería la aristocrática viuda de don Mauricio Ibáñez para salir limpia y sin manchar á nadie, de aquel nuevo lodazal en que la arrojaba de pronto el natural deseo de su hija! Salió bastante mejor que hubiera salido otra pecadora con menos ingenio y serenidad que ella; pero salió muy dolorida y alarmada.

Refirió el caso á Guzmán, muy en voz baja y después de registrar hasta los rincones temiendo que la oyeran, y también culpó á su amigo de este nuevo fruto de su vida de iniquidades y contubernios.

—No es ya hora—la dijo Guzmán,—de liquidar esas cuentas tan envejecidas. Tomemos el caso como una advertencia más del celo que se necesita aquí para que no descubra Luz lo que jamás debe serle conocido, y eso nos bas-

te, que no es poco en gracia de Dios. El bien de tu hija debe ser el móvil de todos tus actos y pensamientos. Yo te ayudaré con los míos en cuanto me sea posible y lícito, á la distancia á que me hallo de vosotras. Olvido absoluto de todo lo demás... hasta en sueños, si dable nos fuera; y desde este instante no se pronuncie una sola palabra entre nosotros que no pueda ser oída de Luz sin asombro de su ignorancia y de su inocencia; porque fuera caso peregrino que lo que tratas de ocultarla entre las desenvolturas de las gentes extrañas, se lo descubrieran en su propio hogar tus mismas imprudencias.

Á la marquesa le pareció muy cuerdo el dictamen de Guzmán, y desde aquel día se acabó entre ambos el tratamiento llano de sus intimidades; quedó proscrita toda alusión á lo pasado, y no fué en la casa de Luz ni fuera de ella el antiguo amante de la hermosa Nica Montálvez, más que un amigo muy afectuoso y atento de la ajamonada viuda del arruinado banquero don Mauricio Ibáñez.





IX

La marquesa había dicho á su médico que probablemente necesitaría tomar, durante el verano que se acercaba, algunas aguas sulfurosas y quizás también algunos baños de mar; pero «caserito todo ello, y á lo pobre.» Quería dar á entender que en puntos de poco ruido aristocrático, y en España. En seguida expuso las razones en que se fundaba para creer de necesidad lo que decía (fundamentos que bien pudieran haber sido inventados por ella). El amable doctor, después de escucharla atentamente, la respondió muy risueño que estaba enteramente conforme con su parecer. Entonces añadió la marquesa que ella sabía de una provincia española donde se hallaban ambos remedios, y á muy corta distancia el uno del otro.

—Pues á esa provincia—repuso el complaciente médico.—Tome usted muy poco de lo

sulfuroso y cuanto pueda resistir de lo del mar; y si Luz no tiene miedo á las olas, que se columpie en ellas también siempre que le dé la gana; pues hasta en naturalezas tan saludables como la suya, sientan esos tónicos á maravilla.

Y por estas razones, con alguna más que ella conocería, y que bien pueden sospecharse sabiendo su nuevo modo de pensar sobre las vanidades de su mundo, se hallaba la marquesa de Montálvez con su hija, en el rigor de aquel verano, tomando los baños de mar en una de las playas más hermosas, aunque no la más nombrada de la Península.

Se encontraba muy bien allí. La concurrencia era abundante, pero no de *primer lustre*. Precisamente lo que la marquesa quería. Gentes de buen pelaje: de tierra adentro las más, pero sin llegar á Madrid. Como no había etiquetas, aunque sí mucha presunción entre los bañistas, la marquesa vivía entre ellos con la mayor holgura, casi en traje doméstico; y no suprimía el casi, porque no se tomara su desaliño á desdén de gran señora. El aire de la playa, el rumor de las olas, la inquietud de la mar, el abrupto perfil de la costa, las puestas del sol entre celajes de fuego y sumergiéndose el astro y apagando su luz poco á poco en lo último de aquellas aguas sin fin... Cien veces

lo había tenido delante de los ojos en otras playas de Europa, y no lo había visto hasta entonces. ¡Qué saludable y qué hermoso le parecía!

Creían hacerla un gran favor aquellos corteses bañistas cuando la invitaban á las fiestas con que entretenían los ocios de la temporada; y no podían imaginarse hasta qué extremo la molestaban poniéndola en el deber de aceptarlo todo. ¡Fiestas á ella que venía huyendo de las que le habían envejecido el espíritu á lo mejor de la vida!

Pero no se trataba de ella sola: se trataba de Luz, á quien indirecta, pero principalmente, iban enderezadas las invitaciones; y era muy justo no desairarlas, así por la buena intención de los invitantes como por lo inofensivo de lo brindado. Podía la hermosa novicia hasta saturarse de ello sin temor de daño alguno.

Lo peor era que Luz no lo apetecía mucho más que su madre. Habían hecho que lo tomara casi en aborrecimiento las intemperancias galantes de aquellos donceles que la miraban, que la seguían y que la requebraban implacables, y de aquellas damas que buscaban su trato incesantemente para alabarla cuando hablaban con ella, para ponerla defectos las más, en cuanto se alejaban un poco, y para imitarla todas al fin, hasta en el modo de andar.

Pero lo que su madre le decía: «estás aquí, y en la edad de divertirte, y tienes hasta que hacer que te diviertes con lo que aquí se divierten los demás.» Y Luz lo aceptaba todo con el mejor de los deseos, y en todas partes aparentaba divertirse mucho, aunque en realidad se divirtiera muy pocas veces. Sin embargo, tampoco se aburría; y quiero que conste este dato para que no se confunda con el melindre indigesto lo que era hasta abnegación de una naturaleza sobria y delicada de gustos.

La marquesa, por vecindades en la mesa redonda del hotel en que se hospedaba, había trabado amistad con una señora de *buen aire*, la cual señora tenía dos hijas muy guapas: la una y las otras eran además muy discretas y muy distinguidas de porte. Tampoco eran de Madrid—condición muy del gusto de la marquesa; —pero sin ser de Madrid se puede ser guapo, y hasta listo y elegante. El caso es que si las dos señoras *simpatizaron* entre sí, las chicas de la una se entendieron con Luz y Luz con ellas, como si toda la vida hubieran andado juntas y en paz. En muy pocos días llegó á haber entre ambas familias toda la intimidad que cabe en los tratos de esta especie. La marquesa, particularmente, estaba como niño con zapatos nuevos con la amistad de aquella señora, que era afable sin fingimientos, y buena sin doblez.

Nunca se había visto en otra la gran dama; y este sencillo y honrado placer se le debía á la mujer de un magistrado cesante. ¡Y ella se había pasado la vida pagándolos á precios exorbitantes en las grandes cúspides sociales, sin adquirir uno solo que no la dejara rastros de amargura y de remordimientos!

Luz y sus dos amigas paseaban juntas muy á menudo, juntas se bañaban y juntas asistían á bailes, jiras y conciertos. Las del magistrado habían visto y aprendido más cosas de la vida que ella, y la entretenían mucho con sus relatos de sucesos (*limpios*, se entiende) recogidos siguiendo á su padre de la Ceca á la Meca, por azares de su destino. Luz, en cambio, nada por el estilo podía contarlas; porque hasta de su mundo, al cual era recién llegada, sabía mucho menos que ellas, aunque sólo le conocían de oídas.

Y hablando, hablando, llegaron las confianzas al último límite, y resultó que la mayor de las dos hermanas estaba ya para casarse, y muy enamorada. *Él* era un joven muy guapo, recién graduado de doctor en medicina; rubio, con toda la barba, pero muy recortada, lo mismo que el pelo; muy alegre por carácter, y muy cariñoso: á *ella* la quería *atrozmente*. Á la hora menos pensada se presentaría por allí: se lo tenía prometido. En la última carta, que era de

Madrid, la anunciaba una gran sorpresa. Debía de ser su llegada. Ya tenían puesta la casita, muy mona, en la mejor de las calles de la ciudad. Él era buen músico y algo pintor, y ella tocaba regularmente el piano. Habían comprado uno nuevo, vertical: como mueble, muy elegante.

Luz oía todas estas cosas con gran atención, y no negaba que el novio de su amiga fuera muy guapo, con su barba rubia y su pelo recortado; pero á ella le gustaban más los hombres de pelo negro y abundante y con bigote solo, y no largo ni muy espeso. Bien estaría la casita de los novios; pero no tanto como el *chalet* que ella tenía en lo alto de «su mundo;» y en cuanto al piano, por superior que fuera, ¿á que no sonaba tan bien como el *suyo*, cuando se ponía á tocarle después de dar un paseo por las tortuosas veredas de *su* paraíso, con «el arcángel» que se le custodiaba?

Por supuesto que Luz no decía nada de esto á sus amigas, ¡quién se lo mandara! pero lo iba pensando y hasta lo creía. ¿Y qué mal había en ello?

Aquella noche había baile en el gran salón que uno de los hoteles tenía destinado á esa clase de fiestas. Las tres amigas, seguidas á corta distancia de las dos madres, se dirigían á él, algo más peripuestas de lo que habían pensado

por la mañana, porque á última hora se supo que acababa de llegar un gran contingente de bañistas de buen humor, que no faltarían al baile. No era bastante motivo éste para emperejilarse más las mujeres que asistían á otros tales muy bien vestidas; pero la idea nació de la novia del doctor de barba rubia; y hay motivos para creer que tomó por pretexto la asistencia de gente desconocida al salón, para presentarse en él bien engalanada, sospechando que su novio le había de dar allí la anunciada sorpresa. Por lo mismo que ya no bailaba más que con él, quería, si sus sospechas se realizaban, hacerle en aquella ocasión los honores en toda regla.

Y fué verdad que hubo gente nueva en el baile, y bastante, y de muy buen porte; y también se confirmaron las sospechas de la hija mayor del magistrado cesante: allí se le apareció de golpe su novio, tal como ella le había descrito, con la barba y el pelo rubios y recortados, alegre y cariñoso, á juzgar por las muestras del momento. Comenzaron en seguida las presentaciones y los mutuos cumplimientos; tocóse luégo á bailar, y con este motivo la novia se colgó del brazo que el novio la ofrecía y se largaron juntitos por el salón adelante.

Luz (que se excusaba de bailar siempre que podía) estaba sentada entonces, y desde su asiento seguía con la mirada á los novios, aso-

ciando, sin poderlo remediar, á algunos pormenores de aquel suceso, otros detalles semejantes de sus imaginaciones *paradisiacas*. En aquel encuentro y en aquel paseo, ¿no había un extraordinario parecido con los encuentros que ella tenía y con los paseos que se daba bien á menudo en las arboledas de su retiro? Cierto que los fondos eran bien distintos entre sí; pero las figuras... También en las figuras, en las de *ellos*, encontraba grandes diferencias. Éste era rubio y poco esbelto, al paso que *el otro*...

Y al llegar aquí la candorosa Luz con sus comparaciones mentales, se quedó abismada en el mayor de los asombros... Junto á la puerta de entrada al salón, en el mismo sitio donde ella tenía puesta la mirada, casi rozándose con el novio de su amiga que pasaba por allí en aquel momento, acababa de aparecer... *el otro*, el mancebo de sus imaginaciones; la *figura* de su cuadro, con su gallardía de continente; con su pelo negro, suelto y abundante; sus rasgados ojos, tan negros como el pelo y el sedoso bigote; su boca risueña y su mirar dulce y profundo. ¿De dónde venía? ¿Á qué iba allí?... No cabía duda: venía de su paraíso... y en busca de ella. ¿De qué otra parte podía venir, ni qué otra cosa, sino á ella, podía buscar en el salón con aquel modo de mirar tan *suyo*?... Ya la había encontrado. ¡La misma sonrisa de *allá;* la mis-

ma expresión de ansias bien satisfechas, en los ojos; el mismo andar que cuando iba hacia la roca blanquecina medio envuelta entre carrascas, hiedras y escaramujos! Si Luz hubiera estado entonces sola en su azotea, habría bajado de ella en seguida para salirle al encuentro; pero no estaba sola ni en la azotea, y esperó á que llegara él.

Y llegó, y la invitó á bailar; y Luz, sin dudar un solo instante, se levantó de su asiento, enlazó su brazo con el brazo que le ofrecía el mancebo, y se fué con él por el salón adelante... ¡Lo mismo que cuando se iban por los tortuosos y blandos senderos de su mundo!

No bailaron... ¡qué habían de bailar?

Lo que Luz no recordaba bien era el timbre de la voz de su acompañante de *allá;* pero en cuanto oyó hablar al otro de carne y hueso, exclamó para sí con nuevo asombro: «¡el mismo!»

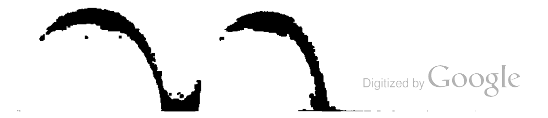
Este *otro* la dijo que había ido á buscarla allí, porque una corazonada le había declarado que allí la encontraría. Luz no se atrevió á preguntarle dónde se habían conocido los dos, ni qué era lo que le movía á buscarla con tanto empeño; y él la enardeció todavía más los deseos, declarando que la conocía mucho, ¡muchísimo! Jurara que de toda la vida, aunque la había visto muy pocas veces y sólo sabía de ella que se llamaba Luz.

¡Y Luz, en cambio, con haberle *tratado* tanto, ignoraba todavía cómo se llamaba él!... Se atrevió á preguntárselo.

—Me llamo Ángel,—respondió el mozo.

¡Ángel! Por *arcángel* le había tomado ella muchas veces al contemplarle en su imaginado paraíso guardándole las puertas. ¿Qué venía á suponer esa leve discrepancia de jerarquías? Siempre resultaba el mismo «guardián.»

Pero ¿dónde la había conocido? Eso es lo que ella quería saber para acabar de orientarse en aquel laberinto de coincidencias tan de su agrado. Y al fin lo supo también. Ángel la había visto con admiración desde lejos, entre otros que también la admiraban. Por lo que les oyó decir, averiguó que se llamaba Luz, nada más que Luz. ¿Y no era eso bastante? No volvió á verla en el mundo de la realidad, por más que la buscó; pero se forjó él otro mundo á su capricho, en el cual la veía á todas horas; porque aquel mundo era *para los dos solos*. Y viéndola allí y admirándola sin cesar, le parecía que volaba el tiempo que había de correr hasta que la encontrara *de veras;* porque este encuentro había de ocurrir *necesariamente*. Lo creía con ciega fe. Dios no infunde en el corazón humano sentimientos tan dulces, tan puros y tan hondos como los que había infundido en el suyo, para que se conviertan en se-



millas de negros y dolorosos desencantos. Por eso se habían realizado allí sus esperanzas de encontrarla. El sitio era lo de menos, porque en alguno de la tierra había de ser. Como creía llevar los pensamientos en los ojos, y entre estos pensamientos estaba hecha á vivir la Luz de sus ilusiones, no se asombró de que la Luz de la realidad los leyera en las miradas con que la buscaba por el salón, ni de que no temiera acercarse á ellos para vivir también un rato entre tan buenos amigos. Ésta era la verdad; y si no se la decía, ¿para qué había ido él allí?

Lo mismo opinaba Luz. ¿De qué había de hablarla á ella aquel hombre sino de esas cosas y en aquellos términos?... Pero ¿cómo sería el mundo que él también se había forjado á su capricho? Casi se atrevía á jurar que era muy semejante á su paraíso. La duda la impacientaba bastante, y se decidió á salir de ella preguntándolo.

—Ese mundo—respondió el mancebo,—se concibe mejor que se pinta, como todo lo que se siente por anhelos del alma. Desde luégo no es un mundo de cal y canto como el que han ido construyendo los hombres para nido de sus vanidades dispendiosas y mal sanas; es un compuesto de primores de la naturaleza en su más dulce reposo: auras de mayo, rosas, follaje, pá-

jaros... ¡qué sé yo? y sobre todo ello, y para alumbrarlo, vivificarlo y embellecerlo, la Luz de mis ilusiones, del hada de aquellos encantados jardines.

—¡Los conozco!—exclamó aquí la joven sin poderse contener; y añadió á la pintura, á grandes rasgos, de los jardines del otro, algunos detalles de los del *suyo*.

—¡Eso mismo!—dijo el pintor idealista; y en el acto preguntó á Luz que de qué los conocía; y Luz tuvo que responder que también ella había vivido mucho tiempo en un mundo de aquella traza.

—¿Sola?—la interrogó entonces el confidente, con fogosa vehemencia.

Y á esta pregunta no pudo responder Luz de pronto, porque le dejó sin ánimos para ello una sensación que hubiera creído de miedo, á no parecerle tan agradable.

—Sola... sola no—llegó á decir, bajando los hermosos ojos y con las mejillas muy sonrosadas:—con *él*.

Y de aquí no pasó ya la pobre chica. Verdad es que el otro no porfió mucho para que pasara, respetando aquellas pudorosas resistencias que lo impedían.

Ni ¿para qué pasar? ¿No era preferible la elocuente actitud de la interrogada, á la más terminante de las frases?

Luz, siguiendo la conversación y no hallando en su memoria un motivo real y verdadero de donde derivar el enlace lógico de tantas y tan singulares coincidencias, convino con su amigo, al volver éste sobre lo ya tratado, en que cuando Dios infundía ciertos sentimientos en un corazón, bien podía infundirlos iguales en otro, si entraba en sus designios que ambos corazones se encontraran, por apartados que estuvieran, para formar uno solo...

No podía darse mayor conformidad de pensamientos entre Luz y su amigo, ni realidad más parecida á la hermosa ilusión forjada en dos cerebros juveniles. ¿Á qué pedir más por entonces?

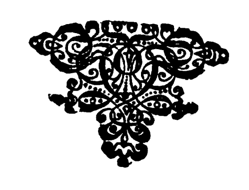
Lo peor era que las gentes se regían allí, en el salón del baile, por leyes muy distintas de las del mundo ideal de los dos enamorados; y era ya preciso que ella volviera á sentarse y que se separaran después.

Y se separaron, tan pronto como Luz se sentó donde antes había estado sentada, entre su madre y su amiga sin novio. La que le tenía continuaba paseando todavía con él.

Con serle tan conocido á Luz cuanto la rodeaba, todo le parecía nuevo, por más hermoso: hasta el piano la sonaba mejor. ¡Lo mismo que le sucedía en la casita de la azotea después de pasear con *él* por las veredas blandas y retorcidas de su edén!

Ángel, después de dejarla sentada, había desaparecido del salón. La marquesa, que no le había perdido de vista un solo momento, deseaba saber quién era; y ni se lo pudieron decir sus amigas ni la misma Luz á quienes se lo preguntó. Luz sólo sabía que era *él*, y esto no debía respondérselo á su madre; la cual, por lo mismo que lo había sospechado por lo que había visto y lo que estaba observando en el arrobamiento y turbación de su hija, tenía mayor empeño en saber algo más; y repitió la pregunta al novio de la hija de su amiga cuando pasó cerca de ella.

Según este declarante, el sujeto en cuestión era madrileño, muy rico, abogado por lujo, y se llamaba Ángel; Ángel Sánchez, ó Pérez, ó López... un apellido así, de los más llanos y corrientes. Sabía esto, porque habían venido juntos desde Madrid, por casualidad. Parecíale un joven sumamente despejado y discreto... y no sabía otra cosa de él, ni buena ni mala.





X

ÁNGEL desapareció del salón del baile aquella noche, pero no de la playa. Al otro día se dejó ver instalado en el mismo hotel en que vivía la marquesa. Habló con Luz en el comedor y en el jardín, y donde quiera que le fué posible y le pareció lícito, y Luz se le presentó á su madre á título de *amigo* suyo; como «*el mejor* de sus amigos.» Así le calificó.

Se necesitaba tener los ojos muy poco avezados á estudiar fisonomías, escasa luz detrás de ellos, menos mundo y demasiada carga de malicias, para recibir mal á un presentado de aquel corte; y como á la marquesa le sobraban mundo, luces, experiencia, buen gusto y hasta *motivos especiales*, «el mejor amigo» de su hija fué recibido por ella muy cortés y cariñosamente.

Á los pocos días Ángel era también «el me-

jor amigo de la casa,» y el compañero inseparable de Luz y sus amigas en corrillos, fiestas y paseos. No podían pasar las cosas de otro modo con un carácter como el del «guardián del paraíso» de Luz.

«Era un conjunto»—escribe la marquesa—«de enterezas y formalidades de hombre, de sinceridades de niño y de entusiasmos de artista, envuelto en un cendal de los más nobles y honrados pensamientos; pensamientos que se le leían, aunque callara, como si su cerebro fuera urna de transparente y limpio cristal. Era imposible no franquear todas las puertas de la casa á un huésped como aquél, que llevaba todo su caudal de sentimientos y de ideas á la vista y sin cerrojos.»

Ya conocía la madre el génesis novelesco de la *amistad* de su hija con él, y había hecho suma gracia á sus malicias de mujer de larga historia; y le conocía, porque Luz, que se había arriesgado á declararla lo más, no tenía para qué ocultarla lo menos. Por cierto que se vió la pobre en grandes apuros para pasar con el idilio entre las sonrisas cáusticas de su madre, siguiendo el fantástico camino por donde habían llegado las cosas al punto en que se hallaban.

Pero idilio ó no, el desenlace era un hecho positivo y de una realidad bien simpática para la marquesa, hasta aquellos momentos. En

adelante ya vería, según fuera descubriéndose lo mucho que aún ignoraba. Luz le había presentado el mancebo con su nombre y apellido; pero como éste le había sonado poco á fuerza de parecerle vulgar, ya se había olvidado de él, hasta por costumbre de llamar al presentado por su nombre de pila que tan bien le cuadraba. Y esto era muy poco saber todavía.

Las amigas de Luz y el novio de la mayor, desde la noche del baile se bebían los vientos olfateando noticias del *aparecido* en el salón, por supuesto que con la mejor de las intenciones; pero nada averiguaban de fundamento, aunque por la playa corrían ya las versiones más estupendas y contradictorias acerca de la procedencia y vicisitudes del novio de Luz; que por esto solo, es decir, por ser el novio de la bañista más hermosa y más visible de cuantas por allí se exhibían, tenía el triste privilegio de atraer sobre sí todos los rigores de la curiosidad desocupada.

Entre tanto, *él* y *ella* habían ido trocando poco á poco las tintas ideales de sus alegorías, y buscando la comunicación de sus mutuos sentimientos por otros carriles más humanos, aunque menos pintorescos; se amaban á la manera de los mortales del mundo sublunar que se aman de veras, sin afirmarlo á cada instante, pero sin vacilaciones ni recelos, ni ansiedades

locas ni exigencias ridículas. Luz hallaba menos cargado de poesía este cuadro de la realidad que el otro de su fantasía; pero, en cambio, le parecía más substancioso, y por ello no se lamentaba del trueque. Verdad es que Ángel sabía mantenerla en tan buena conformidad pintándola á menudo, y para lo porvenir, hasta panoramas enteros, que no por desenvolverse en el prosáico mundo «de cal y canto,» dejaban de ser llamativos para la venturosa pareja que había de habitar en ellos.

Cuando la marquesa comenzaba á echar de menos los pormenores que Luz no podía darla sobre la procedencia del «mejor amigo» de ambas, se anticipó el interesado mismo, en una ocasión bien elegida, cuando vino muy á pelo, á sacarla de su apuro, relatándola con noble, sencilla y hasta elegante ingenuidad, su filiación entera y verdadera.

Esto ocurrió una tarde, en la intimidad de una conversación habida en el mirador del gabinete de la marquesa entre ésta, su hija y el relatante, al blando rumor de las ondas que venían á morir, deshaciéndose en ancha faja de espumas, sobre la playa inmediata. He aquí la substancia de su relato:

Ángel era el menor de varios hermanos suyos, á quienes no llegó á conocer, porque murieron siendo muy niños. El temor de que tam-

bién él se muriera, fué causa de que le guardaran sus padres como oro en paño. Cualquier otro en su lugar se hubiera perdido con lo que se hizo con él por el afán de conservarle. Á él le salvó su naturaleza francamente refractaria á vivir bajo fanales. Nunca fué niño mimoso ni asombradizo, aunque sí muy avaro del calor del hogar y de la familia. No llegó á perdulario, ni con cien leguas; pero rompió muchos zapatos jugando en las plazuelas con otros camaradas; se descalabró bastantes veces, y no volvía á casa, de retorno de la escuela ó del paseo, con la ropa más limpia ni más entera que la de cualquier otro muchacho de *buenas agallas*. Lo que nunca hizo fué negar en casa lo que había hecho en la calle, ni quejarse contra nada ni contra nadie por sucesos de que él solo tenía la culpa. Esta sinceridad le valió nuevas largas de quien tenía derecho para atarle corto; pero él no las quiso, es decir, no usó de ellas, porque le bastaba con las que ya tenía para expansión necesaria de las fuerzas de su temperamento. Cumplió bastante bien con sus deberes escolares. No descolló gran cosa entre sus condiscípulos de primeras y segundas letras, pero tampoco fué de los últimos. Se creía muy en su puesto estando donde estaba, y por eso jamás tuvo celos de los que le precedían, ni miró con desdén á los que iban detrás.

Cuando llegó el momento de elegir una carrera, hubo grandes porfías en su casa. Todo parecía poco para él, y él, entre tanto, tenía bien limitadas las ambiciones sobre este particular; no sólo porque era cosa convenida que no necesitaba la carrera para vivir á expensas de ella, sino porque no quería echar sobre su cabeza mayor carga de la que pudiera sufrir con desahogo. Fué siempre un enigma indescifrable para él la convenida *claridad* de las matemáticas. Excusado era enderezarle por este camino.—Aun suponiendo que hubiera sido capaz (que no lo fué) de penetrar los alambicados y abstrusos conceptos de la metafísica, reputaba por perfectamente inútil en la práctica de la vida toda esa jerga filosófica que ha tenido siglos enteros en perpetua disputa á la mitad del mundo sabio, sin que haya quedado más fruto positivo y tangible de tan larga y encarnizada batalla que un rimero de infolios en latín, que van royendo poco á poco los ratones y las polillas.—No tenía estómago bastante fuerte ni entrañas del temple necesario para médico, amén de que, como carrera de lujo, la de medicina le parecía la menos á propósito de todas las carreras. Y así, por este sistema de exclusión, llegó á demostrar á su padre que él no podía ser otra cosa que jurisconsulto, la carrera en que caben todos los grandes y los

pequeños, los listos y los tontos, y los que se buscan el título como puerta para salir á todos los campos de las humanas ambiciones, que no eran pocas á la fecha.

Y se hizo abogado en unos cuantos años de estudiar regularmente y de asistir á cátedra con bastante puntualidad, sin pedir, por iniciativa propia, más vacaciones que las de reglamento, ni perorar en los motines universitarios, ni fomentar huelgas ni manifestaciones escolares de ninguna especie, aunque obligado á servir de comparsa en las que le tocaron en suerte.

Siendo abogado á los veintidós años, ya no supo qué hacerse, y por hacer algo tuvo serias tentaciones de abrir su correspondiente estudio; pero no cayó en ellas, en primer lugar, porque con los aires de un largo viaje que hizo por entonces para acabar de convencerse de que en el mundo hay algo más que Madrid y sus afueras (lo cual no quieren creer todavía algunos madrileños), se le modificaron mucho las ideas sobre el bufete de letrado; y, en segundo lugar, porque ya le chisporroteaban en la mente ciertos reflejos de otras regiones más altas y serenas que las del foro; reflejos que, con el roce y continuo trato de personas avezadas á vivir en ellas, llegaron á ser clara luz con la cual descubrió nuevos mundos que le despertaban grandes apetitos en su fantasía, y en los cuales eran

desconocidos los procuradores y el papel sellado.

Felizmente conservaba Ángel en toda su pureza la buena pasta de sus primeros años. Continuaba conformándose con lo que en buena ley le correspondía, y teniendo por precepto de ella el volverse á su puesto, muy tranquilo, después de malograrsele su intento de valer un poco más, bien convencido de que no todos los viandantes servían para todos los senderos. De otro modo no hubiera ganado para sustos, contrariedades y descalabros; porque el mozo, en este particular, siempre fué curioso y decidido.

Antojósele que «también él» era poeta, porque era sensible y veía claro en el espacio de las ideas. Allí estaban, y suyas podían ser como de cualquier otro. Decidióse, y se apoderó de unas cuantas que mejor le parecieron. Trabajo inútil. Lo que tan hermoso se le antojó disperso y revoloteando en los cielos de su fantasía, entre sus manos profanas no era más que un puñado de cosas descoloradas y deformes. Le faltaba el arte con que vestirlas para que fueran la expresión exacta de lo concebido en la mente, y esto no era ser poeta.

Ya siendo estudiante se había creído capaz de ser pintor, porque *sentía* y amaba á la naturaleza, y tributaba admiración y hasta *saboreaba* las obras de los grandes maestros. Además, la he-

rramienta de este oficio le parecía de mayores recursos y más entretenida que la pluma. Otro desengaño. ¡Siempre la idea desfigurada y confusa entre la obscuridad de un arte deficiente! La misma dificultad con los colores que con las palabras. Cuanto más trabajaba para dar relieve á las formas de su pensamiento, más le desvanecía y le ahogaba entre la balumba de las frases huecas ó de los colores resobados. Esto no era ser artista.

Otro en su lugar no se habría dado por vencido en estas luchas, y hubiera inundado de coplas y de monigotes á España entera, para ofrecernos en cada disgusto un testimonio de que él era tan poeta y tan pintor como los mejores, ó de que, si no lo era todavía, lo iría siendo poco á poco; pero Ángel, para honra suya y tranquilidad de los españoles incautos, aprovechó las caídas para estimar el valor de lo que á él le estaba vedado, y empleó las fuerzas que otro hubiera gastado en odiar á los que eran lo que él no podía ser, en admirarlos quieta y sosegadamente, porque sabían expresar las más altas ideas con los procedimientos más sencillos. Y esto era ser poeta y ser artista.

Antes que en pintor, había querido picar en músico; y en este intento, aunque no llegó á dominar el arte, sacó mejores frutos que en los otros: tenía paciencia, mucha *maña* y buen

gusto, y el piano era un almacén de sonidos *hechos*. De este modo, si no creaba, cuando menos se divertía extrayendo del depósito las notas, concertadas por el orden que se le señalaba en un papel. Llegó á ser un regular pianista.

Después de su fracaso de poeta, quedábale el recurso de la prosa, que parece ser *el prado del concejo* para todos los aficionados á retozar en los campos acotados de las letras, y aun de las artes, las *pedestres* inclusive. Ángel no llevaba á tal extremo sus aprensiones, porque esto no cabía en un mozo de tan buen sentido; pero muy cerca le andaba cuando consideraba el caso desde lejos. Por de pronto, creía que sin las trabas del metro y de la rima, el ropaje de la idea era mucho más fácil de cortar. En la prosa, el arte, si arte se necesitaba para manejarla bien, era llanote y campechano; las pruebas abundaban, al decir de las gentes, de que en España bastaba querer para convertirse un zapatero en *literato distinguido;* y esto no sería del todo exacto por lo tocante á los zapateros; pero podía serlo por lo tocante á él, que había cultivado la inteligencia, conocía bastante bien la lengua en que pensaba, y hasta sabía distinguir los libros escritos con arte de los *emplantillados* por zapateros.

Y se atrevió con una novela, cuyo asunto veía *bastante claro* en su cabeza. Cuestión de co-

ger aquellos personajes, decir *cómo* eran, dónde vivían y de qué modo; de qué pie cojeaba cada uno, y moverlos de acá para allá, lo mismo que se mueven las gentes en el mundo, al compás de sus necesidades y según lo pidan sus virtudes ó sus pasiones. Nada más sencillo ni hacedero. No se lo parecería tanto si se tratara en la novela de cosas del otro jueves: de laberintos de sucesos, de lances inesperados, de sorpresas deslumbradoras y espantables, obra para la cual se exige una fuerza inventiva de todos los demonios, y hasta un acopio de auxiliares mecánicos que no se hallan ni se construyen en los talleres de un novelista cualquiera.

La armazón de la novela de Ángel era la siguiente: un comerciante muy rico tenía una mujer muy guapa, la cual mujer era además ligera de cascos. De este matrimonio nació una hija que llegó á ser moza, sin que su madre se recatara de ella todo lo que debía para entregarse á sus liviandades, que iban de mal en peor y al cabo llegaron á matar de pesadumbre y de vergüenza al pobre comerciante. Á la hija la pretendió un abogadete poco aprensivo; la pretendida le quiso y llegó á casarse con él; al poco tiempo de casada la galanteó un coronel muy guapo: á ella le gustaba mucho el coronel, que era mejor mozo que su marido; y porque le gustaba y estaba muy hecha á consi-

derar, en el ejemplo de su madre, que el ser mujer casada no impide enamorarse de *otro más*, aceptó los galanteos del coronel, el cual desorejó en un duelo al abogado ofendido, por habérsele quejado éste de la ofensa. Cuando se cansó del coronel, amó á un ingeniero civil, y después del ingeniero á un periodista, y así sucesivamente hasta un torero de fama; porque el público llevaba una cuenta minuciosa de todas estas prodigalidades amorosas, aunque la pródiga pensaba que nadie se las veía. Con este caso bien podía darse á entender, sin declararlo con la pluma, que, sin un milagro de Dios, de madre mala no puede nacer hija buena; porque aun sin contar con lo que influye en las inclinaciones de las segundas el mal ejemplo de las primeras, hay quien cree que los vicios se heredan como las escrófulas y la tisis. Pero la esposa del abogado tuvo también una hija, y esta hija era guapa y parecía muy buena. Por de pronto, se había educado de muy distinta manera que su madre: lejos de ella y del ruido de sus escándalos. De esta chica se enamoraba un forastero, ignorante de todo lo que pasaba y había pasado en aquella familia; el forastero era guapo mozo, muy honrado y sumamente noble y sencillo de carácter, por todo lo cual la chica llegaba á quererle con todo su corazón... Y aquí entraba la dificultad que ha-

bía sumido al autor en grandes dudas. ¿Qué hacía con la pareja de enamorados? ¿Conservaba al novio en su ignorancia y los casaba, exponiéndole por toda la vida á la conmiseración ultrajante del público, que estaba en autos, cuando no á más graves peligros si la cabra tiraba al monte á lo mejor? ¿Le enteraba de todo? Y en este caso, ¿qué hacía el pobre muchacho después de poner en horrible lucha á su corazón con sus naturales repugnancias? ¿Renunciaba á la hija, que era buena, por los pecados que había cometido su madre? Y en caso afirmativo, ¿disculpaba su resolución con la verdad? Y procediendo así, ¿qué hacía *ella?* ¿Le culpaba á él ó culpaba á su madre? ¿La mataban el dolor y la vergüenza, ó se resignaba y vivía? No había lucha ni vacilaciones en el novio después de descubrir lo que ignoraba, y *entraba con todas,* porque su amor le cegaba: ¿era su papel, en este supuesto, más airoso que el de casado en la ignorancia de lo que ahora conocía? ¿Salía buena su mujer, ó salía mala? ¿Cuál era lo más natural, lo más humano, lo verdadero, teniendo en cuenta que su obra no había de ser un libro de *tesis*, sino la exposición amena de algunos sucesos arrancados de la realidad de la vida?

Dejando estas dudas sin aclarar por de pronto, y muy confiado en que la fuerza misma de las cosas al tratar de ellas le daría resueltas las

dificultades, comenzó á escribir la novela... ¡Otra sorpresa más y un nuevo desengaño! Con saberse todo el Diccionario de la Lengua y conocer al dedillo personas y lugares, los retratos y pinturas de ellas, más que cuadros de color, le resultaban *inventarios* de escribano. También allí hacía falta el arte, y mucho arte; porque hasta que lo tocó con las manos no pudo convencerse de que lo más sencillo y trivial á la simple vista, lo que estamos contemplando á todas horas, porque vivimos entre ello, es lo más difícil de pintar en un libro.

Entonces arrojó la pluma pecadora y se curó de toda tentación de meterla en donde no la llamaran; pero, en cambio, fué desde aquel momento un devoto, hasta lo místico, del arte en todas sus verdaderas manifestaciones, sin temores ni barruntos de que pudiera incurrir jamás en el feo vicio de profanarle con atrevimientos de *aficionado*, y con la lícita vanidad de ser el único español que, pudiendo, no había molestado á la *paciencia pública* con una sola «*muestra* de su menguado ingenio.»

Yo no sé si parecerá bien á los lectores de cierta contextura, que un mozo como Ángel les fuera con aquellas puerilidades y estas retóricas á dos señoronas de Madrid que estaban pasando una temporada en una playa de baños, y entretenidas en ver desde el mirador de una fonda

cómo rompían las olas del mar allí cerca; pero poniéndome en el peor de los casos, quiero que consideren aquellos caballeros que de todo se puede hablar con señoras, por aburridas que estén, hasta del *teorema de Sturm*, que es la materia más desabrida que yo conozco; porque el peligro de cansar al prójimo no está en lo que se le cuente, sino en el modo de contárselo; y puedo certificar que el relato de Ángel, por lo fresco, por lo natural, ingenuo y desenfadado, fué oído por las damas sin desperdiciar punto ni coma. Por otra parte, ¿de qué había de hablar en aquella ocasión un mozo sin historia, á dos mujeres que estaban interesadas en conocer hasta su modo de dormir?

¡Vaya si les iba cautivando la atención! Tenía que leer la cara de la marquesa, particularmente cuando el relatante expuso el plan de su malograda novela y apuntó las dudas que le asaltaron en lo más interesante. No parecía sino que se había ideado para ella. ¡Qué demonio de chico, por dónde había ido á tomar el punto; y de qué manera tan fácil podía llegar á ser un hecho la ficción aquélla, sin haberse escrito todavía, y á resolverse en su casa, por la marcha fatal de los sucesos, la dificultad que no había acertado á resolver él en sus especulaciones imaginativas! ¡Tendría que ver eso!

Luz, aunque nada temía por este lado, no

por ello se interesaba menos que su madre en los relatos de Ángel. Veíale entre ellos adelantar rápidamente en su ya comenzada metamorfosis de ente ideal en hombre vivo y efectivo, y no la desilusionaba pizca la realidad que se iba descubriendo.

Siguiendo el mozo su historia, dijo que entre sus tentativas de poeta y de novelista fué cuando conoció á Luz, al salir ésta un domingo de las Calatravas. Se metió en el carruaje que la aguardaba enfrente, y desapareció calle abajo. Ángel sólo tuvo tiempo para admirarla y para saber su nombre. Le oyó pronunciar en un corrillo de desocupados que la conocían. Otra vez la vió en un teatro, al cual había él llegado á última hora. Ninguna de las pocas personas á quienes pudo preguntar sabían quién era. Esto no debía extrañar á la marquesa. Su mundo estaba muy lejos del mundo de Ángel, y los amigos de éste eran muy contados, porque muy pocos eran también los que se avenían á su manera *provinciana* de vivir en la corte.

Y no volvió á ver á Luz; pero lejos de borrársele su imagen en la memoria, más se ahondaban sus trazos cada día al calor del pensamiento, que no se apartaba de ella un solo instante. Llegó á creer que en aquel señorío que el recuerdo de Luz había hecho de su corazón y de su fantasía, había algo de inspiración so-

brehumana. Aceptólo así; y consagrando á esta idea todos los entusiasmos que cabían en su alma virgen, llegó á convertirla en culto fervoroso y apasionado. Esto podría tener sus puntas de romántico y sus lados de inocente; pero así era la verdad, y verdad muy agradable para él. Tenía ciega fe en que había de hallar á Luz algún día, y en que, después de hallada, no había de desconocerle. Y salió á buscarla, sin impaciencias, por aquel camino que eligió á la casualidad. Apenas llegó, oyó hablar de ella y hasta supo cuál era su linaje. No se desanimó al conocerle, ni dudó que aquella Luz de que hablaban pudiera ser otra Luz que *ella*. Y así sucedió.

Lo demás no tenía para qué referirlo, porque ya lo sabía Luz... y su madre también.

Á estos informes particularísimos de su persona añadió algunos otros que pudieran llamarse *de familia*.

Su padre era un bendito de Dios, y su madre otra que tal, en el fondo, pero algo más áspera y sombría en las formas. El uno y la otra no vivían ya sino por él y para él. No querían que se contagiara de la vida que ellos hacían, modesta y retirada; les gustaba que fuera más *corriente* y algo mundano, y al mismo tiempo temían verle muy metido en el mundo, por los peligros que soñaban en él, particularmente su

madre, que era demasiado recelosa y aprensiva. Ángel procuraba acomodarse á este tira y afloja á que querían someterle, y lo conseguía sin gran esfuerzo, porque tenía todo lo suficiente para sus necesidades mundanas, escogiendo entre lo mucho lícito y honrado que en el mundo había.

Por aquellos temores, más llevaderos en el padre que en la madre, ansiaban los dos por que el hijo tropezara pronto con su *media naranja*. Solamente viéndole casado, y *bien* casado, se atreverían á conceptuarle seguro.

Y aquí se calló el relatante, porque ya no tenía más que decir, á su juicioso entender. Sin embargo, la marquesa echaba de menos un detalle de gran monta allí; detalle que si Ángel no le había omitido, ella le había olvidado ya. En la duda le preguntó, con dulcísima afabilidad:

—¿Cómo dijo usted—porque soy muy flaca de memoria para nombres—que se llamaba su padre?

Y Ángel, que tampoco se acordaba si lo había dicho ó no, y temiendo en este último caso que se atribuyera la omisión á un motivo que no cabía en la nobleza de su alma, aceptó con gusto la fórmula que le dió en su pregunta la marquesa, para responder cuanto podía venir allí muy al caso, sin que se tomara en mal sentido la respuesta:

—Santiago Núñez, antiguo droguero de la calle de la Cruz, y hoy dedicado á negocios de pasatiempo, en la calle Imperial, quince, segundo derecha, que es la casa de ustedes, con permiso de mi padre, que no desautorizará mi ofrecimiento.





XI

Un mozo rico, muy guapo, de alma noble, de claro y bien cultivado entendimiento, sin gota de sangre azul en las venas y sin trato ni conexiones de ninguna especie con el «gran mundo,» era cuanto, puesta á soñar, hubiera soñado *la Montálvez* para novio de su hija. Y este novio existía de verdad, y amaba á Luz, y Luz estaba enamorada de él.

Hasta aquí, el asunto iba rodando sobre carriles de seda y oro. Pero Ángel, el autor de aquella novela nonata, en la cual se hilaba tan delgado á propósito de las hijas buenas de madres malas, resultaba, á última hora, pedazo de las entrañas de aquel *espectro* que parecía no tenerlas para las madres pecadoras, y que la marquesa no podía olvidar con no haberle visto más que una vez; y con este *resultando* y aquellas dudas novelescas del mozo, ya el asunto

cambiaba de aspecto y de marcha, y hasta cabía pensar en que descarrilara, si el diablo se metía por medio con una de las suyas. Por de pronto, solamente al diablo se le podía haber ocurrido la idea de que tantas y tan buenas prendas estuvieran reunidas en un hijo de aquel otro demonio, y que este hijo se le hubiera metido á ella por las puertas, y hasta en lo más hondo del corazón de Luz. ¿Por qué no le había parido otra madre más humana? Y ¿cómo se concebía que pudiera nacer tan hermosa rama de tan feo tronco? Caprichos de la naturaleza.

Á todo esto, la marquesa estaba ya, de vuelta de sus baños, en su casa de Madrid; la cual casa frecuentaba mucho Ángel, porque para eso le había sido ofrecida por la amable señora. ¡Y qué bien se acomodaba el mozo á aquellos ambientes refinados que tan nuevos eran para él! Verdad que, fuera del aparato escénico que ya nos es conocido, no había en las costumbres de la casa de Luz la menor singularidad que pudiera extrañarle ni aturdirle.

La mayor parte de las noches la madre y la hija se las pasaban sin salir, y eran contadísimas las personas que las visitaban: señores mayores, muy sosegados y juiciosos, y muy atentos y muy amables con él. Algunas señoras por el estilo andaban por allí de vez en

cuando, y, más de tarde en tarde, dos, como de la edad de la marquesa, jamonas tan de *buen ver* todavía como ella. La una era rubia, condesa viuda de Camposeco; pero la marquesa siempre la llamaba por su nombre de pila: Sagrario. Gastaba muy buen humor, y solía decirle cuchufletas, lo mismo que á los demás. La otra, también viuda y también titulada, aunque por derecho propio, marquesa de Espinosa, y también llamada por la de Montálvez por su nombre de pila, Leticia, era muy distinta de Sagrario: menos estrepitosa, más seria y quizá mejor tipo. Tenía unos ojos negros y escrutadores que punzaban al mirar, correctísimas facciones, algo morena, y muy esbelta todavía. Observaba mucho y hablaba poco; pero esto poco resultaba esculpido. Con él, con Ángel, estaba sumamente amable, y cuando no le hallaba hablando con Luz, le llamaba para que se sentara á su lado. Le hacía muchas preguntas sobre su modo de vivir, sobre el origen de su enamoramiento y sobre el de Luz, y parecía interesarse profundamente por los dos, y con este motivo le daba consejos, y muy juiciosos; á veces, hasta le floreaba todo cuanto cabía en una señora tan discreta y tan... Ultimamente mostraba gran empeño en que fuera de vez en cuando por su casa. No le pesaría. Había en ella buenos cuadros, bronces de mé-

rito, encuadernaciones y grabados que merecían verse por un hombre de tan nobles aficiones y de tan buen gusto como él; sólo que Ángel, aunque muy reconocido á tan inmerecidas deferencias, no se atrevía á abusar de ellas ni juzgaba que debía hacerlo *por entonces*. Temía adquirir nuevos compromisos de sociedad, cuando su trato con la marquesa de Montálvez era todo cuanto podía soportar sin trastorno considerable del método de vida que se hacía en su casa. Más adelante ya sería otra cosa... y hasta conveniente para él. ¿Quién dudaba que era provechosa la amistad bien cultivada de una persona tan distinguida, discreta é influyente como aquella señora?

Además, ó era aprensión suya, ó la marquesa de Montálvez no ponía tan buena cara á estas dos amigas como á otras que también la acompañaban á ratos; y por si el recelo era fundado, trataba de intimar lo menos que podía con ellas, y jamás hablaba á la marquesa de las confianzas y deferencias con que Leticia le distinguía.

También era visita de la marquesa el señor don José Celestino de Guzmán, el amigo de su padre... y de él, salvas las debidas distancias. ¡Con qué gusto le vió aparecer allí una noche! ¿Y quién se *lo* había contado? Porque el señor de Guzmán *lo* sabía *todo*, á juzgar por algunas cosas que le dijo entonces, y otras varias que

le fué diciendo después. Preguntóle una noche, sonriendo, si *lo* sabían en su casa, y Ángel le dijo que no. Otra vez, y también muy risueño, le preguntó si creía que podría servirle de *algo*... para allanarle el camino, por ejemplo; y Ángel, sin detenerse á poner en claro de qué camino se trataba, apresuróse á responder que sí; pero á *su tiempo*, si fuera necesario: por de pronto, quería ser él quien diera la sorpresa á su familia, y contaba con que la sorpresa fuera grata.

Con ser Guzmán el que menos andaba por allí, en opinión de Ángel era el mejor recibido de todos los visitantes de la casa, particularmente de Luz. ¡Cómo le quería... y cómo la mimaba él!... Lo mismo que hija y padre. ¡Y qué bien le sentaba al señor de Guzmán el papel de padre de una hija como aquélla! ¡Si, por una rara casualidad, hasta se parecían... y mucho! Según le refirió la marquesa, á Luz la había conocido y tratado él desde que era muy niña. Por eso se querían tanto. Lo que era una compasión, á juicio de Ángel, que siendo viuda la marquesa y soltero su amigo, no hubieran tenido la ocurrencia de casarse. Formarían una excelente pareja...

Pero ¿de dónde habían sacado las personas que Ángel trataba fuera de allí, que las gentes del «gràn mundo» eran unas tales y unas cua-

les? ¿De dónde lo había sacado su madre, que las tenía siempre entre cejas? Á juzgar por lo que iba observando él en aquella muestra, ¿qué mayor llaneza, qué mayor afabilidad en el trato, ni qué mayor sencillez de costumbres? Cuidado que en aquella casa hasta se rezaba bien á menudo. Varias veces había llegado él en ocasión de estar la madre y la hija en el oratorio; porque hasta oratorio tenía la casa de la marquesa de Montálvez... ¡Ah! si las personas mal informadas, si su aprensiva madre pudieran ver lo que él iba viendo tan despacio y tan desapasionadamente, ¡qué diversos serían sus juicios sobre aquel delicado particular!

Muchas veces estuvo á punto de hablar con ella de estas cosas; pero siempre había concluído por considerarlo fuera de sazón *todavía*. Por eso ni su padre ni su madre estaban al tanto de lo que pasaba. Sospechaban que *había algo*, porque Ángel era *muy otro* de lo que fué, por el desarreglo de sus horas, por sus arrobamientos y preocupaciones y hasta por el modo de vestir; pero nada más. Echábanle saetillas bien intencionadas en la mesa y en los ratitos de conversación que había á menudo entre los tres; pero ¡á buena parte iban con indirectas! ¿No le veían risueño, no le veían gozoso y no estaban siempre hurgándole para que saliera en busca de su *media naranja?* Pues si de

estar buscándola ya se trataba, como ellos iban sospechando, y le veían lucido, sano y contento, ¿qué más necesitaban saber por de pronto? Ya se andaría lo que faltaba por andar; ya les daría la sorpresa de las sorpresas cuando fuera la hora de dársela...

Pero ¿por qué lado la tomarían entonces? Estaba seguro de haber oído hablar más de una vez en su casa de la marquesa de Montálvez, no recordaba si para bien ó si para mal, ni con qué motivo, porque no se fijaba nunca en el tema de las conversaciones que no le interesaban: probablemente sería para mal, porque para bien, jamás tomaba en boca su madre el nombre de ninguna señorona. Manías sin importancia de la pobre mujer.

Entre tanto, que continuara aquélla casi muda porfía que aguzaba los apetitos de la curiosidad de los cariñosos viejos con lima de mayores dientes cada día (y ya duraba cerca de cuatro meses la labor destructora), y que le dejaran apurar hasta la última gota de la miel de sus amores castos, la cual le brindaba nuevas dulzuras á cada momento.

Porque Ángel, artista de corazón y con el pecho atestado de impresiones vírgenes y profundas, estaba maravillado de ver cómo aquella flor purísima iba desplegando sus hojas al calor del nuevo sol, y absorbiendo con avidez



la luz y el ambiente del desconocido mundo, á medida que se ensanchaba y crecía sobre su tallo oscilante.

Estas metáforas eran de Ángel. Luz era la flor; el amor de Ángel, es decir, Ángel entero y verdadero, el sol que la esponjaba; y el ambiente y la luz, los cuadros de humana realidad con que él iba despertando á la cándida soñadora de paraísos alegóricos.

Ya habían concluído entre los dos los temas de aquel colorido fantástico: se habían bajado á la tierra de los mortales; y era de admirar el relieve y la vida que había adquirido la belleza de Luz con este cambio de residencia y de clima. Hasta se sonreía cuando Ángel evocaba aquellas imágenes idílicas para compararlas con las realidades presentes.

—Y has de concluir por borrarlas de tu memoria,—la dijo una vez el entusiasmado mozo.

—¡Eso no!—respondió Luz con gran vehemencia.—¡Cómo he de olvidar yo que *por allí vinimos?*

Y Ángel no acertó á responder con palabras, ni se atrevió á sustituirlas con el único medio, sobrado terrenal, que se le ocurría, de beberse la respuesta de Luz para refrescar sus ideas.

Así fueron corriendo estos trámites, que parecían no tener fin, porque en un alma como la de Luz siempre hallan tesoros nuevos cora-

zones tan honrados y tan novicios como el de Ángel; pero si no se columbraba el fin, había que salir á buscarle; y Ángel dió los primeros pasos con esos rumbos, bien resuelto á no detenerse en el camino. Lo que él entendía por su deber, que acaso fuera una necesidad mal comprendida, le imponía esta resolución.

Luz no se desorientó tampoco en el nuevo terreno á que la llevó la consulta de Ángel. No llegaba su inocencia al extremo de ignorar adónde se iba por donde ellos andaban con un mismo impulso y una sola voluntad. ¿Pensaba él que ya era hora de poner fin á aquella placentera jornada de su viaje y de emprender otra nueva y más agradable todavía? Pues bien pensado estaría. Todo era creíble para Luz menos que Ángel y ella no fueran una misma cosa, con un mismo corazón y un mismo pensamiento; que lo que les estaba pasando á los dos no fuera lo que debía pasar, ni que hubiera en el mundo suceso ni contrariedad destinados á impedirlo. ¿Quién ni qué se resiste contra el ambiente que se respira y el sol que alumbra? Pues como el sol y el ambiente eran para ella la vida y el amor de Ángel: elementos naturales y necesarios de su propia existencia.

Y esto se lo contaba ella á él, á su modo; pero tan sencilla y desembarazadamente como si el ocultárselo le fuera tan imposible como de-

jar de verle cuando le estaba mirando. Con lo que Ángel acabó de perder los estribos, y se fué poco después, despidiéndose con desusado acento «hasta mañana,» dejándola el corazón entero en una frase, y llevándose la energía de los grandes héroes en un propósito.

Recién llegada Luz de su expedición de verano, se había hecho retratar á gusto de Ángel: de cuerpo entero y con un vestido de falda bien plegada, sin pabellones, frunces ni embutidos en ninguna parte; la caída natural de los paños, y el cuerpo ajustado y descubierto; la cabeza sin más adornos que una flor, y el pelo sin artificios piramidales, ni greñas de estúpido ganapán sobre la hermosa frente; la actitud sencilla, y la mirada fija en *él*. Esto le pareció un poco difícil de conseguir á Luz, no estando presente Ángel; pero Ángel, que ya contaba con la dificultad, tenía bien estudiado el modo de vencerla, y de vencerla al tenor de sus deseos. «Para retratarte así,» la encargó, «vuélvete con la imaginación á tu paraíso, y mírame desde la azotea de tu *chalet*.» Y eso hizo Luz, de muy buena gana; y por eso resultó su cara en el retrato con la expresión de la de una virgen ideal de las Catacumbas, en sus arrobamientos celestiales.

Ángel llevaba siempre consigo y sobre el corazón un retrato de éstos; y en contemplarle en

la soledad de su cuarto se le iban las horas muertas: de modo que con las que invertía en conversar con el original, casi se le pasaba el día sin separarse de Luz... y la noche también, porque en cuanto se dormía el bendito de Dios, ya estaba soñando con ella.

Pues bien: en la virtud de este retrato confiaba grandemente el hijo de don Santiago Núñez para facilitar sus primeras exploraciones en el ánimo de su madre.





XII

Sobre este apreciable matrimonio apenas se veía la huella del tiempo corrido desde que el lector le conoció, con motivo de una visita que le hizo la marquesa de Montálvez. Un poco más enjuto y encanecido don Santiago, y menos entregada á su vicio calcetero la indestructible y petrificada doña Ramona. En todo lo restante, lo mismo que siempre: los mismos entretenimientos, las mismas costumbres y hasta los mismos muebles en el despacho del antiguo droguero... y las mismas alternativas reumáticas, aunque algo más acentuadas de gotosas cada vez, en la misma simpática persona; en el cual despacho acababan de desayunarse marido y mujer en el momento en que vuelvo á poner al lector en su presencia.

La noche antes había llegado Ángel á casa más desasosegado y distraído que de costum-

bre: cenó poco, habló menos y sin venir al caso; tan pronto sonreía como se le nublaba el gesto y se estremecía todo... Y así se fué á la cama.

De eso estaban hablando cabalmente su padre y su madre todavía, cuando se les presentó Ángel muy risueño, pero no muy tranquilo, á juzgar por ciertas señales. El tal mozo era la alegría de la casa, y no hay para qué decir cómo fué recibida allí su sonrisa, después de los extraños celajes de la noche anterior. Pero extraña era también, en las costumbres domésticas de Ángel, la visita al despacho de su padre á aquellas horas; y en ello convinieron don Santiago y su mujer con una mirada que cambiaron entre los dos, y que al propio tiempo quería decir: «¿qué diablos le pasará á este chico?»

Y el chico comenzó á dar cuenta de lo que le pasaba, poniendo en manos de su madre, después de estamparla un beso en la frente, como lo tenía por costumbre, y de recibir otro en cada mejilla, el retrato de Luz.

—Vea usted eso,—dijo con voz temblorosa y sonriendo al entregárselo.

La Esfinge tomó la tarjeta, púsola á conveniente luz, y clavó en el retrato la vista á través de sus anteojos, con una fijeza tan inalterable y dura, que Ángel hubiera jurado que le

hacía daño en el pecho y que por eso latía su corazón tan desacompasadamente.

Don Santiago, vencido por la impaciencia, levantóse del sillón, y por encima del hombro de su mujer se puso á contemplar también el retrato. Y así se estuvieron un par de minutos sin decir palabra: la Esfinge, con su ceño indescifrable; su marido, con la boca desplegada y los ojos muy abiertos, y Angel mirando al uno y á la otra, temblándole las piernas y con el corazón dale que dale.

Al fin se movió doña Ramona para alejar un poco más la fotografía; y, sin dejar de contemplarla, exclamó con un entusiasmo que no era de esperar en ella:

—¡Dios mío, qué criatura más angelical!

—¡De verdad es primorosa!—dijo don Santiago cogiendo la tarjeta y acercándose al balcón para examinar el retrato más á su gusto.

—¡Y qué humildemente vestida y peinada está!—añadió la Esfinge al soltar de su mano la tarjeta.

—¡Y qué dulzura de semblante y qué mirar de Niño-Dios!—dijo don Santiago desde el hueco donde estaba embutido ya.

Ángel sintió en su pecho cuatro porrazos seguidos y tremendos, uno por cada exclamación, que le retumbaron en la cabeza. Pero aquellos golpes no le dolían ni le incomodaban.

—Corriente—dijo en seguida su madre, mirando al extasiado mozo, y como si respondiera á las palabras de él cuando la entregó el retrato;—y ¿qué significa... *esto?*

Entonces Ángel se sentó á su lado; y con muchas zalamerías, convirtiendo con gracia y con habilidad el tema de la *media naranja*, tan repetido en su casa, en disculpa y germen de todo lo sucedido después, comenzó la historia de ello, pero desde muy atrás: desde el punto y hora en que conoció á Luz á la puerta de las Calatravas, callándose discretamente apellidos y señales para que no saliera lo tapado antes del momento en que debía salir.

Ya estaban los padres de Ángel enterados de casi todo lo que deseaban saber: por qué trasnochaba; por qué se vestía con tanto esmero; por qué andaba como desvaído á veces, y á veces hecho un cascabel, y hasta sabían por qué había llegado á casa la noche antes tan atolondrado y nervioso. Y no sólo lo sabían, sino que lo aprobaron y aun lo aplaudieron.

Corriente; pero ¿á qué puertas había ido á llamar Ángel? ¿Quién era *ella?*

Y Ángel, que no tenía motivos racionales para callarlo ya, lo dijo hasta con entusiasmo.

La Esfinge dejó caer de sus manos la media que había cogido para entretenerse mientras hablaba Ángel, y don Santiago, que aunque

vuelto á su sillón, todavía lanzaba ojeadas al retrato de Luz colocado sobre la mesa, volvió la mirada, mirada de angustia y desconsuelo, hacia su mujer, cuyo rostro daba frío, pero frío de tumbas y de subterráneos.

—¡Hijo mío!—exclamó llevándose las manos de esqueleto entrelazadas hasta cerca de su boca,—si lo que nos has descubierto es la verdad; si la quieres como nos aseguras, más te valiera no haber nacido; y ya que naciste, más nos valiera á todos que te hubieras muerto sin penas, á la edad en que se llevó Dios á tus hermanos.

Ángel pensó entonces que la luz del sol se apagaba para él, y que la tierra se hundía bajo sus plantas. Contaba con que su madre había de poner tachas á Luz tan pronto como conociera de qué tronco procedía, porque las tachas de este linaje eran la manía de la obcecada señora; pero en aquellas palabras, en aquella actitud, en la angustia bien visible de su padre, había mucho más que un resabio que se vence con la reflexión y la fuerza del cariño: había escollos infranqueables, simas negras en que ya se veía precipitado el pobre chico con la carga dulcísima de sus primaverales ilusiones. El instinto de la vida, porque lo contrario era su muerte, le dió alientos para asomar los ojos al abismo y medir con la mirada su verdadera

profundidad. Pidió á su madre la razón de sus palabras, tan preñadas de obstáculos desconocidos para él, y su madre, más justiciera que compasiva, ahondó el abismo clavando á la marquesa de Montálvez en la picota de su indignación y acribillándola allí con una granizada de crueles vituperios.

Quedábale al hijo el pobre recurso de atenuar la gravedad de los cargos con la supuesta propensión de su madre á pensar mal de ciertas señoras, y eso trató de hacer; y como también contaba con el amparo de su padre, á él volvió los ojos suplicantes, mientras hablaba lo poco que se le ocurría.

Y el padre, aunque no estaba menos angustiado que su hijo, también tuvo una nueva puerta que cerrarle y un nuevo clavo que hundir en su corazón.

—No, no es eso que tú crees, hijo mío. ¡Ojalá lo fuera! Tu madre, desgraciadamente, no habla ahora sin muy graves fundamentos. Yo no iré, sin embargo, en ciertas cosas, tan lejos como va ella; pero estamos enteramente conformes en cuanto á lo principal, que es muy grave; tanto, que necesitas conocerlo, y lo vas á conocer sin tardanza, por mucho que te duela oirlo y á mí me aflija el contártelo.

Y aquí comenzó el buen hombre á referir cosas que dejaban espantado al pobre mozo, no

sólo por lo que de espantable llevaban las cosas en sí mismas, sino también por oirlo de unos labios de los cuales había esperado él, no heridas nuevas, sino bálsamo para curar las que le habían hecho las palabras de su madre.

—Pero esas noticias—dijo con voz poco segura Ángel, resuelto á defender uno á uno todos los portillos de su arruinada fortaleza,—pueden ser inexactas... lo serán indudablemente. Yo sé cómo se vive en casa de esa señora: allí no hay rastros ni vestigios de esas enormidades que usted me ha referido; se hace una vida sosegada y metódica, una verdadera vida de familia... se reza.

—Sí—clamó entonces la voz lúgubre de la Esfinge:—también el diablo, harto de carne, se metió á fraile; pero diablo fué siempre.

—Se rezará, no lo dudo—dijo don Santiago interrumpiendo á su mujer,—y se hará la vida ejemplar que tú has visto, hijo mío; pero lo hecho, hecho está, y la obra del demonio á la vista queda para escándalo de las gentes honradas, aunque la pecadora se vuelva á Dios cuando ya no sirve para el mundo. Con todo, entiéndelo bien, yo no te culpo ni te acrimino: eres mozo sin experiencia, y te enamoraste á los primeros pasos que diste fuera de tu hogar: no es extraño que hayas sido y todavía seas ciego y sordo, y que no veas ni oigas lo que

tanto suena y has tenido delante de los ojos. Yo también dudé al principio, porque conocía á esa señora... la conocí aquí mismo, ahí donde estás tú sentado; y aunque la ví derrochadora, no la creí capaz de otros pecados más feos. Tuve varios negocios con ella, y éstos me obligaron á visitarla en su casa muchas veces; y en su casa andaba una víbora de las que muerden el seno que las ha dado calor: un mayordomo que, según informes que después adquirí, había perdido la confianza de su señora, con grandes motivos para ello. Este mayordomo, nada conforme con que la marquesa tratara directamente conmigo negocios que antes arreglaba él á su gusto con usureros, para estafarla entre todos, fingiendo llorarme lástimas de ella como para interesarme más, pero con bien contrarias intenciones, me fué imponiendo minuciosamente de los percances más gordos de su azarosa vida. Ya era administrador y mayordomo de la casa cuando nació la marquesa: ¡figúrate si estaría bien enterado! Sin embargo, me resistía á creerle; pero como me importaba salir de dudas, por la índole misma de los negocios que traíamos entre manos esa señora y yo, acudí á otras fuentes; y bien pronto me convencí de que el pícaro administrador todavía se había quedado corto en sus informes. Tan sonada era en Madrid la fama de la mar-

quesa, que todos los informantes se extrañaban de que no la conociera yo. ¿Qué había de conocer metido en estos rincones, tan apartados del bullicio de las gentonas como del otro mundo! Lo del banquero, lo sabía; es decir, sabía que era un bribón y que se había largado de la noche á la mañana temiendo que le desollaran vivo en la Puerta del Sol; pero ¿qué me importaba á mí si era casado ó soltero, ni cómo recordar el título con que se pavoneaba últimamente, si es que alguna vez le oí pronunciar, que lo dudo? En cuanto á lo del señor de Guzmán, ¿cómo sospecharlo siquiera? Una vez me la recomendó como persona de responsabilidad y amiga suya; pero ¿qué había en esto de particular ni de sospechoso, sobre todo después de haber observado que los informes eran exactos, porque la marquesa ha ido cumpliendo fielmente todos sus compromisos conmigo? ¿Qué me tocaba á mí hacer, aun después de descubierto el potaje, sino mostrarme ignorante con la marquesa y seguir tratando con ella siempre que lo ha necesitado, por respeto al señor de Guzmán, á quien tampoco he dicho una palabra? Tu madre y yo hemos hablado muchas veces aquí de esos fregados; pero no eran asunto que debía quitarme el sueño, ni cosa de llamarte á tí para que te fueras enterando... ¡Ojalá lo hubiéramos hecho!... Y he

aquí, hijo mío, por qué no te culpo de lo que te pasa, y las razones que tengo para apoyar á tu madre en lo que te ha dicho.

El pobre Ángel tenía la cabeza hecha un laberinto de fuego y de visiones diabólicas; pero entre todo y sobre todo lo que se revolvía y abrasaba, alzábase flotante y como la esperanza de un celestial consuelo, la imagen de Luz; de Luz, que no estaba, que no podía estar manchada con el fango de aquel lodazal en que había nacido. ¿Qué justicia, qué ley autorizaría la infamia de castigar en un ángel las culpas de una mujer pecadora!

Y en este sentido y con toda la energía de su alma dolorida, habló á su padre, porque nada esperaba de la inclemente rigidez de su madre.

Don Santiago, más compasivo, le respondió, descubriendo en su voz y en sus miradas la honda pesadumbre que le afligía:

—Yo tampoco soy de los que creen que los vicios se heredan como las enfermedades, ni de los que tienen por justo que paguen los hijos inocentes las faltas cometidas por sus padres; pero se dan casos á menudo en que se teme lo peor, como si fuera lo probable, y la necesidad se impone con su fuerza de consideraciones y respetos humanos, y obliga á proceder ajustándose más á las leyes del mundo



que á los mandatos del corazón. Porque así somos, hijo mío, y por nuestra culpa... porque nuestras son las leyes que nos amarran á los escrúpulos de los demás. Cierto que las hacemos y las promulgamos con el piadoso fin de molestar al prójimo; pero hechas quedan y á las barbas nos saltan en cuanto los delincuentes somos nosotros. Y nada más justo.

—Bien está eso—interrumpió Ángel, que no podía con el martirio de sus impaciencias;—pero en el caso mío...

—Á él iba sin parar—contestó su padre, saliéndole al encuentro.—El caso tuyo...

—El caso tuyo—dijo la tremenda voz de la Esfinge, haciendo callar á la de su marido,—es de los que reclaman todo el valor que cabe en el corazón de un mozo de vergüenza para irle olvidando, porque no tienen otro remedio.

—El caso tuyo—insistió don Santiago, queriendo atenuar el efecto causado en el hijo por las durezas de la madre,—no es para resuelto en cuatro palabras en un momento de fiebre como la que te abrasa ahora, hijo mío, de pies á cabeza: es para meditado en frío y con calma... como le has de meditar tú seguramente, tomando los puntos donde deben tomarse: no en las alturas de la pasión, sino abajo, abajo, en este pícaro suelo que se pisa, y entre la gente con quien uno se codea en cuanto sale de casa.



—Pero ¡cómo! ¡cómo!—preguntó Ángel, anhelando llegar cuanto antes á lo desembarazado y concreto.

—Á eso vamos, hijo, á eso vamos—le repitió suavemente su padre.—Déjate de andar á vueltas con lo de que si el mundo es justo ó es injusto en esto ó en lo otro; ó si las madres pecadoras por aquí, y si las hijas inocentes por allá, y considera lisa y llanamente lo que á tí te pasa. Hay una joven que no tiene pero en lo tocante á ella misma: es muy guapa, muy recogida, muy bien educada... una santa de Dios, vamos. De esta joven te enamoras tú, y ella se enamora de tí. Deseáis casaros, y resulta, en primer lugar, que no es hija de su padre... quiero decir...

—Tiene derecho perfecto al apellido que usa.

—Por la ley, pero no por la naturaleza; y esto lo sabe todo Madrid, el Madrid que bulle en lo alto, y habla recio y escribe, y es oído y leído, y murmura y desuella al sursumcorda, y da y quita reputaciones á su antojo. La madre que hizo esa fechoría, tuvo por marido, es decir, por padre legal de la novia, á un estafador, huído de su patria después por temor á la justicia; y esto lo sabe también ese Madrid que murmura y alborota; la misma mujer, que fué desleal, infiel, antes de casada, continuó siendo esposa adúltera; y cuando enviudó, no tuvo el



diablo por dónde desecharla. Y esto también es público en el Madrid que hace y deshace reputaciones... ¿Te vas enterando?

—Adelante,—dijo el pobre mozo con heróica resolución, medio tragado ya por la boca del negro abismo.

—Pues bueno—añadió su padre espantado de que tuviera que ser él quien le empujara para arrojarle hasta el fondo:—á pesar de todos estos inconvenientes, te decides á casarte, porque Luz es una santa, según hemos convenido. Luz, por hermosa y por hija de su madre, es muy visible en el mundo, en el Madrid que murmura y despelleja, y te la tomas del brazo para entrar con ella en ese paraíso que habéis soñado los dos... Mira, Ángel, será injusto, será inicuo, todo lo que tú quieras; pero es la pura verdad que ese Madrid maldiciente y sin vergüenza; ese Madrid que acaso tiene la culpa de que la marquesa de Montálvez no sea una mujer sin tacha, arroja sobre su hija, y como regalo de boda, todos los escándalos de la madre, y, por consiguiente, sobre su marido, sobre tí, que eres un hombre de bien (y, por serlo, vas por donde vas y con quien vas), todos los sambenitos de tu mujer, entre algazara y chacota. Ahora bien: por grande que sea tu obcecación; por hermoso que se te pinte en los ojos lo que hay del lado de allá de la puerta,

¿te atreverás á entrar por ella con tal fardo de ignominias á la espalda?

Esto es lo que has de meditar, hijo mío, con la cabeza fría y el corazón sosegado.

Ángel no quiso oir más ni añadir una palabra. ¡Tan honda y tan negra le iba pareciendo la sima! La Esfinge, implacable, trató de ennegrecerla y ahondarla todavía más. Su marido se lo impidió con una mirada que tuvo toda la fuerza de un discurso para su corazón de madre. Ángel se levantó aturdido y mudo para retirarse de allí, y al mismo tiempo extendió el brazo para recoger el retrato de Luz, que estaba sobre la mesa.

—Tómale, hijo mío—le dijo su padre adivinándole la intención y apoderándose de la tarjeta antes que él.—Pero aguarda un poco. (Don Santiago volvió á contemplar el retrato.) Sí... ¡clavada!... Bien decía yo antes para mí: «¿á quién que yo conozco se parece esta cara?» ¡Claro! ¿á quién había de parecerse?... ¡Si me asombra que por este rastro, y sabiendo lo que ya sabía, no hubiera yo dado en el quid antes que tú me le descubrieras!...

—Esos parecidos—dijo la Esfinge,—son el sello que pone la mano de Dios en las obras del demonio, como esa desdichada criatura, para aviso de las gentes honradas...

—¡Mujer!...



—Para que duela lo digo, Santiago, para que duela... porque esa clase de heridas no se curan con bálsamos dulces: se curan á fuego, entre martirios como el que estoy padeciendo yo viendo al hijo de mis entrañas, al regalo de mis ojos, entre las uñas de Satanás. ¿Merecía él ese destino? ¿Le hemos criado tú y yo para eso?

—No, mujer, no—díjola don Santiago en santa calma;—pero á un solo fin se puede ir por diversos caminos... Déjame por donde voy ahora, que yo sé que no voy mal y que he de llegar antes y mejor que por donde tú quieres que vaya.

Luégo, volviéndose á Ángel que continuaba mudo y cada vez más aturdido, díjole entregándole el retrato:

—Tómale, hijo, ya que le deseas... como es natural; pero procura no tenerle delante cuando medites sobre lo que te he dicho, para resolver lo que te conviene.

Ángel recogió la tarjeta, y salió, con ella en la mano, del despacho de su padre; y es cosa averiguada que en cuanto se vió solo y encerrado en su gabinete, desahogó las fatigas de su pecho regando con lágrimas ardientes y devorando á besos resonantes aquella imagen fidelísima de la más hechicera «obra del demonio.»



XIII

Y MIENTRAS besaba el retrato y le mojaba con lágrimas, el pobre chico pensaba... ¿en qué había de pensar sino en la desdichada semejanza de su conflicto con el conflicto de la novela que había intentado escribir él? ¿Quién le hubiera dicho cuando se perdía en la maraña de aquella ficción; cuando exponía las dificultades á la marquesa (que debieron de saberla á rejalgar), y á la inocente Luz que le oía embelesada; cuando ¡mil veces necio, y estúpido y mentecato! apuraba la materia delante de ellas, por la pueril vanidad de encarecer el valor de la obra de su ingenio, que había de ser él, el propio Ángel Núñez, vivo y efectivo, quien tuviera que resolver el problema, no como novelista, sino como persona comprometida en un lance verdadero, exactamente igual al lance de su novela?

¡Resolver el conflicto! Pero, después de bien

mirado el caso, ¿dónde estaba el conflicto? El conflicto existe cuando el ánimo no ve salida clara para la angustia que le acongoja; pero en el caso de él no cabían dudas ni vacilaciones, porque había una puerta franca y expedita, nada más que una, una sola: la única que podía haber. ¡Cómo no vió el torpe novelista lo que tan palpable debió estar delante de sus ojos? *Ella* y nada más que *ella*, con *ella* y para *ella* por todos los días de la vida. Eso era el deber, eso el honor y eso la felicidad.

Y Ángel, discurriendo de esta suerte, beso va y lágrima viene sobre el retrato de Luz. Así pasó muy largo rato y desahogó lo más negro y lo más amargo de sus penas. Eran las primeras que tenía en su vida, y además muy dolorosas y profundas. Hay que hacer justicia al pobre chico.

Cuando se halló más desahogado y tranquilo, guardó el retrato donde solía y comenzó á pasear á lo largo de su gabinete y á reflexionar como su padre deseaba, «con la cabeza fría y el corazón sosegado.» Porque Ángel se consideraba ya en aquellos instantes con el juicio y la sangre en su ordinario nivel.

Después de orear un poquito más todavía el meollo por este procedimiento de exploraciones generales alrededor del abismo, que ya no le asustaba tanto como antes,

—Veamos ahora—se dijo,—las cosas á su verdadera luz, y ajustemos la cuenta partida por partida y como deben ajustarse todas las cuentas en casos de mucho apuro, como éste. En primer lugar, los informes que le han dado á mi padre sobre la marquesa, pueden muy bien no ser exactos: no lo son; desde luégo lo afirmo; y lo afirmo, porque la verdad se desfigura, y siempre en mal sentido, á medida que va pasando de boca en boca. Eran, pues, ya exagerados los informes cuando mi padre los adquirió. Mi padre me los transmitió á mí bajo una mala impresión y teniendo gran interés en que me causaran el peor efecto posible; luego es indudable que mi padre exageró mucho y por su propia cuenta lo que había recibido muy exagerado ya. Esto es la evidencia misma.

Pero resulta de estos mismos informes, que hay un milagro entre los muchos que le cuelgan á la marquesa, en el cual no caben ni el más ni el menos, porque, por su propia índole, tiene que verse y que sonar lo mismo á todas luces y en todas las bocas: el lío de la semejanza de Luz y del amigo de su madre; es decir, la causa de este parecido con todas sus concausas y accidentes. ¿Es verdad lo que sobre todo ello se asegura? ¿Cómo se prueba que lo sea, ni con qué derecho se intenta probarlo? ¿Adónde iríamos á parar si bastara un indicio

como ese, que puede ser obra de la casualidad, para que sea meritorio poner en pleito el honor de un matrimonio y de toda una familia? Puede, por consiguiente, en justicia y en conciencia, negarse el hecho nefando, y yo le niego.

Otra mácula que ya está más á la vista y no puede negarse: que el padre legal de Luz fué un banquero tramposo que huyó de Madrid por temor de que le despellejaran en la calle. ¡Válgame Dios con los pudibundos y asombradizos! ¡No parece sino que el señor don Mauricio Ibáñez ha sido el único ricacho tramposo y estafador! ¿Pues no hemos convenido, tiempo hace, y cansado estoy de oirlo y de leerlo, con ser tan mozo como soy, en que andan por esas calles de Dios docenas de acaudalados personajes con títulos y condecoraciones, influyentes poderosos, que debieran estar en presidio arrastrando una cadena? ¿No se citan sus nombres y se les apunta con el dedo, y, sin embargo, viven y triunfan y hasta regatean el saludo á los hombres de bien, porque se consideran á mayor altura que ellos, en virtud de que así se lo hace creer, con sus acatamientos é incensadas, el mismo público que desde lejos y en voz baja los condena á presidio con grillete? Y estos ladrones consentidos y acatados, ¿no tienen mujer con historia negra, é hijas con parecidos extraños? Y estas hijas, sin



ser santas ni servir ninguna de ellas para descalzar á mi inocente Luz, ¿no se ven bien codiciadas de los guapos mozos, y á sabiendas, y no se casan sin que las gentes se escandalicen ni se junte el cielo con la tierra? Pues mi caso y el de Luz no llegaría, ni con cien leguas, al menos cenagoso de estos casos.

Las restantes máculas de la marquesa, ¿por qué no han de ser, no ya exageraciones, sino imposturas de las gentes? ¿No acaba mi padre de afirmar, con el piadoso fin de intimidarme, que hay un Madrid que hace y deshace famas y reputaciones? Y ¿qué sabe el inexperto señor si en el presente caso se ha deshecho con calumnias lo que estaba bien hecho con virtudes? Si tan notorios han sido los pecados de la marquesa, ¿cómo no he dado yo con algún rastro de ellos en su casa? ¿Cómo la frecuentan personas tan distinguidas y juiciosas, y se juzgan muy honradas con el trato y la amistad de la abominable pecadora? No tienen, pues, estos hechos todo el fundamento que necesitan para ser creídos; pueden negarse... los niego en absoluto.

Y ahora, veamos el supuesto conflicto mío por otra cara. Cierto que decidido yo á casarme por cálculo y á sangre fría, al echarme á la calle en busca de mujer, no hubiera trepado á las alturas del «gran mundo,» ni elegido entre las

que tienen madres de las que pueda decirse lo que se dice de la madre de Luz; pero aquí han pasado las cosas muy de otro modo: yo no he salido de mi casa para olfatear una novia por esas calles de Dios. Luz y yo nos encontramos por obra de una casualidad, ó porque estaba decretado así... creo que fué porque estaba decretado. El hecho es que nos encontramos, que nos comprendimos y que nos amamos, y que Luz, que me había deslumbrado por hermosa, acabó de enloquecerme por buena, pcr inocente... por santa. Resulta ahora que esta Luz sin tacha es hija de una madre llena de pecados, y que aunque la hija los ignora y es incapaz de cometer otros semejantes, yo debo renunciar á ella por los que su madre ha cometido. Ésta es la teoría de mi padre, fundada en una ley que, según parece, rige en el mundo entre las gentes que se creen honradas.

Pues supongamos que yo llego á considerarme obligado también á acatarla, y que, en virtud de ello, me decido á apartarme de Luz y á romper todo trato con ella, precisamente cuando está aguardando á que yo le señale la hora de estrechar todavía más el que tenemos. Para poner en práctica esta resolución, se necesita ó que comience yo por no volver á verla desde ahora, ó que invente un pretexto rebuscado, ó que la descubra toda la verdad. Con lo prime-

ro, la daría una puñalada á obscuras y á traición; con lo último, se moriría de espanto y de vergüenza. De todas suertes la mataba. Pero aunque no la matase, ¿no sería cualquiera de estos procederes míos cien veces más vil y más odioso que todos los pecados juntos de la marquesa, suponiéndolos ciertos y comprobados? ¡Y mi padre, tan honrado y tan bueno, no lo ve así! ¿En quién estará la ceguera?... En él, en él solo, que no ha meditado el caso «en frío y con calma,» como quiere que yo le medite y como ya le estoy meditando... También él le meditará así, y entonces estaremos de acuerdo los dos. ¿Pues no hemos de estarlo! Mi madre seguirá en sus trece y tocará el cielo con las manos; pero es mi madre, y todo su corazón le parece poco para quererme; es buena y compasiva en el fondo; jamás ha puesto á prueba el arraigo de esas repugnancias que son su manía; le pondrá ahora, porque se trata de mí, y verá claro y se convencerá... ¿pues no ha de convencerse!... Y no habrá conflicto, porque no puede haberle; y las cosas irán como y por donde iban ayer, que es como y por donde deben ir.

En esto oyó que se hablaba recio en el despacho de su padre. Entreabrió la puerta de su gabinete y escuchó. Su madre quería llevar las cosas á sangre y fuego; tenía á pecado imperdonable las blanduras y contemplaciones de su

marido. «Cortar, cortar por lo sano, antes que la gangrena lo inficione todo.» Don Santiago la recordaba su obligación de ser clemente con su hijo, sin dejar por eso de ser madre celosa y justa: llevando las resistencias tan á punta de lanza, hasta podía enfermar el pobre chico con la batalla que traía en la cabeza.

Se sonrió un poco Ángel oyendo esto, porque consideró lo ridículo que estaría él si las circunstancias le obligaran á hacer el papel de niño mimoso contrariado. Al mismo tiempo cerró la puerta, porque aquellas durezas de su madre, mal de su grado, ahondaban demasiado en el abismo que él tenía ya á medio llenar.

Volvió á pasear por su cuarto y á meditar, pero sobre otro tema diferente.—¿Qué le tocaba hacer á él por de pronto? Porque, aun suponiendo que la gran dificultad se resolviera á su gusto, esa labor no era de pocos días, y Ángel había dejado su negocio con Luz pendiente de una decisión que debía comunicarla al otro día, que ya era *hoy* para él. Fué demasiado optimista en medio de su fiebre amorosa, no previendo algo siquiera de lo que estaba ocurriéndole; pero ocurrido ya, ¿qué podría decirle á Luz sin que ella le leyera sus disgustos en la cara, ni presumiera tropiezos que la indujeran á descubrir otros mayores? No había que pensar en acercarse á ella mientras los ho-



rizontes de sus ideas no se despejaran algo más. Necesitaba irse acostumbrando á verlo *posible* para darlo por *hecho*, y con esto solo ya tenía lo sobrado para estar sereno. Cuestión de aquel día, quizás del siguiente... porque era mucho lo que confiaba en su padre. Entre tanto, disculparía su ausencia de casa de Luz advirtiéndola que estaba ligeramente enfermo, muy constipado: esa era la disculpa usual y corriente para todos los que deben y no quieren ó no pueden ir á alguna parte.

Mas no le bastaba con esto: sus cálculos estaban bien formados; pero eran cálculos al fin, que podían fallar, contra tantas probabilidades de que no fallaran: su situación, por consiguiente, era grave, gravísima; y lo probaba, además, aquella tirantez de espíritu en que él vivía, aquella opresión de su pecho, aquel nudo de su garganta que le parecía el manantial de donde fluían las lágrimas que le brotaban de los ojos en cuanto los ponía en la imagen de Luz, ó el pensamiento en que pudiera perderla para siempre; y por ser tan grave la situación, no era para arrostrada por él, á solas con su inexperiencia y cargado de pesadumbres. Necesitaba auxilios y consejos. Pero ¿dónde hallarlos? Sus pocos amigos eran tan inexpertos como él, además de que él no había de profanar tan santas penas confiándolas á chicuelos presuntuo-

sos. Se acordó de Guzmán, que ya estaba en autos; pero después de lo que había sabido, ¿con qué cara iba él á aquel señor con tales coplas! Porque Ángel, al hablar de su pleito, tenía que exponerle con todos sus pelos y señales, y hasta se prometía, jugando bien este recodo, ganar informes exactos sobre la conducta pasada de la marquesa. De modo que su confidente, tras de conocerla mucho, no debía estar ligado á ella por vínculos que quitaran prestigio á sus dictámenes ni los hicieran sospechosos.

Y he aquí el camino por donde Ángel fué á parar con el pensamiento á Leticia. Leticia, en opinión de Ángel, era «una gran señora,» de mucho entendimiento, y amiga y contemporánea de la marquesa; se interesaba vivamente por la suerte de Luz, y parecía quererla mucho; á él, á Ángel, no se diga... hasta vergüenza le daba no haber correspondido, con una triste visita siquiera, al cariñoso empeño con que ella se las pedía cada vez y donde quiera que le encontraba... Cabalmente la víspera, yendo él por la Carrera de San Jerónimo hacia el Prado, subía ella en carruaje. Pues se detuvo cuando Ángel la saludó, y hablaron allí largo rato... y sobre Luz la mayor parte del tiempo, por saber ella lo que este tema le gustaba á él. De modo que tenía muchísima razón

la buena señora cuando, al despedirse y después de haberle ofrecido de nuevo su casa, le llamó, con una sonrisita y un ademán muy maliciosos, «¡ingrato!» ¿Quién, pues, como Leticia, para oirle con cariño, informarle sin pasión y aconsejarle con acierto?

En éstas y otras tales, ya llegó la hora de comer, y Ángel tuvo que sentarse á la mesa. Comió poco y no habló nada, porque tampoco le hablaron á él. Por la tarde se vistió con gran esmero, y salió decidido á visitar á la amable señora para confiarla sus cuitas.

Y andando, andando, cuanto más andaba más remolón se iba haciendo; porque según oreaba los propósitos con el aire de la calle, menos cuerdos le parecían. No era tan urgente el caso que no le diera un respiro de veinticuatro horas; y en veinticuatro horas podía cambiar de aspecto un conflicto como el suyo, y hacer inútil la consulta que él iba á hacer; y había una noche entera y larga de por medio; y una noche así daba para todo: para que le hablaran en su casa ó para hablar él á los demás; y si nada de esto sucedía, para engolfarse en un mar de pensamientos un hombre que no duerme.

No hizo la visita, y la aplazó para el día siguiente, si la conceptuaba necesaria. Al anochecer mandó á Luz dos carillas de renglones

llenos de dulzuras, para enterarla de que estaba constipado.

Después se fué á casa. En la cual nada ocurrió para bien ni para mal de su pleito: nada le dijeron; nada dijo tampoco. ¿Á quién le tocaba sacar la conversación, y quién huía más de ella?

Á la hora acostumbrada se acostó; pensó un poco en lo que Luz pensaría de su constipado, y ¡cosa rara! se durmió como un bendito... hasta el amanecer.

El despertar fué terrible, ¡eso sí!... Todo lo ganado antes del sueño en una batalla de muchas horas contra las negras ideas, se pierde en un instante al despertar. Esto lo saben todos los hombres que han tenido tempestades en la cabeza. Ángel, que era uno de éstos, se halló entre sus manos las ruínas del edificio que había construído con amargos sudores antes de dormirse. En reconstruirle se le pasó la mañana. Y gracias que lo consiguió; porque no todos lo consiguen.

Á la hora de comer, tampoco adelantó un paso su negocio; y en ciertas situaciones de la vida, no adelantar equivale á retroceder. Había que hacer la visita.

Á media tarde se vistió, aún con mayores atildaduras que el día antes.

¡Á casa de su buena amiga sin parar!



XIV

Llegó sereno, llamó con brío, preguntó lo que es de costumbre; y sin aguardar la respuesta, para ganar tiempo y economizar trámites dió su nombre y apellido antes que se los pidieran. Como si sonaran allí á muy conocidos, abriéronle la puerta de par en par; rogáronle que entrara; le condujeron á un salón que estaba enfrente, y le pidieron el favor de que aguardara unos instantes.

El tal salón era un completo museo de riquezas de buen gusto; pero Ángel no tenía los suyos en disposición de entretenerse contemplando aquellas pompas de la vanidad mundana. Miraba sin ver lo que tenía delante de los ojos, y sólo estaba atento á los minutos que corrían sin que saliera la señora cuyos pareceres iba buscando él allí; porque hasta temía que con una larga espera en tan extraño lugar

se le fueran entibiando los propósitos y acobardando los bríos.

Y minuto tras de minuto, corrió más de media hora hasta que llegó, no Leticia, sino una doncella para rogar al guapo mozo que la siguiera adonde su señora tendría el gusto de recibirle.

Siguióla Ángel muy complacido en que de cualquier modo se pusiera término á sus impaciencias; y atravesando salas y pasadizos, detuviéronse ante una puerta medio oculta entre los paños de un doble cortinaje, quiero decir uno por dentro y otro por fuera. Recogió más una de las mitades de éste la doncella, y apareció Leticia haciendo lo mismo por la parte de adentro. Avanzó Ángel, muy cortés, entre las elegantes angosturas del boquete, y en cuanto pasó al otro lado se corrieron de nuevo las cortinas, y hasta oyó que se cerraba la puerta.

Se quedó muy sorprendido delante de Leticia: parecía una sultana; y esta idea se la sugirió al gallardo visitante, no tan sólo el tipo de la visitada, que adquiría mayor acento oriental con la caprichosa y rica bata que vestía y el estilo de todos sus restantes ornamentos, sino también el lugar en que se hallaba: un salón con anchos divanes, grandes cojines, maderas olorosas, alfombras turcas, cueros marroquíes, espejos venecianos, bronces desnudos, tibores ja-

poneses y ¿qué sé yo! Aquello era un harem preparado al gusto europeo: sólo faltaban los pebeteros y las pipas de largos tubos de seda; y así y todo, transcendía el aposento á molicie africana.

Leticia condujo á uno de los divanes al sorprendido mancebo, que también tenía mucho de oriental entonces con lo lánguido y ojeroso que le habían dejado sus pesadumbres, y se sentó á su lado. Casualidad sería; pero al sentarse quedó fuera de la fimbria de su bata medio piececito primorosamente calzado con una babucha de raso, muy escotada, sobre una media de seda azul con rayas blancas.

Hubo en seguida lo de «yo no debía recibirle á usted, porque es usted un ingrato,» y lo de «usted me estima en mucho más de lo que yo merezco;» «usted no viene aquí por tal y cual cosa;» «pues sepa usted que no he venido sino por esto y por lo otro;» «que sí,» «que no,» etcétera, etc.; porque, *mutatis mutandis*, en estos preludios de visita siempre se dice lo mismo y no se adelanta un paso, por más que muden los tiempos y se ilustren los actores. Pero en fin, hablando, hablando, Ángel sorteó con habilidad los estorbos de la introducción, y llegó lo antes que pudo al tema de sus angustias.

Tardó bastante, pero lo expuso bien, sin ocultar un ápice de cuanto sabía. De todo ha-

bló, unas veces conmovido y otras veces animoso, pero siempre con buen arte; y Leticia, mientras le estaba oyendo, parecía devorarle con los ojos. Tanto le interesaba la relación.

—Y bien—le dijo, muy cariñosa, cuando ésta fué acabada,—¿qué me toca hacer á mí en ese triste proceso? ¿De qué modo puedo yo tener la suerte de hacer algo por la causa de usted?

—Por de pronto—respondió Ángel,—diciéndome (porque usted debe saberlo, ó no lo sabe nadie) qué hay de cierto en lo que se refiere de la marquesa de Montálvez; si es ó no tan... pecadora como se la pinta.

Leticia bajó algo la cabeza, sin dejar de sonreirse, y se rascó un poquitín la sien derecha con un dedo, muy mono por cierto. Después se enderezó; y mirando valientemente á los ojos mismos, grandes, negros y melancólicos, de su interlocutor, respondióle:

—En eso de rumores públicos, ¡es tan difícil saber á qué atenerse! ¡se abusa tanto de ellos!... Á Cristo le crucificaron, conque figúrese usted.

Y Ángel tuvo que sonreirse, porque á ello le obligaron esta salida y la singular expresión de que fué acompañada.

—No es broma, aunque lo parezca—añadió Leticia.—Las gentes son así: por natural inclinación, muy malas; y el resobado símil de

la bola de nieve, es la pura verdad á cada hora del día. No afirmaré que mi amiga sea una santa: ¿quién lo es ya hoy, tal y como van las cosas en el mundo! Pero entre no ser santa y lo que de ella se dice... El caso de Guzmán, por ejemplo... ¿en qué le fundan? En amistades íntimas, del tiempo de las mocedades de los dos, ¡como si Guzmán no hubiera sido antes amigo de otras mujeres! y en cierta semejanza de fisonomía, que yo no veo, entre Luz y él, y que, aunque exista, nada resuelve... Luz se parece á Guzmán por una casualidad, como pudo parecerse al Nuncio. ¿Y también en este caso íbamos á suponer?... ¡Pues decente estaría! En fin, que lo de Guzmán puede ser y puede no ser. Yo creo que no lo es. Lo de su marido... ¿Le eligió ella por ventura? ¿No se le impusieron? Y ¿en qué se diferencia ese pobre hombre, tan difamado, de otros muchos ladrones muy respetables que yo conozco? Pues únicamente en que fué más torpe que éstos en el oficio de robar. De modo que, á juzgar por lo que se ve en éstos y otros varios ejemplos que citar pudiera, la opinión pública sólo castiga á los grandes bribones cuando no saben serlo. ¡Y á este tribunal sin conciencia ha de someter usted los honrados consejos de la suya?

—Pues eso mismo pienso yo,—exclamó Án-

gel, enardecido con aquel dictamen tan favorable á su causa.

—Y piensa usted como un sabio—añadió Leticia,—y además como un valiente; porque valor se necesita para seguir pensando bien entre gentes que piensan y obran tan mal.

—Y de todo lo restante que se refiere de la marquesa—dijo el impresionable mozo, más impaciente por llegar adonde deseaba cuanto más llano le ponía el camino su amable interlocutora,—¿puede presumirse también?...

—¿Que tiene escasos fundamentos de verdad?

—Eso mismo.

—Con grandísimas razones. ¿Quién lo ha visto? ¿Quién puede certificar de ello?... Mire usted: la mayor parte de *lo que se dice* en ese sentido, procede de aspirantes desairados; el resto lo inventan los que ni para ese triste papel sirven. Los afortunados, cuando los hay, se guardan muy bien de decirlo; porque si los hubiera y lo publicaran, serían unos majaderos; y la marquesa tiene sobrado buen gusto para que, resuelta á perderse, se dejara caer en tales manos.

—Eso me parece á mí también...

—Y eso es lo que debe parecerle á usted, porque es de sentido común. Así sucede tan á menudo que de ciertas mujeres pecadoras todo se cuenta menos la verdad... Porque hay muje-

res pecadoras ¡y muy pecadoras, amigo mío!

—¿Quién lo duda!

—Y las hay de todos los linajes: por pasión, por temperamento, por lujo, por moda... hasta por necesidad; pero ninguna es tan necia que publique sus propios pecados por el gusto de dar cebo á las lenguas maldicientes, y la menos aprensiva trata, por egoísmo de viciosa, de no quitar al pecado el incentivo del secreto. De igual modo tienen que proceder sus cómplices; porque si la misma causa no les indujera á ello, les obligaría, como ya le dije á usted, la necesidad de ser reservados si querían ser favorecidos. También esto es de sentido común. Hay excepciones en la regla, como en todas las demás; pero las excepciones solas no dan bastante materia, en el caso de mi amiga, para formar un proceso tan voluminoso como el que el público le ha formado á ella... y á otras amigas suyas también. De modo que, por el precepto establecido, si en la vida de la marquesa de Montálvez hay pecados de esa especie, ó son muy pocos ó no los conoce el público.

—¿Y eso es lo que debo creer?—preguntó Ángel con el ansia de todos los que temen que no sea bastante cierto lo que se les asegura.

—Pues ¿para qué se lo estoy contando?—respondióle Leticia riéndose muy de veras.—¿Ó piensa usted que me divierto en engañarle?

—¡Eso no!—repuso el vehemente mozo temiendo haber dicho una impertinencia,—porque es usted demasiado buena para hallar gusto en tales entretenimientos.

—Gracias por la fineza.

—Lo digo como lo siento... y si no, ¿cómo la hablara yo de estas cosas?

—Es la verdad. Pues adelante.

Ya estaba resuelto aquel punto, y muy á satisfacción del interesado. Faltaba otro de mayor entidad para él; porque el primero le daba apoyos en que fundar buenas esperanzas, pero no le sacaba del atolladero en que se veía, y de esto era necesario tratar inmediatamente.

Mientras en su casa se llegaba á juzgar á la marquesa de Montálvez con el mismo criterio bondadoso con que ellos dos acababan de juzgarla ¡que ya era esperar! ¿qué hacía el novio de Luz? ¿Continuar acatarrado? ¿Visitarla como antes? Y en este caso, ¿la hablaba ó no del punto que quedó pendiente la última vez que se habían visto? Y si la hablaba de él, ¿qué la decía? ¿Con qué mentiras la engañaba?

Éstos y otros parecidos fueron los nuevos puntos sometidos por Ángel al dictamen de su experta amiga.

La cual, después de enterada, tomó de pronto una actitud enteramente distinta de las que había tomado hasta entonces; se acercó más á

su embelesado interlocutor, y eso que ya estaban bien juntos, y le habló así:

—Vamos á ver eso con mucha serenidad. Lo primero que hay que hacer aquí es ponerle á usted en el peor de los casos; quiero decir, en el que llama usted peor.

—¿Y usted no?

—Allá veremos. No hay modo de convencer á sus padres de usted de que la marquesa de Montálvez no sea la mujer más perdida y más escandalosa del mundo, ó se convencen de que es una señora como otra cualquiera; pero se empeñan en que basta su mala fama para que usted no deba casarse, y no se case, con su hija; lo cual es lo mismo para usted. De todos modos se oponen, y hasta le amenazan con las iras del cielo si no son obedecidos en sus píos y honrados mandatos; y usted, que es buen hijo y, aunque otra cosa piensa ahora, algo temeroso de la opinión pública, se encoge y tiembla y padece, porque no tiene resolución para atropellar los obstáculos devolviendo tesón por tesón y amenaza por amenaza... ¿No es esto?

—Cabalmente.

—Y usted padece, tiembla y se encoge, porque en la batalla se juega á Luz, que es hermosa y dulce y hasta santa, según dicen, y no se resigna usted á perder ese tesoro... Vamos á ver, ¿y qué que se pierda?

—¡Señora!...

—Lo dicho: ¿y qué que se pierda? Es usted muy joven todavía, y por eso ignora lo que influye el punto de vista en el conocimiento de las cosas. El amor de Luz es el primero que usted siente, y cree imposible hasta la vida si ese amor se le malogra. Todos los hombres creen y sienten lo mismo la primera vez que se enamoran; pero después, andando los años, van cambiando de parecer, y el obstáculo que de novicios se les antojó desventura sin ejemplo, ya con muchas barbas, le consideran como una dádiva de su buena suerte. No lo dude usted: hay algo de inhumano en eso de amarrar á un mozo que comienza á vivir, al macizo carro del matrimonio y decirle: «tira, y anda por ese camino áspero y obscuro que tienes delante y por donde jamás has andado;» porque se cree que el amor lo suple todo, y esto es una lamentable equivocación. En primer lugar, el amor del alma se confunde muy á menudo con los antojos del cuerpo; pero, aunque no se confunda, el amor, ó lo que sea, se acaba luégo, porque no duran más los incentivos que le producen; ó si se conservan, pierden el encanto por la costumbre de verlos; el resultado es el mismo: lo que se llama amor, desaparece, y la venda se cae; y entonces, cuando los ojos contemplan asombrados lo muchísimo des-

conocido que tienen delante, la codicia de ello inflama los apetitos, y el hombre más sesudo y morigerado olvida sus deberes y se hace un glotón de cuanto ve. Es decir, cae, y de mala manera, que es mucho peor que caer... porque también los vicios tienen su estética... ¿Se sorprende usted de lo que le digo?... Pues está usted en la obligación de resignarse, porque yo no me comprometí á halagar sus ilusiones, sino á darle mi parecer después de examinar el punto por todas sus caras. Ahora estamos en la fea... Ya le veremos por otra mejor, si es que la tiene.

Ángel estaba, en efecto, sorprendido, y aun admirado, de ver por dónde tomaba la cuestión su consejera, y hasta de la cara que ésta ponía cuando le hablaba, que no era cara de susto ciertamente. ¿Adónde diablos iría á parar por aquellos caminos tan distantes de los deseos del enamorado mozo? Ya se vería. Y comenzó á verlo en el acto, porque en el acto le dijo Leticia, después de contemplarle en silencio unos instantes, y como substancia y producto lógico de sus apuntadas reflexiones:

—Creo, pues, que no se halla usted en edad ni en condiciones de casarse.

El aludido brincó sobre el diván; y sin poder contenerse, dijo con marcado disgusto:

—¡Pero eso es peor aún que defender la causa de mis contrarios!...

—Esto es defender lealmente la causa de usted—respondió Leticia con acento y mirar blandos y cariñosos.—Y si no, á la prueba... Pero déjeme usted concluir sin enfadarse. Contando con que usted, si no me lo dice, piensa, por sellarme la boca, que sin casarse con Luz, porque la ama, no comprende la vida, me anticipo yo á sostener que un amor, aunque sea como el de usted, se cura con otro... Esto, como regla general; pero concretándome al caso presente... ¡usted, tan joven, tan... (no quiero que me llame lisonjera) tan bien dispuesto para el mundo, rico, independiente, con tan larga y risueña vida por delante!...

Aquí empezó Ángel á sentirse incómodo y desasosegado. Quiso interrumpir á Leticia sin acabar de comprenderla todavía; pero Leticia le contuvo con un ademán enérgico y estas nuevas palabras:

—¡Usted, repito, con todas esas ventajas, llorar como una desventura el recelo de que se le malogren unos intentos como los que le preocupan! Yo doy hasta por indiscutible que el amor de Luz sea el más hechicero de todos los amores... de la misma clase; pero—y con esto vuelvo á lo que quedó pendiente,—¿sabe usted todavía lo que son otros amores? ¿Sabe usted que no son los más sabrosos los que más lo parecen á la simple vista?

Ángel llegó á sentir latidos en las sienes y á cobrar cierto miedo al hablar incisivo y al mirar fulgurante de Leticia; la cual, como si se envalentonara con los encogimientos de su interlocutor, se tiró más á fondo, de esta suerte:

—Usted no sabe aún que los amores, como otras muchas cosas, se mejoran con la salsa de la experiencia; quiero decir que para un paladar de buen gusto, son más sabrosos los más experimentados...

Y como al decir esto Leticia, su voz, su mirada, sus ademanes y el agitado ondular de su alto seno revelaran una emoción y un fuego que no pedía el punto que se había comenzado á tratar allí, Ángel receló ya de todo... hasta de la bata y de las babuchas de Leticia; del motivo de su tardanza en recibirle, y de la ocurrencia de recibirle entre el aparato moruno de aquella estancia misteriosa; y dejándose llevar de tan malos pensamientos, también sospechó de los que pudo tener aquella dama para insistir un día y otro en que él la visitara á menudo, y aun entrevió los motivos de que la marquesa de Montálvez no tratara á aquella amiga con la afabilidad que á otras suyas... ¿Quién sabe hasta dónde fueron á parar las sospechas del ingenuo mozo en brevísimos instantes!

Lo cierto es que los escozores le llegaron tan al alma, que sin poder contenerse se alzó del

diván. Entonces Leticia, leyéndole en la actitud lo que le estaba pasando por dentro, quiso salvar su ociosa imprudencia, si es que la había cometido, que yo no lo sé, cambiando súbitamente de aspecto y diciéndole con la mayor serenidad y sin levantarse:

—¡Si no hemos concluído todavía!

Á lo que respondió el otro con voz glacial:

—Ya lo veo; pero como el punto que usted toca no es el que yo deseaba ventilar... Sin duda me ha comprendido usted mal, ó yo no he sabido explicarme bien. De cualquier modo, mil perdones por el tiempo que la he robado, y mil gracias por sus bondades.

Hízola una fría reverencia y se fué, estremecido de espanto al considerar que quizás había arrojado todo el rico tesoro de sus cuitas en un hediondo basurero.

Leticia le siguió con la vista; y si el pobre mozo hubiera vuelto la suya entonces, más grandes habrían sido sus terrores al leer lo que expresaban los ojos y el continente de su afectuosa consejera.





XV

Desde que la marquesa de Montálvez era juiciosa y administraba sus caudales por sí misma, tenía un regaladísimo placer en encerrarse en su despacho, hojear sus libros de cuentas, tomar notas, calcular gastos é ingresos, apuntar cantidades en dos columnas, sumarlas, restar una suma de otra, y ver al fin que, sin privarse de nada de lo necesario, le resultaban sobrantes para imprevistos, después de destinar un buen puñado para amortizar censos procedentes de su mala vida pasada. «Es preciso verme,» pensaba algunas veces la marquesa, riéndose de sí propia, «aquí, y en el oratorio rezando con mi hija, para creerlo. ¡Vaya si *he dado vuelta* y soy mujer arregladita y hacendosa! ¡Si hasta me creo capaz de llegar á ser mística y avara! Explíquese usted estos arrechuchos de la vida, ó estos

misterios del corazón humano, como diría Aljófar, que, aunque desdentado y ronco, todavía canta y engulle.»

Y volvía á sonreirse, y continuaba haciendo cálculos y sumando guarismos.

En eso se entretenía y casi del mismo modo pensaba la mañana siguiente al día en que ocurrió lo que se refiere en el capítulo anterior.

Después que despachó su tarea, se dió á pensar en su hija, que en aquellos momentos estaba en su tocador. Luz andaba algo preocupada con la indisposición de Ángel: cosas de chicuelas enamoradas.—La marquesa ignoraba lo del grave punto que había quedado pendiente la antevíspera entre los dos interesados. De otro modo, quizás hubiera dado mayor importancia á las preocupaciones de Luz, mejor dicho, á la ausencia de Ángel; porque en Luz no cabían recelos de cierta especie.—Si ella (la marquesa) estaba satisfechísima del novio que le había tocado en suerte á su hija, Guzmán no lo estaba menos; pero entrambos temían, porque si siempre se teme cuando se desea, en aquel caso estaban más en su punto los temores por motivos que el lector conoce bien. Y ¿qué hacer? ¿Hay negocio en la vida que no esté sujeto al vaivén de las contrariedades y de la fortuna? Y, sin embargo, muchos se logran como fueron calculados. ¿Por qué no

había de ser uno de ellos el negocio de Luz?

Dándolo por hecho, como lo daba casi siempre, la marquesa puso su consideración en el cuadro venturoso de la vida de aquella pareja incomparable, lejos, muy lejos, todo lo más lejos que ella pudiera, de la peste del «gran mundo.» Luz le detestaba y Ángel no le conocía. No cabía temor de que se necesitaran esfuerzos para apartarlos de él; y en apartándose, el ejemplo de los demás impulsaría hacia lo bueno al que de los dos tuviera la desdicha de sentir tentaciones de no serlo. La vida de familia, el ambiente del hogar, el apego á los hijos, la atención esclava del detalle doméstico, y Dios en el corazón más que en la lengua... Éste era todo el saber, toda la ciencia que daba por fruto en los matrimonios hombres útiles y mujeres honradas. Y ellos seguirían esa misma ley, y serían dichosos, y ella lo vería; y si algún día los vientos de la maldad llevaban hasta los oídos de Luz el ruido de los pecados de la madre, ó no los daría crédito la hija, ó si se le daba, ya habría en su corazón la necesaria fortaleza para perdonarla después de llorarlos. Pero no irían nunca tan allá esos aires de muerte, porque no abundaban las almas de Lucifer capaces de conducirlos. Por de pronto, las cosas iban del mejor modo posible, y la marquesa reconocía que Dios era demasiado bueno con

ella dándola lo que la daba por fin y remate de una vida como la suya.

Lo que sucedió poco después, va á referirlo la marquesa misma:

«Se abrió rápidamente la puerta de escape, y apareció Luz delante de mí, de la manera más extraña: el pelo destrenzado y flotante sobre la espalda, y recogido lo demás en ancho lazo sobre cada sien; el blanco peinador mal ceñido á su cuerpo; entre las manos convulsas un papel, y la cara... ¡oh! el espanto, la ira, el dolor, la sorpresa, el desconsuelo... todo esto se podía leer en su cara transfigurada, y en su actitud resuelta é indecisa al mismo tiempo.

»Me quedé estupefacta al verla así, y ella permaneció un instante sin acertar á pronunciar una sílaba y mirándome con la agonía en los ojos.

»De pronto díjome con voz muy desconcertada, pero con gran energía:

—Ya sé por qué no ha vuelto desde entonces...

—Y ¿qué es lo que sabes, hija mía?—preguntéla con el alma suspensa.

—¡Todo... todo!... Pero es una cosa enorme... que yo no quisiera creer... que no la creo—respondió estremeciéndose; y en seguida, con un timbre de voz indefinible, porque me sona-



ba á todo lo siniestro, desde la maldición hasta el quejido, preguntóme, con sus ojos anhelantes fijos en los míos asombrados:—dime, madre, ¿es verdad que tú eres... mala?

—¡Mala yo, hija de mi vida!—exclamé bajo la sensación de un escalofrío mortal.—Pues ¿no me conoces todavía? ¿No sabes lo que te quiero... cómo te trato?...

—¡No es eso, no, lo que yo te pregunto!—añadió con una entereza y una decisión que me aterraron:—te pregunto si es verdad que eres mala, pero mala... de otro modo... ¡mala mujer!

»¡Ciega yo, torpe mil veces, que con pensar tanto en ello á todas horas, no sospeché de qué se trataba entonces hasta que sonaron en mi oído estas tremendas palabras!

»Dicen que dos grandes poetas han apurado todos los horrores que caben en la imaginación para pintar los tormentos que padecen los condenados en el infierno. Es imposible que entre tantos suplicios imaginados haya uno solo comparable al que yo padecí en aquel terrible instante. Espantábame el siniestro resonar de aquella afrentosa pregunta en una boca tan casta; pero aún me atormentaba más la vergüenza de merecerla.

»No sé si por eludir la contestación con una evasiva, tregua ilusoria de un condenado á

muerte delante ya del patíbulo, ó porque así lo pedía el tumulto de mis ideas, dejando á la pobre niña en las garras de sus dudas mortales, atrevíme á preguntarla, aparentando un valor que no tenía:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Esta carta,—me respondió, entregándome el papel que traía en la mano.

—¿Cuándo la has recibido y de quién es?

—No tiene firma ni fecha, y la he recibido poco antes de entrar aquí. Me la trajeron de su parte; de parte de *él*...

—Justo, para que, como cosa suya, cayera en tus manos y no en las mías. ¿Y tú crees que sea obra de Ángel?

—Ángel podía llegar á olvidarme, pero no á herirme de este modo.

»¡Y todo este diálogo, con mucho más que no hay para qué reproducir, le sostenía yo para ir alejando el instante de fijar la vista en el papel, que me abrasaba las manos! Fuera de quien fuera, ¿qué más daba si era la delación de mis delitos al juez que más me intimidaba en el mundo!

»Al fin puse mis ojos en la carta, y tuve alientos para enterarme de todo su contenido. ¡Qué infamia! ¡Y yo dudaba poco antes que hubiera almas bastante viles para cometerlas tan grandes como aquélla!

»La letra estaba desfigurada; pero así y todo, yo veía en aquellos renglones contrahechos, sobre la fina superficie del papel, un cierto tufo diabólico, un rastro que me delataban una mano conocida que no acababa yo de descubrir.

»Pero allí constaba todo, ¡todo! ¡Y con qué astucia más infernal! El móvil de la carta parecía ser un hermoso sentimiento de cariño á los dos enamorados. Luz podía estar inquieta por las ausencias no explicadas de Ángel; podía hasta desconfiar de su lealtad; y por eso y porque se suponía á Luz enterada de la historia de su madre, se la hacía saber lo que le pasaba al pobre chico. Sus padres me conocían al pormenor, ya hacía tiempo; y al hablarlos el hijo de sus propósitos de casamiento con Luz, le habían presentado como obstáculos insuperables... y aquí empezaba la lista minuciosa de todos mis pecados, reales y supuestos; con un lujo de colorido sobre sus calidades y resonancia, que no había más que pedir. El oprobio de mi casamiento *se escapaba del papel*. Donde más se podía escandalizar la inocencia y el candor de la hija, allí se hundía el trazo para afrentar más á la madre. Y esta sarta de iniquidades se hacía para venir á parar á que, no siendo el asunto tan grave como á Ángel se le antojaba, muy pronto se vencería el estorbo, re-

flexionando los padres que faltas como las mías eran demasiado corrientes y toleradas en el mundo, para que se opusieran como impedimento á la felicidad de dos enamorados, tan dignos de ser felices.

»Todo esto leí; de todo esto me enteré, gastando en ello todas las fuerzas de mi voluntad. Pero era preciso hablar, responder de algún modo á aquellos cargos terribles; y para esta empresa ya no tuve alientos. Luz, entre tanto, continuaba pidiéndome una respuesta con los ojos. ¡No los apartaba de mí! Estaba trémula, convulsa, la desdichada.

»¡Cómo ciega y aturde el peso de una conciencia cargada de iniquidades! Yo, la mujer desenvuelta, fría y despreocupada de los salones; la dama de los grandes recursos para la intriga; la afamada *humorista* de las *ocurrencias felices*, ni siquiera dí en el sencillo intento de deshacer con una negativa terminante aquella tempestad de desdichas que bramaba sobre mi cabeza... porque me hubiera bastado eso solo para conseguirlo: después me he convencido de ello pensándolo con serenidad. Pero entonces, en las pocas preguntas y en la actitud indescriptible de mi hija, yo no sé qué oí, qué ví de extraño, de sobrenatural, como si fuera el rayo de la justicia de Dios que comenzara á castigarme.

»Y me aterré más todavía; y cuando Luz, pareciéndole siglos los instantes que yo tardaba en responderla, me dijo, con la voz de su angustia desesperada: «¡habla, aunque sea para acabarme de matar!» yo enmudecí y bajé la cabeza cerrando los ojos. Quería ocultarme en aquella ilusoria obscuridad, ya que el suelo no se abría bajo mis pies para devorarme. Oí entonces sollozos y quejidos: la agonía de un alma. ¡Desventurada! ¡Cuánto perdía con aquel silencio mío, que era la declaración de los escándalos de su madre!

»El remordimiento, el dolor de herirla tan hondo y en tantos sitios á la vez, produjo en mí una súbita reacción. Ardíame la sangre que momentos antes era hielo desleído; zumbábanme las sienes, y el corazón no me cabía en el pecho; abrí otra vez los ojos, y tuve que cerrarlos de repente, porque los sentí deslumbrados por las mismas llamas infernales que me abrasaban el rostro. Un ciego impulso de mi amor de madre me arrastró hasta Luz con los brazos extendidos; pero otro impulso más fuerte de la conciencia me detuvo allí... No me atrevía á abrazarla, porque abrazarla era poner en contacto su inmaculada pureza con las escorias inmundas que imaginaba yo ver salir á borbotones de mi pecho. En tan negro desamparo, elevé mi pensamiento hacia Dios; y tampoco hallé el con-

suelo que buscaba, porque no tuve fuerzas para llegar á tan alto en tan mala compañía. La conciencia de mis culpas me cerraba todos los caminos que yo intentaba seguir, mendigando un instante de sosiego. ¡Como si le mereciera! Entonces, en el paroxismo de mi desconsuelo, sin mirar á Luz, sin ver si quedaba viva ó muerta, huí de su lado y corrí á esconderme, con el peso de todos los tormentos en el alma y sin el consuelo de una lágrima en los ojos.

»No sé cuánto tiempo permanecí en mi gabinete, aturdida bajo aquel torbellino de pensamientos desquiciados y de visiones febriles, porque no hay medida para los huracanes del espíritu. El infeliz que los padece siente los estragos, pero no estima las horas. Y eso me pasó á mí.

»Cuando el cansancio de tan ruda batalla prestó un poco de sosiego á mi discurso, comprendí que con haber pensado tanto, no había pensado en nada útil, y que era preciso pensar en algo, buscar una puerta para salir de aquel antro sombrío, si es que el antro tenía salida que no fuera para conducirme á otro más tenebroso.

»Y discurrí, y fatigué la enardecida máquina de mis ideas... todo para la pobre víctima de mis enormes faltas: yo, su verdugo, no tenía derecho ni á disculparme para moverla á

que me las perdonara. ¡Pero era tan estrecho el círculo en que se revolvían mis pensamientos por la naturaleza misma de las cosas meditadas! ¡había un enlace tan íntimo entre lo que era irremediable y lo que podía tener algún remedio! Al fin, la necesidad, la obligación de hacer algo, me sugirió una idea que ya había entrevisto yo flotando á ratos en el oleaje de la pasada tempestad. No era todo lo que se necesitaba en una obscuridad como la mía; pero era algo, era un proyecto, una salida, un camino, el único camino que veía, y me decidí á seguirle sin perder un solo instante.

»Llamé, pedí el carruaje y comencé á vestirme para salir... ¡No me atreví á preguntar por mi hija, y no la echaba de la memoria un solo instante! ¿Qué haría, la desdichada, desde que yo la había dejado en el suplicio de su honda pesadumbre y sin alientos para llorar! Quería verla, necesitaba verla, porque su dolor me atormentaba más que los míos; pero me faltaba valor para ello: temía agravar sus angustias con mi presencia..., y temía, hasta el espanto, leer mi desprestigio en sus ojos. Quien haya tenido hijas buenas y enamoradas de su madre, que diga si hay puñal que más hondo hiera, ni azote que más afrente que la mirada que yo temía.

»Me vestí muy pronto y salí de puntillas hasta el gabinete de Luz, que no distaba mu-

cho del mío. La puerta no estaba bien cerrada y había un resquicio entre las dos hojas. Miré por él, latiéndome el corazón y temblándome todo el cuerpo; y la ví, allá en el fondo y en el mismo desaliño en que yo la había dejado en mi despacho, recostada en un sillón; el rostro descolorido; los ojos enrojecidos y secos; la mirada perdida en el cúmulo de los pensamientos; la expresión de honda tristeza, y las manos abandonadas sobre el regazo. ¡Qué dolor!... ¡y qué corazón había elegido para anidar! ¡Y todo aquel estrago era obra mía; de mis maldades, de mis escándalos!

»Esta idea me hirió como un rayo: sentí la sacudida en el pecho, y una oleada de lágrimas inundó mis ojos: ¡el primer beneficio que me otorgaba el duelo implacable de aquel día! Porque no oyera Luz mis sollozos, intenté cerrar la puerta; pero notó su débil rechinar y volvió la cara. Por si me había visto, me resolví á entrar, dispuesta á todo. De cualquier manera, yo no podía vivir así.

»No se mostró sorprendida al verme ni me miró con dureza. Esto solo me dió un gran consuelo y fuerzas bastantes para atreverme á sentarme á su lado; pero no supe qué decirla. Temblaba yo como una hoja de otoño, próxima á caer de la rama sin jugos.

»Estando en estas indecisiones, reparó ella

en mi traje, y me preguntó con voz algo empañada y muy débil:

—¿Vas á salir?

—Sí, hija mía,—respondí.

—¿Adónde?

—Muy cerca... para un asunto que nos interesa... que te interesa á tí, sobre todo.

»Se encogió de hombros y volvió la cara hacia el balcón. La silla que yo ocupaba era más alta de asiento que su butaca: de modo que su cabeza quedaba algo más baja que la mía. Siempre que yo me separaba de Luz con cualquier motivo, nos dábamos un beso... ¡Qué hambre tenía yo del beso de aquel día! No atreviéndome á pedírsele ni pudiéndome resignar á irme sin él, quise robarle con una astucia, á la cual se prestaba la diferencia de alturas de nuestros asientos. Me fuí deslizando del mío poco á poco, y bajando, bajando, hasta verme de rodillas delante de ella. ¡Aquél era mi puesto! ¡así debía estar yo, y más abajo todavía, y pisoteada por sus pies! Fingí hacer lo que hacía para observar más á mi gusto su cara.

—Estás casi en ayunas—la dije,—y necesitas tomar algo que te conforte... ¿Quieres que almorcemos antes de salir yo?... porque ya es hora.

—Estoy muy bien—me respondió impasible.—No necesito nada, sino quietud... y silencio.

—De manera que yo he venido á molestarte... Perdóname por la buena intención que tuve... Como voy á salir... me dejé llevar de la costumbre: ya sabes cuál es...

»Y la miraba á través del velo de la mantilla que me había echado sobre la cara.

—No me molestas,—me dijo sin acercar la suya tanto como yo quería.

—Pero tampoco me necesitas, ¿no es cierto? —repliqué devorándola con los ojos.

—Y ¿sé yo—respondióme, sacudida por una gran emoción,—qué es lo que deseo ni qué es lo que necesito; qué es lo que menos me daña ni lo que más me conviene!... ¡Si todo me parece ahora del mismo sabor!

»Acudí presurosa á contener aquel torrente de dolor que se desbordaba, con los pocos recursos de que podía disponer.

—Cierto, cierto—la dije, acariciando una de sus manos que había cogido entre las mías,—y yo soy una imprudente, una egoísta, preguntando esas cosas... Ya vendrá tiempo de tratarlas como se debe; y para que llegue cuanto antes voy á salir en seguida... Porque ya te dije que iba á salir... ¿lo has olvidado?

—No.

»En esto avisaron que el coche aguardaba.

—Ya lo oyes—la dije, acercando más toda-

vía mi cara á la suya,—y si he de volver pronto... Conque ánimo, que Dios, aunque aprieta, nunca ahoga... En cuanto vuelva, dentro de una hora lo más, te informaré de todo lo que me haya ocurrido... Será bueno para tí... para las dos, no lo dudes. Entre tanto, dejaré advertido que te den una sopita clara... un caldo siquiera... porque no puedes estar así... ¡Ea! adiós, hija mía...

»Pero yo no me incorporaba ni alejaba mi cara de la suya.

—Adiós,—me dijo al fin, estampando un beso, frío y maquinal, en mi frente.

»Pues así y todo, me pareció aquel beso un regalo celestial; hízome la impresión de un rocío benéfico en la sequedad de mis amarguras; y dejándome llevar de los impulsos del corazón, tomé la cara de Luz entre mis manos y se la cubrí de besos y de lágrimas. No pensé ya en que pudiera mancharla el rastro de mis liviandades. El llanto de mis remordimientos lo lavaría todo; y, además, yo necesitaba aquello para vivir.

»Salí en seguida con mayores alientos y mejores esperanzas; hice á mi doncella los encargos que juzgué convenientes para atender al cuidado de Luz, y bajé al portal. El aire, el sol, el ruido y el movimiento de la calle, me produjeron una impresión tristísima. Parecíame

que el velo de mi mantilla no era bastante tupido para evitar que las gentes leyeran en mi cara lo que me estaba pasando.

»Al entrar en la berlina, dije al lacayo en el momento de ir á cerrar la portezuela:

—Imperial, quince.





XVI



IENTRAS rodaba el coche se me iba ocurriendo que podía no ser verdad que las ausencias de Ángel de mi casa consistieran en lo que decía el anónimo; mas como para aclarar la duda se necesitaba un trámite, no corto, y no andaban mis asuntos para prodigar el tiempo en lujos de preliminares, y si lo del anónimo no era la pura verdad, podría serlo, lo sería á la hora menos pensada, lo que yo iba á hacer hecho estaría, y eso tendríamos adelantado. ¡El anónimo!... Pero ¡de quién era la mano que le había escrito? No podía dar en ello por más que cavilaba, y casi casi la estaba viendo delante de los ojos.

»Detúvose el coche y bajé. Sólo otra vez en mi vida había estado yo en aquella casa, ¡y en qué situación de ánimo tan diferente! Subí la angosta y larga escalera sin tomar un respiro, y llamé.



»Esta vez fuí recibida en la sala, pieza triste y pobre, sin otro lujo que el aseo, el cual relucía hasta en los damascos descoloridos de los muebles. Apareció el matrimonio á los pocos momentos de estar yo aguardando. La mujer era el mismo espectro de la otra vez, pero sin la calceta, aunque no por eso me pareció menos terrible. Dispuso con un ademán de los suyos que me sentara en el centro del sofá, y sentéme allí. Delante del sofá, á sus dos extremos y mirándose frente á frente, había dos butacas. La mujer se sentó en la una y el marido en la otra. Colocados así los tres, el espectro estaba á mi derecha.

»El bueno de don Santiago había estado muy afable y cortés conmigo... y también un poco desconcertado al saludarme. Su mujer fué la de siempre y lo que yo esperaba que fuera en aquella ocasión; pero ni me alentaba lo uno, ni me intimidaba lo otro. En la enormidad de mi cuita, no debía reparar yo en pequeñeces de más ó de menos.

»Sin detenerme en excusas ociosas ni en preámbulos atenuantes, referí lo del anónimo y hasta le relaté casi al pie de la letra, y pregunté en seguida si era cierto que entre ellos (mis dos oyentes) y su hijo, hubiera pasado lo que en el papel se declaraba. La mujer respondió al punto, seca y muy acentuadamente, que sí;

el marido, cuando me volví hacia él, humilló un poco la cabeza; pero no dijo que no.

»Ya sabía á qué atenerme con toda certidumbre; y á continuar iba en mi empresa, fundada sobre esta base, cuando se me anticipó el espectro para decirme:

—Ya supondrá usted que en esta casa, donde con tanta lealtad se habla y se procede, no hay nadie que sea capaz de cometer tales felonías...

—No había necesidad de esa advertencia, señora,—la dije de todo corazón.

—Es que como la carta, según usted ha referido, fué entregada de parte de mi hijo...

—Razón de más para creer que no era obra suya, puesto que no la firmaba.

—Eso mismo pienso yo—dijo don Santiago,—y eso solo debiera bastar como prueba decisiva, si hubiera alguien capaz de atribuirle...

—Señor don Santiago—le interrumpí,—todas esas salvedades están fuera de su lugar...

—Pero es extraño—dijo su mujer,—¡muy extraño! que una cosa tratada aquí, á puertas cerradas, entre nosotros solos, hace dos ó tres días, se sepa á estas horas donde se sabe. ¿Cómo ha podido saberse?...

—¡Oh, por el amor de Dios!—repliqué fatigada con aquella ociosa digresión,—no se preocupen ustedes ahora con eso... Ya se sabrá to-

do... y si no se sabe, ¿qué importa! No es eso lo que á mí me duele ni por lo que he venido.

»Calláronse entonces; y como los ví dispuestos á escucharme, díjeles al punto, palabra más ó menos:

—Hay en el anónimo ese un alcance más hondo que el que se ve, tomado el papel en la sencillez de su contenido. Parece la obra de un amigo indiscreto, y es un puñal envenenado que ha producido en mi casa dos heridas mortales. Para eso fué escrito, y como puñal le esgrimió la mano alevosa. De una de las dos heridas no hay para qué tratar: es la mía; quizás la merezco, y poco importa. Pero de la otra, que es la de mi hija inocente... ¡Dios bendito!... Yo no sé si habrá en el mundo remedio que alcance á cicatrizarla: sospecho que no; pero sé de algo que puede combatir el veneno y amortiguar los dolores; y con esto, aunque mal, ya se vive... Pues ese bálsamo milagroso está aquí, en una palabra, en una mirada, en un latido del corazón de ustedes; y yo vengo á preguntarles: ¿á costa de qué sacrificios, de qué humillaciones, de qué penitencias, le puedo adquirir para que viva la desventurada Luz?

»No me respondieron una palabra. Don Santiago me había oído sin apartar de mí sus ojos compasivos; pero su mujer era una roca.

»Convencida de ello, abandoné por inútiles los toques al sentimiento de aquella inexorable criatura, y acometí de frente la empresa llamando á las cosas por sus nombres. Lo que pretendía, lo que yo suplicaba, era que no se pusieran obstáculos á los proyectos acordados entre Ángel y mi hija.

—Quisiera yo que la señora marquesa considerara—dijo al oirme don Santiago, en tono muy afable,—que cuando se tratan en familia asuntos como el que nuestro hijo vino á tratar con nosotros, no debe extrañarse que los padres, mirando por el bienestar y por...

—¡Si yo no me extraño de nada de eso, amigo mío! Ustedes han hecho muy bien en lo que hicieron, pensando que lo que hacían era lo mejor; pero entonces ignoraban...

—Mi hijo—interrumpióme la implacable madre,—nos ha oído cuanto necesita saber en este caso, y á ello se atendrá, como nosotros también nos atendremos.

—Pero su hijo de usted ignora—díjela yo,—lo que sucede en mi casa, y no sospecha todo lo que puede suceder.

—Mi hijo—insistió con voz tremenda el espectro,—no tiene obligación de saber esas cosas, ni sus padres la tienen tampoco: lo que saben los padres y el hijo, porque son bautizados y no han renegado nunca de serlo, es que

hay que bajar la cabeza cuando pasan las iras del cielo, como pasan ahora para castigo de usted. Quien la hizo, que la pague. Resígnese y sufra, y no pretenda que la ayude nadie á enmendar los decretos de Dios.

—¡Mujer, mujer!—exclamó aquí el bueno del marido,—¡caridad siquiera!...

—¡Oh! déjela usted decir, que no me duele por lo que de ello me toca: eso y más merezco. «Quien la hizo, que la pague:» ha dicho muy bien esta señora; nada más justo. Yo la hice: yo acepto el castigo, sin protesta, para pagar todo lo que debo; pero por lo mismo que ésta es la ley, me parece que la infringen los que castigan en una hija inocente como la mía, los pecados de una madre como la suya. Vengan sobre mi cabeza todas las iras del cielo, toda la indignación y todo el menosprecio de ustedes; pero déjenme que implore un poco de misericordia para la desdichada, que no ha cometido otro pecado que el haber nacido de mí.

»Aquella mujer no se ablandaba: quizás no me comprendía; acaso no daba más valor á mis instancias, que el que tiene cualquier otro fracaso de casamiento *ventajoso*. Por si no me equivocaba, conté la historia de Luz desde que tuvo uso de razón, desde el día en que vino al mundo; su carácter, su inocencia; mis incesantes afanes por que la conservara, por que no

supiera jamás entre qué inmundicias había caído... en fin, por que no se pareciera á su madre ni tomara en su ejemplo la menor disculpa para no ser buena, si algún día se obraba el milagro de que aquel corazón tan puro llegara á corromperse: de todo esto hablé; y después de hablar de ello, hablé de sus extrañas fantasías, origen de unos amores que, por nacer como nacieron, parecían providenciales; de mi súbito cambio de costumbres, de mis esperanzas... de mi soñada felicidad, que sólo consistía en que jamás turbara la de Luz el ruido de los escándalos de su madre. Ya no era posible evitar esto, porque la infamia se había consumado; pero ¿por qué al dolor de esta puñalada se había de añadir otro más hondo todavía? ¿No era sobrada crueldad herirla, para que también se pretendiera matarla? ¿En qué me rebelaba yo contra las iras del cielo que castigaban mis pecados, pidiendo la vida de la inocente?

»Pues tampoco labró toda esta triste y larga plegaria en el corazón de aquella mujer. Según ella, la justicia divina, cuando se dejaba sentir, hería en lo más sensible. Por eso me había herido á mí donde tanto me dolía. Sería cierto; pero ni aun así creía yo faltar á ninguna ley divina ni humana, implorando lo que imploraba al precio de sufrir yo sola todas las amarguras decretadas para las dos.

»Don Santiago no desplegó sus labios, porque harto tenía que hacer con ocultar de mí las impresiones que le estaban dominando.

—Yo no pido á Ángel—concluí,—porque es bueno, porque es hermoso ni porque es rico: le pido, le imploro, porque ama á Luz y es la vida de mi hija, que le merece.

—Y yo no se le negaría á usted—respondióme el espectro,—si Luz fuera pobre, fea y necia; él la quería, bendijérasela Dios con tal de que fuera honrada. Pero se la niego, se la negamos... porque su madre no lo es.

—Lo sé ya, señora—repliquéla,—y en eso estábamos al principio; pero llegando adonde he llegado yo con mis explicaciones y mis súplicas, la pregunto á usted ahora, y á usted, mi buen amigo don Santiago: á cambio de ese gran beneficio, ¿qué reclaman ustedes de mí? ¿qué testimonios desean para creer que si escandalicé como mujer deshonesta, puedo edificar como arrepentida? ¿qué martirios, qué humillaciones?... Díganmelo: yo lo haré todo... todo, sin repugnancia, con la sonrisa en la boca y besando el azote que me castigue.

»La mujer se callaba. El marido me dijo, si no recuerdo mal, algo como esto, y muy conmovido:

—Señora mía, yo la compadezco á usted con todo mi corazón; yo no dudo de la sinceridad

de cuanto nos dice; yo la creo á usted capaz de todo lo que promete, y la aseguro que haría los imposibles por poner las cosas en donde debían estar, si las cosas esas tuvieran remedio á la hora presente; pero con éstos mis buenos deseos, que son los de mi mujer, créame, aunque no lo parezca así...

—Tu mujer—saltó ésta,—nunca se ha mordido la lengua para decir lo que siente, si lo que siente va con la ley de Dios, como sucede ahora; y lo dicho, dicho queda, porque no se opone á esa ley; pero aunque se opusiera, también el mundo tiene sus leyes, bien ó mal hechas, y hay que respetarlas...

—¡Ahí está!—dijo con gran viveza don Santiago:—á eso iba yo á parar cuando tú me interrumpiste. El mundo tiene sus leyes: en el mundo vivimos; él nos ha formado á su modo, señora marquesa... y por esas leyes... en fin, póngase usted en nuestro caso.

—¡Ah!—exclamé yo entonces,—¡si usted se viera en el mío!... Pero también acepto esas leyes que me son tan desfavorables en esta triste querella. ¿Qué teme usted del mundo en el caso implorado por mí? ¿que caiga sobre Ángel la ignominia de la madre de su mujer? También para estas tempestades hay conjuros. ¡Yo me arrastraré como penitente donde me han visto triunfar como pecadora! ¡yo confesaré á voces

mis pecados donde quiera que haya gentes honradas que me oigan!... ¿Qué más puedo hacer? Jesús no pidió tanta penitencia á la cortesana arrepentida, y había escandalizado más que yo.

»Se miraron uno á otro, y díjome después don Santiago, muy conmovido:

—Ni nosotros, pobres pecadores, le pediríamos á usted, *llegado el caso*, todo lo que nos ofrece... Aquí hay caridad, señora, gracias á Dios, aunque haya miramientos también, ¡y muchos miramientos! que respetar, sin que se falte por eso á la ley divina... pero ¿sabe usted, sabemos nosotros, si asintiendo á lo que usted desea y pide, y es muy natural que lo pida y lo desee, se avendría también nuestro hijo, con el cual no contamos?

—Pues ¿no hemos convenido—repuse,—en que lo que se afirma en el anónimo es cierto en todas sus partes?

»El buen hombre contestó que sí.

—Y ¿no se afirma en él que el único obstáculo que encuentra Ángel para el logro de sus ardientes deseos, es la oposición de sus padres? Porque de no contar con esto yo, no les hubiera molestado á ustedes con lo que les he dicho.

—Es verdad, es verdad—respondió el bendito:—fué un reparo el mío sin fundamento;

pero de buena fe. Desgraciadamente para nuestros propósitos... quiero decir, para los de sus padres, la decisión de Ángel en ese punto es á prueba de inconvenientes: es firme como una muralla. Lo cierto no hay para qué ocultarlo, ni es justo que se oculte.

»¡Cosa rara! Su mujer no hizo el más leve reparo, ni con la palabra, ni con el gesto, ni con un ademán á esta declaración de su marido; declaración que podía tomarse por una señal de triunfo para mí, aun por una persona menos interesada en él que yo.

»Temiendo perder lo ganado, pero resuelta á que quedara donde fuera fructificando bien, no insistí en que llegáramos á un acuerdo terminante, aunque hablé un buen rato todavía y con no mala fortuna; pues ó me engañaban mucho las señales, ó el espectro se iba humanizando poco á poco.

»Ángel, presente allí, quizás hubiera logrado que yo me llevara hecho lo que, en opinión mía, quedaba en buen camino de hacerse; pero ni se presentó, ni me pareció muy cuerdo preguntar por él entonces.

»En resumen: al concluirse aquella batalla en que gasté las pocas fuerzas que me había dejado la tremenda fatiga de mi casa, me pareció que el bueno de don Santiago Núñez, más que un enemigo, era ya un aliado mío, y que en la

dureza de su mujer quedaba una mella por donde, si su hijo sabía golpearla, llegaría hasta el corazón.

»Al despedirme, el marido me estrechó con efusión la mano entre las dos suyas. No me atreví á tendérsela en seguida á la mujer; pero, en cambio, ¡qué asombro! me tendió ella la suya. No se la besé, porque no lo juzgara sospechoso por excesivo; pero mis ojos, mal enjutos todavía, volvieron á llenarse de lágrimas.

»En el momento de salir me advirtió don Santiago que su hijo no había vuelto aún á casa, pero que no tardaría, porque era ya la hora de comer para ellos: le rogué que no le ocultaran que había estado yo allí, y comencé á bajar la escalera.

»Al llegar á la meseta del entresuelo me encontré con Ángel que subía. Dios, aunque me castigaba, no me dejaba todavía de su mano.

»Antes que él saliera de la admiración de verme allí, y eso que lo sospechaba por el carruaje que aguardaba en la calle, comencé yo á darle cuenta, en voz muy baja y con el mayor laconismo que pude, de todo lo que le interesaba saber sobre lo que ocurría en mi casa y en la suya. ¡Pobre chico! ¡Qué rato le dí y qué horas le preparé! «Pero ¿por dónde se supo? ¿Qué mano ha escrito eso?» La misma pregun-

ta que arriba; la misma que me hacía yo. ¿Y quién podía indagarlo mejor que él?

»De pronto se dió una palmada en la frente, y en seguida me refirió, con muy curiosos pormenores, una visita que había hecho el día antes á Leticia.

—¡Esa es la mano!—dije sin titubear.—De ella es el rastro que yo veía sobre el papel. No andando suelto por la tierra Satanás, sólo en Leticia, contrariada y ofendida, cabe una felonía como esa. ¡Qué desalmada!

»El fracaso de sus proyectos en aquella visita, dejándole desamparado y con su secreto descubierto en lugar tan sospechoso, le había movido á pedir el auxilio y el consejo de Guzmán. Tres veces en pocas horas había estado en su casa, y se volvía á la suya sin hallarle.

»Díjele que se pasara muy pronto por la mía, donde era más necesario que en ninguna otra, y nos separamos despidiéndonos «hasta luégo.»

»¡Guzmán!... ¡la única criatura de cuantas hollaban la tierra, que me parecía más criminal que yo! ¡el hombre que merecía, en buena ley, que llovieran sobre él solo todas las amarguras que habían entristecido mi hogar! Porque él era la fuente, el origen y el único causante de todas mis desdichas; el demonio sagaz que había socavado mi fortaleza, para arrojarme después hecha jirones al lodazal de las gentes corrom-

pidas. ¡Y con saber esto, y con no poder amarle ya, todavía no lograba aborrecerle! Otro de mis castigos.

»Pensando así, llegué á mi casa una hora más tarde de lo que había calculado. Felizmente no creía haber perdido el tiempo. Llevaba siquiera una gran esperanza con qué alentar, en parte, los abatidos ánimos de Luz. Levantarlos por completo, era tan imposible como borrar con un soplo de la memoria de las gentes la mala fama de su madre.





XVII

No me sorprendió la noticia que me dieron al entrar en mi casa: la estaba temiendo desde que salí de ella. Los martirios del alma de la pobre Luz se habían dejado sentir también en su cuerpo. La hallé tendida sobre la cama, y con la habitación medio á obscuras. Le molestaban la claridad y los ruidos; sentía dolorida la cabeza, y una impresión muy desagradable en todas las coyunturas. La toqué la frente, y la tenía ardorosa; en cambio, las manos estaban muy frías. Respondía á mis preguntas con pocas palabras y sin abrir los ojos. Contaba yo con algún trastorno físico después de la borrasca moral; pero no tan grande como el que me anunciaban aquellos síntomas, si es que no los abultaba la triste luz que ennegrecía ya todas las cosas en mi imaginación.

»Intenté sondear sus ánimos, informándola

poco á poco y á mi gusto de lo que había hecho fuera de casa, y exagerándola bastante el éxito de mi visita. No dió señales de que le interesaran las noticias. Después le anuncié la venida de Ángel, dentro de muy pocas horas... de minutos mejor dicho. Entonces abrió los ojos y me miró. Decidióme esta buena señal á ir más lejos en mis tentativas, y la dije que él había estado real y positivamente enfermo; que por eso no había venido, y no por lo que decía el anónimo... y ya iba á añadir que como mentía en eso el inicuo papel, también mentía en la mayor parte de lo demás que declaraba, cuando noté que Luz se cubría la cara con las manos y se oprimía con fuerza los ojos, como si detrás de ellos comenzaran á batallar otra vez sus mal apaciguados pensamientos. Me indicó por señas que callara.

»¿Qué era aquello, Dios mío! ¿Qué noche había caído de repente sobre aquel risueño día primaveral, tan profunda y tenebrosa, que ni el mismo sol era capaz de rasgar sus densos crespones! ¿Habría perdido yo el tiempo? ¿Serían igualmente mortales entrambas puñaladas!

»De cualquier modo, no era aquélla la mejor ocasión de averiguarlo. Por de pronto, urgía mucho que Luz se acostara de veras; y eso la propuse, y eso hizo. Después, sin advertírselo

á ella, porque se hubiera resistido, mandé que avisaran al médico.

»Entre tanto, y por todo alimento en aquella mañana memorable, tomé yo dos sorbos de caldo.

»Llegó el doctor y vió á Luz. No encontró en ella ningún síntoma de consideración: todo el mal se reducía á una ligera destemplanza, que se curaría con las ropas de la cama y los mimos de su madre. Pero le extrañaba mucho que no concordaran con la benignidad de los síntomas orgánicos, las manifestaciones morales: hallaba demasiado abatida de espíritu á la enferma, que era de suyo animosa y expansiva.

»Esto me lo dijo al despedirse en el vestíbulo; y como sabía ó sospechaba lo de los amores de Luz, preguntóme, sonriendo maliciosamente, si la enfermita había tenido algún disgustillo estando sana. Respondíle que sí, sonriéndome también muy á la fuerza, y entonces me dijo:

—Pues con ese dato, adivine usted cuáles son la medicina y el médico que han de curar esa enfermedad.

»Sonreíme, y en esto apareció Ángel, que acababa de entrar.

»Antes que se nos acercara para saludarnos, me dijo el doctor al oído:

—De este medicamento, dele usted á la enferma buenas dosis y á menudo.

»¡Pobre hombre! ¡Qué lejos estaba de conocer la naturaleza de la peste que había invadido mi casa!

»Como yo me lo temía, bien poco ó nada se dejaron ver en Luz los buenos efectos del remedio tan encarecido por el doctor. La primera impresión, algo más viva y agradable; pero en seguida, el mismo desaliento y el mismo tinte dolorido y melancólico en la voz y en las miradas delante de Ángel que de mí.

»Por la noche vino Guzmán. Nada sabía de lo ocurrido. Le enteré de ello, gozándome en la esperanza, lo confieso, de darle ese tormento que sufrir. Y le sufrió; pero ¡con qué entereza de espíritu! Yo no sé de qué hubiera sido capaz, si el cúmulo de desventuras que se cernía sobre nosotros hubiera tenido vida y formas que destruir.

»Quiso ver á Luz inmediatamente, y yo no me opuse con gran empeño, porque me convenía estudiarla en aquella prueba delante del hombre con quien, según ella sabía ya por el anónimo, se la atribuían tan íntimas conexiones. Debía ser este pecado el que más la espantaba de todos los míos.

»Entró hablándola en el tono regocijado y cariñoso que de ordinario usaba con ella; y

bastó á la pobre niña conocer su voz, para lanzar un grito y estremecerse como si la hubiera sacudido una corriente eléctrica. Vivía la infeliz indudablemente bajo el peso de una idea terrorífica, que se embravecía con el recuerdo ó la presencia de determinadas cosas y personas. Se negó á responder una palabra, y las únicas que pronunciaron sus labios fueron para suplicarnos que la dejáramos sola, porque la soledad y el silencio eran lo que más descanso la daba. Y yo sabía que «estar sola» quería decir entonces que se quitara de allí Guzmán; y sabía lo que dolía eso, porque lo había padecido yo pocas horas antes; y por saberlo, me complacía, me gozaba en las torturas de él; porque yo no podía dudar, ni toda su fortaleza alcanzaba á disimularlo, que las repugnancias de Luz le estaban hiriendo en lo más vivo, en lo único sensible que le quedaba bajo su corteza mundana y empedernida. Debiendo tanto como debía, justo era que pagara algo de ello.

»Salimos; y con el pretexto de no apartarme de donde tanta falta hacía á cada momento, se despidió de mí sin mencionar lo ocurrido, ni hacer un solo comentario sobre lo que poco antes le había referido yo.

»Volvió más tarde el médico, y se convenció por el estado de la enferma, que era el mismo de algunas horas atrás, de que su recomen-

dada medicina no había producido milagros.

—Pues ella los irá haciendo poco á poco. Entre tanto, que den á la enferma, cada tres horas, una cucharada de esto que voy á disponer.

»Y dispuso un antiespasmódico, por disponer algo.

»También volvió Ángel; pero esta vez no vió á Luz, porque me había rogado, después de marcharse Guzmán, que no dejara entrar á nadie en su cuarto, *fuera quien fuese.*

»El resto de la noche la pasamos solas las dos y sin separarnos: ella en su lecho; yo á la cabecera, sentada en un sillón: ella durmiendo á ratos, entre pesadillas y delirios, y yo contando las lentas horas, minuto á minuto, á la luz mortecina y verdosa del opaco fanal de la lamparilla, y viendo con los ojos de la triste imaginación desfilar en largas y silenciosas procesiones los fantasmas de todas las locuras y liviandades de mi vida pasada, y los de las crueles amarguras que el cielo me tenía reservadas por castigo.

»Al otro día, es decir, al acabarse aquella eterna noche, Luz estaba más tranquila; y si la fiebre no había desaparecido por completo, debía de estar á punto de desaparecer. Este alivio me ofrecía una buena coyuntura que yo pensé aprovechar, si el médico no se oponía, para mo-

ver á Luz á que se explicara conmigo. ¡Me consumía el ansia de romper los diques de aquel dolor mudo, y verle desbordarse en palabras, aunque el torrente me arrollara á mí!

»En cuanto el médico, horas después, confirmó aquel risueño parecer mío con el suyo más autorizado, le consulté sobre los propósitos que tenía. Los encontró muy cuerdos.

—Es hasta de necesidad—me dijo,—despejar los nublados de esa cabecita; poner en buen orden sus ideas, y no consentir que vuelva á llenarse de ellas el depósito. Que piense; pero que piense hacia fuera y con las puertas del cerebro de par en par. Esto nadie lo ha de conseguir más que usted. Lo restante, hasta dejar las cosas como estaban anteayer, lo hará luégo, sin grandes dificultades, *el otro doctor*.

»No esperé un momento más. Volvíme al lado de Luz, y llegué muy á tiempo, porque la hallé tratando de incorporarse en la cama. Mientras la ayudaba yo y la arreglaba las almohadas para que se recostara sobre ellas, se cruzaron algunas palabras entre nosotras. Después me dijo que se encontraba muy bien así: no se le desvanecía la cabeza ni le molestaba la luz. De aquí tomé yo pie para comenzar lo que intentaba. Díjela que aún se sentiría mucho mejor si descargaba la imaginación del peso de sus tristes pensamientos, comunicándolos conmigo;

que las penas calladas ahondaban demasiado en el corazón, y mucho más en el suyo que las sentía por primera vez... ¡El mismo gesto de repugnancia! ¡La misma resistencia muda! Entonces la asedié con mayor empeño: insistí, supliqué, lloré... y conseguí que ella llorara también. Comenzaban los diques á quebrantarse, y ésta era una buena señal.

»Mientras lloraba, con la frente apoyada sobre mi pecho, yo la hablaba dulcemente al oído, y el corazón me iba diciendo que las durezas se ablandaban y que el torrente se desbordaría. Para facilitarle la labor, traté de destruir los obstáculos de mayor bulto. Díjela que era muy natural que siendo yo la causa de sus dolores, y por unos motivos tan escabrosos, se resistiera ella á comunicarme lo que sentía; porque esto, en su inexperiencia, no lo creía posible sin lastimarme. ¡Qué equivocada estaba! Lo que á mí me lastimaba hasta acongojarme, era su silencio melancólico. Que me hablara, aunque fuera para maldecirme, pues nunca llegarían sus maldiciones á expresar tanto y tan negro como lo que leía yo en lo que no me quería decir. Pero suponiendo, contra todo lo que debía creerse, que hubiera grandes motivos para que conmigo fuera tan tenaz en su reserva, y confesando que no tenía derecho alguno para que me mirara con blandos ojos, ¿por qué se mostraba

tan triste, desalentada y taciturna delante de Ángel como de mí? Que fuera inclemente conmigo, se comprendía; ¡pero con él!...

»Al fin se rompieron los diques, y habló; pero como estaba muy débil y no se hallaban todavía en completo reposo sus ideas, el trabajo de responderme, en asunto tan complejo, era para la pobre demasiado penoso. Para aliviársele y cansarla menos, la fuí yo concretando cada punto y dándole en cada pregunta que la hacía la fórmula de la respuesta. Así nos entendimos, y llegué yo á ver hasta el fondo de aquel puro y cristalino lago, tan agitado y revuelto todavía por las iras de la reciente tempestad.

»¡Aborrecer ella á Ángel cuando más en el alma le tenía! No la contrariaba su presencia por desamor, sino por un sentimiento bien diferente: temía verse contemplada por él á distinta luz que antes, y la espantaba la idea de no valer á sus ojos todo lo que había valido hasta entonces. Quería verle, deseaba verle, y verle sin cesar; pero de modo que él no la viera á ella. Cierto que todo lo ocurrido, con ser tanto y tan enorme, no le había apartado de sus propósitos; que se mostraba leal y cariñoso y resuelto á pelear contra todo linaje de obstáculos que se atravesaran en el camino que los dos se habían trazado en horas bien risueñas; pero esto podía ser, sería indudablemente, abnegación en

*

él, compasión que ella le inspirase, sacrificio de muchos respetos, y sacrificios bien dolorosos acaso; y este recelo la afligía mucho más que el verle alejado de ella.

»Hícela yo notar que sus temores no tenían fundamento. Era una niña sin experiencia y sin malicias: ¿qué sabía ella de las cosas del mundo para estimar el valor de ciertos movimientos del ánimo, subordinados al influjo de unas leyes que tampoco conocía? Aún no habíamos hablado entre las dos, sosegadamente, del suceso que á aquella situación nos había traído; todavía estaba por aclarar qué había de falso y qué de cierto en el contenido del infame papel, y cuál fuera la verdadera importancia de lo último á los ojos de un público avezado á no asombrarse de faltas mucho mayores...

»¡Sí lo sabía!... Luz no había visto el mundo, ciertamente, y había sido educada muy lejos de él; pero en todos los libros y en todas las bocas había aprendido las mismas reglas para conocerle; en todos sus escondites la habían enseñado á estimar el bien con la pintura abominable del mal; y así, para realizar á sus ojos el mérito de la mujer honrada, se habían valido del retrato de la que no lo era. Por estas enseñanzas sabía, y no podía dudarse, que de todas las mujeres malas era la peor la madre

desjuiciada y deshonesta, porque sus escándalos dañaban también á sus hijos, de los cuales apartaban los suyos las madres honradas, como se aparta el fruto sano del sospechoso. Pudo ella dudar si esta ley se cumplía entre las gentes con todo rigor; pero bastábale ser honrada y tener sentido común para comprender que la ley no carecía de fundamentos, y que no se obraba contra justicia aplicándola al pie de la letra.

»Con este modo de pensar, y teniendo á su madre por la más perfecta de las mujeres, ¿de qué modo si no como un torbellino de dolor y de vergüenza pudieron caer sobre ella las revelaciones del papel anónimo? Y con lo que ya sabía, aunque Ángel llevara su abnegación al último extremo, ¿cómo ni para qué aceptar su sacrificio, con el recelo de ver en cada sonrisa suya un disimulo de sus temores á la rechifla de las gentes?

»Por eso daba por muerta la mejor de sus ilusiones; pero sin que dejara de vivir en su corazón el sentimiento de que había nacido.

»Ésta es la substancia de lo que tuve que oir, ó mejor dicho, de lo que yo misma fuí extrayendo, frase á frase, del cúmulo de pensamientos que se revolvían en su cabeza.

»¡Grandes pudieron ser mis faltas; pero bien caras las iba pagando!

»No por lo que me dolía el castigo, sino por aliviar á Luz del que padecía por mí, díjela, con mal forjada entereza:

—Y ¿sabes tú todavía si es cierto lo que se asegura en el anónimo?

»Pero ella me respondió, con una prontitud y un vigor que me sorprendieron:

—Y si no es cierto, ¿por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté tantas veces, con el alma entre los labios? Pero entonces bajaste la cabeza... y huíste; y yo creí lo peor, porque no podía creer otra cosa; y el daño quedó hecho así. Ahora, cuando menos tengo que dudar, sí me afirmas lo contrario; y una duda no es bastante remedio para curar una herida tan grande.

»¿Qué había de replicar yo á este nuevo latigazo de la justicia de Dios! Balbucí algunas palabras de disculpa... para acabar pidiendo á Luz, entre lágrimas, que no me aborreciera.

—¡Aborrecerte!—exclamó la infeliz, enjugando mis ojos con sus besos,—¡siendo mi madre, y con lo que has llorado!...

»No tenía derecho á pedir más, cuando me daba lo que yo no merecía.

»Después de esta escena, volvió Luz á caer en sus tristezas. Los nuevos pensamientos no se le acumulaban tanto en la cabeza, porque no era tan reservada conmigo como antes; pero

allá le quedaban los gérmenes que los producían, y esto era lo peligroso.

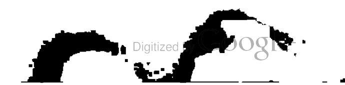
»Ángel me ayudaba heróicamente á combatir el mal; pero eran inútiles nuestros esfuerzos. Contemplándole, chispeaba el amor en los ojos de Luz; oyéndole hablar enamorado, el fulgor desaparecía tras un velo de negras tristezas. Se la atormentaba con lo que creíamos infundirla alientos, y había que desistir de la empresa. ¡Cómo nos descorazonaba esto!

»Pero aunque poco, al fin hablaba, y removía y oreaba las ideas; y aquella terrorífica que antes la perseguía sin sosiego, ya no la martirizaba tanto.

»Sólo delante de Guzmán se despertaba y embravecía; y no me maravillaba, después de haberme confirmado la infeliz lo que recelaba yo: aquel pecado mío era, á los ojos de su pudor de hija, el más abominable de todos los del vergonzoso catálogo.

»Á todo esto, los días pasaban, la fiebre era imperceptible, y, sin embargo, la enferma, lejos de mejorar, se iba aniquilando poco á poco. El médico se impacientaba ya, porque no sabía á qué atenerse, y me miraba á mí y yo le miraba á él. Los dos teníamos las mismas dudas ¡ay! y los mismos temores.

»La casa comenzaba á tomar ese aspecto fúnebre y sombrío de las grandes tristezas del



hogar. Se vivía medio á obscuras, se hablaba bajo y se andaba de puntillas. El rechinar de una puerta parecía un gemido mal disimulado; cada mueble un ataúd; cada lienzo un sudario.

»Me había aislado de todas mis amistades: sólo se abrían mis puertas al desconsolado Ángel, al médico y á Guzmán... que continuaba padeciendo el martirio de no poder contemplar á Luz sino de lejos y escondido de ella.

»Pues en tan señaladas circunstancias recibí un recado de Leticia, preguntando «con vivo interés» por el estado de la enferma. ¿Era cinismo de la infame, ó un disfraz de su vileza? Yo entendí lo primero, y bajo esta impresión la respondí. No vino el segundo recado de su parte, y eso me convenció de que fué la respuesta muy merecida.

»Y pasaron tres días más; y Luz, que hasta entonces había vivido con ánimos prestados, comenzó á animarme á mí y á sonreirme... ¡ella, que ni para sonreirse tenía ya fuerzas! ¿Cómo entender aquella crisis, Dios mío! ¿Iluminaban otros soles más alegres sus ideas? ¿Se iniciaba una reacción dichosa en su extraña enfermedad?

»Sí, todo esto era cierto; pero de muy distinto modo que lo entendía yo. No acudía adonde nosotros intentábamos llevarla para curar sus males: pretendía que nosotros subiéramos con

ella á las alturas desde donde se había puesto á contemplarlos. ¡Le parecían desde allí tan llevaderos!... ¡Qué engaños tan enormes los de la vista humana cuando no se levanta del polvo de la tierra!

»Ésta y otras reflexiones análogas me fueron dando la medida del estado de su espíritu. Lo que faltaba de ella hasta la exactitud, me la dió al otro día la enferma diciéndome que deseaba «hablar con su confesor.» ¡Temió la inocente que me pareciera demasiado oirla decir que «quería confesarse!»

»Y vino el confesor poco después. ¡La nota triste que faltaba en el cuadro de mis tribulaciones!

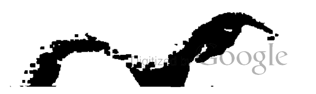
»Sin salir el cura de la habitación de Luz, llegó el médico. Le dije lo que ocurría, y me contestó con un ademán y un gesto que, á mi entender, significaban: «no está de más.»

»Ahogándome el llanto, le pregunté muy por lo bajo:

—Pero ¿qué es lo que la mata!

»¡Como si yo no lo presumiera!

»Tampoco respondió derechamente á esta pregunta. Se sentó, y quiso que me sentara yo á su lado. En seguida, por entretenerme ó por consolarme, comenzó á hablarme de la vida de ciertas flores... el cuento de siempre: unas hojas, muy frescas ayer, que hoy se contraen y



marchitan de repente; un tallo muy erguido que se encorva de pronto bajo el peso de la flor... y una ráfaga insana que la tocó al pasar, ó un insectillo impalpable que mordió la raíz. Qué ráfaga ó qué insecto habían pasado por mi casa, no lo sabía él...

»¡Pero lo sabía yo!

»Estando en éstas, salió el cura muy ufano y satisfecho. ¡Me dió la enhorabuena!... ¡Dios sabe bien por qué no se la agradecí! Quedó en volver á menudo, «porque aquello no había sido más que una preparación para otro acto más solemne;» y se fué el bendito señor.

»Luz, cuando el médico y yo entramos en su cuarto, irradiaba la alegría por toda su faz de querube. La palidez era la única huella que había estampado allí la ráfaga de que hablaba el doctor. Comprendí que en boca del confesor estaba muy en su punto la enhorabuena que me había dado momentos antes; pero vistas y estimadas las cosas con ojos humanos, á mí me acongojaba aquella alegría que me estaba pareciendo el himno triunfal de las vírgenes dispuestas á la muerte. Era dichosa, ciertamente, sonriendo entre dolores; era bien envidiable su destino; pero yo me quedaba sin ella en el mundo, y era su madre... y moría por mi causa... mejor dicho... ¡Dios poderoso! ¡la mataba yo!

»Nada tuvo que hacer allí el médico. Delante de ella, infundiéndonos ánimo, parecíamos nosotros los enfermos.

»Al despedirse el doctor de mí, le pregunté qué juicio formaba del estado de la enferma. Movió la cabeza tristemente.

—Con un espíritu doliente—me dijo,—dentro de un cuerpo sano, como antes, había para temer y para esperar; pero en el caso inverso de ahora, cuando el cuerpo se muere á escape, sólo queda que temer; porque el contenido se va con el continente.

»Lo mismo pensaba yo, aunque sin tantas palabras y con mayores angustias.

»Preguntéle después cuánto podría durar aquella vida, y dióme á entender harto claro que podía concluirse á la hora menos pensada.

»Secándome el llanto para entrar mintiendo en la habitación de Luz, me alcanzó Ángel, recién informado por el doctor de las tristes novedades que ocurrían. Confirméselas sólo con mirarle, y se precipitó desolado en el gabinete. Luz le dijo, en cuanto le vió, contemplándole con la cara envuelta en una celeste sonrisa:

—Créeme: vale más que lo que habíamos pensado, *lo que va á suceder pronto*. Me duele dejarte, porque tú tampoco estás aquí en tu sitio; pero ya nos hallaremos donde debemos hallarnos, y esto me consuela.

»El pobre chico sollozaba; y para ocultar los verdaderos motivos, echaba á Luz la culpa de todo. Luz se sonreía más entonces. Cogióle una mano entre las suyas, y le dijo, con un timbre de voz que era un cántico melodioso:

—No me pesa que me llores, y llórame también *cuando suceda;* pero llórame porque me envidies, no porque me compadezcas. Te aseguro que es gran beneficio del cielo el sacarnos de aquí cuanto antes.

»Y lo sentía como lo afirmaba... y yo, ¡yo sí que le envidiaba aquella conciencia pura y tranquila en que se reflejaba su ardiente fe, como el sol en un espejo!

»También en aquella escena, que fué larga, parecíamos Ángel y yo los enfermos, y Luz la enfermera.

»No puedo darme ahora cuenta exacta de todo lo que ocurrió en el resto de aquel día y durante la noche que le siguió; no sé si Angel fué y vino varias veces, ó si no se movió de allí, porque tengo una idea de que faltó muy pocos instantes de mi casa hasta cerca de la madrugada; recuerdo vagamente también que estuvo Guzmán al anochecer, y el efecto terrible que le hizo la noticia que yo le dí por entrar; que vió á Luz y que la habló, y que Luz tuvo también para él sonrisas y dulzuras de consuelo; que se apartó de ella á duras penas cuando en-

tró el cura nuevamente para confesarla; que salió con los ojos enrojecidos y el pecho rebosando de sollozos; que, mientras el confesor cumplía su triste cometido, Sagrario, forzando todas las consignas de la puerta, entró hasta donde yo me hallaba recogida para llorar á solas, y se abalanzó sobre mí, hecha un mar de lágrimas; que se aumentó el raudal de las mías al verme delante de aquel cómplice y testigo de mis maldades; que cuando el cura se me acercó para darme otra enhorabuena y advertirme que, de acuerdo con la enferma, se la daría el Viático al día siguiente para que le recibiera con la debida solemnidad, puesto que *no corría prisa*, Sagrario voló hasta la cama de Luz, de donde me costó gran trabajo separarla; y que con espantarse tanto como se espantó de la infamia de Leticia cuando yo la enteré de ella, se espantó todavía más de que yo no viera en sus estragos otra cosa que el castigo de mis culpas; tampoco recuerdo en qué paró esta corta entrevista con aquella loca de buen fondo, ni cuándo se marchó, ni cuándo se fué Guzmán ni qué me dijo, ni lo que le dijo Luz al despedirle. Creo que volvió por allí dos ó tres veces durante la noche, y que no quise ceder á nadie, ni al mismo Guzmán, ni al pobre Ángel que tan encarecidamente me lo rogaba, el consuelo de pasar aquélla más sentada á la cabecera.

Fué larga, muy larga la noche, esto lo recuerdo bien; pero no tanto el pormenor de lo que hice y sentí durante ella. Algo debí de pensar, considerando cómo la pobre Luz se destruía al primer choque de su inocencia con las maldades del mundo, en si fuí ó no fuí discreta al cultivar á la sombra una planta destinada á vivir al aire libre, para venir á parar á que no estaba lo malo en esconder más ó menos á una hija para que viera ó no viera ciertas cosas, sino en que una madre tenga faltas que no puedan ser confesadas á voces; porque pensar en esto y llorar mucho mientras la pobre enferma dormitaba, aun sin tan grandes motivos había sido mi ocupación en las veladas anteriores; también recuerdo confusamente la hora en que Ángel se despidió para volver por la mañana, y algo como impresión pavorosa que entonces sentí, sin saber por qué, al considerar que me quedaba sola junto á aquel lecho que me parecía una tumba...

»Pero lo que sé para no olvidarlo jamás, y por eso me ha borrado el recuerdo de todo lo que se grabó poco antes que ello en la memoria, es que cuando reemplazó á los trémulos y mortecinos resplandores de la lamparilla el primer rayo de sol de aquel día primaveral; cuando se despertaban las flores y los pájaros, y toda la naturaleza se alborozaba y sonreía, des-

pertaba también Luz de un sueño que me había parecido tranquilo, pálida como la cera, y recorriendo con sus grandes ojos asombrados toda la estancia.

—¿Qué te sucede, hija mía?—preguntéla incorporándome de un salto y cogiéndole con las mías una de sus manos, fría, ¡muy fría!

—¡Es cosa muy singular!—me dijo, tornando á su postura supina y fijando su mirada en un punto imaginario del pabellón de su cama. —Había vuelto á mis jardines... aquel paraíso de que yo te hablé... donde nos conocimos Ángel y yo... Me paseaba por sus senderos retorcidos, y Ángel no parecía... y yo le esperaba. En esto, el sol se obscureció de repente, y comenzó á enturbiarse aquel río tan cristalino... y á crecer, á crecer... turbio, ¡muy turbio! y cubrió los arbustos de las orillas; y siguió enturbiándose, enturbiándose, y creciendo y creciendo; y llegó á las praderas más bajas, y seguía enturbiándose y creciendo todavía. Entonces tuve yo gran miedo donde estaba, y llamé á Ángel muchas veces... y Ángel no vino. Subí á lugar más alto; y al ver que las aguas también subían, corrí, de altura en altura, hasta refugiarme en el chalet. Salí á la azotea, y ví con asombro que las aguas lo habían invadido todo, ¡todo cuanto alcanzaba la vista! Temblé de espanto al contemplar aque-

lla desolación y verme tan sola allí... Á poco rato volvieron á bajar las aguas poco á poco... turbias, ¡siempre turbias!... hasta encauzarse otra vez entre las orillas del río... Pero lo que ellas habían inundado, todo lo que se descubría con los ojos, era un lodazal tristísimo, sin praderas, sin flores y sin senderos... Sólo el chalet en lo más elevado...

—¡Eso es un sueño, amor mío!—la dije para sacarla del sobresalto en que la veía;—un sueño como cualquier otro, que pasó ya.

—Es que no ha pasado—me respondió, sin apartar la vista del punto en que la había fijado antes, y con voz mucho más débil,—¡y esto es lo asombroso! Yo creo que estoy despierta ahora, y, sin embargo, me encuentro en el mismo sitio y sobre el mismo lodazal...

—¡Luz!... ¡hija mía!—la grité entonces para distraerla de aquella visión que la fascinaba.

—¿Y cómo salir de aquí! —prosiguió, sin apariencias de oirme;—¿por dónde, si esto no tiene límites, ni un palmo de tierra firme y limpia en qué sentar el pie!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Ah!... ¡ya me oye!... De allá arriba, de lo alto, de lo más alto del cielo, baja una figura con alas blancas, como la túnica que viste, y los cabellos rubios flotando en el espacio... Y vuela hacia acá... Y va acercándose á mí... Ya oigo el s[illegible]r de las alas al batir

el aire... Se acerca más... me sonríe y me tiende una mano... la tomo con otra mía... y me suspende y me saca de la azotea... y volando, volando, me conduce sobre la ciénaga sin fin... ¿Adónde?

—¡Luz! ¡Luz!—volví á gritar, aterrada ya con aquella fijeza de mirada y el frío marmóreo de sus manos.—¡Vuelve á mí los ojos! ¡Mírame!... ¡estoy aquí, á tu lado!...

»Pero ella, sin dar señales de atender á mis llamadas, prosiguió diciendo con una voz débil, muy débil, pero dulce y argentina, como el sonido de las arpas eólicas:

—¡Qué alto me eleva!... ¡Y todavía más alto!... ¡Tan alto, que ya no te veo, madre mía! ¿Me oyes?... ¡Dile á Ángel que le espero!... ¡También te espero á tí!... ¿Me ves?... Es imposible, porque he llegado muy arriba... ¡Y aún me elevo más!... ¡más alto todavía!... ¡Qué región de soles!... ¡Cuánta luz!

»Y con esta palabra se apagó su voz, como la última nota de un suspiro. Sentí que se estremecía ligeramente su mano entre las mías; observé en sus labios una suave contracción, que me pareció el acento de una nueva sonrisa; y un instante después inclinó su cara hacia mí, y hundió la cabeza entre los rizos de oro que le formaban una aureola esparcidos sobre la almohada.

—¡Luz! ¡Luz! ¡vida mía!—llamé de nuevo con las angustias de todos los espantos en la garganta, acercando mi boca á su oído.—¡Mira á tu madre!... ¡dile que la oyes... que la ves!...

»¡Dios misericordioso! ¡Aquellos ojos, que aún me miraban, ya no veían; aquella boca que me sonreía, ya no respiraba; y aquel hermoso cuerpo que parecía dormido en un sueño de amores, no era más que la yerta y abandonada envoltura de un alma angelical que había volado á su patria celeste!

»Todo cuanto sucedió en la tierra desde aquel momento infausto, ya no tuvo nombre ni valor alguno para mí. Nada de ello era mío: sólo me pertenecían las sangrientas y mortales llagas de mi corazón y las torturas de mi conciencia.

»La vida que me restaba no tenía otro destino que arrastrar la cruz que merecía; y á arrastrarla con valor consagré todas las fuerzas de mi espíritu.

»Y arrastrándola voy: á cuestas la llevo, ¿qué importa á nadie por dónde? Toda la tierra es Calvario para quien está dispuesto á sufrir dolores y afrentas.

Á ese fin van, y obra son de los impulsos

de un alma atormentada y contrita, estos *Apuntes* que escribo para lanzarlos al mundo. No creería nunca bastante barrida de gusanos la conciencia, sin entregar los escándalos de mi vida á la abominación de todas las mujeres honradas.»

FIN DE LA NOVELA

POLANCO, agosto-octubre de 1887.

